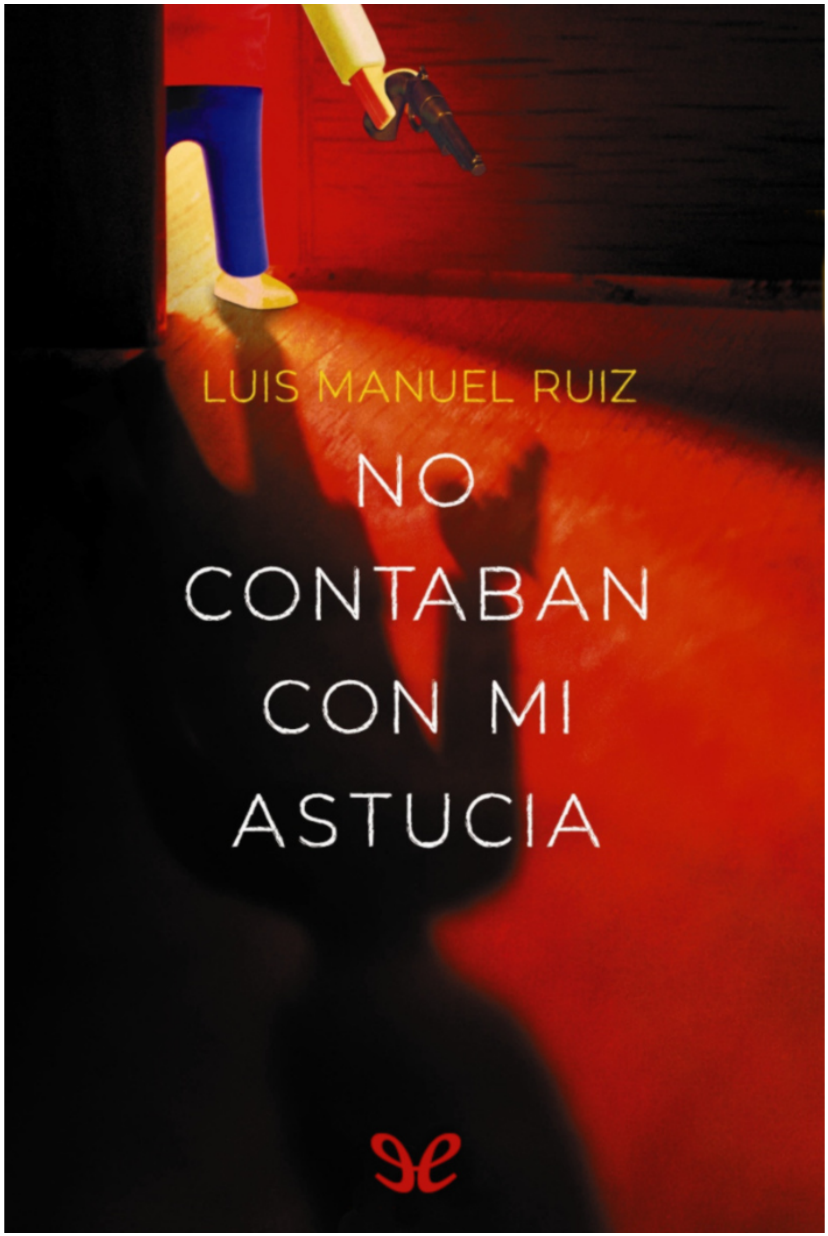
LUIS MANUEL RUIZ
NO CONTABAN CON MI ASTUCIA

«No contaban con mi astucia» era el grito de guerra del famoso héroe latinoamericano de la televisión de los setenta, que se enfrentaba a sus enemigos con armas tan exóticas como el Chipote Chillón o las Pastillas de Chiquitolina. También es el grito de su principal discípulo, Mo Pardo, otro tipo de héroe que vive en uno de los barrios menos recomendables de Sevilla, perdido en un mundo poblado de mensajes en clave, tesoros escondidos, malhechores tremebundos y mendigos que, dicen, pertenecen a la corte del Rey Arturo.

A este héroe tendrá que recurrir la inspectora Esther Béjar cuando se tope con uno de los casos más sorprendentes de su carrera, durante un congreso que reúne en Sevilla a coleccionistas y obsesos del mundo del juguete. Quizá sólo él sepa orientarla entre esta charada de cadáveres con ojos vacíos, piezas legendarias y sectas enfrentadas entre sí, que buscan a la vez la reliquia más codiciada.

Luis Manuel Ruiz

No contaban con mi astucia

ePub r1.0
Titivillus 10.03.2023

Luis Manuel Ruiz, 2021

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

CALAMARDO: Hay dos clases de personas. Están las personas que son normales… Y luego estás tú.

BOB ESPONJA: ¿De verdad?

CALAMARDO: ¡Sí, de verdad! ¡Tal vez deberías ser un poco más normal!

BOB ESPONJA: ¿No soy normal, Calamardo? Pero… ¿Cómo se vuelve uno normal?

BOB ESPONJA, «Anormal», episodio 104a

EXISTEN MUCHAS FORMAS en las que esta historia podría comenzar: las historias son como ríos, que nacen de la contribución de muchos torrentes distintos, o como esas pelusas que aparecen a veces detrás del sofá, después de que hilos y pelos de gato y suciedad pura y simple decidan combinarse y crecer. Esta historia podría comenzar, digamos, debajo de un puente, o no exactamente debajo, sino en uno de sus extremos: ahí donde el arco de hierro forjado toca la orilla y los vagabundos se reúnen periódicamente para encender bidones y conversar. O podría comenzar, también, en una remota fábrica del corazón del continente, en que máquinas que jamás tienen sueño juntan piezas con piezas y las bañan en pinturas de colores y las depositan en cajas para componer pequeños muñecos sonrientes, de cabello dentado. Podríamos seguir el rastro de cualquiera de los muñecos hasta la juguetería correspondiente, o hasta la casa del niño que, entusiasmado o no (los videojuegos van ganando lentamente la partida), lo desprecinta con ocasión de su cumpleaños. Podríamos, igual, fijarnos en una mujer cada vez menos joven que regresa a su domicilio a través de una autopista azotada por el sol, con el aire acondicionado oponiéndose casi sin fuerzas a la ventolera que caldea el metal y lo oprime por todas partes, el techo, las dos puertas, el parachoques y hasta los neumáticos. La mujer está cansada, o aburrida, o no sabe qué, y contempla distraídamente las señales de las gasolineras que flanquean el asfalto antes de que desaparezcan tragadas por el parabrisas y sean sustituidas por cerros, alquerías, anuncios de menús del día, otras señales de otras gasolineras. Podríamos seguirla hasta que alcanzara el extrarradio e intentara orientarse entre la sádica red de rotondas y desvíos que debe llevarla a casa, mientras intenta no pensar en fumar, porque está dejando de fumar, pero tampoco empezaremos por ahí. Podríamos, pero no.

Narrar es un acto de suprema responsabilidad: aquel mediante el cual alguien se hace cargo de un relato y decide soberanamente

cuál es la importancia relativa de las partes, los episodios, las escenas, cuál ha de anteceder a cuál otra, quién irá primero y quién la seguirá. Y así, esta historia, aunque podría comenzar de otros muchos modos distintos sin diferencias de envergadura, comenzará en esa misma ciudad a la que ahora llega la mujer que ha dejado de fumar y que acaba de acertar con la ruta que la conducirá a su destino. Es una ciudad modesta, ni pequeña ni grande, plantada sobre un río demasiado verde, añosa, algo mojigata, dinámica, sucia a ratos y a ratos brillante, igual de contradictoria que el resto de las ciudades. En una zona de la ciudad, un poco arriba a la izquierda si tuviéramos un plano de ella sobre la mesa del comedor, hay una vieja, viejísima muralla con el ladrillo mordido. La muralla se abre en dos o tres arcos de medio punto para que crucen los peatones y los pocos coches que ya permite la ordenanza municipal: la polución maltrata la piedra, el humo vuelve oscuro el pasado. Detrás de la muralla, hacia arriba, es decir, en la dirección del centro de la mesa si estuviéramos observando el mapa que acabamos de desplegar, una calle con restos de adoquinado árabe y balcones que posan para una postal se extiende hasta una plaza donde duermen los drogadictos. A mediados de esa calle, a la derecha, una puerta verde conduce a un patio de vecinos, muy primorosamente decorado con macetones y cerámicas azules y amarillas. Para alcanzar los diversos apartamentos de que consta el inmueble, pasillos abiertos y escaleras ascienden y descienden por todo el patio, remontándose a la azotea y horadando el sótano, introduciéndose en recovecos desconocidos de los que nacen otros patios o que desembocan de sopetón en una calle distinta. Este apartamento, sin embargo, no precisa de ningún laberinto: es el primero que uno se encuentra al trepar la escalera del vestíbulo y avanzar en línea recta.

La puerta suele estar cerrada con doble vuelta de llave y cadena: precauciones que se deben quizá a que su propietario considera que dentro se guardan objetos de mucho valor. Objetos que llenan el piso desde el mismo recibidor y que no prometen gran cosa en una primera inspección superficial: una rueda de bicicleta con la cámara desinflada, un horno microondas sin dial, un espejo con un marco dorado, cajas de hojalata que guardan cromos, un sombrero de picador; y más allá, en el salón, donde un extraño mueble de

mampostería divide la pared en casillas o nichos, dentaduras postizas en frascos, estuches de herramientas, gafas con y sin cristales, carteles de festivales de *jazz*, lámparas de mesa, una manguera, brazaletes, libros, páginas de libros, la cabeza de un maniquí. Hay también una cocina, justo frente al rellano, pero el decoro, por no hablar de los olores, nos exige que la dejemos de lado para buscar el pasillo.

Las habitaciones del pasillo tienen todas las puertas cerradas: en alguna de ellas, o en todas, se preservan los tesoros verdaderamente valiosos. La última, al final, de donde provienen las carcajadas, permanece entreabierta. El que se ríe es el hombre sentado a la mesa camilla, y lo que le hace reír son las imágenes del vetusto televisor de tubo, un Telefunken, que ocupa rotundamente lo alto del aparador. Es un hombre delgado, casi abstracto, dotado de una piel lechosa que al contacto resulta no menos ajena y fría que la cera de un museo. El hombre va peinado con una pulcritud que sólo se ve en las fotografías de posguerra, en pelotones con el brazo alzado en el saludo romano, y al reírse, al desternillarse, el ímpetu de las risotadas es tan fuerte que le obliga a doblarse sobre el sillón. En la pantalla del televisor, visiblemente convexa, un individuo vestido de rojo con dos antenas responde a otro que mueve el bigote, un bigote poblado y enorme, con aspecto de ardilla. Antes de la última carcajada del hombre de cera, el de las antenas ha dicho: «Más vale llegar a tiempo que mal acompañado». Y aquí sí, ahora, es donde comienza la historia.

La historia podría comenzar también en un momento distinto, aunque tampoco tanto, ni a una distancia excesiva del primer escenario. En este caso es de noche, noche cerrada, lo cual dificulta el reconocimiento exacto del lugar en que los dos hombres acaban de asesinar a un tercero. Que lo han asesinado parece fuera de toda duda, ya que el cuerpo, correoso, rígido, ha dejado de sufrir espasmos en cuanto el primero de los hombres ha apretado más el hilo de pesca en torno a su cuello y lo ha dejado caer. La labor ha exigido un esfuerzo notable: a pesar de la delgadez de la víctima y su aspecto más bien ruinoso, se ha opuesto al ataque con inesperada violencia y ha sido necesario inmovilizarlo contra la pared, lo cual

ha dejado al primer hombre exhausto. Ahora ese hombre arroja lejos de sí la tanza y busca aire en medio de esta noche de verano a la que parecen haber puesto murallas, que alguien parece haber encerrado en un recinto de techo bajo, sin aberturas. Es el turno del segundo hombre y su estuche de herramientas.

El segundo hombre vacila; sabe que han pactado de antemano la operación que deben realizar sobre el cadáver una vez haya dejado de agitarse, pero un último escrúpulo le impide moverse. El primer hombre, que ejerce de centinela desde la esquina, le apremia: no tienen toda la noche; en cualquier momento, otro vagabundo borracho, cualquier viandante que regresa a casa por el sitio más inoportuno, o, peor, una patrulla rutinaria de la policía pueden caer sobre el rincón del contenedor y ver el fardo ahí, bajo el abrigo, con la boca abierta en un último grito sin voz. El estuche del segundo hombre es del tamaño de un libro en octavo, de madera sin barnizar. Se abre con un pequeño broche que basta un movimiento del pulgar para retirar y permitir que la tapa descubra el plástico rojo del interior; y en el interior, a pesar de la escasez de luz de la plaza, los instrumentos: el taco lijador, el punzón, los dos ranuradores y las dos gubias, los dos destornilladores de precisión, plano y de estrella, el cortador de ángulos, la cuchilla Heavy Duty con protección y mango de aluminio, la cuchilla mediana con protección y mango de aluminio, la cuchilla fina de precisión con mango de aluminio que finalmente escoge después de colocar el cuerpo bocarriba y arrodillarse sobre él.

Los conocimientos de cirugía del segundo hombre son nulos: es decir, no más extensos que los de cualquiera, no más allá de los cuatro rudimentos de anatomía que le inculcaron en el instituto. Por eso, al punzar el primer ojo en un extremo de la órbita, con la vaga intención de hacer palanca y sacarlo como una pelota de golf, perfora sin quererlo la arteria oftálmica y recibe una andanada de sangre que le empapa la camiseta. El segundo hombre maldice, se caga en todos los muertos, escupe, está a punto de retroceder: buena habría sido la precaución, ya inútil, de protegerse con delantal y guantes. Pero está hecho, a estas alturas lo mismo da. Si uno insiste con la cuchilla justo en el punto del primer ataque puede cortar limpiamente el músculo recto superior, el lateral y el medial, incluso destrozar el anillo de Zinn, ese nudo de tendones

que retiene en globo en la cavidad, contra la sangre que mana a borbotones, como de una balsa que se hunde, y que no permite ver nada a las claras. En cierto momento, la cuchilla ha superado toda resistencia y parece obvio que el ojo puede salir con sólo tirar de él con los dedos: pero esa apariencia, como enseguida comprobará el segundo hombre cagándose de nuevo en todos los muertos del mundo, descuida la existencia del nervio óptico, que mantiene el ojo conectado al cráneo hasta que cede de un tirón, el mismo tipo de tirón que sirve para arrancar la mala hierba de la juntura del adoquín. Ahora es el segundo hombre el que está exhausto: el que boquea sobre el cadáver y sobre la riada de sangre que burbujea en el rostro del cadáver.

El segundo ojo, el izquierdo, no le exige tantos miramientos. Va a bastarle con ensartarlo igual que una aceituna en el cuenco, y sacarlo retorciendo la cuchilla por el círculo de la órbita, aplastando la pulpa, derramando el suero, manchándose los nudillos de más sangre y gelatina y unos coágulos espesos por cuya procedencia ya no se preocupa de preguntarse: el segundo ojo simplemente explota en su hueco, como si el pobre cadáver hubiera presenciado algo atroz, imposible de soportar a vista descubierta. Esa impresión, la de que el vagabundo muerto ha sido testigo de una verdad insoportable, queda marcada en sus rasgos cuando los dos asesinos se marchan y, sucios de sangre, buscan la complicidad de la noche bajo los soportales: la boca abierta, atónita, los ojos que no están en mitad de la frente roja, el vacío del abismo y de la noche y del futuro sin esperanza en el interior de los ojos.

El tercer modo en que nuestra historia puede comenzar nos obligaría a desplazarnos dos mil setecientos kilómetros y trescientos años hasta una ciudad sumida en la nieve. En invierno, la noche se adelanta sobre los tejados de aguja, y a pesar de que no sean más que las nueve y media de un febrero especialmente cruento con las ventiscas, apenas se ve nada en la calle. Los faroles de aceite que marcan los umbrales de las tabernas, única iluminación callejera de que el vecindario dispone, tiemblan bajo la furia del viento mientras una silueta solitaria, la única que recorre las aceras, se aventura a atravesar la Katharinenstrasse con un capote y un

bastón. Su destino es un ancho edificio de cuatro pisos, con altas ventanas cuadrangulares a través de las cuales puede contemplarse la estatura de un hombre, amén de otros detalles: las pesadas arañas de cristal y mayólica con que al viejo Zimmermann, dueño del local, le gusta decorar sus salones, el mármol jaspeado de los veladores, el humo desenroscándose de los cazos de las pipas, la concurrencia distraída en reír, jugar a los dados, contar chismes con que distraer el tiempo antes de que el concierto comience de una vez.

El recién llegado se sacude la nieve de los hombros antes de entregar capote, bastón y sombrero al encargado del guardarropa, y de acceder con su cartapacio bajo el brazo al salón principal de la planta baja. El calor de las tres estufas de porcelana tácticamente situadas junto a los rincones, junto al aroma del tabaco y los licores, y al bullicio de la conversación, no tarda en subirle el color al rostro: sabe que tendrá las mejillas coloradas como las de un lechón (se lo dice siempre su esposa Anna) en el momento de saludar a ese patán de Görner, que ocupa con su pierna gotosa una de las butacas de primera fila frente a la tarima, y reunir a los instrumentistas para repasar la partitura. El flautista y el gambista parecen dominar sus partes a la perfección, lo que le tranquiliza un poco; en cuanto al clavicémbalo, es un joven pipiolo educado en Francia, que sustituye al viejo Gerlach abatido por un enfriamiento, y que siente una pasión por las florituras y los trémolos y los fuegos de artificio que habrá que estar dispuesto a podar desde el estrado en cuanto llegue el caso. La soprano ha punteado correctamente su segunda aria, no la más lucida pero sí quizá la más importante del repertorio, y se la ve convincente en su papel de hija consentida, rebelde con la benevolencia de su padre, como son las jóvenes de ahora, y como lo sería también su propia Christine si él mismo no empleara la mano dura que debe emplear.

—Buenas noches, maestro Cantor. ¿Todo listo para la función?

Todo listo, en efecto. El Cantor de Santo Tomás se inclina para saludar al señor Zimmermann, muy interesado también él en que tanto orquesta como intérpretes sean capaces de ofrecer lo mejor de ellos mismos en una noche como esta, en que el público rebasa el aforo habitual de la casa, quizá obligado por el frío a buscar el cobijo de las estufas. Un público que ya va aproximándose a la

tarima conforme la flauta y el violín afinan sus primeras notas, que desciende de los pisos superiores y ocupa poco a poco, entre risas y codazos, los taburetes que pueblan el salón hasta los mostradores del vestíbulo. El Cantor de Santo Tomás puede acomodarse satisfecho en el sillón que Zimmermann suele reservar para él en un flanco del escenario, con el pentagrama extendido en la pequeña mesita de servicio donde pronto se posará su café. El delicioso, tibio, humeante café.

Está tan distraído siguiendo la improvisación de Liesgen sobre el número 8 que no advierte que una camarera ha abandonado ya su tazón caliente sobre la mesita. Y, lo que es peor, que lo ha hecho precisamente encima de la esquina de uno de los pliegos, derramando parte de su contenido sobre la partitura y dejando una señal en semicírculo que será imposible de borrar. El Cantor maldice con furia retomando el pliego de un golpe, cerciorándose de que la mancha se detiene en el ángulo y no ha arruinado ningún compás, de que no oscurece una sola nota. Sí, así es. No ha pasado nada: no debe dejarse llevar por el mal genio hereditario de la familia, el que le hacía a su propio padre ponerle las posaderas como nísperos cuando equivocaba las notas en la coral. Mejor será que se tranquilice, respire con lentitud, tome la petaca donde guarda la hebra y comience a cargar la pipa, al tiempo que anticipa el sabor del delicioso café. Las diez están a punto de sonar en el alto reloj mecánico que monta guardia en el vestíbulo.

Vuelve a examinar el círculo sin cerrar que ahora rubrica la partitura en el lado superior izquierdo del pliego: no es para tanto. De modo que ruega perdón a Dios por las malas palabras que ha concebido en su pensamiento y señala con la barbilla al clavecinista: puede comenzar con la escala del primer recitativo.

1. LA MUJER VAMPIRO

EL FINAL DE LAS VACACIONES trae el cambio de un mar por otro mar. El primero, el de allá, estaba hecho de agua y espacios abiertos; este de aquí, ahora, es una masa de metal, vidrio, neumáticos, bocinas, tubos de escape que el dique de la avenida no puede contener. A la inspectora Esther Béjar nunca le ha gustado el mar, independientemente del material con que esté fabricado, de modo que la diferencia le resulta superflua. Se limita a asarse en el habitáculo de su Seat Ibiza mientras observa cómo el resto de vehículos se esfuerza por maniobrar en el interior del atasco, y eso es todo.

Pero no, no es todo. A la temperatura homicida de este mes de septiembre, que no se entera de que el verano ha terminado, hay que sumar las prisas, el cansancio. Esther se ha retrasado en casa más de lo necesario porque su trastero es un territorio hostil donde no puede encontrar nada, no al menos lo que tendría que encontrar antes de entrar en la oficina. Antes de tener que correr, encender el motor a marchas forzadas, surcar las avenidas soñolientas sin mirar los semáforos, quedar atrapada en el atasco reglamentario. También hay que sumar, sí, la semana sin fumar: tratando de no fumar. Esforzándose a pesar de que el paquete de Chesterfield que guarda como último recurso la reclame desde la guantera. Es difícil, pero Esther combate contra sí misma para no oír esa voz. Se fumó su último cigarrillo en la falda de una ladera, contemplando las encinas, dejándose embargar por un optimismo panteísta y la confianza en la vida nueva que estaba a punto de comenzar, que suele comenzar cada vez que sale de una tribulación o de un desengaño. Pero las vidas nuevas son difíciles: las venden sin montar y con las instrucciones plagadas de jeroglíficos, como un mueble sueco.

—Venga ya, joder —su mano derecha presiona el centro del

volante.

La batería electrónica golpea sin parar los altavoces. Resulta que se encontró la radio del coche estropeada al regresar de la sierra, por no sabe qué cosa del circuito eléctrico, y ahora es imposible cambiar tanto el volumen como la emisora: una que ofrece sádicos maratones de música disco de veinticuatro horas. La canción que emiten en este momento, justo antes de que Esther vuelva a estrujar el claxon, bufe y se lleve la mano a la frente para retirarse el flequillo sudado, es *Born to be alive*, de Patrick Hernandez. Por fin, después de once minutos estrictos de cocerse al sol, el Hyundai rojo que tiene a su derecha gira de posición y ella consigue liberarse de un volantazo: ha nacido para sobrevivir, igual que el tipo del estribillo.

Blanco y oro, con letras góticas bajo las que se delinea la arquitectura de un minarete o un zoco. Esther dibuja nítidamente el paquete de tabaco de la guantera en su imaginación, huele el aroma pardo del interior con un calambre en el estómago. Ya sabía que no sería fácil. La sensación de carencia, el vacío, es tan intensa que le cuesta concentrarse en encontrar el camino entre columnas y franjas coloradas hasta el fondo del garaje subterráneo. Pero como el tiempo sigue evaporándose, no tiene ocasión de concederle un segundo pensamiento después de desconectar el motor, emprender otra carrera, aguardar tres inútiles minutos frente al ascensor y elegir por último la escalera. Sólo cuando deja atrás el bullicio de la planta baja, para sustituirlo por el tecleo y los teléfonos airados de la segunda y la tercera, comprende que ha regresado de nuevo al trabajo. Una puerta de cristal entreabierta conduce a la brigada de Policía judicial, su destino; Esther Béjar reúne aire en sus pulmones maltratados antes de atravesarla.

Ahora ya es oficial, ha llegado tarde. Los escritorios cubiertos de papeles, los archivos, las órdenes de jefatura fijadas con chinchetas a los paneles son los únicos testigos de su irrupción en la oficina. Agradeciendo el aire acondicionado, Esther tuerce por el pasillo de la derecha hacia la sala de juntas: las reuniones suelen comenzar a las nueve, tampoco ha sido tanto retraso, deben de andar ahí todavía. Pero se equivoca; hoy habrán comenzado antes o interrumpido la sesión por alguna causa, porque también aquí las sillas de pala están vacías, y los pocos funcionarios que restan se

detienen mansamente por el pasillo a conversar o improvisar chistes. Alguno de ellos dedica a Esther un arqueo de cejas o una sílaba entrecortada por la que debe entender una bienvenida: Gálvez y su camisa demasiado estrecha, la mirada remota de Mágina, los dedos hinchados de anillos de Urbizu. Pero la única que permanece sola en mitad del corredor, como masticando un chicle petrificado, es la chica vampiro; la camiseta de tirantas negras, el cabello de plumaje de cuervo, la sombra en los párpados y el óvalo de las uñas la hacen destacar sobre la blancura de las paredes como pintada con rotulador.

—Buenos días, qué tal —Esther ensaya una sonrisa—. ¿Llego tarde? ¿Ha terminado ya la reunión?

—Sí —Ancona, la joven vampiro, asiente en dirección al suelo.

—Lo siento, he encontrado un atasco tremendo —la voz de Esther se esfuerza en sonar compungida—. ¿Algo importante? ¿Dónde está el jefe?

Pero es obvio que son demasiadas preguntas para la joven cadáver, que sin duda debe de añorar la tibieza (o lo contrario) de su cripta. Parece despertar de repente, agitarse para retroceder; la vista se eleva tenebrosamente del embaldosado y ella masculla:

—¿Soy yo tu secretaria? Búscate a otra de la que colgarte, guapa. O te jodes, como nos joden a todas.

Esther no se atreve a replicar y la deja desaparecer en el recodo del pasillo. Comprende que es mejor regresar a la oficina, en cuyo extremo, junto a la gran mampara de cristal esmerilado que marca la posición del despacho del inspector jefe Lago, una mujer y una niña ocupan el último escritorio. Igual que de costumbre, la mujer es un prodigio de peluquería, circundada de collares, ajorcas y una blusa exuberante de jardines en floración; la niña, a su lado, se desliza de mesa en mesa sobre dos zapatillas deportivas con ruedas incorporadas en los talones. El procedimiento consiste en una serie de operaciones sucesivas. Comenzar haciendo equilibrio en el panel del escritorio más cercano, titubear, medir las distancias; seguidamente, lanzarse hacia el pasillo central con la misma pose con que el esquiador acuático sigue la estela de la lancha; por último, estrellarse contra la mesa situada en un ángulo de ciento veinte grados con respecto a la primera, derribando vasos de lápices, hojas, la fotografía de una mujer y dos criaturas que no

tienen culpa de nada.

—Me alegro de verte, Esther —Ludivina, la secretaria del inspector jefe, dispensa besos y aroma a perfume—. ¿Qué tal las vacaciones?

—Bien, primero la playa y luego en la sierra tranquila unos días —el resto de lo que Esther desea añadir queda desbaratado por el impacto de la niña contra su hombro, después de un eslalon y más lápices por los suelos.

—¿Por qué llevas el pelo así? —en la camiseta de la niña hay una adolescente serigrafiada con patines, bajo el rótulo *Soy Luna*—. ¿No tienes cepillo?

—¿Quién es esta niña tan simpática? —Esther quiere sonreír, pero no siempre consigue lo que quiere.

—Es Andrea, la nieta del jefe —suspira Ludivina, antes de recoger los lápices con una pesadez que habla de un gesto más repetido que tolerado—. El jefe se la ha traído a la oficina porque su hija tiene que hacer no sé qué cosa, y como ahora está reunido, tú sabes. Sí, el jefe está en el despacho, con Mora.

Desde el otro lado de la amplia superficie de cristal tintado, sólo son visibles dos sombras que avanzan y se retiran, como escualos en el fondo de un acuario.

—¿Qué le pasa a Ancona? —Esther señala vagamente con la cabeza en dirección al pasillo.

—Te ha soltado alguna fresca, ¿no? —el collar de Ludivina percute contra su clavícula cuando ella se atusa el pelo—. Está de mala leche. De más mala leche, si eso puede ser. Le han negado una infiltración en un caso de secta y se lo ha tomado fatal. El elegido ha sido otro.

Una inclinación de la frente de Ludivina hacia el despacho del inspector jefe, que en ese momento se abre, busca subrayar la última frase. Del recipiente de cristal del otro lado emerge un hombre joven, con la camisa a medio abrir, y dos brazos de piel tostada sobre los que se devana el ovillo de un tatuaje aborigen. El hombre sale decidido del acuario, pero se detiene de sopetón al descubrir fuera a Esther: su energía se transforma en vacilación, casi en embarazo. En cuanto a Esther, no parece más cómoda; da un paso atrás como cediendo el tránsito a una autoridad superior.

—Hola, Esther —el hombre no sabe qué hacer con sus manos,

con los brazos decorativos donde las transporta—. ¿Qué tal todo?

—Muy bien, Raúl —y por si el hombre no se ha enterado, ella lo repite—: muy bien. ¿Qué tal tú?

—Estupendo, aquí salgo de hablar con el jefe. Ah, mira, ahora que te veo, te tenía que comentar algo.

—Dime.

Sin que ella pueda resistirse, una loca descarga recorre la piel de Esther cuando el brazo y los tatuajes la retiran a un lado, en busca de un poco de intimidad. En el otro extremo de la oficina, la niña ha conseguido abatir dos jarras de rotuladores y un calendario de mesa de un solo golpe.

—Tengo algo tuyo en casa —explica Raúl en un susurro—. Es un pendiente, de plata, creo, en forma de espiral. Te lo traigo cuando pueda.

—Ah, claro, sí —los dedos de Esther exploran impulsivamente su lóbulo izquierdo para comprobar que, en efecto, allí no hay ningún pendiente.

No, no hay ningún pendiente, ya no, ni nada más. Tampoco es que ante hubiera mucho, pero sí lo suficiente para distender los músculos de Esther bajo las sábanas, hacerla gemir y sudar y creer elevarse hacia el techo del dormitorio de soltero, decorado con fotografías de archipiélagos y anémonas del color de una hemorragia: sin querer, atraviesan su mente los tatuajes maoríes, que en los omóplatos representan un sol y una luna, el aliento de ese hombre desconocido en su cabello, conversaciones más bien insulsas sobre submarinismo, que él practica cada vez que tiene un permiso en rincones imposibles del globo, un par de cervezas, el placer, sí, el placer, que se va distanciando poco a poco y como languideciendo, que hace, al apagarse, espaciar las llamadas y al final va convirtiéndose en indiferencia, en silencio, en nada de nada. En suma: una agradable relación sin compromiso de un par de semanas que ha dado algunas memorables sesiones de sexo y poco más. Y nada más.

—Ya hablamos —concluye el desconocido con una sonrisa, y se despide tras un apretón en la blusa de ella.

Las zapatillas rodantes de Andrea ya han aprovechado la puerta abierta para precipitarse en el despacho de su abuelo e improvisar un atentado suicida contra la percha de la izquierda, que resiste

dolorosamente en pie después de tambalearse. El inspector jefe Lago, por lo común un anciano afable que uno sólo puede imaginar repartiendo chucherías en un cumpleaños, no dispone hoy de muchas reservas de paciencia; pocas veces ha sorprendido Esther esa furia y ese hartazgo en su tono de voz cuando se aproxima a la niña y la toma del antebrazo para reprenderla. A una niña, por cierto, cuya melena rubia supera la calvicie del inspector jefe en casi un palmo y que no parece amedrentada en absoluto por esta pieza arqueológica que le habla.

—Ya está bien, Andrea, hija mía, vas a partirte la cabeza y de camino destrozar esta oficina. Estate quieta de una vez, haz el favor.

—Llévame al parque —Andrea se zafa de la garra del anciano—. Llévame al parque ya. Me dijiste que me llevarías al parque.

—Vas a tener que esperarte, no es tan fácil —el inspector jefe intenta un acento más comprensivo—. Tengo que terminar unos asuntos, es mi trabajo.

—Llévame al parque ya —pero la niña no se deja convencer—. Esto es un coñazo.

—Niña, así no se habla —la comprensión se ha esfumado—. ¿Qué boca es esa? ¿Cómo os educan ahora a los niños? Haz el favor de volver ahora mismo con Ludivina o te vas a quedar sin parque al final.

Después de una costosa maniobra con las zapatillas, patines o lo que sea, que la obliga a trazar un semicírculo y estar a punto de romperse las costillas contra la mampara, Andrea abandona el despacho y permite a su abuelo cerrar la puerta tras ella. El anciano suspira: parece mucho mayor ahora. Le quedan sólo unos meses para jubilarse, y aunque hasta hace poco lucía el aspecto más o menos sólido y correoso del peregrino que no se deja batir por las muchas leguas del camino, ahora todo su largo periplo y las escalas y las noches al raso y la humedad y el cansancio se le han venido encima de golpe. Esther lo contempla, ahí, en la fría enormidad de su despacho, con el color café de su guayabera sobre los hombros hundidos y los zapatos de rejilla al final de los pantalones, y no puede evitar pensar que mejor estaría en cualquier sitio arbolado, disfrutando del sol y de señoritas de uniforme blanco que se interesan por su próstata. Pero esa impresión, ficticia por lo demás,

dura sólo un instante: el que necesita la mirada del inspector jefe Lago para aclararse y volver a ser otra vez esa superficie de acero de antes.

—Discúlpeme, inspectora Béjar —la voz revela un dominio terminante de la situación—. Mi hija se está divorciando, anda de abogados y no tiene con quién dejar a la niña. El curso ya ha empezado, pero la niña cambia de cole porque mi hija se ha mudado y todo es un lío: toca fastidiarse. Son las obligaciones que uno contrae con la paternidad, ¿verdad? Bueno, *piano piano*, no hay que apresurarse. ¿Qué tal ha pasado sus vacaciones?

Las imprecisiones de Esther (la playa con mamá y con el Bicho, luego la sierra, la casa alquilada, los paseos por los encinares) duran lo justo para que el anciano y ella alcancen el vasto escritorio y la cordillera de papeles, carpetas, documentos sellados, periódicos, fotografías, órdenes superiores y hasta partituras de música que componen su orografía. El piano electrónico situado en el extremo, detrás del sillón de cuero, delata una de las grandes pasiones del inspector jefe, si no la mayor: no es infrecuente sorprenderle con las manos añosas sobre el teclado, los auriculares de caucho ocultándole la mitad de la cara, mientras Bach rebaja sus preocupaciones con la dulzura de unos acordes. Ahora, el piano está desconectado y una funda de nailon protege las octavas del descuido: no hay tiempo para eso. Tal vez más tarde, cuando el volumen de papeles comience a descender sobre la mesa y permita entrever de nuevo los pentagramas del fondo.

—Perdone el retraso, jefe —dice Esther—. La gente ha vuelto en masa de las vacaciones y he cogido un atasco de narices.

—No se preocupe —la mano de Lago resta importancia al asunto abanicando el aire—. La cosa anda tranquila de momento, parece que también el lumpen se toma vacaciones, y no me extraña, porque con este calor hay ganas para poco. No nos apresuremos, que eso sube la tensión, ¿verdad? Más que *piano*, tocaremos *pianissimo*. Yo le tenía asignado algo, es cierto, pero ahora mismo no recuerdo qué… Espere un momentito… Sí…

Las montañas de documentos de la mesa cambian posiciones cuando el inspector jefe se vuelve hacia ellas y comienza a excavar túneles, abrir senderos, partir valles en dos. Su obra de desmonte le ofrece varios hallazgos que recita con voz monótona, mientras

Esther aguarda apoyada sobre el respaldo de la silla de visitas: está el caso de los dos vagabundos asesinados, pero parece poca monta, algo como ajuste de cuentas, eran antiguos toxicómanos, así que se lo han pasado a narcóticos; la violación y asesinato en Montequinto, con agravante de violencia machista, etcétera, lo lleva Urbizu, que tiene experiencia en esos ruedos; está la anciana encontrada en el interior de un baúl, donde, al decir de la autopsia, llevaba guardada unos diez años, aunque, aparte de que la hija del cadáver ha convivido con él durante todo este tiempo sin muestras de molestarle esa cercanía, no existen indicios de violencia ni móviles: las costumbres funerarias constituyen todo un capítulo aparte en el acervo de la antropología. También está el profesor de la Facultad de Filosofía al que han atropellado por una distracción, que se empeña en hablar de una conjura con ramificaciones en el rectorado y el sindicato de estudiantes, de donde, según jura y perjura, recibe amenazas por escrito desde hace varios meses: probablemente una consulta psiquiátrica le sería de mayor ayuda, pero por si las moscas Gálvez irá a hablar con él y revisará los hechos. Y, ah, *sí*, aquí está. La última hoja del fondo del valle es la que corresponde a Esther.

—Una muerte en el hotel Los Lebreros —lee Lago por encima, sin detenerse—. Fresco, de esta misma mañana. Un tal Alfonso Medina, domiciliado en Madrid, que había llegado a Sevilla de visita una semana atrás. Al parecer hubo torturas de por medio, y no queda muy claro, por el informe preliminar, si es suicidio o algo más. Usted verá, tómeselo con calma. Usted tenía niños, ¿verdad? Bueno, pues le va a venir al pelo: por eso pensé en usted. Ahí tiene todos los datos, la Científica aún no ha levantado el cadáver.

Ella, *sí*, tiene un niño, o algo que se le parece, pero no comprende muy bien qué tendrá eso que ver con la violencia que, en el papel que acaba de recibir, se reduce a una abstracta serie de datos y medidas: daños del cuerpo, altura, peso, edad aproximada. La niña de los patines ha vuelto a irrumpir en la habitación, de modo que el desdichado jefe apenas tiene ocasión de huir a toda prisa para refugiarse detrás de su escritorio y las estribaciones de carpetas: mejor no martirizarle con más preguntas. Pero cuando Esther está a punto de abandonarle a su pobre destino de juguete en manos de fuerzas mayores, emite un último gemido para añadir:

—Ah, sí, no se lo he dicho. Su compañera será Ada Ancona. Que se diviertan.

El paquete de tabaco vuelve a erguirse en su memoria, escarlata y oro, prometiéndole liberarla de todas las angustias, si ella está dispuesta tan sólo a un leve movimiento. Que no, no lo está, o no a ese.

Llega la noche del viernes y las luces se atenúan. La jovencita pulula de un sitio a otro en busca de la música adecuada, que le permita encontrar a su rey. Un poco de *rock* la pondría en la senda correcta, la elevaría al rango de reina de la pista para disfrutar del momento más pleno y genial de toda su existencia. Así que eso, tú eres la reina del baile, joven y dulce, con sólo diecisiete años, y sientes el ritmo de la pandereta, uuuuh. Los cuatro miembros de Abba vociferan el estribillo de *Dancing queen* desde los altavoces del Seat Ibiza al tiempo que Esther dedica sufridas miradas de reojo al asiento del copiloto. Ha intentado regular el volumen del reproductor por enésima vez, incluso golpeando el botón de encendido para castigarlo por su intransigencia, pero no hay manera: la fiesta continúa con el bombo de la batería convertido en una sucesión de puñetazos. Por desgracia no había coches oficiales disponibles en jefatura, así que han tenido que resignarse a atravesar Sevilla en esta discoteca rodante, que despierta la admiración y la lástima de los vehículos que comparten línea con ella en la cola del semáforo. En el asiento derecho, Ancona parece reprimir un dolor de hemorroides bajo el parapeto de su cabello negro y sus gafas de sol. Está claro que para ella esto es el infierno. Menos mal que tiene aspecto de disfrutar del rollo satánico, con los tatuajes esos que lleva y los colgantes para invocar espíritus.

En el plazo que el coche invierte en atravesar los Remedios, franquear el río, dejar el centro a un lado e internarse en Nervión, Abba ha cedido el relevo a los Village People, que cantan al ejército de salvación, y Ancona se ha vuelto aún más oscura y tétrica en su rincón: las uñas son salpicaduras de alquitrán, la camiseta de tirantas, un tintero derramado sobre su piel sin barnizar. Afortunadamente para Esther, no es de muchas palabras. Porque cada vez que elige una para rematar un comentario o glosar el del

vecino, suele encontrarse entre las más estridentes y furiosas del idioma, joder, puta, mierda, coño: su lengua también debe de ser negra. En la tercera estrofa de *YMCA*, la mole del hotel Los Lebreros se eleva a su izquierda, con el vago aspecto de un gigantesco cajón de zapatos abandonado por error entre los edificios. Estacionan el Seat Ibiza en la zona de carga y descarga, que ya ocupa otro coche patrulla con las ventanillas abiertas; para alcanzar el vestíbulo, han de recorrer un breve tramo de acera donde las vidas de ambas se ven expuestas al vuelo rasante de los ciclistas. Uno de ellos, dotado de mochila y rastas, pasa tan cerca de Ancona que está a punto de hacerle un nuevo tatuaje, más morado que negro.

—Me cago en la puta madre del que inventó la bicicleta —ruge ella con frialdad profesional, y entra en el edificio.

El recibidor del hotel Los Lebreros consta de una serie de espejos estratégicos que amplifican el espacio multiplicando las columnas, los sillones, la gente que circula a través de la moqueta, y que le presta la luminosidad sospechosa de una licorería. No es necesario que las inspectoras se dirijan al mostrador de recepción e interroguen a los dos conserjes que se intercambian miradas de preocupación sobre los monitores: el equipo de la Científica las aguarda a la izquierda de la entrada, con sus maletas, bolsas de plástico, una camilla sobre la que reposa un bulto en una funda amarilla. Los acompañan dos agentes de uniforme, uno con el pelo oxidado y otro que tose; es el primero el que parece reconocer a las recién llegadas y las recibe con la vista puesta en la pantalla de su teléfono móvil.

—Ustedes vienen de la Judicial, ¿verdad? —dice—. Acabo de recibir un mensaje de jefatura. Usted es Coronada Ancona, ¿no? Y usted, ¿Esther Béjar?

La mujer vampiro está habituada al incógnito de las sombras: tampoco le ha hecho gracia que pronuncien su nombre en voz alta.

—¿Qué ha pasado? —ataja con brusquedad.

El agente de la Científica que responde lleva gafas y camisa a cuadros. La cosa de plástico que sostiene en la mano no es un bote de muestras biológicas, sino un café.

—Saltó del noveno piso, o lo tiraron —el café señala hacia el bulto de la camilla—. La cabeza está hecha picadillo.

Ahora por fin Ancona se encuentra en su medio. El malhumor desaparece de sus gestos y el rostro de bruja recupera la animación en cuanto abre la cremallera y deja al descubierto el cráneo desmenuzado del cadáver. Esther necesita girar la cara y recolocar el estómago en su lugar: a pesar del aire acondicionado, la temperatura conspira para empeorar el olor, y los restos de materia encefálica, sangre y hueso forman una pulpa que resulta difícil mirar si no es a través de un cigarrillo de protección. Pero ella no puede servirse de ese cigarrillo. En cuanto a Ancona, prosigue entusiasmada la inspección ocular, deteniéndose con aire goloso en cada hematoma y cada abertura, apreciando la categoría artística del conjunto desde un paso de distancia.

—Le han arrancado las uñas de las manos y los pies. Le han cortado los pezones —Ancona palpa sin pudor el torso de cera—. Estuvo atado, como muestran las marcas de las muñecas. No son marcas de hilo ni soga, sino de alambre.

—¿Y eso cómo lo sabes? —interviene el tipo que acompaña al de las gafas, con un bigote que no se ve desde los tiempos de Freddie Mercury.

—Yo sé de ataduras —se limita a asegurar la mujer vampiro.

—Las lesiones de arma blanca quizá estén relacionadas con otro suceso —el joven de uniforme que las ha recibido consulta su libreta—. Según el director de personal del hotel, una trabajadora del restaurante denunció hace dos días la desaparición de un cuchillo de pescado, una parrilla y algunos artículos más. No sabemos si tendrá que ver. Ahora el director está hablando con la limpiadora que encontró el cadáver, pero pronto podrán interrogarla ustedes mismas.

Ancona ha asumido el mando de la operación con la misma naturalidad que si se encontrara en su casa familiar de Transilvania.

—Bien —asiente—. Del director y la limpiadora pueden encargarse ustedes: tómenles declaración. ¿Quién es el muerto?

—Tenía treinta y seis años —aclara el segundo agente de uniforme, que hasta el momento ha hecho poco más que toser—. Se llamaba Alfonso Medina Gutiérrez y estaba domiciliado en Madrid. Llevaba una semana y un día alojado en el hotel, en concreto desde el día 18. Asistía a un congreso en Sevilla junto con un amigo que se aloja en la habitación contigua, la 936, y que responde al nombre

de Pedro José Espínola Morón. Les espera arriba, con otro compañero.

La atmósfera de nocturnidad, esa aura de pecado encubierto y lujo de escaparate, prosigue en los apliques dorados del ascensor que los conduce en silencio hasta las plantas más altas. La habitación en cuestión se abre a la derecha de un largo pasillo con una alfombra parda, de esas que los niños recorren en triciclo en las películas de terror. Y esta pertenece al género, al menos por el trabajo que está dando a sus personajes: una mujer y dos hombres de la Científica recorren las cuatro paredes y el baño escarbando en los rincones, adentrándose bajo el somier de la cama de matrimonio, estudiando la pintura de los muros y el envés de la moqueta, empuñando sus pesadas cámaras fotográficas, que tienen el aspecto de bombas de relojería, mientras señalan puntos con cartelitos amarillos; esos mismos que Ancona y Esther están a punto de pisar poco antes de que la mujer las inmovilice con un ladrido de amenaza. Lo cierto es que, de no ser por el color alarmante y como radiactivo de esos cartelitos, resultaría imposible distinguirlos en medio del revoltijo de cosas dispares que cubre los muebles y el suelo. Carpetas abiertas, botes, manchas de sangre con tentáculos, una mesilla volcada, ceniceros y vasos hechos añicos, papeles, ropa metamorfoseada en personajes de teatro de títeres, todo rueda de aquí para allá como en un vertedero o un camarote abandonado en la estampida del naufragio. Los restos de sangre avanzan a lo largo de la moqueta, escalan la ventana y se apelotonan sobre el radiador, donde seguramente la víctima estuvo atada. Lo cual recuerda a Esther que algo le ha llamado la curiosidad unos minutos atrás.

—¿Cómo sabías lo del alambre? —inquiere.

—Es una distracción mía —responde Ancona sin alzar la vista, ocupada en buscar una prenda perdida entre los escombros. De pronto, se detiene y devuelve a Esther una expresión de desagrado —. ¿Sabes lo que es el shibari? ¿No? Infórmate.

No, Esther no tiene idea de lo que es eso que un principio no le suena más que a pescado crudo japonés o a un pasatiempo de revista. Pero ese mismo día, más tarde, cuando ya haya abandonado la escena del crimen y se ase bajo el sol de septiembre intentando no pensar en un cigarrillo, recorrerá en su teléfono móvil la página de Wikipedia y otras dedicadas a juegos eróticos, y se enterará de

que el shibari es la técnica japonesa que consiste en inmovilizar el cuerpo de una persona mediante un conjunto de nudos dispuestos de modo artístico; que se trata de un modo de apresamiento derivado del arte marcial hojojutsu y durante siglos constituyó una forma de tortura; que hoy en día se resalta su aspecto placentero asociado a los BDSM, esto es, las prácticas eróticas de dominación y sumisión. Esther no sabe todavía nada de eso y por tanto se calla y sigue mirando.

Mira, por ejemplo, la ventana por la que presuntamente la víctima se arrojó al vacío y que, a pesar de permanecer abierta, aíslan del exterior las persianas de palas verticales que recorren toda la fachada. Comprueba, también, que el desorden se extiende al pequeño cuarto de baño situado a la izquierda de la entrada, donde los cristales rotos y los recipientes abandonados acaparan las esquinas, la tapa del inodoro, el lavabo y la bañera. No puede resistir agacharse para recoger uno con el que acaba de chocar su pie: es un bote de colonia, o algo similar, con las trazas de un click de Playmobil. Es decir, los brazos acoplados al tronco, la sonrisa hierática, dos puntos en lugar de ojos y ese característico cabello en zigzag que sirve de tapón. El encanto, el leve aroma a infancia y despreocupación duran lo justo hasta la irrupción de la antipática de la Científica, que pone cara de haber sorprendido a Esther jugando con los botes de lejía.

—Este es Pedro José Espínola —explica una voz.

El agente de uniforme que monta guardia en la habitación mientras las cámaras hacen su trabajo acaba de introducir a un sujeto achatado, de codos gruesos, que ha comenzado a ser mordido por la calvicie. Es uno de esos niños longevos, eternos, que leen tebeos y se divierten con muñecos en vez de acatar las responsabilidades onerosas a que obliga la edad, familia, hipoteca, desengaños. Se sube las gafas de pasta y cruza y descruza los brazos sobre su camiseta amarilla, con el logotipo de *The Big Bang Theory*, antes de hacer una aclaración a las dos inspectoras:

—Pueden llamarme P. J.

—Muy bien, señor Espínola —es Esther la que responde ahora—. ¿Fue usted quien encontró el cuerpo?

—Yo —P. J. se vuelve a colocar las gafas—. Sí, yo y la señora de la limpieza. Pobre Sito, joder, pobre Sito. Éramos muy amigos.

El niño grande está visiblemente afectado por la muerte de su compañero de juegos: habla sin devolver la mirada y cada pocas frases deja que la voz se deshaga en un murmullo sin sentido, como si ya no tuviera nada importante o sonoro que pronunciar. Entre rodeos y accesos indirectos, Esther es capaz de sonsacarle que anoche salió a cenar con otro de los asistentes al congreso, un amigo de la sociedad de Valencia al que hacía mucho tiempo que no veía y que responde al nombre de Pepo Olivares, no se sabe si José o Pedro. Sito, la víctima, no acudió porque no se encontraba bien: P. J. cree que se debía a algo de la digestión, el día anterior habían almorzado en un KFC, uno de esos sitios de fritanga industrial, y él le había dicho que se iba a arrepentir. Cuando P. J. volvió de la cena, sobre las diez, llamó a la habitación de Sito pero nadie contestó, así que dedujo que se había dormido; pero como esta mañana seguía sin dar señales de vida a pesar de que le aporreó la puerta y gritó su nombre por todo el pasillo, decidió recurrir a la señora de la limpieza para que le abriera el paso y se encontró esto. No, no oyó ningún tumulto en la habitación durante todo el tiempo que estuvo en el hotel.

—Eso que lleva usted colgado en el cuello —Esther acaba de reparar en una figurita que reluce bajo la camiseta amarilla—. ¿Es un click? ¿De plata?

Los dedos de P. J., mordidos en torno a la cutícula, empuñan la figura y la hacen girar.

—Claro —dice—. Los clicks de Playmobil. ¿De qué se cree que es el congreso al que asistimos? Nada menos que la VI Bienal de Playmobil.

—Ah —la sorpresa de Esther es genuina—. La VI.

—Sí —la voz de P. J. adopta un tono de conferencia—. Este año se celebra en Sevilla porque aquí vivió Cornelis Bom, ¿saben? Sito y yo venimos de la Asociación Colegiada de Madrid, y llevábamos más de una semana aquí, preparando nuestra intervención, puliendo nuestras ponencias, etcétera.

El rostro de estupor de las dos policías aconseja a P. J. explayarse en una serie de datos adicionales. La Bienal de Playmobil se celebra todos los años pares desde el 2002, salvo el 2008, en que hubo disensiones entre la UPO (United Playmobil Organization) y el PCC (Playmobil Collectors Club) en relación a la admisión o no de

un conjunto de sectas heterodoxas, generalmente de cuño radical, como los Inceps (de *inception*) o los Personalistas. En años anteriores, las sedes elegidas fueron Berlín, Londres, Barcelona. Y este año, la organización se ha decidido por Sevilla porque se supo que Cornelis Bom se había radicado aquí después de pasar varios años en la costa de Cádiz. Las dos pobres policías, claro, no tienen ni idea de quién es Cornelis Bom, pero P. J. se ofrece a remediar de inmediato esa carencia: un nombre importantísimo en la historia de Playmobil. Fue él quien trabajó junto a Hans Beck en el diseño de los primeros prototipos, con un aluvión de ideas llenas de audacia que luego la empresa desechó y que siguen siendo una mina para los heterodoxos: un tipo bastante excéntrico, o eso pretendía su fama, que rehuía a la gente y vivía enclaustrado en su apartamento entre maquetas, proyectos y recuerdos de tiempos mejores. Lamentablemente, acababa de fallecer apenas un mes atrás; justo cuando, después de dar con él, habían conseguido convencerle para que pronunciara la conferencia inaugural de la VI Bienal.

—Fue un golpe para todos nosotros —P. J. se muerde el labio—. Y ahora, esto de Sito. El universo Playmobil no levanta cabeza.

Igual el universo de Playmobil no, pero Ancona sí que lo hace: porque no cesa de mirar aquí y allá, estudiando la ventana y las prendas olvidadas en la alfombra y las carpetas de las que sobresalen papeles, siempre con el mismo gesto de enojo de quien tiene que volver sobre sus pasos para recoger un objeto estúpido que se dejó atrás, el móvil, las llaves, el monedero. Dos de las carpetas lucen en la portada el logo de Playmobil, el rostro del muñeco con la ubicua sonrisa y el pelo en forma de dentadura, bajo el lema IBERCLICK, ASOCIACIÓN IBÉRICA DE COLECCIONISTAS. Al retirar la tapa de la primera, Esther descubre un largo texto mecanografiado, notas a pie de página, fotografías en blanco y negro y color, el título «Playmospace contra Famospace: la diferencia no está sólo en el nombre».

—Es la ponencia que iba a presentar Sito —aclara P. J.—. Durante las bienales hay charlas, encuentros con intercambios y compraventas, también a veces, incluso, un *cosplay*, y presentación de novedades. Una gran fiesta del universo Playmobil, para que me entiendan. Ahí tienen también mi ponencia, por si les interesa. Es sobre la nueva serie programada para este año, la de los

Cazafantasmas. Conocen a los *Cazafantasmas*, ¿no? Los de toda la vida, no la parida de *remake* esa que han hecho ahora. Por primera vez en su historia, Playmobil va a fabricar juguetes licenciados, si exceptuamos la serie de Funko: es decir, juguetes inspirados en otra marca, en un personaje, película, serie. Es todo un acontecimiento.

Como en otra exposición, los de la Científica han colocado todas las pertenencias del difunto sobre la colcha de la cama. El contenido del equipaje, una sucinta maleta verde con la marca estándar de Carrefour, acapara la mayoría del espacio, pero también hay una pequeña bolsa de mano que imita a las de lona de los años setenta, con un dibujo y el lema *Sport Billy*. El resto son menudencias, pequeñas piezas de coleccionista, como ejemplares únicos en la vitrina de un numismático: bolígrafos, el móvil, la cartera, la bolsa de aseo, una *tablet* con la esquina rota, billetes de AVE ida a Sevilla, vuelta a Madrid, un juego de llaves de un domicilio, una llave electrónica de *parking*, una de moto, otra más pequeña, como de un buzón, una libretita en forma de agenda. En la portada de la libretita figuran los inevitables muñecos de miembros rígidos y sonrisa tetánica, con sus pistolas de rayos, yelmos transparentes y vehículos que desafían la velocidad de la luz, pero Esther reconoce que a estos no los había visto nunca: los accesorios son más sofisticados, más galácticos, la expresión ha variado en los rostros, el ambiente general recuerda más a la discoteca que al cuarto de juegos.

De pronto, se sorprende a sí misma pensando en los clicks. En la caja de clicks que una vez se le ocurrió regalarle a Tomás, un camión hormigonera amarillo y naranja, con dos operarios que en la fotografía de la tapa preparaban los rastrillos y el palustre para el encofrado. En la cara de terror de Tomás al rasgar el papel de regalo y encontrarse con aquel armatoste, aquella cosa aparatosa e inútil en vez del telescopio que él había pedido. Pero que ella, su madre, se había negado a concederle porque era sólo su cuarto cumpleaños y los niños tienen que jugar, las madres tienen que prohibir, los perros tienen que ladrar, los pájaros tienen que volar, y todo lo demás. La libreta se cierra con una gomilla sobre la que se cruza un bolígrafo; el rótulo impreso en el plástico blanco no guarda ninguna sorpresa: PLAYMOBIC.

—Son los Super-4 —acaba de aclarar P. J. sobre el hombro de

Esther.

—¿Qué? —ella agita la cabeza, despertando.

—Los de la agenda, que parece que no los conoce, ¿no? Son los Super-4: Alex el caballero, Ruby la pirata, el agente Gene y el hada Centella, o Twinkle, si ve la versión original. Es la primera serie animada inspirada en personajes de Playmobil: aquí la emitía Neox, y creo que también han puesto algo por Boing. No es gran cosa, si le digo la verdad, la serie, aunque si alguien me oye podría meterme en un lío —baja la voz—. Eso sí, los diseños son espectaculares. Como la nave de Gene, el Camaleón. Cambia de aspecto con sus células fotosensibles.

La agenda apenas ha sido usada: direcciones aisladas, bocetos, alguna fecha de varios meses atrás, algún número de teléfono. Y luego, en la cuarta página, a la izquierda, una cascada de signos incomprensibles. Una lluvia cerrada de letras cae desde lo alto inundando hasta la mitad el espacio disponible. Por puro azar, o indiferencia, Esther comienza a leer, a intentar leer, la tercera línea desde el final: *AlppAlpiAmbbAaabAyhmPbmmAbobMaohApmpHphyMoyhApbpLb*.

—¿Qué es esto? —exclama sin querer.

P. J. se gira de nuevo y vuelve a otear desde el hombro de ella. No es una tarea fácil: necesita ponerse de puntillas.

—Ni idea —confiesa—. Tiene pinta de lenguaje informático, ¿no? Pero Sito no es muy aficionado a los ordenadores.

La revelación, según suele, llega a Esther con un papirotazo: es una clave. Un mensaje cifrado. Una estela jeroglífica: la piedra de Rosetta. Esa certeza abre un nuevo abismo en su ansiedad, en su fatiga, en todo lo que debería hacer y los botones que debería pulsar y los caminos que debería emprender sin atreverse todavía a efectuar el primer paso. La clave es una advertencia, un aviso: ahora tiene un motivo aún más poderoso para realizar esa visita, para abrir esa puerta, para retomar el sendero que no se atreve a mirar, porque cree, siempre se cree, que basta con darle la espalda para que deje de existir.

Desde su posición táctica en la esquina que da a la avenida María Auxiliadora, los clientes del bar Trinidad pueden apreciar la calidad

de los embotellamientos de tráfico de la capital. A esta hora, el asfalto ha desaparecido bajo una chatarrería de cristales y chapas rojas, verdes, blancas y amarillas; los transeúntes han de abrirse paso entre las furiosas criaturas de metal atrapadas bajo el mediodía; los niños del colegio de Salesianos de enfrente rompen a huir en cuando se descorre la verja del patio; los ciclistas se arrojan sobre los niños y a punto estarían de despedazarlos de no ser por la cercanía del carril bici. Un día como cualquier otro.

Una puede contemplar este magno panorama desde los veladores de fuera, pero con el calor que hace Aurora se ha decantado por una mesa bajo el aparato de aire acondicionado; allí divide su atención entre los ventanales y el televisor situado arriba, sobre la máquina tragaperras. A diferencia de Tomás, que permanece embebido en su revista, Aurora no se decide por ninguno de los dos espectáculos: el atasco, el calor, y Pedro Sánchez y Susana Díaz le resultan ecuánimemente apasionantes o remotos. Hasta que, de repente, un cuerpo irrumpe en la cristalera enjugándose el flequillo solidificado por el sudor para decantar la balanza. Aurora chasquea la lengua, cierra los dedos sobre la mesa en que el poso de Bitter Kas desintegra los últimos cubitos de hielo y se prepara para recibir a su hija con la correcta expresión de tormento.

—Hola —la voz de Esther asciende en medio de un jadeo—. ¿Qué tal, Bicho?

—Bien —Tomás no levanta la mirada de la revista.

—Habíamos quedado a las dos y media, ¿no? —comienza Aurora, abriendo los dedos de nuevo—. Este pobre niño está muerto de hambre. Y yo llevo ya dos Bitter Kas. Espero que no sea malo para la tensión, porque si no, voy lista.

La indumentaria elegida por Aurora consiste en un pantalón ancho, cerrado en los tobillos, que le da el aspecto de un arrocero paquistaní o un fan de Tino Casal, y un blusón gigantesco, sin forma, un hábitat privado en cuyo interior protegerse de ese mundo tan desagradable de ahí fuera. El bolso de Esther percute contra el botellín vacío de Bitter Kas cuando ella descorre la cremallera en busca de algo; ha sido un movimiento instintivo, impersonal, que sólo tras un segundo de reflexión revela su inutilidad: no hay paquete de tabaco ahí dentro. No puede haberlo.

—Lo siento, mamá, no he podido salir antes —exhala, alejando el bolso de ella—. Gracias por recogerle. Y por llevarle esta tarde a la zapatería.

—Sí, también eso.

—Te ha quedado claro qué tipo de zapatillas son, ¿no? De fútbol. Tienen tacos, como pinchos en las suelas. Te lo enseñé en el móvil.

—Sí, sí, hija, ya sé —Aurora realiza un giro panorámico con sus gafas por todo el local, en busca de testigos de su sacrificio—. Tú sigue mandándoselo todo a la criada, que para eso está. Y que todavía tiene que preparar la comida de mañana, para ir a la zapatería, porque si ella no hace la comida no la hace nadie. Y con este dolor en la espalda, que hoy me he levantado baldada. Casi sin poder moverme, vamos.

Esther vuelve a suspirar, despacio. A este ritmo, no habrá bombona de oxígeno que pueda ayudarla a mantener la respiración: enfrentarse a su madre siempre ha sido la variante más exigente de buceo. Dar aletazos, extraviarse, la asfixia, la presión submarina. Los tiburones.

—Muchas gracias, mamá —entona—. Te repito que esta tarde tengo papeleo en la oficina y no puedo ir yo. Tu nieto te lo agradecerá eternamente. ¿Verdad, Bicho?

Pero Tomás no parece muy inclinado a la gratitud. En realidad, no parece inclinado a nada que tenga lugar fuera de la cubierta plastificada en negro y amarillo de la revista que sostiene sobre las rodillas, y cuyo contenido recorre con la misma concentración con que otros niños que no son él asisten a los campeonatos mundiales o duelos contra supervillanos a punto de triturar el planeta. Con menos espanto que resignación, Esther constata que se trata de nuevo de un número de *Science*. La portada exhibe un paisaje de color ceniza, una sucesión de manchas con dientes que recuerda quizá al casco de un barco asediado por la herrumbre o a un cultivo de hongos en una placa de microscopio. En realidad, se trata de la superficie de Plutón tal y como ha sido retratada por la última sonda que ha pasado a su lado, la New Horizon. Ese suele ser el lugar natural de Tomás: Plutón, el distante mundo de arriba, de adentro, el más allá. Para cuando capta el matiz interrogativo en la última frase de su madre, es tarde: ella ya le apuñala con dos ojos

de amenaza desde el ángulo opuesto de la mesa.

—Me la han dado en el colegio —se defiende inútilmente—. De verdad. Es vieja.

—Ya hemos hablado de esto muchas veces —repone Esther—. Lo tuyo son los tebeos de Mortadelo y Filemón. O el Capitán América, lo mismo me da. Sabes que mañana tengo cita con Sergio en el colegio y se lo voy a contar todo.

En el televisor, arriba, el partido de la rosa en el puño, el PSOE, se asoma al abismo. Representantes, vocales, diputados, militantes van y vuelven entre micrófonos y estrados, intentando calificar la debacle con un adjetivo que no les hiera los labios. Pero el diccionario es cruel: descalabro; derrumbe; derrota; incluso apocalipsis: son los términos a los que se enfrenta Pedro Sánchez después de los resultados de ayer en el País Vasco y Galicia, donde las elecciones le han desangrado arrancándole hasta cinco escaños en total. Pobre Pedro, con lo guapo que es, piensa Aurora acariciando involuntariamente su botellín de Bitter Kas: sin saber, sin querer enterarse, de que la verdadera jauría que está a punto de hacerle pedazos le espera en su propia sede y no en la del enemigo. Pobre Pedro Sánchez, tan guapo, para dar de comer a las hienas y los buitres, qué lástima, de verdad.

—¿Te parecen bien las espinacas, mamá? —inquiere Esther, a la que el camarero interroga con una libreta en la mano—. Sí, una tapa de espinacas y otra de carne con tomate. Para el niño, un filete de pollo, con patatas. Una cerveza sin alcohol y ¿otro Bitter Kas?

La cabeza de Tomás asoma por encima de la fotografía de Plutón mientras él busca el tono más neutro posible con que formular una apreciación: ese tono con que se habla del tiempo, de la vida del vecino, de lo que no interesa en absoluto.

—Mamá, ya ha empezado el cole.

—Sí —admite Esther.

—Sabes lo que eso significa, ¿no? —pausa retórica—. Me prometiste que al empezar el cole me devolverías mi láser casero. El que me quitaste para que jugara a la Play Station. Pero me dijiste que me lo darías otra vez.

—Claro, claro que sí, Bicho —los dedos de Esther juegan a enroscarse y desenroscarse, a dar pellizcos—. Anda, acabo de darme cuenta de que no te he pedido tu Aquarius de naranja. ¿Por qué no

vas un momento y se lo dices al camarero?

En cuanto Tomás se retira hacia la barra, los dedos de Esther se despliegan sobre la mesa, recordando a esos abanicos membranosos sobre los que desplazan los reptiles en las islas de Oceanía. Su rostro no es mucho más amable cuando se vuelve en dirección a su madre para dispararle en voz baja:

—¿Dónde está la bolsa negra que dejé en el trastero? He estado esta mañana buscándola como loca y no la he encontrado. De hecho, he llegado tarde a la oficina por lo mismo.

—¿Qué bolsa? —Aurora realiza un ímprobo esfuerzo por abstraer su atención del destino de Pedro Sánchez, tan guapo.

—La bolsa de basura negra, grande.

—Ah, yo qué sé, hija. Aquí, a preguntarle todo a la chacha.

—Tú limpiaste el trastero hace dos semanas, ¿no?

—A ver, hija, a ver —los ojos de Aurora adoptan el brillo acuoso con que el mártir encara el tablado del cadalso—. En algo tenía que aprovechar el tiempo después de que me dejaras tirada aquí, con este calor, para irte al campo. Para una vez que el niño se queda con su padre podrías haberme llevado contigo, hija, pero no. La chacha en casa.

—Mamá, estuvimos los tres juntos en Punta Umbría, que ya fue suficiente —Esther prefiere dejar correr esos quince días, el ofensivo olor a marisco, la sensación de ahogo.

—¿Y qué es eso tan importante que tenías en el trastero?

—El láser casero de Tomás, joder, mamá. Se tiró un mes construyéndolo con las instrucciones que consiguió en internet y se lo tuve que quitar porque estaba obsesionado, para que jugara a otra cosa. Para que viera la tele, o saliera a la calle, o saliera con alguien, lo que fuera.

—Sí, la caja negra aquella, ¿no?

—Le prometí que si jugaba todos los días a la Play Station se lo devolvería al acabar el verano. Y ya ha empezado el cole, así que se lo tengo que dar. Pero tú lo has tirado.

No es Esther la única especialista en el arte del suspiro: Aurora suelta una pesada cascada de aire que ocupa un lugar intermedio entre el lamento y el mugido.

—Pues no sé, hija, la verdad es que yo tiré varias cosas, aquello estaba que daba miedo verlo. ¿Cuánta mierda te trajiste de Madrid

con la mudanza? ¿Para qué querías esos juegos de sábanas de cuando eras chica con la gallina Caponata, a ver? ¿Y esas zapatillas, con la plantilla negra? Pues nada, ahí. Que lo tire la chacha.

—Sí, mamá. Vale.

—De cualquier manera, ese trastero es una porquería y cualquiera entra y sale si le da la gana —concluye Aurora golpeando inadvertidamente el velador con la base de su botellín—. Un día me encontré la puerta a medio abrir. Cualquiera se lo podría haber llevado, te lo digo. El láser ese del niño. No es el mejor sitio para guardar algo de valor.

Al regresar, sorbiendo su suero dorado a través de una pajita, Tomás dedica una mirada de análisis a las dos mujeres. Es la mirada que el mecánico del taller concede al motor del coche después de abrir despacio el capó, el primer examen panorámico, la primera aproximación que trata de determinar la ubicación del fallo.

—Entonces —la pajita produce un gorgoteo cuando el Aquarius sube—, ¿cuándo vas a devolvérmelo, mamá?

—¿El láser? Pues mira, le he hecho un par de retoques. Te va a parecer otro. El jueves te lo doy.

La providencia acaba de enviar al camarero con el fin de evitar que nuevas preguntas e incisos vengan a escarbar en la herida; la visita de esta tarde, comprende Esther a la vez que distribuye los platos sobre el exiguo espacio de la mesa, es ya inevitable: sólo la persona a la que tiene que ver esa tarde puede sacarla del trance. Como para digerir con mayor facilidad un bocado que se adivina recio, Esther toma su Mahou sin alcohol y se lleva el gollete a los labios; le sorprende descubrir la poca cantidad de líquido que contiene, o la enormidad del hueco que necesita llenar en su interior: se la bebe de un solo trago, al mejor estilo de un motero americano. En ese momento, tal vez avisándola de un comportamiento inadecuado, su bolso emite una queja. Es el móvil: Sergio la llama al móvil. Tarda un segundo en recuperar quién es el tal Sergio, en acordarse de su cita el martes en el colegio.

—¿Esther? —la voz cruje en el auricular—. ¿Te molesto?

—No, Sergio, dime.

—Disculpa que te llame a la hora de comer, pero no sabía cuándo cogerte. Era sólo para confirmar nuestra cita de mañana.

—Sí, claro —Esther se ha puesto en pie y deambula por el

establecimiento, se detiene ante la máquina tragaperras, avanza, retrocede, contempla la cristalera—. A las seis y media, ¿verdad? Te dije que antes no podía. Ya a esa hora me va a resultar complicado, así que me tendrás que perdonar si me retraso.

—No pasa nada —la voz del aparato es sencilla, dócil—. ¿Prefieres que lo cambiemos? Puedo mirar en la agenda a ver cómo tengo el resto de días.

—Creía que sólo atendías los martes por la tarde. El resto de los días no estás en el colegio, ¿no?

—Sí, pero por ti puedo hacer el esfuerzo, no me importa.

No sabe si ha entendido bien el sentido de la última frase que la voz ha emitido, y se siente estúpida al percibir el avance calmoso de la alarma, el placer que lamen sus paredes de dentro. La vista se le queda fija en un desconocido del otro lado del cristal, en la acera, que lleva un abrigo impropio de la estación.

—Mañana está bien.

—Ajá. Traerás tus dibujos, ¿verdad? Te dije que me interesaban. Para el proyecto del que te hablé.

—Sí, sí, claro —el desconocido del abrigo es un hombre compacto, lleno de músculos, con la cabeza afeitada hasta el blanco del cráneo—. Mañana entonces, a las seis y media. Si hubiera algún problema, vuelvo a llamarte.

Lo que sigue bañándola por dentro, ese sentimiento efervescente que recuerda al encaje de una ola al extenderse por la orilla, ha perdido nitidez y perfil. No sabe si sigue siendo alarma, delectación, incomodidad, incluso cansancio. Cuelga el teléfono con la impresión de no saber dónde se encuentra; pero esa dislocación, ese extravío, es mucho más radical que la mera duda de la posición de su cuerpo en el espacio circundante: no existe GPS ni sistema de coordenadas que pueda acudir en su auxilio. El desconocido del abrigo se ha dado la vuelta después de observar la mesa en que Tomás acaba de retomar su revista para recorrer los desiertos azules de Plutón. Un último detalle llama la atención de Esther antes de que se aleje hacia el paso de peatones y el colegio del otro lado: la nuca. El signo tatuado en la nuca que la solapa acaba de esconder al alzarse, en busca de protección para un frío que no existe.

No es estrictamente necesario ser creyente para confiar en la existencia del cielo de los bienaventurados y disfrutar de sus prestaciones llegado el caso. Según acaba de descubrir Esther esta tórrida tarde de septiembre mal ubicada en el calendario, que debería pertenecer a un mes más tropical o inútil, basta con atravesar los batientes automáticos de la entrada al centro comercial Nervión Plaza y dejarse acariciar por el tacto lujurioso del aire acondicionado. Lo de lujurioso es justo: Esther siente que el vello y algo más se le eriza mientras camina llena de gratitud por el lado izquierdo de la galería principal y va dejando atrás tiendas de golosinas y zapatillas deportivas, maniquíes sin rostro que esperan no se sabe qué, lencería de teleserie americana, hamburgueserías, escaparates de menaje, ringlas de teléfonos móviles combinados en un absurdo mosaico. Cristaleras y rótulos van practicando una leve curva en dirección a la derecha, hasta desembocar en un parque infantil acorralado en un patio: hacia él parecen dirigirse también otros pasillos menores, laterales, que desde las profundidades se interponen en el camino de Esther abrumándola con más desnudos de poliuretano y advertencias eléctricas. Uno de ellos, por el que se decide al final, conduce a esa zona irreal que en la trastienda de los centros comerciales contiene los ascensores, los cuartos de baño, las escaleras, cosas extrañas que no están en venta.

En la esquina de este pasillo hay una báscula de aguja, que alguien parece conservar aquí por piedad o vergüenza; junto a ella, en el muro, sobresale otra pieza arqueológica: un teléfono público azul y verde, con la ranura de las monedas cegada por un papel. Antes de asomarse a la Oficina de Objetos Perdidos del centro comercial, que aunque se niegue a admitirlo inventando inútiles circunloquios y cláusulas condicionales es lo que la ha traído hasta aquí, Esther decide aspirar hondo y detenerse en la tintorería de al lado: de pronto le resulta interesantísimo el modo que la chica del interior tiene de reprimir el aleteo de un traje de comunión con encajes. La voz que le llega desde el local contiguo parece provenir de un lugar más nebuloso y remoto: es la voz del pasado.

—A ver, hablemos con corrección —exige la voz, igual de neutra, de nasal, de impertinente que en los días de antaño—. No se puede decir propiamente que el Chapulín Colorado posea superpoderes, porque no son superpoderes de verdad. Tiene armas:

las Antenitas de Vinil, la Chicharra Paralizadora, las Pastillas de Chiquitolina. Pero poderes estrictamente hablando, no. El Chapulín no puede tener poderes porque es un desastre, a qué negarlo. Pero ahí y por eso, y aquí está la paradoja, sí que es un superhéroe. Es justo un superhéroe porque siendo un manta se sobrepone a sus defectos y consigue triunfar sobre los malos, ¿te das cuenta?

Abandonando de súbito el escaparate de la tintorería, Esther se vuelve hacia la Oficina de Objetos Perdidos. Un nombre, por cierto, demasiado largo y digno para este aparte entre dos cristaleras mayores, que bajo la protección de un mostrador tal vez blanco busca no ser reconocido por los escasos usuarios, clientes o curiosos, que se extravían por esta parte del centro comercial. La voz que ha estado resonando hasta un segundo antes, la voz del pasado, acaba de congelarse, como el pasado suele hacer cuando contiene cosas de valor. Pertenece a un hombre de tamaño mediano, muy delgado, con una camisa de color diarrea echada sobre él como un paracaídas, y el cabello rayado al milímetro, meridiano tras meridiano negro de lo alto de la frente hasta la nuca. Sentado frente al mostrador, o detrás de él, hay un joven que parece escuchar con la resignación inevitable con la que otros soportan los dolores de muelas, las tardes de domingo, esas líneas de la vida en letra pequeña que uno preferiría saltarse pero que no hay más remedio que seguir con la punta del dedo, hasta acabar la página. Al menos, la irrupción de Esther acaba de salvar a este pobre reo del sopor: al presenciar el triángulo que se abre sobre el tercer botón de la blusa de ella, el joven se incorpora, recién despierto, para parpadear.

—Vaya —el hombre delgado no muestra sorpresa por la aparición—. La inspectora Esther Béjar. Cuánto tiempo sin verla. ¿Qué puedo hacer por usted?

Pero a ella sí que le tiemblan las palabras cuando trata de cargarlas, estérilmente, de aplomo:

—Yo también me alegro de verle, Mo Pardo —la última sílaba está a punto de delatar un gallo—. Cuánto tiempo, sí. ¿Todo bien?

La cabeza rayada de Mo Pardo se inclina sobre el joven para explicarle algo, como si él estuviera interesado en algo más que el tercer botón y el triángulo invertido, menos equilátero que isósceles, que traza la clavícula de la mujer.

—Esta es la inspectora Esther Béjar —dice—. Hace un tiempo resolvimos un caso juntos. Sí: desmantelar una red escabrosa de tráfico de personas, con torturas, y hamburguesas y tebeos de Tintín por el medio. ¿Te gusta Tintín, Jorgito? ¿No lo has leído? Pues deberías. No es el Chapulín, por descontado, pero… Luego la inspectora desapareció del mapa y nunca quiso saber nada más de este pobre pecador: tenía un marido que era escapista, de los que huyen de las cajas fuertes y eso, de él lo habrá aprendido. Así hasta hoy.

—Está bien —intercala Esther tragando saliva.

Entonces el hombre delgado comienza a aullar, o su garganta está a punto de atascarse con un caramelo difícil de tragar.

—*Rachazú hizakú harisoo roa maaleichem mineged einai chadlú harea*.

—Oh, no —la inspectora tuerce la boca—. ¿Ya está con sus idiomas de elfos y orcos? ¿Es quechua? ¿O algo de la India?

—«Lavaos, limpiaos, quitad la maldad de vuestras obras de delante de mis ojos; cesad de hacer el mal»: Isaías 1:16 —Mo Pardo sonríe—. ¿No reconoce la lengua original? ¿No sabe que Jehová se dirigía a Adán y Eva en hebreo? Pero debe de ser algo muy importante lo que la trae hasta aquí, ¿verdad? Porque está usted muerta de miedo, pobrecita. Ah, vaya. Para colmo, ha dejado de fumar. O lo intenta.

El corazón late en el pecho de Esther, precisamente debajo del triángulo isósceles, como si quisiera remontar la blusa y alcanzar el mostrador: ocupar su puesto entre los estantes de objetos perdidos.

—¡No! —miente—. No tengo miedo. ¿Por qué dice eso?

—Porque tiene más mala cara que Shorty Malgesto, o El Nene, o Rufino Rufián. Suda y le tiembla la voz, y el amarillo de la nicotina es más claro entre las zonas interiores de su índice y su dedo medio. Y ha preferido venir a verme aquí, donde está rodeada de gente, más o menos, en vez de visitarme en mi casa, que conoce de sobra, o llamarme por teléfono. No quiero acercarme mucho, no vaya a morderle, como si yo fuera el Pocas Trancas. ¿Has visto ese episodio, Jorgito, el del Pocas Trancas? Era un loco muy peligroso que escapó del manicomio y estaba aterrorizando a toda la ciudad. Creían que era sordomudo, pero no: sólo que no se lavaba las orejas.

—Mire, Mo… —intenta Esther, pero el hombre delgado la detiene con una mano en alto.

—No diga nada. Ya sé lo que le pasa: ha perdido algo. Algo que no es fácil de encontrar. Por eso recurre a alguien difícil de soportar: lo difícil lleva a lo difícil. El palo y la astilla, etcétera. Cuénteme, soy todo oídos. Y los tengo limpios, no como el Pocas Trancas.

Lo que Esther le enseña a Mo Pardo, o Modesto Pardo, que es su nombre completo, al repasar la galería de imágenes de su teléfono móvil, no resulta fácil de interpretar. Parece una especie de maqueta, o de diorama improvisado con restos recogidos en la basura, en concreto un emisor láser procedente de un reproductor de CD, una caja de zapatos, baterías y cables, trozos de espejo estratégicamente situados para trazar ángulos y líneas quebradas. Ni siquiera la propia Esther, que va explicando las fotografías como mejor puede a un Mo Pardo con la frente fruncida, puede precisar del todo el cometido de cada pieza, y eso porque tampoco ella sabe qué son: porque no es ella la autora de la maqueta. Se trata del último, sofisticado alarde del Bicho: un láser casero construido sobre instrucciones encontradas en internet. El Bicho y sus cosas, allá, en su planeta perdido, Plutón por lo menos. Una vez que la exhibición ha concluido y el teléfono móvil retrocede de la galería a la agenda y de ahí a la pantalla principal, las arrugas de Pardo se trasladan de sus cejas a su boca; sonríe, o algo por el estilo, y Esther reconoce esa mueca: es la que, en este hombre extraño, antecede a una genialidad o un disparate.

—De modo que Tomás sigue con sus cosas —concluye tranquilamente—. Un láser casero. No está mal. Lo siento, Jorge, esto no es para ti.

El joven del mostrador vuelve a sentarse, obligando a su mirada a variar la trayectoria desde el móvil a la blusa, al triángulo de nuevo.

—¿Lo encontrará? Me basta con cualquier cosa parecida. Tiene que haber gente por ahí que se dedique a hacer cosas de estas. Le daré cuanto me pida.

Durante un instante, Mo Pardo ha permanecido silencioso frente a ella, ligeramente encorvado, con gesto de oír una música lejana. Ahora sí que el tiempo ha alcanzado el punto de congelación y se

ha vuelto sólido: a Esther se le antoja hallarse prisionera en una tienda de tres años atrás, con este individuo al que no conoce ni comprende pero que sin embargo necesita, menos escandalizada que atónita, igual que siempre, por sus ropas de talla equivocada, demasiado estrechas o cortas, la camisa sin lavar desde hace meses, el pantalón retrasado hasta los tobillos, el cabello cartográfico, la máscara de cera en el rostro, la nada tranquilizadora sospecha de que guarda otro rostro más auténtico y atroz detrás del primero, la ausencia de cercanía, de intimidad, porque este hombre no es capaz de eso, intimidad, la ausencia de olor. Mo Pardo: el descifrador. Que ahora hace como que asiente y gira despacio y regresa al otro lado del mostrador, donde Jorge sigue esperando el fin de su turno, el fin de cualquier cosa. Detrás, en la trastienda, se insinúan filas de baldas que contienen bultos; Esther sabe a qué corresponden: llaves, paraguas, anillos, bolsos y agendas, incluso pelucas a veces, o una mano ortopédica, en serio.

—Muy bien —sonríe Pardo por último, y apoya los brazos en el mostrador—. Que no panda el cúnico, le conseguiré lo que me pide. Pero no es dinero lo que quiero a cambio, ya sabe que no trafico con dinero. El dinero es para la gente que se conforma con poco: cuanto más, menos. La cantidad es el recurso de quien no puede ofrecer calidad. Venga a casa el miércoles por la tarde y tendré algo: se acuerda de dónde es, ¿verdad? A cambio, le diré lo que quiero. Mañana no, porque tiene una cita, y espera algo de esa cita, ¿verdad? ¿Se sorprende? Ya sabe que nada escapa a mis Antenitas de Vinil.

Mañana tiene una cita, sí, y quizá, cierto, espera algo que no se atreve a mirar con esa lente aparatosa y pesada, de varios aumentos, la de la esperanza. Cómo lo ha averiguado Mo Pardo es lo de menos, es parte de su encanto, llamémoslo así, de su forma de hacerle pagar el servicio, cosa que Esther comprende y a la que da su anuencia antes de volverse y desaparecer por donde ha venido, sumiendo al pobre Jorge en la monotonía sin blusas de una tarde de lunes.

Si aparta la vista de la pantalla del ordenador, gesto recomendable porque los ojos ya empiezan a molestarle con un leve escozor, se

dará cuenta de que hace tiempo que la noche se ha cerrado sobre la casa y la oscuridad es mucho más densa a su alrededor. Una oscuridad tupida, pegajosa, contaminada por la atmósfera de este verano a destiempo que afloja las decisiones y hace parecer que sus consecuencias se retardan o posponen, transcurren en un sueño, en una pesadilla, debajo del agua. Los nervios apenas le permiten comprobarlo con tranquilidad, pero la oscuridad ha ingerido todas las habitaciones que comienzan al otro lado del pasillo y una buena porción de esta, perdiéndose afuera, al otro lado del balcón, saltando sobre los setos y la reja, hasta precipitarse, ya lejos, sobre la farola que parpadea en el filo de la acera. El relumbre azulado de la pantalla del ordenador es la única fuente de luz con la que cuenta para distinguir sus manos de ahogado, el teclado sobre el que tiemblan inquietas, los papeles que atiborran el escritorio, las cifras en los papeles, el móvil, el dichoso móvil al que teme mirar de frente, no vaya a sonar o no sonar, no vaya a estallar en un mensaje o un wasap, ahí, en la pared, el viejo póster enmarcado de *1, 2, 3, Splash*, con las piernas de Daryl Hannah convertidas en una cola de sirena. La barra de la pantalla indica que la descarga se aproxima lentamente a su fin. Espera que lo haga cuanto antes, antes de que la oscuridad pase de ser una amenaza a algo peor.

Porque la oscuridad está llena de cosas. Siempre: en el dormitorio donde, cuando era pequeño, le costaba conciliar el sueño a veces y recibía la visita de rostros y sombras a los que no quería devolver la mirada. O abajo, en las calas y los arrecifes, ahí en la frontera del haz de la linterna donde comienzan a agitarse habitantes de las profundidades para los que no tiene nombre ni fisonomía precisa, turbios bocetos de pulpos, amebas u ofidios que en realidad, a mucha más distancia y en un medio más húmedo y más frío, no vuelven sino a ser los viejos fantasmas del dormitorio. La oscuridad contiene muchas cosas. Formas entrevistas, sí, recuerdos sumergidos y el rayo repentino de una decisión o un miedo, y ruidos, sobre todo ruidos. El ladrido de un perro que ahora le llega desde el otro lado del parque, lejos. Un motor que se activa, no tan lejos, que se va aproximando, creciendo, hasta cruzar frente a su balcón, y luego se aleja, convertido en el murmullo de un animal recién dormido. Algo que, quizá, varía de posición, cae, se desliza en el pasillo, más allá del pasillo. Una culebra fría le recorre

la espalda, haciéndole envararse sobre su sillón de oficina: está casi seguro de que ha oído algo ahí fuera, ahí donde nadie puede estar, donde no quiere suponer que nadie pueda estar.

La casa se encuentra en una de esas urbanizaciones en serie que abarrotan los cinturones de las ciudades, lugares edificados no para la vida sino para sus pausas: dormir, comer, escapar. A esta hora de la noche, la urbanización es un cementerio mudo donde sólo insisten en permanecer los murciélagos y las farolas: hay un temor casi sobrenatural, el temor a aparecidos, calaveras y moho, en el modo que tiene el dueño de la casa de recorrer el pasillo de puntillas, de asegurarse con el corazón embotado de que en efecto allí no hay un alma, un alma viva al menos, de alcanzar la cocina. La luz del extractor, que acaba de encender, llena de reflejos metálicos la vitrocerámica, el granito de la encimera y la puerta del frigorífico lastrada de imanes y fotografías submarinas de Yongala, Barracuda y Belice. El agua helada le sienta bien en la garganta, y también más allá: conforme avanza a través del esófago y va invadiendo los tejidos de su cuerpo exhausto, promete sofocar los fuegos paralelos del miedo y la urgencia que le abrasan desde el mediodía. Ese alivio le permite regresar mucho más tranquilo a su despacho, estudio, o sea cual sea la palabra con que define el cuarto del ordenador y el póster de *1, 2, 3, Splash*. La barra de Dropbox ha alcanzado el cien por cien, con lo cual parece haberse cargado toda la información que necesitaba: la misma que yace extraviada entre los muchos papeles que alfombran el escritorio, engordan las carpetas o, hartos de ocupar el mismo rincón, se arrojan al suelo para hacer compañía a los enchufes.

El miedo, la angustia, los incendios que tienen lugar en su interior están plenamente justificados. Esto no es cualquier cosa, esto es algo verdaderamente jodido, masculla para sí mismo mientras revuelve de nuevo los papeles y detiene la vista sobre un número al azar, unas siglas. Todo el cuidado que pueda reunir es poco, toda la precaución, necesaria: eso lo sabe bien él después de penetrar en las profundidades del océano hasta distancias que están a punto de hacer explotar los pulmones bajo el peso de las costillas, después de aletear, con sorpresas no siempre gratas, sobre los prados de anémonas en que se emboscan los escualos. La práctica del submarinismo le ha enseñado más que ninguna otra cosa en esta

vida que un movimiento brusco, una aceleración o una renuncia inesperada, le pueden costar el fin. Y aunque es una advertencia que procura tener siempre presente, que guía sus gestos lo mismo encima que debajo de los bosques de sargazos, esta vez parece haberse equivocado. Porque eso que acaba de clavarse en su nuca es un aro de metal, y el metal continúa más allá, hacia atrás, en lo que sólo puede ser el cañón de un arma. Su propia arma.

—Debiste haber sido más cuidadoso —pronuncia la voz ronca de la persona que empuña la pistola—. La verdad, no lo esperaba de ti.

Imágenes sin orden se atosigan en su conciencia, escenas incongruentes de las piernas de una mujer, de formaciones de coral en un mar rojizo, de más números, del sol que declina, de su propia arma de reglamento que ha dejado dentro de la sobaquera sobre la mesa del salón, esa misma arma que ahora está a punto de aniquilar todas esas imágenes con un breve estallido. De modo que lo han descubierto, de modo que todo ha salido a la luz; es, sí, como soltar la boca del respirador y permitir que el agua salada irrumpa en su interior y le anegue, otra cosa más entre las cosas del fondo, un pecio, alimento para las morenas.

—No —intenta oponerse a lo inevitable, ganar una última bocanada—. No, un momento, espera. No voy a traicionarte. Esto no tiene por qué salir de aquí. Piensa en lo que haces.

Hay una risa o un crujido detrás de él.

—¿Que piense? —dice la voz—. ¿Cómo puedo confiar en alguien cuyo trabajo consiste en hacerse pasar por quien no es?

La bala taladra la base del cráneo destrozando dos vértebras y reduciendo a pedazos el paladar antes de que pueda gritar; la arcada de sangre tiñe la pantalla del ordenador, el teclado y la mesa, y señala puntos al azar en el cuerpo de la sirena, sobre el póster. Nadie ha podido oír el disparo, salvo el perro que vuelve a protestar en la distancia. Luego, silencio.

El aire acondicionado obedece cuando Esther presiona un botón del salpicadero, arrojando una súbita vaharada de olor a cuarto cerrado. Pero con la radio no hay nada que hacer: es inútil que se esfuerce en girar la rodela del dial, que insista con el pulgar sobre las teclas e incluso aporree el aparato sin miramientos llevada por

la furia o el cansancio: *By the rivers of Babylon* sigue ofreciendo su combinación única de versículos de la Biblia y ritmos jamaicanos. Que a la pobre Ancona, que acompaña a Esther sobre el asiento del copiloto y se esfuerza desde el inicio del viaje por retirarse a la intimidad de sus pensamientos o su indiferencia, le hace volver la cara de nuevo hacia la ventanilla e iniciar un segundo o tercer bufido no muy difícil de traducir. Entonces Esther cree entender: ha sido demasiado benévola con la música; si quiere vencerla, ha de emplear sus mismas armas; el estruendo sólo se silencia con un estruendo mayor.

—No sabía que te llamabas Coronada —grita, a la vez que pisa el freno frente al semáforo de la glorieta de los Navegantes—. No sabía que Ada significa Coronada. Una vez conocí a una que se llamaba Águila, y otra a una Cabeza. Cabeza, en serio, era de un pueblo de Almería. O de Jaén, no sé: ¿Andújar está en Jaén? ¿El tuyo de dónde viene?

No parece que el tema de conversación entusiasme a la joven cadáver. Sus gafas de sol, igual de negras que el resto de su atuendo, se giran para replicar los palmerales del parque de María Luisa, y de sus labios, también pintados de negro, escapa un tercer resoplido.

—Es de un pueblo de Huelva, Calañas, pero no me gusta ir contándolo por ahí —de pronto se detiene, las gafas enfocan el parabrisas—. Mira, no quiero ser desagradable contigo. Creo que nunca hemos tenido nada en común, pero estamos obligadas a trabajar juntas. Eso no significa hacernos amigas, ¿verdad?

—Ya. Pero es que parece que te doy asco.

La lengua de Ancona chasquea. Una lengua que es fácil imaginar puntiaguda, cárdena, refugiada tras los colmillos.

—No es por ti —asegura—. Es que estoy jodida, llevo un par de días jodida. Quería el puesto de infiltrada que han dado a Raúl Mora, ¿lo conoces? Sí, el tipo ese de los tatuajes aborígenes. Hace surf o algo, me parece. Suele colaborar con los de Crimen Organizado, aunque creo que lo han trasladado, tiene una adscripción rara, no sé.

—Sí, sí, sé quién es —los nudillos de Esther aferran el volante con fuerza.

—El caso es que le han infiltrado en un sitio para el que creo

que yo era mejor —Ancona necesita repetir tres veces la frase para arrebatársela a la música—. ¿Has oído lo del caso Sol Oscuro? ¿No? Es una secta afincada en Carmona. Brujería, satanismo, wicca, no sabemos bien qué es, quizá asociada al Ceis, los informes son contradictorios. Dos chicas han desaparecido en los últimos seis meses con intención de sumarse a la secta, aunque los de la secta dicen que no están allí. Hay otros indicios de tenencia de drogas, quizá vejaciones. Bueno, Lago ha hecho que Mora se cuele bajo la identidad de un niño bien que puede conseguirles dinero, o poner a nombre de la secta algunas propiedades.

—Ajá —Esther suelta brevemente el volante para señalar la estrella de cinco puntas tatuada en el brazo izquierdo de Ancona—. Y tú querías el puesto porque te va el rollo de las sectas. Eres satánica o algo, ¿no?

Afortunadamente, los tambores de Trinidad y Tobago que acompañan a los ríos de Babilonia no permiten distinguir con claridad el último comentario de Ada Ancona, aunque las sílabas agudas y el modo que tiene la saliva de escapar de sus dientes dejan pocas dudas sobre sus derroteros. Ella no vuelve a abundar en la cuestión: acaban de llegar al Casino de la Exposición y se limita a ordenar con un gesto impreciso que elijan aparcamiento entre las reatas de coches situados frente a los álamos. La desdichada Ancona quería exilarse al limbo particular de sus reflexiones o sus recuerdos y Boney M. no se lo ha permitido; para colmo, va Esther y le insiste con pueblos perdidos de la mano de Dios y lo que más viste en el infierno: es natural que esté cabreada hasta el punto de cornear y que, cuando un ciclista amenaza con aplastarla junto a la puerta del coche, le grite la cantidad más atroz de blasfemias que se oyeron jamás en boca de un vampiro.

A la entrada del casino, un enorme click de Playmobil de diez metros de altura monta guardia con la espada desenvainada. Detrás, un cartelón avisa: VI BIENAL DE PLAYMOBIL. EXPOSICIÓN DE DIORAMAS. INTERCAMBIO. MERCADILLO. PONENCIAS. SEVILLA, DEL 26 DE SEPTIEMBRE AL 6 DE OCTUBRE. Según comprueban enseguida las dos inspectoras, compañeros menores del centinela de la entrada llenan el atrio principal del edificio. En concreto, el pasillo circular que rodea la bóveda alterna columnas con expositores y vitrinas donde las repetidas figuritas de ojos como puntos suspensivos guerrean, conversan, pilotan y juegan. En el primer diorama, dedicado a la

Edad de Piedra, una tribu de antropoides se enfrenta a bestias rivales sobre la falda de un risco salpicado de malezas; en otro, un astronauta abandona su nave después de un impacto para encontrarse con que una horda de extraterrestres avanza amenazadoramente hacia él; el tercero contiene una prolija batalla napoleónica, con profusión de bayonetas, penachos, sables y cañones, de los que escapa el humo en forma de pellizcos de algodón; hay también una ciudad del siglo XIX, por cuyas calles pasean criadas con cofia y caballeretes de espesas patillas; y una ciudad actual, tupida y caótica como la de fuera, con la única diferencia de que aquí las multitudes son más coloridas, hacen menos ruido y no cesan de sonreír. Es este escaparate el que más atrae a Esther: sin quererlo, queda repentinamente atrapada por su diminuto inventario de policías y maestros, familias que van y vienen, ambulancias y utilitarios, por el recuento de trivialidades cotidianas reducidas a goma y plástico.

Un poco más adelante, en el recinto central, tres filas de sillas han sido distribuidas de manera que gocen de la mejor visión del estrado y la pantalla del fondo. A la derecha del estrado, también tras la columnata, un último expositor parece contener más piezas, caballeros, soldados o vaqueros segregados de los otros, que por algún motivo merecen un cristal especial. Pero de momento, toda la atención de la inspectora Esther Béjar se concentra en la ciudad que tiene delante, a cuyas minucias dedica mirada tras mirada de pasmo e intriga: a las rejas del calabozo donde se debate el ladrón recién detenido, los lápices y el cuaderno de la niña que atiende a la clase, la escayola en la rodilla de la víctima del accidente, el joven en bañador dispuesto a arrojarse de la punta del trampolín. Y más: minúsculos libros en manos minúsculas, cucharillas y botes, llaves que penden de aros, relojes, gafas y sombreros que de repente rozan a Esther con un sentimiento extraño, una especie de vértigo, de dilatación del espacio que le hace dudar del suelo que pisa y pensar en dos espejos colocados frente a frente. Es en ese momento cuando una voz que al principio no le resulta familiar intercala un comentario, quizá una bienvenida:

—Sé lo que le sucede. Acaba de verse ahí dentro, ¿verdad? Igual de pequeña que todo lo demás.

Se trata del hombre acortado y un poco calvo con que

conversaron ayer en el hotel. Aunque sigue siendo el mismo su aire de infantilismo y torpeza, la camiseta ha variado: ahora es estridentemente roja, con la silueta de Koji Kabuto, con uniforme y yelmo, en pos de Mazinger Z. La leyenda no deja dudas: *Planeador abajo*.

—Buenos días, señor Espínola.

—Le dije que podía llamarme P. J. —el niño grande se centra las gafas en la nariz—. ¿Ha visto la casa? Ahí. ¿Ve con lo que juegan los niños? Adolph Knagge, uno de los últimos diseñadores, ideó una serie en que los juguetes de los niños Playmobil eran Playmóbiles minúsculos, del tamaño de un tornillo de relojería. Ahí puede ver alguno, creo, al lado de la cuna. ¿Entiende? Playmóbiles que a su vez juegan con Playmóbiles, que pueden jugar con otros a su vez… Lo cual nos hace dudar de nosotros mismos. ¿Y si no fuéramos más que Playmóbiles de otro mundo mayor, de un niño que nos maneja? ¿Se imagina? Ya quisiera yo.

La mayoría de los asistentes a la Bienal, que P. J. se presta amablemente a presentarles, obedecen a un patrón bien definido; en eso también se asemejan a sus pequeños ídolos de colores: todos han sido fabricados sobre un molde común. Varones de mediana edad, con ese aspecto de genialidad descuidada que resulta obligatorio en las empresas de *software*; el pelo, huyendo de la coronilla y la frente, se concentra en el mentón, donde forma espesos cúmulos; los vientres sobresalen bajo las camisetas serigrafiadas con protagonistas de series de televisión y dibujos animados, algunos tan difíciles de identificar como viejos dioses paganos; abundan las gorras, las riñoneras, las zapatillas deportivas; las escasas mujeres, de aire extraviado, añaden un punto de exotismo con peinados japoneses o gafas de un color sin franja precisa en la escala. Sobre el estrado, en este mismo momento, está teniendo lugar una de las conferencias. Solo en la mesa corrida, un hombre más delgado que los demás señala sobre la pantalla un edificio de vago aspecto centroeuropeo. Eso Esther no puede saberlo, pero se trata de una de las mayores leyendas de la historia del universo Playmobil, la famosa taberna medieval, sobre cuyas características principales, imitadas y deformadas luego en multitud de modelos posteriores, diserta ahora el ponente. La taberna medieval, de muros rojos y vigas entrecruzadas, formaba parte de

un catálogo promocional de 1980, pero jamás fue puesta a la venta para el público; circularon rumores contradictorios en torno a su fabricación y se pensó que existía una serie limitada que se podía conseguir en Europa del Este; todo era falso; en 2005 se ofreció una versión para coleccionistas a través del Playmobil Direct Service que se agotó a las pocas horas.

—Les presento —acaba de decir P. J.—. Este es Pepo Olivares, de la Asociación de Coleccionistas de Valencia. Es con quien cené la noche de la muerte de Sito.

Este individuo se diferencia de los otros en que no lleva barba y todo en él resulta más aniñado y endeble si cabe: el cabello rubio, lacio, alisado como para asistir a una comunión, la estatura que le exigiría ponerse de puntillas frente al mostrador de la tienda de golosinas. Lleva una camiseta verde con el logotipo de Green Lantern y contempla a las dos policías con grandes ojos de delicia o susto, no se sabe muy bien; de modo que Esther, que tampoco está muy interesada en saberlo, decide dejarlo en manos de Ancona para que ella se encargue del interrogatorio y seguir observando los asientos. En un flanco, a la derecha, hay un gordo con un chándal blanco y una barba roja; los dedos, gruesos y cargados de anillos, se entretienen en pulsar la *tablet* que sostiene sobre las rodillas y en sacar y meter los auriculares de los oídos: atiende a medias a lo que se dice en el estrado, asiente, niega, gesticula, castiga la pantalla de la *tablet*, asiente otra vez. Está rodeado de una cohorte de copias menores de sí mismo, individuos más sucintos o borrosos que, también en chándal, esperan su aprobación para admitir o rechazar a su vez: lo que dice el ponente les resulta tan certero como insufrible en cuestión de un parpadeo. En la mitad opuesta de la bancada, un sujeto calvo, con aspecto de vivir con su madre y una camada de gatos, mira nerviosamente hacia atrás, hacia la propia Esther y Ancona y P. J. y el tal Pepo Olivares, que sigue comentando lo que le ha afectado la muerte de Sito, ha sido un golpe tremendo, de lo más, estamos todos hechos polvo. El calvo flexiona sin cesar la rodilla izquierda, gira la cabeza de nuevo, se vuelve hacia el estrado, gira una vez más; por último se levanta a medias para dirigir mejor una mirada de odio a las policías y pronunciar una frase que no se entiende del todo.

—Estamos molestando, no dejamos oír —advierte P. J. con

apuro, antes de rogar al grupo que se retiren en dirección a la columnata—. Mejor seguimos allí.

El lugar elegido para que Pepo desgrane sus recuerdos del finado y para que otros de los miembros del congreso le vayan relevando en la tarea es la zona anterior de la sala, cerca de la pantalla sobre la que siguen sucediendo castillos, batallas, muñecos afablemente armados con mazas y revólveres. En concreto, se sitúan justo al lado de la última de las vitrinas, que Esther había podido divisar sólo de lejos, y que, detrás de un denso cristal de doble capa a prueba de balas, contiene objetos levemente distintos a los del resto de los expositores. No hay épica ni encanto doméstico en estas baldas alineadas con la escrupulosidad de un museo, donde se exhiben figuras o trozos de figuras cuyo valor no resulta obvio a primera vista. Pero sí que lo poseen, como muestran con meridiana evidencia los cierres de seguridad, la alarma y hasta los medidores de temperatura y humedad situados en el extremo inferior. Esther va a enterarse de inmediato, gracias a las serviciales explicaciones de P. J., de que estas son piezas únicas. Específicamente, se trata de los primeros prototipos de Playmobil, Famobil y Schrenk que se comercializaron en Alemania, España y Hungría: la caja original de cinco unidades que contenía obreros de la construcción blanco, amarillo, rojo, azul y verde, número de serie 3110, la caja de cinco indios en tonos pastel 3120, el albañil con casco, artesa y palustre, los húsares de la filial húngara no autorizada, que produjo copias sin sancionar hasta 1995. Son muñecos familiares, que Esther recuerda haber visto imprecisamente rodando por la habitación de su hermano, de chica, bajo el papel rasgado en multitud de cumpleaños de primos y vecinos: los vaqueros, el rey y los guerreros de armaduras cromadas, piratas, caballos reducidos a un esquema que consiste apenas en cuatro patas y un lomo, todos en general más inocentes y arcaicos que los que se ven ahora en las jugueterías. Los acompaña un ejemplar de tamaño algo mayor, aún más tosco que los otros; este no sonríe, tiene el cabello pintado sobre el cráneo de plástico y sus brazos, fijos, descienden rígidamente hasta los muslos.

—Proceden del museo Playmobil de Zirndorf —aclara P. J. con unción—. Aquellos son los originales de la primera generación de 1974, verdaderos tesoros de coleccionista. Al lado está el vigía

pirata, la primera figura de raza negra. Los primeros niños, que datan de 1981, y que ya tienen las manos articuladas, como las tendrán el resto de las figuras a partir del año siguiente: esta ya se considera segunda generación. Aunque se presta a discusión, muchos encuentran que habría una tercera generación a partir de 1986, cuando se produjo por primera vez un torso alternativo para representar personajes más gruesos o más delgados, como el capitán pirata 3382, que también tienen ahí. La primera embarazada es de 2012. Pero el más valioso es, sin duda, aquel del fondo, el más grande y feo, el del pelo pintado, ¿lo ve? No parece un Playmobil, y es que no lo es: aún no. Se trata del prototipo original que Hans Beck realizó como primer esbozo antes de comenzar la serie. Un antepasado del Playmobil, para entendernos.

Aquí serían precisas unas clases de historia antigua, o de paleontología, que P. J. se aviene también a ofrecer. En 1971, la marca alemana Geobra, especializada en plásticos y productora del famoso *hula-hoop*, encargó a uno de sus diseñadores, Hans Beck, una nueva gama de juguetes que debía consistir básicamente en figuras articuladas y vehículos. Lo de los vehículos no interesó a Beck, que, sin embargo, en colaboración con su discípulo Cornelis Bom, se entregó durante meses enteros a la investigación en torno al mejor modo de comprimir la silueta humana en un juguete perfectamente operativo que respetara las dimensiones idóneas para la mano de un niño. Cuando Horst Brandstätter, el propietario de Geobra, recibió los primeros modelos, se negó a la producción: le parecían anodinos, algo torpes, él insistía con los coches y las lanchas. Durante dos años más, dentro de una relación que no siempre se mostró fácil, Beck y Bom prosiguieron sus experimentos. Hasta que, según la leyenda, en un golpe de inspiración el primero de ellos introduciría los rasgos definitivos que caracterizan la marca: la sonrisa, los ojos, el pelo en zigzag. Esa es, digamos, la leyenda oficial. A partir de ahí, Brandstätter queda encantado con la nueva propuesta, que le parece mucho más dinámica y atractiva para el público infantil, y ordena encender las máquinas. Se produce la presentación en la Feria del Juguete de Núremberg, el éxito es atronador, comienza el ascenso, todo lo demás.

—Pero hay versiones alternativas de lo que sucedió —acota P. J. con misterio—. Según otros, la inspiración repentina de Hans Beck

no fue tal, sino que existió un punto intermedio, el famoso y codiciado Eslabón Perdido. Se dice que fue Cornelis Bom quien tuvo la audacia de introducir las innovaciones en otro modelo de transición del que no ha quedado rastro, y en el que Beck se inspiraría después. El Eslabón Perdido poseería ya los brazos movibles, el pelo definitivo, la sonrisa, incluso articulaciones en codos y rodillas, pero nadie ha podido demostrar del todo su existencia: sobre esto, como sobre todas las hipótesis audaces de la ciencia, no cesa la discusión. En realidad, la teoría tiene muchos visos de ser cierta, porque Bom era todo un genio, un espíritu del Renacimiento, diríamos. Creo que les he contado que vivía aquí en Sevilla, y que por eso decidimos celebrar aquí la Bienal, en su honor.

A todo esto, la procesión de cuarentones con camisetas y barbas de carretera no se ha detenido frente a Ancona, cuya mano toma notas sobre su cuaderno con cada vez menos interés, si es que alguna vez lo tuvo. El pequeño Pepo Olivares ha hecho ya mutis, y en su lugar han aparecido una pareja algo más joven, ella con un carrito de bebé y él con la mariconera cruzada y una lata de Coca-Cola en el puño: Amanda y Sánchez, de la Asociación de Avilés. Detrás, esperan para hacer sus comentarios Fergó, de Girona, que tiene ojos de no haber dormido bien durante varias noches seguidas, y gente de mucha importancia: Worg, el secretario de Iberclick, esto es, la Asociación Ibérica de Coleccionistas de Playmobil, que organiza el evento, y Yoyo, su presidente. Por cierto, que desperdigados entre el público hay otras eminencias a los que las policías, al parecer de P. J., deberían también entrevistar. Por ejemplo, el gordo del chándal blanco y la *tablet*, que resulta ser nada menos que Bruno Clicksilver, el mayor prescriptor en España del universo Playmobil y uno de los más influyentes del mundo, por no hablar de los *bloggers*: Aegon, Duclick, Gusanet, Sira u
O'Clicka,
siempre atentos a cualquier novedad o cambio de tendencia. Algo confusa, Esther trata de convertir en una rueda de identificación este recital, y sitúa cabezas, aquí y allá, entre los asientos; cosa no fácil, si se tienen en cuenta el rumor de las personas que conversan con su compañera, la ponencia interminable del hombre sobre el estrado, que ahora habla, parece, de un vapor del Misisipi, y sobre

todo, de la estampida que ha sacudido hace un momento el acceso a la sala desde el exterior.

Un pelotón de colegiales acaba de irrumpir en el Casino de la Exposición capitaneado por una gruesa señora con cordones en las gafas. Los niños recorren los expositores con las bocas abiertas, haciendo resbalar sus manos manchadas de chocolate sobre los cristales y sacudiendo los dioramas para comprobar si los soldados y las enfermeras resisten en pie. El entusiasmo es generalizado: algunos declaran directamente, a voz en cuello, que quieren que se retiren los paneles para poder coger los muñecos. Tan exagerado es el tumulto que el conferenciante ha tenido que dejar su última frase en el micrófono y detenerse a observar aterrado, junto con el resto de asistentes, cómo la marea de cabezas rompe contra las piezas en exposición. Una intervención se impone: por suerte está allí el calvo, el que montaba guardia en la esquina de los asientos y ha mandado callar unos minutos atrás al grupo de Esther y los suyos. La cara del calvo da literalmente miedo cuando se pone en pie y se aproxima a la señora de las gafas; tanto, que algunos de los niños se retiran y buscan refugio en el extremo del atrio que conduce a los servicios.

—Señora —el calvo tiene dientes de oso—. ¿Qué está usted haciendo?

La señora no entiende; se ríe; deja de reír.

—Pues… —mira a su alrededor, en busca de una evidencia de algo—. Somos del colegio Aníbal González. Veníamos a una visita a la Casa de la Ciencia, ahí al lado, y los niños han visto el Airgamboy gigante ese que hay fuera y han querido entrar. ¿Es esto una feria, o algo?

El calvo parece reprimir un insoportable dolor intestinal.

—Para empezar —ruge—, esto es una reunión de especialistas a nivel mundial, especialistas de Playmobil. ¿Entiende? Playmobil. Esto, señora, es una convención internacional: aquí venimos a disertar, investigar y formarnos, a intercambiar conocimientos, no a jugar. ¿Me entiende? Esto no es para niños. Así que haga el favor de recoger a las criaturas, salir de aquí y dejar de molestar de una puñetera vez.

Tras un parpadeo de incredulidad, la señora reúne al rebaño como mejor puede y los conduce de nuevo a la salida. Pero ya no

existe opción para el hombre del estrado: la agenda del congreso es estricta y un nuevo ponente debe ocupar ahora su puesto. Ascienden hasta la mesa una cabeza llena de canas, un polo negro, unas gafas, una carpeta, una sonrisa que lucha inútilmente por camuflar su nerviosismo; la pantalla del fondo ha variado y comienza a ofrecer los rótulos de un Powerpoint: PLAYMOBIL Y LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL: ESBOZO DE UNA SERIE ROMPEDORA. POR ALBERTO ADONES, ASOCIACIÓN COLEGIADA DE ALBACETE. La carpeta se sitúa sobre el atril, las gafas suben y bajan, tras la sonrisa se produce un incómodo carraspeo que anuncia la primera frase. Pero esa primera frase no llega a emitirse: es aparecer una nueva instantánea en la pantalla y casi simultáneamente un rumor parecido al del colegio que acaba de marcharse gana la mitad de la sala. La instantánea no parece especialmente problemática: tan sólo un click vestido de soldado, con el uniforme de la Wehrmacht durante el Tercer Reich. Claro que no todo el mundo es tan inocente como Esther; en concreto, hay un sector del público, detrás a la izquierda, que, encabezado por un sujeto con camiseta de tirantas, se ha puesto en pie para comenzar a gesticular y amenazar con el índice. No se entiende muy bien lo que dicen: quizá no puede ser, nada de soldados, no a la guerra, no a los juguetes bélicos, va en contra del espíritu Playmobil, no fue el deseo de su creador.

—Oh, no —P. J. se ha llevado una mano al colgante de plata—. Los Pacifistas. Se amparan en unas declaraciones de Hans Beck según las cuales los Playmobil no deben transmitir valores violentos, así que no se permiten más armas que las del siglo XIX. Es decir, vaqueros y piratas sí, pero pare usted de contar.

El tipo de las tirantas tiene espíritu de orador. Se coloca la mano en el pecho al estilo ciceroniano, y, al hacerlo, una de las pulseras de cuero se le desata de la muñeca.

—Hay que respetar el espíritu original de la marca —clama con el trozo de cuero colgando—. De lo contrario, ¿qué nos queda? Promiscuidad y perversión. A esto nos ha conducido la heterodoxia, el dejar que cada uno opine lo que le apetece: a los *Cazafantasmas*.

El ángulo correspondiente del público muestra su aprobación con un rotundo aplauso, al que también se suman dos o tres despistados en las otras filas. P. J. necesita aproximarse al oído de Esther para puntualizar:

—Por primera vez en su historia, Playmobil ha formado parte de una franquicia, en este caso los *Cazafantasmas*. La película aquella de los ochenta, ¿se acuerda? Es el tema de mi ponencia: una iniciativa muy controvertida.

Igual que un resorte, un nuevo espontáneo toma la palabra. También tiene gafas, claro, y una mata de pelo loco que le oscila sobre la nariz, por no hablar de los dientes, colocados estratégicamente para hacer dudar de su inteligencia.

—¡Completamente de acuerdo! —ladra—. ¡Pero no hay que detenerse en los bélicos! ¡Todas las innovaciones no han hecho más que desvirtuar el producto original! ¡Clickas, niños, manos articuladas! ¡El click ha de ser uno, de una sola pieza: entero es verdadero!

—Esos son los Integristas —susurra P. J. a Esther—, también llamados Plainmóviles. No aceptan ninguna innovación.

El pobre individuo del estrado se aferra al atril como para no caer; sigue moviendo la carpeta, arriba y abajo: en cualquier momento, es capaz de alzarla como un escudo para refugiarse detrás.

—Pero… —intenta con timidez—. Esa postura, compañeros, es retrógrada, nadie puede detener el progreso. Los Playmóbiles están vivos, también ellos crecen. La vida es evolución y desarrollo.

—¡Sí! —el de tirantas alza la pulsera rota—. ¡Y eso conduce a la perversión! ¡Mira lo que sucedió con la Serie Relax y esas otras que llaman «Series Ocultas»! ¡Se empieza en la guerra y se acaba en el porno!

Ya no se trata sólo de un sector marginal, restringido a un rincón de los asientos: el vocerío acaba de tomar la sesión por asalto y todos, sin importar camisetas, polos, tirantas, barbas o no, canas ni gafas, gritan de pie, de esquina a esquina, repartiendo exabruptos y amenazas por los cuatro costados. La bóveda del Casino multiplica los ecos y convierte el aire en una cosa insoportable, en esa pared dolorosa contra la que choca quien visita una sala de máquinas o una pista de aterrizaje. La cabeza de P. J. niega, apesadumbrada, despacio.

—Las Series Ocultas: era lo único que faltaba —musita con resignación—. Ya volvió a liarse.

—¿Son siempre así? —Esther encuentra el evento muy distraído:

instructivo, diríamos—. Sus bienales, digo.

—Según algunos estudiosos, existen series ocultas que Hans Beck y Cornelis Bom desarrollaron en forma de prototipo —P. J. reprime una mueca—. O si no ellos, alguno de sus discípulos. Pero la empresa no se decidió a comercializarlas por cuestiones de imagen: la Bíblica, que representaba escenas de los Evangelios y podía ofender a otras confesiones; la Relax, que era pornográfica, con clicks desnudos, uniformes e instrumentos sadomasoquistas, y todo eso; la Híbrida, que representa monstruos mitológicos, pero también mezclas aberrantes de animales y humanos, como el hombre perro o la dama delfín. Y en relación con eso, la Serie Hiroshima: una que se inspiraría en las secuelas de un ataque atómico para ofrecer clicks mutilados, deformes, víctimas de quemaduras y mutaciones.

—¡O la Serie Negra! —ha gritado alguien desde la franja próxima a la pantalla.

—Sí, también —el de las tirantas conserva muy dignamente su pose parlamentaria—. Aunque yo no me creo esa clase de bulos.

El estruendo crece en intensidad: el cristal de la bóveda tiembla atemorizado. Esther acaba de intercambiar una mirada con Ancona, que trata inútilmente de oír lo que los compañeros del difunto Sito Medina tienen que decirle, y no parece difícil identificar el pensamiento que acaba de saltar de la una a la otra: van a tener que poner orden en la guardería dando cuatro voces y amenazando con anular el recreo. Pero esas medidas no van a ser necesarias, porque de pronto, mágicamente y sin previo aviso, se hace un silencio helado: Esther tiene la impresión de haber perdido de golpe el uso de los oídos. Una mole blanca se ha alzado en el centro de los asientos; es el gordo de la *tablet* y el chándal, que después de dirigir una expresión de desdén al universo en general se arranca furiosamente los auriculares de las orejas y ordena:

—Basta. La Serie Negra *existe*, por supuesto que existe. Tengo datos fehacientes de que es así, y pronto, *muy pronto*, podré mostrarlos en público. Es inevitable que los Playmóbiles se desarrollen, maduren, crezcan, que se reproduzcan y alteren, que cambien de aspecto, y, también, que lleguen por su cuenta a esas orillas de la realidad que nos resultan más incómodas: *es la vida misma*. Por eso, no debe sorprendernos que también reflejen *lo más oscuro* de nosotros: el pecado, el crimen, la depravación. No sólo no

ha de sorprendernos, sino que deben ser *bienvenidas* esas figuras de Jack el Destripador, Charles Manson, Gilles de Rais. No es una leyenda: *es la verdad*.

En cuanto el gordo se sienta de nuevo, el hielo se quiebra por todas partes: vuelven los gritos, las manos alzadas, las prohibiciones terminantes, las jeremiadas, los rostros de pánico y éxtasis. En medio de semejante galimatías, Ancona necesita escurrirse hacia la salida, sorteando grupos que intercambian amenazas o se aferran directamente de las solapas, para atender al teléfono móvil que acaba de descolgar. Siempre sobre su hombro, como la voz de la conciencia en unos dibujos animados, P. J. explica a qué se debe este último estallido:

—La Serie Negra es otra serie legendaria, tal vez la más legendaria de todas. Se supone que está inspirada en los mayores asesinos y criminales de todos los tiempos, aunque nadie está seguro del todo de su existencia. Se podrá imaginar que es uno de los temas calientes de todas las bienales. Sacarla a relucir y pelearse por ella constituye toda una tradición. Creo que sólo existe un tema que soliviante más al personal: el de la Rótula, que ya es decir.

—Ya —Esther asiente—. Porque la violencia va en contra del ideario original de Playmobil. Lo he entendido.

—Sí —las gafas de P. J. ascienden la diagonal de su nariz—. De hecho, se sabe explícitamente que el propio Beck desechó varios prototipos por considerarlos malos ejemplos para los niños, como la cámara medieval de tortura, el cementerio del Oeste o el grupo de la Mafia.

—Pero eran otros tiempos, no sé —los hombros de Esther practican una sacudida—. Ahora los niños no se asustan tan fácilmente. Los padres se asustan más.

A la que toca asustarse ahora es a la propia Esther, cuando ve aparecer a Ancona, de regreso de su conversación telefónica, con el rostro más funerario y siniestro que jamás logró su maquillaje: si ha aprovechado para retocarse ante la proximidad de Halloween, ha conseguido un éxito con creces. Pero no, no es eso, o no sólo eso. Trae todavía en la mano el móvil, por cuya pantalla su pulgar se desliza como intentando borrar una mancha, la costra de algo.

—Era el inspector jefe Lago —informa con voz átona—. Han matado a Raúl Mora de un tiro en la nuca.

Entonces, en la mente de la inspectora Esther Béjar tiene lugar un remolino mucho más violento y difícil de gobernar que la pelea de patio de colegio a la que acaba de asistir.

2. EL MAYOR SUPERHÉROE DE TODOS LOS TIEMPOS

A MENUDO AL DESTINO le gusta el eco, la rima en consonante o el juego de la oca, e igual que un patito blanco nos lleva al siguiente o que la corriente conduce de puente a puente, la algarabía infantil del Casino de la Exposición ha servido para introducir en la agenda de Esther Béjar otra más oscura y fatal, que tiene lugar en el vestíbulo del Instituto Anatómico Forense: agentes de uniforme van y vienen por el recinto de cemento desnudo, en compañía de otros de paisano y de figurantes cuyo papel en la función no se puede determinar a primera vista. La vieja arquitectura franquista del edificio, que en su zona posterior conecta con dependencias de la Facultad de Medicina, acrecienta el pesar y la opresión de los rostros: son los de quienes enfrentan un amanecer sin resquicios, la irrupción del ejército enemigo, un paredón de fusilamiento, el cadalso. De vez en cuando, una bata blanca, porque también hay batas blancas, se desliza entre los reos y da una explicación, o trata de infundir consuelo: los miembros de la brigada judicial asienten, antes de que alguno se aleje hacia la salida en busca de un lugar donde respirar mejor.

Para dar con el inspector jefe Lago, lo más fácil es seguir a la niña rubia que resbala con las pequeñas ruedas de sus zapatillas de una pared a otra. La niña colisiona con el hombro de un subinspector, da dos o tres giros sin rumbo, está a punto de partirse el espinazo contra un mostrador, cae sobre una agente que la toma al vuelo de los codos; finalmente, consigue incorporarse para efectuar el último tramo hasta chocar contra el anciano del bigote blanco que allá en el rincón, solo, parece rumiar un pensamiento de digestión complicada. Acaba de reñir a la niña enseñándole los dientes, ordenándole que se esté quieta de una maldita vez; cuando ve llegar a las inspectoras Béjar y Ancona, aquello que su mente

mastica es dejado repentinamente de lado.

—Ah, aquí están —dice, con el tono del maestro que retoma una lección interrumpida—. Miren a la niña: decía que tenía fiebre y que se encontraba regular y su madre ha tenido que dejarla conmigo. Claro que la puñetera se toma el Apiretal y, hala, como una rosa. Y yo aquí para aguantarla.

—¿Cómo ha sido? —le ataja Ancona, muy inquieta.

Las frases deben realizar un ímprobo esfuerzo para emerger de la boca del inspector jefe: hay claramente algo que las obstaculiza, un remordimiento, una evidencia dolorosa que lucha por ponerse en primer lugar y que no permite decir nada más. Y esa obviedad, intuye Esther, tiene que ver con Ada Ancona; con Ancona y el hombre muerto, al que ella conocía, y el caso que llevaba entre manos.

—Esta mañana esperaba su informe sobre la última operación que había realizado en la secta —Lago frunce el ceño—. Se había ganado la confianza del líder, un tal Clarkash-Ton, que en realidad se llama José Andrés Valladares. Les ofreció un dinero, procedente de nuestro fondo de operaciones encubiertas, para comprar un cortijo como nueva sede del grupo en Marchena.

—¿Ha llegado a saber algo de las chicas desaparecidas? —quiere saber Ancona.

—Parece que poseía indicios suficientes de que las chicas estaban allí retenidas, incluso es posible que conversara con ellas. Su plan era ganarse su confianza para reunir pruebas. Alguien se le adelantó y descubrió que era un infiltrado.

—¿Quién? —Ancona se toma ese detalle casi como un insulto personal—. ¿Cómo?

La niña de las zapatillas con ruedas vuelve a poner a prueba la verticalidad del inspector jefe arrojándose súbitamente sobre su espalda; lleva un paquete de algo, virutas amarillas que va abandonando en forma de estela por todos los sitios por los que pasa.

—No lo sabemos —responde Lago antes de girarse hacia su nieta —. Te he dicho que se acabaron los Risketos, mira cómo estás poniendo el suelo, ya está bien, Andrea, hija. El caso es que en cuanto la secta recibió el dinero, fueron a por él. Esta mañana le he telefoneado varias veces, a casa y el móvil, sin conseguir

encontrarle. Entonces hemos sabido que anoche la comisaría municipal de Castilleja de Guzmán, donde él vivía, recibió la llamada de un vecino afirmando que había oído un disparo, pero como cerca había estado actuando un coro rociero, con cohetes y petardos, por un acto benéfico, la policía no intervino. Esta mañana han encontrado el cadáver frente al ordenador. Le habían disparado con su propia arma en la nuca: una ejecución. Por lo que parece, debió de meter al propio asesino en casa… O eso o él tenía la llave, que no puede saberse a ciencia cierta. Es mejor tranquilizarse e ir despacio. *Adagio, molto adagio*, como suelo decirles otras veces.

La imagen golpea a Esther Béjar en el centro de la frente: la del cuerpo que ella conoce pero no el que ella conoce, una mala copia hecha de carne violeta, derrumbada sobre el monitor del ordenador, mientras la sangre huye de su cuerpo como una riada de insectos de un termitero. El cuerpo que ella conocía estaba surcado de tatuajes, practicaba submarinismo, era un objeto cálido que sufría convulsiones y se relajaba, que emitía sudor y se dejaba caer sobre las sábanas cuando el crepúsculo ya se insinuaba tras las persianas; este cuerpo es un suplantador, un mal duplicado, su reverso, la cáscara vacía que ha dejado el otro al marcharse: uñas, pelo, piel, heces. Sus compañeros, constata Esther con odio, van y vuelven del vestíbulo a la salida para encender fugaces cigarrillos que no les consuelan de nada; uno de los que acaba de volver, con los dedos todavía oscurecidos por el tabaco de liar, es Mágina, que apenas tiene tiempo de estirarse sobre los hombros la chaqueta del chándal del Sevilla F. C. antes de abordar caninamente al inspector jefe Lago y decidir:

—Jefe, hay que liquidar a ese hijo de puta, ya.

Mágina no llega solo. El resto de la jauría, Velasco, Gálvez, otros rostros imprecisos que Esther no ubica bien, rodean con dientes hambrientos a un pobre Lago que no sabe qué hacer, y que parece añorar una bolsa de higadillos que amanse a las fieras.

—Es uno de los nuestros, jefe —Velasco ruge.

—Sí, sí —en la voz de Lago hay duda, también cansancio—. Pero recordemos por qué Mora estaba infiltrado en la secta: para dar con dos chicas que de momento no han aparecido…

—Hay que volver a infiltrarse —músculos asesinos trepan la calva de Gálvez—. Y tiene que ser uno de nosotros. Me ofrezco

voluntario, jefe.

La cabeza del anciano, más anciano que nunca, se rinde durante un instante, el que tardan sus ojos en inspeccionar esos zapatos de empeine enrejado que calzan todos los ancianos. Pero entonces la frente se yergue, indómita, y gira a su alrededor hasta detenerse en un rostro.

—No, no se infiltrará nadie más —establece—. Ni ninguno de ustedes se ocupará del caso. Será Ancona —la joven vampiro sostiene sin parpadear la mirada de acero gris del inspector jefe—. Usted se ofreció desde el principio para el trabajo y quizá yo no valoré suficientemente sus aptitudes. Quizá me equivoqué. A estas alturas otra infiltración es imposible porque la secta está sobre aviso, pero Mora consiguió hacerse confidentes en el interior que nos pueden prestar ayuda. Le daré todo el material de Mora y usted se encargará del resto. Prioridad absoluta: pídame todos los medios que necesite.

El anciano es abandonado a toda prisa junto a la niña que mastica virutas amarillas. Ancona barbota que quiere ponerse a la labor de inmediato y ya ha desaparecido en dirección al umbral; Velasco, Gálvez, Mágina, los otros que son como ellos, que se parecen a ellos y se intercambian, retroceden ladrando hacia la escalinata de acceso al Instituto, donde previsiblemente los aguardan más cigarrillos y palabrotas. De modo que Esther es la única testigo ahora del contraataque de la niña, que zarandea y amenaza al anciano con el fin de que la conduzca de nuevo al quiosco, venga, abuelo, otro paquete de Risketos, sólo uno más, venga, me estoy aburriendo, esto es un rollo. Lago se niega al principio, pero cuando la niña hace amago de impulsar a toda velocidad sus ruedines hacia el tramo de escaleras que desciende al primer sótano, cabecea y parece resignarse. Es el momento que Esther escoge para aclarar, para tratar de aclarar un detalle.

—Venga, vamos, *andante con moto*. Pero te advierto que es la última vez —las cejas del anciano se arquean—. Ah, inspectora Béjar, sigue usted aquí.

—¿Qué te pasa en los pelos? —en la boca de la niña el maíz estrusionado convierte las consonantes en cosas turbias—. ¿No hay peines en tu casa?

—Bueno, jefe —Esther prefiere adoptar una sonrisa de calambre

—, entiendo que si Ancona se ocupa ahora del caso de la secta, necesitaré otro compañero. ¿Ha pensado en alguien?

Un índice rugoso divide los labios del inspector jefe Lago en dos segmentos equidistantes: es como si ordenara silencio a la criatura insoportable que sigue zigzagueando en torno a él.

—¿Su caso? —su extrañeza parece genuina—. ¿El de Playmobil? No, no he pensado en nadie, por la sencilla razón de que usted no necesita a nadie. Lo suyo es un juego de niños, lo resolverá usted sola a pedir de boca. Y ahora disculpe, que ya ve usted, las nuevas generaciones llegan empujando.

Fuera, el calor azota a Esther antes de que se haga cargo, en su debido orden, de la serie de sentimientos enconados que pretenden arrinconarla: el dolor, la vergüenza, la perplejidad, el odio, las ganas de fumar, las espantosas ganas de fumar. Sus compañeros se han reunido al final de la escalinata para proseguir con la ronda de improperios y amenazas, que les hace repartir puñetazos no sólo al aire; Gálvez, muy alterado, suelta una palabra en forma de látigo y a continuación la emprende a golpes con el naranjo más cercano, hasta herirse los nudillos: luego se marcha. A pesar de que el sol, ya de tarde, se proyecta con una intensidad homicida sobre las escaleras y el tramo de fachada que queda a la izquierda del pasamanos, el desconocido de camisa hawaiana que fuma displicentemente sobre el zócalo no parece inmutarse; más bien disfruta de la temperatura volcánica mientras observa cómo el humo traza círculos suplementarios sobre sus rizos pelirrojos. El combate de emociones continúa en el interior de Esther, hasta que una de ellas obtiene la victoria: el recuerdo de Raúl Mora, la memoria insoportable de un hombre al que no conocía, está a punto de abrumarla y hacerla caer por las escaleras. Mejor acogerse a lo que sea, agarrarse a algo más sólido que ese pasamanos a través del cual se asoma.

—¿Me das uno? —y señala el cigarrillo que el desconocido de la camisa hawaiana acaba de sorber.

El desconocido le tiende un Camel *light* con dos ojos pequeños, indescifrables, enterrados bajo los pliegues de los párpados para protegerse del sol. En vez de conducirlo a los labios, Esther se dedica a olerlo, del papel a la boquilla, como si quisiera pegarse un bigote postizo.

—¿Lo conocías? —inquiere el pelirrojo, antes de señalar con un gesto del hombro hacia el grupo reunido en la acera.

Esther aspira el aroma del tabaco a lo largo de la película blanca, asiente.

—Yo no —dice el otro, y agita de nuevo los hombros—. Acabo de ser asignado a la brigada, y fíjate qué recibimiento.

—Ah —el cigarrillo permanece en la palma de Esther, capturado entre los dedos, para que no eche a volar—. No te había visto nunca. Somos compañeros, entonces. Soy Esther Béjar.

—Quini. Joaquín.

Se estrechan las manos por encima del parapeto. La del hombre pelirrojo es lacia, blanda, un poco como el color de su piel.

—Estás dejando de fumar, ¿no? —la mano blanda apunta al Camel *light* con el que la de Esther no sabe qué hacer. Que permanece inerte sobre el cauce de la línea de la vida, bloqueándola. Todo un mensaje para quien quiera captarlo.

—Sí.

En respuesta a los escrúpulos de ella, el pelirrojo se lleva su colilla a los labios y la chupa despacio, con profundidad, para expulsar seguidamente un largo cono de humo. Cuando habla, parece dirigirse al sol que traza su silueta sobre la fachada amarilla del Instituto.

—¿Tienes alguna idea de en qué andaba el muerto? ¿Qué le pasó?

—Estaba infiltrado, creo —Mágina, Velasco y los otros siguen ladrando en la acera—. Aunque no tengo muchos detalles de la operación: pregúntale al jefe. Y tú, ¿de qué sección vienes?

—De por ahí… —la manga de la camisa hawaiana aletea cuando el pelirrojo arroja la colilla contra el naranjo más próximo—. De Barcelona. Un traslado forzoso, mejor no te aburro. ¿Lo conocías bien? A Mora, ¿no se llamaba así?

Sucede de pronto, sin que ella lo vea venir, como suelen sucederle las cosas más a menudo de lo que desearía: el ansia, el deseo de fumar y de retirarse a una habitación saturada de humo se desvanece, y ya no está allí. De modo que toma el Camel *light* por la boquilla y se lo devuelve de nuevo al hombre pelirrojo, en cuya boca hay tal vez una mueca de decepción: o es el sol que ahora sí que ha comenzado a molestarle de veras.

—Lo he pensado mejor —dice Esther—, quédatelo. Y sí, lo conocía bien, quizá más de lo que hubiera deseado. Una sabe que ve bien una cosa cuando se da cuenta de que no merecía la pena acercarse tanto.

Para marcharse, cambia rápidamente de acera. Por el calor, o igual no sólo.

Pero mientras ellos sigan ahí, los bosques de hojas esmeralda y los ríos ondulados sobre los que el sol reluce, y las casitas con tejados a dos aguas y ventanas cuarteladas por travesaños, mientras esos prados y montañas y nubes infladas como vellones y las setas y las hojas de los álamos, robles y hayas sigan extendiéndose sobre el papel rugoso, mientras ella pueda seguir internándose en busca de hadas y trasgos, elegir en las bifurcaciones para evitar las asechanzas del lobo, la bruja o el ogro de dientes podridos, mientras pueda seguir retirándose, aun con la ayuda vicaria de un pincel y un bote de acuarelas, a ese reino idílico de su mesa de dibujo, no todo estará perdido. No sabría cómo explicarlo, pero esa afición que lleva adelante desde hace ya casi ocho años, poco después del nacimiento del Bicho, la llena de sosiego y la aplaca, suaviza con sus tonos pastel los violentos contrastes de color con que el día a día la acosa desde todos los ángulos: el verde intenso de la vergüenza, el amarillo abrasador del dolor, el rojo bélico de la furia. Ilustrar cuentos infantiles, sin ningún motivo palpable, le sirve menos para huir de la realidad que para reconciliarse con ella: para acceder, por la puerta de atrás, a esa realidad verdadera que no debe olvidar y que a menudo esta de aquí, la del coche, la cafetera y el telediario, oscurece y opaca.

—Son estupendos —dice el hombre de las pulseras de cuero—. De verdad, me encantan.

Se detiene en algunas de las láminas favoritas de ella, las que retratan las dos historias que la obsesionan: *La Casita de Chocolate*, *El Flautista de Hamelín*. En ambas hay niños que desaparecen, que sufren, que vuelven a casa convertidos en algo que no son niños.

—Gracias —Esther trata de sonreír desde el otro lado de la mesa de oficina de color verde, el de la vergüenza—. En realidad es un

hobby, algo que hago sin pensar, cuando tengo tiempo. Me relaja.

—Geniales. Vendrán al pelo para lo que te quiero proponer.

El teléfono móvil vibra encima de la mesa y Sergio detiene su examen de la escapada de Pulgarcito para disculparse un segundo y consultar la bandeja de wasaps. Claro, no hay problema. Así Esther puede estudiar mejor el despacho, cubierto de dibujos infantiles de monstruos galácticos y jugadores de fútbol, o los lomos de las carpetas y los archivadores que se alinean en los estantes, antes de detenerse en las fotografías, más personales, en que Sergio, el orientador, que le ha pedido que acuda esa tarde al colegio con su carpeta de dibujos, dirige una excursión por la sierra o posa en compañía de adolescentes risueños. Aparte de las pulseras de cuero, Sergio lleva también un colgante indígena y una camisa adquirida en la alfombra de algún inmigrante, o alguna de esas asociaciones comprometidas con la redención del tercer mundo; el pelo, lleno de entradas, blanco ya, más que envejecerle le presta un aire de sabiduría juguetona, un poco como el del lobo que surca algunos de los dibujos. Él se esmera en cuidar ese efecto: el de alguien jovial y experimentado a la vez, entusiasta y maduro, conocedor de las alimañas del mundo pero sin dejarse emboscar por ellas.

—A mí me parece que tus ilustraciones serían idóneas para el proyecto que tengo entre manos, si quieres participar —Sergio termina de teclear y exilia el teléfono a un flanco de la mesa, donde no vuelva a molestar—. Es importante que los padres se impliquen en el proyecto educativo del centro.

—Claro, claro —el aire acondicionado hace que Esther se estremezca—. ¿Qué es?

Para colocar ante ella el pesado fajo de folios encuadernados en canutillo que acaba de tomar de un cajón, Sergio necesita antes retirarle la mano, y para eso necesita a su vez envolverla con la suya: una mano firme, atenta, muy sabia y a la vez cariñosa, sí. El título, en grandes letras de cuerpo cuarenta lo menos, es APRENDE A COMER.

—Alimentación sana —una sonrisa se dibuja en la cara de él—. ¿Sabes que el número de lactantes y niños menores de cinco años que padecen sobrepeso se elevó en diez millones sólo entre 1990 y 2013? Incluso en África, donde muchas veces la alimentación es un problema, los niños obesos aumentaron de cuatro a nueve millones

en el mismo período. Si te hablo de economías emergentes, es decir, eso que llamamos el segundo mundo, la cosa se vuelve aún peor: hasta un treinta por ciento de niños en edad escolar se encuentra dentro de eso que podríamos llamar obesidad. Se trata de un reto a escala global, planetaria: a menos que pongamos freno a esta tendencia, para 2025 el número de lactantes y niños pequeños con sobrepeso alcanzará los setenta millones.

—Madre mía —se impresiona correctamente Esther.

—Mi pequeño grano de arena para solventar la situación es este manual —Sergio acaricia el acetato de la portada—. Ya sé que no es gran cosa, pero todos, creo, debemos contribuir de algún modo, y quiero que este manual sirva a los niños y las familias para concienciarse de la gravedad de la cuestión. Por eso buscaba ilustrador, para que el contenido no resultara tan árido; cuando en nuestro anterior encuentro me comentaste que habías hecho cosas para cuentos y que te gustaba practicar en tus ratos de ocio, mis plegarias fueron escuchadas. ¿Tú no crees que todo tiene un porqué? Algo que podríamos llamar un motivo.

El porqué a que Sergio se refiere quizá tenga que ver con el hecho de que vuelva a asir la mano de Esther sin necesidad patente de hacerlo, de que roce su envés cada vez que quiere matizar un detalle o practicar un énfasis sobre este o aquel dato; datos interminables y más que tediosos, sí, que va desgranando sin cesar. Cuarenta y dos millones de niños con sobrepeso en todo el mundo en 2010, consecuencia de los modos de vida poco saludables durante la infancia, el dedo índice y el corazón derechos que se deslizan sobre el pulgar izquierdo de ella, y enfermedades cardiovasculares, principalmente cardiopatías y accidentes vasculares cerebrales, por no hablar de la diabetes, la sonrisa que no desfallece, la pulsera de cuero sobre su piel bien tostada por el sol del último verano, datos de 2005 que muestran las consecuencias a largo plazo del modo de vida no saludable, que cada año cuesta la vida por lo menos a dos coma seis millones de personas. Cifras y amenazas que figuran todas, junto con las hipotéticas soluciones, en el libreto que ahora permanece abierto entre ambos, igual que una partitura.

—Piénsate qué ilustraciones podrían venir mejor —Sergio medita—. Tú eres la artista, no quiero entrometerme. Pero no sé, yo

había pensado que podrían servir niños gordos, enormes niños gordos que den miedo y que no puedan correr o subir escaleras, ¿no? Que se asfixien y eso. O montañas de comida amenazadoras, con forma de monstruo, con dientes afilados y eso, que también den miedo: tú sabes, como los ogros de tus cuentos.

Pero el fin, en realidad, era hablar de Tomás, el Bicho: ese es el pretexto administrativo que, manos y atracones aparte, ha llevado a Esther hasta allí. El hombre del pelo blanco, no tan joven seguramente como aparenta o pretende ser, se muestra muy satisfecho al respecto. No necesita consultar ningún cuaderno ni contrastar los resultados de ninguna prueba para asegurar que Tomás se encuentra mucho mejor, sin ninguna duda: lo ha visto él. Ya no se encierra en el laboratorio como el año pasado, ni pasa los recreos escribiendo fórmulas en pizarras o cuadernos a escondidas, o dándoles la brasa a los profesores para que pongan más deberes para el día siguiente. Seguro que el solo hecho de apuntarle al equipo de fútbol del colegio ha obrado ese prodigio: ¡si hasta le ha visto con el álbum de la Liga y todo! Es importante que los niños se integren, que aprendan a convivir entre iguales, que busquen soluciones por sí mismos, el aislamiento sólo les traerá problemas en el futuro, es importante que los niños se integren, que aprendan a convivir entre iguales, que busquen soluciones por ellos mismos, el aislamiento sólo trae problemas, es importante que los niños se integren.

—Sí —el dedo de Esther juega con la gomilla de la carpeta en que ha traído sus dibujos—. Yo le regalé el álbum. Le ponemos todos los partidos que podemos, incluso los de las ligas extranjeras. Por eso nos hemos suscrito a Movistar.

—Excelente, ese es el camino.

—Y… ¿Puedo tener algún detalle con él, de vez en cuando? La verdad es que me da lástima.

—Sí, claro —las manos firmes y morenas se abren en un gesto de benevolencia—. El tiempo de respiro también es importante: déjale que alguna vez se divierta. Que haga problemas de cursos superiores o algún experimento casero de higos a brevas, no va a pasar nada.

Experimentos caseros como los que ella, piensa Esther mordiéndose el labio inferior, le echa luego a perder. O que

arrumba en un trastero con la puerta hecha trizas que se parece a un agujero negro, al estómago de un monstruo, a la memoria a oscuras de un anciano que chochea, en cualquier caso un sitio donde los objetos caen y se pierden para no reaparecer jamás. El teléfono móvil acaba de regresar desde su exilio a la mano de Sergio, lo cual indica que la entrevista se aproxima a su fin: la pantalla de bloqueo muestra la fotografía de un poblado africano y el logotipo de Intermon Oxfam antes de dar lugar al listado de mensajes de WhatsApp y recabar dos chasquidos de lengua por parte de su dueño. Tiene que marcharse, es una lástima, seguirán hablando más adelante de todo esto. Estaría bien volver a verse con mayor tranquilidad para tratar las cosas más despacio, para concretar algunas de las ideas que han compartido. Ya están ambos de pie, ya se ha abierto la puerta del despacho y cesa el hechizo del aire acondicionado: pero de repente al hombre del pelo blanco parece habérsele ocurrido un apunte final. Lo que podríamos llamar la solución idónea: algo que serviría lo mismo para rematar el proyecto que para agradecerle a Esther su colaboración.

—¿Te gusta la comida japonesa? —inquiere él a quemarropa.

Apenas con tiempo de darse la vuelta hacia la salida, colocarse el bolso sobre un hombro y la carpeta de dibujo bajo el otro, Esther intenta sobreponerse a su aturdimiento y balbucear:

—Sí. Bueno.

—Genial —regresa la sonrisa—. Mira, vamos a quedar en un restaurante estupendo que conozco y te diré exactamente qué creo que es lo mejor para las ilustraciones. Déjame que lo piense unos días, lo que podríamos llamar un período de maduración. Llévate el texto, si te parece, y le vas echando un vistazo. Lo suyo es que compartamos puntos de vista. O lo que sea.

La sugerencia viene acompañada de un último movimiento de la mano, esta vez hacia el hombro bajo el que se sostiene la carpeta. La mano presiona la manga de la blusa con una combinación bien estudiada de ternura y energía, como si quisiera recompensar a un cachorro por haber hecho sus cosas donde hay que hacerlas. Los ojos de Sergio buscan un refrendo, otros ojos que hablen de complicidad y entrega, pero ella prefiere mirar hacia el pasillo, donde quizá se entrevé la sombra de un segundo hombre: uno cada vez más lejano, de piel tatuada, que se pierde lentamente en las

tinieblas.

La memoria es una cosa curiosa, parecida a esos pilotos de emergencia que, a la salida de los teatros, advierten al público de por dónde debe huir si la función no es de su agrado. Igual que ellos, la memoria parece apagarse y no estar, y no es así: basta con que el resto de luces cese para indicarnos de nuevo el camino a través de la oscuridad. Así lo comprueba Esther esta tarde de miércoles, cuando va atravesando las diversas etapas de este recorrido que, francamente, después de todo el tiempo pasado, no confiaba en poder reconstruir. La plaza con el centro de salud y los drogadictos que se gritan injurias. La calle de trazado árabe que serpentea en dirección a la muralla. La puerta verde, bloqueada a medias por un Renault Megane cuya carrocería el sol ha convertido en una parrilla. Los azulejos, los geranios en balcones apenas entrevistos. La escalera que conduce hasta el segundo rellano una vez que ella ha pulsado el portero automático a la buena de Dios. Pero arriba, al cabo del trayecto, un detalle final desmiente sus recuerdos: la puerta del piso no está cerrada con llave, sino entreabierta. Es esa puerta que en las películas de terror antecede a una revelación espantosa, al asesino que aguarda agazapado en un ángulo del vestíbulo o la víctima desplomada en un círculo de sangre.

Sí, cierto, siempre que ha visitado esta casa ha pensado en una película de terror, y no es para menos. Porque las atrocidades comienzan en la cocina situada frente al umbral, atestada igual que siempre de cacerolas sin fregar y platos de plástico que nadie se ha encargado de recoger. Porque el desorden, o la extrañísima combinación de objetos que lo imita, se extiende también a través del recibidor y del tramo que conduce a la izquierda, hacia el salón, y es difícil evitar el parpadeo, por no decir la mueca, ante el paragüero del que sobresalen una pierna ortopédica y una lanza de África, ante el casco de motorista y las baterías usadas, ante la rueda de la bicicleta, la caja de zapatos con piezas de Lego, el equipo como de mariscador que ya se interna en la habitación contigua y que consta de un cubo, una red para capturar insectos, botas de pocero, una máscara antigás, unos largos guantes de goma.

A parpadeos y muecas sucede naturalmente el arqueo de cejas: la reacción más lógica ante la estantería de pladur que ocupa la pared derecha del salón y las piezas de museo que contienen los nichos. Son: una dentadura postiza, un zapato sin pareja, unas gafas, un motor de lavadora, un Corazón de Jesús de plástico con un enchufe, la cabeza de un maniquí, un casco del ejército, dos pelucas, una blanca y otra castaña. Como siempre, resulta imposible saber si todo esto es basura o algo más. En realidad, resulta imposible saber si el conjunto de cosas del universo es sólo basura o algo más.

A estas alturas, Esther ha pronunciado el nombre del dueño del piso hasta en tres ocasiones, elevando más la voz a medida que lo repite, sin que nadie le responda. Obligándola a seguir inventariando el resto de componentes del museo, la multitud de desechos incongruentes que atesta la habitación. Aunque es uno, o tres, los que finalmente reclaman su atención por encima de los otros; tres piezas únicas, situadas a un lado, sobre una suerte de encimera, y que eclipsan con su rotundidad al maniquí sin cabeza de la esquina, el perchero, los cuadros arrinconados abajo, antiguos y no (uno de la Expo 92), la escafandra de buzo, las carpetas repletas de apuntes y las estalagmitas de libros que prohíben el paso (*La meta secreta de los Rosacruces, Ovnis en España: lo que oculta el Ejército del Aire, El mensaje de los sueños, Las claves de la Gran Pirámide*). Los tres objetos están protegidos bajo respectivas campanas de cristal, igual que reliquias, y aunque a Esther le cuesta admitir la evidencia después de aproximarse y retroceder, sí, parece que se trata de heces humanas: tres especímenes de volumen considerable junto a los cuales otra campana de cristal vacía aguarda a un cuarto. Es demasiado: no hay un mal ventilador que evite que una gota de sudor le descienda la espalda.

—¡Mo! —grita—. ¡Mo Pardo!

Una carcajada le replica desde el extremo del pasillo. Visto lo visto, ella no sabe si internarse en las profundidades de esta galería de los horrores, pero al cabo se resigna a introducir las manos en los bolsillos y acepta lo inevitable. En la última habitación, a donde conducen paredes decoradas con un plato de Torremolinos y un póster de *Rambo*, hay un televisor encendido. Es uno de esos televisores mastodónticos de caja de madera y pantalla convexa que

en otro tiempo se usaban para presenciar entierros de dictadores y golpes de Estado; completan el decorado, encima, un toro de felpa y un modelo, tal vez procedente de la consulta de un dentista, que muestra el interior de una muela en corte transversal. A un lado del aparato, un hombrecillo vestido salta a través de una ventana; al otro lado, un segundo hombrecillo, de marrón, brinca complacido sobre un sillón.

—Le llevo llamando un buen rato, pero usted no contestaba —dice Esther.

El hombre del sillón está demasiado ocupado en disfrutar para contestar de inmediato. Remata bien la última risotada antes de alegar:

—Le dejé la puerta abierta, ya conoce la casa. Tengo cosas que hacer, como puede ver.

—Ver la televisión.

—La televisión no, lo de dentro de la televisión —matiza el hombre—. El Chapulín Colorado: lo conoce, ¿verdad? Más ágil que una tortuga, más fuerte que un ratón, más noble que una lechuga, su escudo es un corazón. El mayor superhéroe de todos los tiempos. Están reponiendo la serie completa en Giraldillo TV.

A Esther le suena de algo ese escenario de almacén robado, esa vestimenta que ya sólo se ve en las fotos de comunión que una no enseña a los amigos, la iluminación sin sentido, los pobres actores sudamericanos que se resignan a representar una función de colegio. De pronto, el hombrecillo vestido de rojo recibe un golpe o tropieza y hay un atroz efecto de sonido, como si alguien pegara un puñetazo a un xilófono. Le suena de algo, sí, pero sólo eso, y entiende por qué. Las escasas ocasiones de su pasado en que pudo sorprender estas cosas en la tele saldría a correr; a veces tiene tendencias depresivas, ella, y mejor ser prudente.

—Qué cosa más cutre —dice—. Es todo de andar por casa.

—Justo —el hombre del sillón asiente—. Esa es la lección. Cualquier persona, aun cutre y de andar por casa, puede ser superhéroe. También el Chapulín, a pesar de sus limitaciones. ¿Recuerda sus superpoderes? ¿Cuál es su favorito?

—No, no me acuerdo.

—Pues yo se los digo —el hombre se ha puesto en pie y ahora Esther lo ve íntegro, de frente, sin lugar a error—. Está el Chipote

Chillón, es un martillo muy efectivo que deja KO al enemigo sin apenas esfuerzo. O la Chicharra Paralizadora, que lo clava en el sitio. Las Pastillas de Chiquitolina, para encoger. Y las Antenitas de Vinil, que avisan cuando alguien anda cerca. Bueno, son menos poderes que aparatos, pero da igual. Batman o Iron Man son superhéroes y tampoco tienen nada suyo, ¿no? Más vale llegar a tiempo que mal acompañado.

Es idéntico al otro hombre, el de la memoria de Esther. Han pasado casi tres años, pero la erosión no ha sido excesiva en ese lapso: continúan la delgadez, la piel pálida, la ausencia de sudor y de higiene, la giba, el peinado de posguerra, la ropa, esa ropa indefinible, una camisa color café probablemente blanca en otra era, un pantalón de hilo amarrado a la cadera hasta alcanzar el último ojal del cinturón. Es idéntico al otro, el del pasado, pero no idéntico del todo; entre ambos, aunque no se detecte a primera vista, se interpone la niebla o el polvo que arrastra el tiempo al avanzar: los sobreentendidos, el silencio, la duda, lo que se dijo un día y, sobre todo, lo que no. Esos ojos que un día conoció bien la escrutan con severidad, como si se aproximara una pregunta comprometida; pero lo que sigue no es una pregunta, sino una orden:

—Venga conmigo.

En la habitación a la que él la conduce, en ángulo recto con la primera, hay más desperdicios. Más televisores franquistas, uno sobre otro, en la esquina de la derecha, haciendo compañía a una bicicleta estática de cuya manija pende un abrigo, una cabeza de oso disecada en la pared, dibujos de niños, pintados con cera, que orbitan alrededor de la cabeza. De alguna parte, Mo Pardo toma una caja de zapatos pintada enteramente de negro y se la tiende a Esther, que examina su contenido. No son zapatos; en realidad, Esther ni siquiera sabe exactamente lo que es, pero se trata de: 1) un diodo rojo, con longitud de onda de seiscientos cincueta nanómetros, extirpado de una grabadora de DVD; 2) una lente de enfoque de diámetro mediano, procedente de unos prismáticos; 3) ocho pequeños espejos, es decir, ocho trozos de un espejo mayor, colocados en zigzag a lo largo de la caja hasta una abertura en la pared final de la izquierda; 4) un conductor de circuito, que a través de cables de tres colores conecta el diodo con 5) una pila de petaca

de nueve voltios. Resumiendo: un láser casero. Sorprendentemente similar, reconoce Esther, al que el Bicho había construido, que ella había perdido por descuido y que necesitaba recuperar.

—Ahí tiene —Pardo la observa con rostro inexpresivo—. Había venido a por esto, ¿no?

—Sí. Bien. Gracias.

—Pero, como le dije el otro día, esto no va a salirle gratis —el rostro cobra vida: una sonrisa horrenda aparece de la nada.

—Ya, lo suponía —Esther suspira—. ¿Qué quiere a cambio?

—En realidad no la quiero a usted —el índice derecho de Mo Pardo se eleva didácticamente en el aire—. Sólo necesito su cuerpo. Quiero que se pegue bien a mí, que me acompañe. Lo mismo por delante que por detrás, no soy escrupuloso.

Aunque ella está a punto de arrojarle a la cabeza la caja de zapatos (el diodo, la lente, los espejos, el conductor), se lo piensa mejor y lo sujeta fuertemente entre los dedos. Unos dedos, eso sí, que arañan con furia la superficie de cartón.

—Pero ¿qué dice?

—Lo que digo —los ojos del hombre delgado se abren de par en par y él da un paso atrás—. Un momento. No habrá pensado… No, no, no —imposta la voz—. Ya lo dice el viejo y conocido refrán: un error lo comete el que no cruza el mar. No, no, no. El que no se arriesga es un cualquiera. No se equivoque, no necesito que se desnude, usted no tiene nada que ocultarme. Además, no desearía interponerme entre usted y su nuevo Romeo. Podría, pero prefiero evitar problemas.

—¿Qué Romeo? No dice más que tonterías.

—El tipo ese con el que tuvo cita ayer, el psicólogo de su hijo —Pardo hace gesto de enroscar una bombilla, o de desenroscarla, a saber—. Cuando usted me enseñó en el móvil la fotografía del láser, tenía sin cerrar la ventana de la agenda y pude ver dos de sus últimas notas: una en el colegio por la tarde y otra al mediodía para depilarse, porque quería estar guapa. Muy bien, ya me contará.

Viejas dudas, una vieja repugnancia no del todo superada y también una ternura vieja regresan a Esther obligándola a deponer la guardia: es el mismo de siempre, el hombre al que conoció y no conoció, el hombre que tuvo tan cerca sin saber quién o qué era, según le suele suceder con todos los hombres, independientemente

de la sección de su vida que les haya tocado ocupar a cada uno.

—Sigue usted igual, veo —constata.

—Lo que quiero es que esté usted conmigo —los dedos de Mo Pardo juntan sus yemas para imitar una jaula—. No en cuerpo y alma, el alma es cosa suya. Pero el cuerpo no, delante o detrás o como sea, mientras esté. Preferentemente delante, con su placa bien visible, para abrir puertas. Porque de eso se trata. Venga.

Cambian las basuras de la tercera habitación del pasillo por las del salón, donde el hombre delgado se ha dedicado a ramonear hasta rescatar de debajo de una alfombra un manojo de hojas de periódico. La operación le ha exigido algunos minutos de exploración y zapa, que Esther Béjar ha aprovechado para asomarse al libro que permanece abierto sobre una mesita baja con velador de mármol, junto a un uniforme de la legión y una palangana, y que contiene una infinidad de ilustraciones tan hermosas como incomprensibles. En una de las páginas, en color, un dibujo representa a una pareja de amantes abrazándose sobre la cama; la misma pareja que se estrecha y estrecha en la escena que la sigue al lado, que se va fundiendo en dibujos sucesivos, abajo, a la izquierda, a la derecha, hasta que del ensamblaje de ambos surge un cocodrilo que desciende pacíficamente las sábanas. En otra página, peces en forma de ojos sobresalen del agua de un estanque, con la cola imitando cejas; en otra, un hipopótamo partido por la mitad muestra un racimo de cables y tuberías donde deberían figurar las entrañas; hay laberintos, o ciudades, con patios y azoteas en que no se puede entrar ni salir; criaturas contradictorias, en cuyas extremidades se funden plumajes exóticos, alas de insecto, ruedas, la dentadura de una llave. El libro entero (ahora Esther hojea sin pudor) parece una especie de enciclopedia loca, de catálogo, de libro de instrucciones: por todas partes, anotaciones en un idioma desconocido, con signos inventados por un niño, acompañan a las imágenes a modo, presuntamente, de aclaración.

—¿Sigue usted estudiando lenguas extrañas? —se interesa ella —. ¿Traduciendo mensajes en clave?

Mo Pardo despliega cuidadosamente sus periódicos viejos, como si acabara de fregar el suelo.

—¿Lo dice por este libro? No, en realidad no. Es el *Codex Seraphinianus*, ¿le suena? Un arquitecto medio chalado que se

llama Luigi Serafini lo redactó, aunque no sé si el verbo es correcto, en los años setenta. Escritura automática: simplemente iba llenando las páginas con las imágenes que le venían a la cabeza, y escribiendo a su lado signos que se inventaba. Eso dice él: que no tienen sentido. Pero si uno lo mira de cerca, se da cuenta de que a lo mejor sí. Por ejemplo, la numeración de las páginas, que también se supone que es azarosa, responde una variación de base 21.

—Pero entonces, ¿lo está descifrando?

—No, no, es sólo un pasatiempo —la mano de Pardo abanica el aire—. En contra de lo que el propio Serafini piensa, probablemente su libro sí que posea algún sentido. El problema es que no se tratará de un sentido único, claro, porque no hay eso, sentido único, salvo en el tráfico. ¿Me sigue? El secreto de este libro es que puede traducirse de cualquier manera, puede ser todos los libros. Para un intérprete suficientemente capaz, suficientemente receptivo, se puede entender todo en todas partes: cada cosa es todas las otras. El sentido está en el lector, no en el texto. Usted ya lo ha leído todo, así que no hace falta que se compre un *ebook*; yo también lo he traducido y comprendido todo: las lenguas ya no me interesan demasiado. Prefiero concentrarme en entender otro tipo de cosas.

El hombre delgado efectúa un giro en mitad de su colección de desperdicios con la misma seguridad mecánica con que una brújula busca su rumbo y se detiene frente a las campanas de cristal. Es decir, frente a las tres campanas de cristal, más una cuarta vacía, donde se preservan científicamente lo que, aunque Esther se niegue a admitirlo, sólo puede ser una cosa.

—No me diga que… —empieza ella.

—¿Que son humanas? —las cejas de Mo Pardo han vuelto a alzarse—. Sí, lo son.

—Pero ¿de quién?

—¿De quién? ¿Qué diría usted? Acérquese, le diré yo.

Durante un segundo, Esther tiene la flagrante idea de aferrar su caja de zapatos y salir a correr en pos del vestíbulo, la escalera, el rellano, la cordura: total, ya ha conseguido lo que venía a buscar, total para qué perder más tiempo en la loca cámara de las maravillas de un puerco que no se lava y tanto venera la inmundicia que incluso eleva monumentos a la mierda de otros. Pero por mucho que lo desee y la idea le tiente, prefiere morderse el

labio de abajo (un Chesterfield ahora le evitaría tantísimos escrúpulos), sostener bien la caja y aproximarse al primer escaparate que Pardo le señala. Bajo el cristal se conserva una cosa disecada que no, no es un fósil ni una herramienta paleolítica.

—Admirable ejemplar —bufa.

—Lo sé —repone con orgullo el hombre delgado—. Todos son espléndidos. Este de aquí, un número 3 en la escala Bristol, bien formado, con silueta de morcilla, debe de pertenecer a un hombre joven, un poco deportista pero sin pasarse, más bien corriente, que trabaja tal vez como informático, poco aspecto creativo, inclinado seguramente hacia las ciencias aplicadas. Este otro, número 2 en la Bristol, me parece de un varón de edad media, digamos entre cuarenta y cincuenta años, padre de familia, probablemente funcionario, que practica poco ejercicio y desayuna fuera de casa los domingos.

—¿Y cómo sabe todo eso?

—Es lo que estoy tratando de demostrar —el índice frota el cristal del espécimen más próximo—. Si bien la escala Bristol, desarrollada por Heaton y Lewis, se limita a determinar el estado de salud del emisor y la de su flora intestinal, mi tesis, en fase de experimentación, es que el carácter y otros rasgos del individuo pueden calcularse a través de sus deposiciones. Si la cara es el espejo del alma, ¿qué piensa usted de lo que hay más abajo de la cara?

—Mejor no le contesto —decide Esther.

—Es una idea menos descabellada de lo que podría parecerle. Ya lo dice un viejo y conocido refrán, añadiría el Chapulín: un error es cambiar de opinión. ¿Sabe usted que hay un segundo cerebro en el intestino? En serio, sí, mírelo en internet. Se llama sistema nervioso entérico, o sea, SNE, y está compuesto de neuronas iguales que las de su cabecita: resulta que hasta el noventa por ciento de la serotonina de su organismo, por no hablar de la dopamina, de la norepinefrina y otros neurotransmisores, se fabrican en las cloacas. ¿Qué le parece? No es oro todo lo que reluce, pero al revés. Mi método puede resultar muy útil para interceptar criminales, o para saber quién estuvo en qué sitio en cierto momento.

—Ya. ¿Y de dónde ha sacado esto? ¿Estas joyas?

Nuevo giro hacia un nuevo ángulo del salón: la brújula marca la

dirección del recibidor, antes de alcanzar ese homenaje a los distintos tipos de mugre que un día fue la cocina. Ahora señala a las botas de pocero, la red, el cubo, la máscara antigás que se ven al entrar.

—Dispongo de un equipo de pesca —el tono escolar regresa a la voz de Pardo—. A veces salgo de noche, a los bares y eso, y consigo muestras. Sí, no ponga esa cara. A ver, déjeme pensar en usted. Ya sé: pequeñas bolitas, ¿verdad? Poco húmedas, como de cabra, Bristol 1.

—¡A mí déjeme en paz! —Esther golpea los papeles que el hombre delgado sostiene en la mano—. ¿No iba a enseñarme unos periódicos?

El índice del hombre se cierne sobre una de las planas y rastrea entre columnas hasta detenerse encima de un estruendoso anuncio de Mediamarkt; ha elegido un titular en una sección de la página, es obvio, a la que el editor no ha concedido mucha importancia y que ni siquiera destaca una mísera fotografía de archivo. VAGABUNDOS EN EL PUNTO DE MIRA. Se registra el segundo asesinato de un vagabundo en el centro de Sevilla en menos de una semana. La policía vincula el caso a ajustes de cuentas entre bandas de tráfico de estupefacientes. Ha sido hallado el cuerpo sin vida, los contenedores de basura de la plaza de San Lorenzo, los servicios municipales de limpieza, las seis horas de la mañana, con toda probabilidad desde la noche anterior, diversos signos de violencia, en especial la extracción de ambos globos oculares. Este caso se suma a otro similar que tuvo lugar en la ciudad el pasado dieciséis de septiembre, en que otro vagabundo, que respondía a las iniciales M. V. R., fue descubierto sin vida en las inmediaciones de la calle Torneo, también con signos de violencia y mutilaciones similares. Las primeras investigaciones han confirmado que ambas víctimas eran toxicómanos habituales y que el suceso está relacionado con ajustes de cuentas entre proveedores de narcóticos. Sí, muy del estilo de Mo Pardo todo: tirados, casquería, basura. Basura, principalmente.

—Bien —la mirada de Esther se eleva del papel—. ¿Y qué más?

Por toda respuesta, Mo le entrega una segunda hoja de un día anterior, que ella no se molesta en leer. Le basta un leve roce del titular, ASESINADO UN SINTECHO EN LA BARQUETA, para saber de qué se

trata.

—Es el primer caso, ¿no? El primer vagabundo asesinado.

—¿Le suena? —Mo Pardo arruga las cejas.

—Sí, creo haber oído algo. Lo llevan los de la Udyco: droga y crimen organizado. Eran drogadictos.

—Y una mierda más gorda que las de mi colección —las cejas casi desaparecen bajo los pliegues de la frente de él—. Los dos estaban limpios desde hacía más de veinte años, yo conocía bien al primero de ellos, Tristán. Al otro, Ganelón, lo conocía menos, pero también tengo mis fuentes.

—¿Tristán? ¿Ganelón? —Esther rebusca entre las líneas del último periódico—. Las iniciales que dan aquí son distintas.

Pero ella no tiene ocasión de confirmar el detalle porque los papeles han desaparecido bruscamente de su mano para regresar a los del hombre delgado. Que además de eso, delgado, le resulta ahora impaciente y un poco furioso.

—Sé que la policía no piensa hacer nada —dice—, y por eso debo intervenir yo. Quiero que usted, con su placa, me permita acceder al depósito de pruebas de la jefatura e interrogar a los sospechosos.

El estilo de Mo Pardo, sin duda: tirados, vísceras, basura y también disparates. Disparates en primerísimo lugar.

—¿Qué? Para empezar, eso lo llevan los de la Udyco. Yo no me puedo entrometer.

Las cejas de Mo Pardo se distienden, pero ese detalle no tiene por qué interpretarse como un dato positivo. Porque los dos ojos que brillan debajo se han vuelto ojos de serpiente: de los que evalúan el flanco peor defendido de la presa para arrojarse a morder.

—No me diga —silabea—. ¿Ve como yo tenía razón? Usted caga como una cabra: es estreñida, ¿a que sí?

—¿Qué dice?

—Digo que esto es un *quid pro quo*, que yo le he dado el láser y que a cambio usted me debe esto. ¿Qué más le da? Drogas, judicial, urbanismo, fiestas mayores, un policía está obligado a perseguir el crimen en todas sus formas, en todos los departamentos. Huy, no, perdone, yo no puedo detener a un violador porque mi departamento empieza por la hache. Yo sólo crímenes con hache:

hurto, homicidio, horterada. Hipoteca. Muy bien, usted no quiere colaborar: devuélvame el láser y hasta luego, Lucas.

Los dedos de Esther siguen engarfiados en torno a la caja negra que no piensa entregar por nada del mundo. Las dudas nacen en algún punto de ella, dudas espirales, como remolinos, que levantan viento en su cabeza y parecen arrastrar, igual que el otoño en los parques, una hojarasca de pensamientos ya secos, prohibiciones taxativas, viejas costumbres que no hay por qué remover, el sentido común, el sentido del deber, todos esos sentidos tan bien colocados y tan llenos de polvo en sus estanterías. En realidad, no es sólo por el láser: en realidad le conviene tener a Mo Pardo de su lado. En realidad, se ha quedado sin compañera: en realidad, la asistencia de este pirado podría resultarle muy beneficiosa. Hay otro caso por delante que resolver, hay signos extraños entre los que abrirse paso, lo extraño reclama a lo extraño, nadie tiene por qué enterarse si husmea un poco en los informes de un departamento que está al lado del suyo, no es para tanto, una cosa por otra, el que algo quiere etcétera.

—De acuerdo —ella cierra los ojos un segundo, quizá para no ser testigo de lo que está a punto de hacer—. Pero con otra condición. Si voy a arriesgarme a ganarme un expediente, usted hará además otra cosa por mí. También me acompañará. Tengo algo que quiero que descifre; me da igual que haya abandonado las lenguas, o lo que sea.

El trazado de una sonrisa va curvando lentamente los labios de Mo Pardo a medida que Esther le muestra las fotografías en su móvil. Son las del cuaderno de notas de Sito Medina, con la portada de figuras de Playmobil, las fechas, los teléfonos, y en la cuarta página, el baño incomprensible de letras sin ilación: *AlppAlpiAmbbAaabAyhmPbmm…*

—¡Oh! Y ahora, ¿quién podrá ayudarme? —entona él con ese horrible acento sudamericano que ha aprendido en su televisor—. ¡Yo! A esto, se entiende. A lo otro, no le puedo ayudar. El kiwi lo hará mejor, créame.

La pantalla del móvil se oscurece: un violento pulgar lo ha decidido así.

Por suerte está la noche: un interregno de tregua en el que las cosas dejan de mostrarse en su entera crudeza y basta con adivinarlas por su escorzo y por su sombra, verlas a medias, dejar de verlas. Lo cual se agradece bastante si la cabeza de una, como es el caso de la de Esther, rebosa de trastos mal colocados y es imposible enfocar un pensamiento sin que dos o tres más intrusos, cuerpos, tejidos y objetos que no deberían estar allí, estorben el encuadre. Ya es de noche, una noche más bien calurosa y con olor a neumático, cuando Esther Béjar regresa a casa arrastrando sus sandalias por las aceras; y como esa noche ha tenido también la piedad de dejar a media luz sus congojas, dudas y pálpitos, apenas sufre mientras abre el portal de su piso en la avenida de la Cruz Roja, cerca de un locutorio telefónico, y asciende pesadamente los sucesivos tramos de escalera hasta la tercera planta. El televisor está encendido, como es su obligación; pero la persona que tiene la otra obligación de estar frente a él falta: en su lugar, una irritada coliflor de pelo amarillo muestra su disconformidad con lo que ve.

—Mamá, se supone que no deberías acaparar la tele —el bolso de Esther cae sobre el extremo izquierdo del sofá—. Es Tomás quien tiene que estar viendo los partidos. Hoy no hay Liga, pero valen igual ingleses o italianos.

—Pero ¿tú te crees? —las pulseras chirrían en la muñeca de Aurora para acompañar su gesto de amenaza—. ¿Tú crees lo que le están haciendo a este hombre, con lo guapo que es?

El hombre guapo es Pedro Sánchez, secretario general del PSOE. Ya no lo quieren: sus compañeros de partido le han abandonado y le llueven las puñaladas por todas partes. Felipe González se ha sentido estafado; Emiliano García-Page lo considera indecente: el pobre Pedro Sánchez quiere resistir, llama a las bases en su ayuda, pero es dudoso que sobreviva a esta noche. Desde Chile, el expresidente González opina que el PSOE ha de abstenerse en una hipotética investidura del PP; desde Madrid, Sánchez, el guapo, desafía a Susana Díaz, la protegida de González, a que dé un paso al frente y declare sus intenciones; desde Sevilla, Díaz se pone a disposición de la Historia para ocupar el puesto que los acontecimientos le asignen. Finalmente, a las 17:15 horas, Antonio Pradas, secretario de Política Federal, presenta en el registro del partido su renuncia y las de otros dieciséis miembros de la

ejecutiva. Sánchez está solo.

—Y tan guapo —remacha Aurora, incrédula—. Tomás está dentro, cambiándose: hemos llegado hace nada.

—¿Qué tal?

—Bien, bien —se repite el sonido de pulseras—. Bueno, tú sabes que él, futbolista que digamos no es, pero ha ido bien. Salvo por un par de niños un poco tontos que al final le han empujado y le han hecho caerse y eso, pero nada de importancia. Y la Susana esta, valiente sinvergüenza: ¿habrá tía más hipócrita? Y cómo viste.

El Bicho se desnuda en su habitación, bajo la luz de una lámpara que presta a la escena el aire desolado de un documental sobre el Holocausto: el niño famélico que se deshace lentamente de su uniforme, evitando los hematomas y las cicatrices, antes de ser conducido a la ducha que no es ducha en realidad. Esther desea oponerse en lo posible a ese tipo de similitudes, pero no puede dejar de acercarse a él con una urgencia mal encubierta y revisarle las manchas granate de rodillas y codo; imposta la tranquilidad que no siente para inquirir:

—¿Qué ha pasado?

Lo de Tomás es fastidio, y no dolor. La rabia siempre constituye mejor excusa para las lágrimas que la tristeza o el desamparo.

—Los imbéciles del equipo —él se sorbe los mocos sin elevar la vista—, que dicen que soy un manta.

—Bueno. Despacio.

—No paraban de repetir que soy un mueble y más malo que una mierda —los ojos siguen rastreando el suelo—. Al final, cuando me ha tocado chutar, he mandado el balón a la grada. Uno me ha dado un empujón y he caído mal, en el cemento. No es nada: ya me he echado Cristalmina.

—Tomás… —Esther quiere tragar saliva, pero lo que tiene en la boca es una sustancia ácida y muy densa.

—Perdona —en la cara de Tomás, que acaba de alzarse, no hay derrota—. La abuela se me ha adelantado con la tele y por eso no estoy viendo el partido. De lo contrario lo habría puesto, créeme. Tengo grabado el del domingo pasado, el Betis-Málaga.

Mejor cambiar de dirección, y cuanto antes: el método más efectivo para olvidar una cosa, en este caso el barracón de un campo de exterminio, es reemplazarla por otra. Rescatada de un

trastero. O casi.

—Bueno, bueno, está bien —ataja ella—. Tengo algo para ti.

Tarda menos de un minuto en retroceder hasta el salón, comprobar que su madre sigue disecada frente al televisor, tomar la caja de zapatos pintada de negro de lo alto de la mesa y regresar con ella bajo el brazo. El dormitorio ya es solamente eso, un dormitorio, y lo que le aguarda allí sólo un niño con el pijama recién puesto cuya frente se ilumina al reconocer un regalo. Sostiene el objeto entre ambas manos, mientras su vista realiza un recuento mudo: el diodo, los espejos, la lente, la placa, todo parece en su sitio, ya puede respirar.

—¡Mi láser! —grita—. ¡Gracias, mamá! ¿Podré usarlo un ratito?

—Vale, un poco sí. Pero antes verás el segundo tiempo del Betis-Málaga, que para eso lo has grabado. Y mañana repasaremos las alineaciones. A ver, por ejemplo: Leganés.

—Herrerin, Víctor Díaz, Diego Rico, Mantovani, Bustinza, Gabriel, Rubén Pérez, Timor, Guerrero, Szymanowski, Luciano. ¿También los suplentes?

—No, está bien. Éibar.

—Yoei, Luna, Arbilla, Lejeune, Iván Ramis, Dani García, Capa, Inui…

—Bien, bien, ponte con el láser.

El Bicho se sienta como un devoto musulmán sobre la alfombra que imita a un mapa de carreteras, rodillas flexionadas y glúteos sobre los talones. A continuación regula un par de resortes y un haz de luz roja, apenas un hilo del tono del rubí, brota de un extremo de la caja, atraviesa el espacio, teje una frágil estameña en el pasillo de espejos enfrentados. El momento tiene algo de mágico, de milagroso; la línea de luz se antoja una cosa etérea, un sueño, algo que podría dejar de existir en el siguiente parpadeo: y sin embargo, se trata de una fuerza formidable, capaz de penetrar un bloque de acero con su empuje. Un poco igual que él, que Tomás, quiere creer Esther.

—Mamá, no hace falta que me registres —dice entonces el niño que es también un rayo, sin elevar la vista—. No te escondo nada, estoy dedicado al fútbol, como tú quieres.

—¿Registrarte? —Esther no comprende—. ¿Por qué dices eso?

—Porque no soy tonto, mamá. Me he encontrado ya dos veces

revuelto el cajón de mis cuadernos, y el que uso para mis experimentos físicos, el que usaba este verano, ha aparecido por arte de magia en el revistero del salón. Por lo menos, déjalo en su sitio cuando acabes con él.

Por un momento, ella cree que el Bicho está gastándole una broma, infligiéndole un castigo tonto por condenarle a esta penitencia de balón, postillas y listas de apodos ridículos. Pero no, lo dice en serio. Lo de los registros es serio.

—No sé de qué hablas —confiesa con consternación—. Habrá sido la abuela. Le preguntaré.

Más tarde, tampoco hay prisa. Ahora parece preferible dejar al Bicho con sus experimentos con los fotones y a su madre frente al escaparate de miserias de cada noche y deslizarse hacia la cocina, hacia el lavadero, a aspirar el aire cálido de septiembre, entreverado de olor a basura y carburante, que impera abajo en la calle. Extrae del bolsillo de su pantalón, algo maltrecho, el cigarrillo de plástico mentolado que un arrebato le ha hecho comprar en la farmacia, y se lo lleva a los labios para efectuar un estúpido remedo de succión. No hay humo, no hay tranquilidad: sólo una corriente de aire con sabor a eucalipto que baila en su boca y le hace recordar todo lo que no tiene, lo que no tendrá jamás.

Está a punto de aproximarse a la ventana abierta de par en par y de arrojar aquel juguete bobo a la acera, pero se contiene en el último momento. De haberlo hecho, habría sorprendido sin duda al hombre que vigila abajo, el hombre envuelto en un abrigo demasiado pesado para la estación, el desconocido calvo con un tatuaje en la nuca que ahora, satisfecho por hoy, desanda el camino en dirección a la avenida y, esquivando a un ciclista que amenaza con llevárselo por delante, desaparece tras la esquina en que arde el color rojo de los neones del bingo.

La Jefatura Superior de Policía correspondiente a Andalucía Occidental acapara una manzana completa del barrio fronterizo de los Remedios, donde la ciudad comienza a desfallecer y cede paulatinamente el territorio a parques, solares, rotondas absurdas, la periferia. La manzana de la Jefatura Superior consiste en un bloque de piedra blanca: un monumento egipcio, babilónico o de

alguna de esas civilizaciones extintas donde los edificios debían poseer la misma solidez de la tierra y el cielo y desafiar a ambos en su perennidad. Desde fuera no se ve, porque la distribución de las ventanas está calculada para mantener la discreción o el secreto, pero los diversos pisos de la Jefatura Superior contienen algo más que oficinas. Hay despachos, claro; hay archivos, calabozos; hay dos garajes, conectados por una galería subterránea; hay cuartos de baño, y hasta un gimnasio con duchas; hay, sobre todo, y eso es lo que importa ahora, depósitos. De qué es más difícil de precisar, porque los artículos que allí se almacenan no suelen revestir ninguna característica común: unos son antiguos y otros no, unos autóctonos y otros del extranjero, prendas de ropa, documentos, muebles, esas minucias que uno va olvidando en bares y habitaciones de hotel y que suelen llamarse objetos personales. El más importante de estos depósitos se encuentra en la cuarta planta, hacia la fachada oeste: ahí es hacia donde se dirigen ahora la inspectora Esther Béjar y Mo Pardo.

Los infructuosos intentos de la inspectora por pasar desapercibida (esto es: estirarse el pelo sobre la cara, encorvar los hombros, mirar reiteradamente las puntas de sus sandalias, tratar de imitar la invisibilidad de las limpiadoras y los conserjes) revelan a las claras que no se siente muy cómoda con esta visita y que desearía darla por terminada cuanto antes. Por eso se apresura en salir del ascensor, siempre seguida muy mansamente por el hombre del cabello peinado con escuadra, recorrer el pasillo que se abre ante ambos a grandes zancadas, girar a la izquierda, dejar a un lado la puerta cerrada que vigila una cámara con un piloto rojo y detenerse al fin ante el doble cristal corredizo. Detrás, frente a un mostrador, un agente de uniforme intenta solucionar su aburrimiento parpadeando sin tregua e imitando las hélices con el bolígrafo: recibe a la inspectora y a su acompañante con un bostezo bien redondo, casi artístico.

—Inspectora Béjar, Judicial —ella muestra la placa—. El señor Pardo es un especialista en criptografía que me asesora en un caso y está aquí bajo mi autorización.

A cambio del trabajo de rellenar el renglón correspondiente en la estadilla de ingreso (nombre, sección, rango, fecha, número de expediente), la inspectora recibe unos guantes de látex y unas

advertencias.

—No pueden comer ni beber, no pueden sacar ningún objeto sin permiso previo por escrito, no pueden tomar fotografías ni realizar filmaciones.

—Pero es que nosotros sí que venimos a comer —sonríe atrozmente Mo Pardo.

—¿Cómo?

—Vamos a comernos la cabeza, agente —el hombre delgado enseña los caninos—. A pensar, a buscar respuestas. Comprende, ¿verdad? Comer a fin de cuentas.

El agente dirige una mirada de socorro a Esther, cuya sonrisa no se parece en nada a la de su compañero: esta resbala temblorosa sobre los labios sin saber si romper en un grito o una carcajada.

—Es un humorista —aclara la inspectora, antes de empujar al hombre delgado hacia el interior.

—¿No era criptógrafo? —el agente duda.

—Es lo mismo. El humor es un idioma que muy pocos entienden.

El depósito principal de pruebas de la Jefatura Superior se inspira en diversos modelos, unos más nobles y otros menos. Entre los primeros figurarían las colecciones de rarezas, las bibliotecas, los museos: todos esos sacrosantos lugares multiplicados en anaqueles donde el gusto y la inteligencia pueden aplacar su sed de cosas nuevas. Entre los más discutibles, están el trastero y la tienda de todo a un euro: los largos pasillos, entre estantes de metal de los que rebosan cajones y bandejas, juguetes rotos, prendas del revés, bolsas mal cerradas, maletas, cubiertos y quién sabe qué más parecen ir a desembocar en cualquier momento en un oriental en chanclas que vigila desconfiado los accesos. Con el fin de paliar su ansiedad, Esther ha vuelto a colocarse el cigarrillo de plástico en los labios y a sorberlo tontamente; Mo Pardo, en cambio, va deteniéndose con arrobo en cada balda para examinar qué clase concreta de basura contiene: si industrial o artesana, humana o animal, si la de todos los días o una que no ha registrado hasta ahora. Por difícil que eso resulte.

—Qué interesante —se frota las manos—, de verdad que sí. Esto, para mí, es como el Museo del Prado: desechos acumulados en exposición. ¿Se da cuenta? Cada cubo de basura de estos es una

vida, un recorrido, un drama. La suya misma, sin ir más lejos.

—No me lo recuerde —repone ella, vislumbrando de pronto el trastero sin pestillo donde ha arrojado su pasado, como un cadáver con cemento en los tobillos.

—Tranquilícese, la veo muy tensa —Pardo toma y deja un estuche de lápices en alguna parte—. No va a pasarle nada porque la sorprendan conmigo aquí dentro, en caso de que ocurra. Para facilitarle las cosas, podría esposarme, si le apetece. ¿Le van las esposas? ¿Es usted de esas?

—Déjese de tonterías. Usted está aquí bajo mi responsabilidad, sin una autorización real. Si nos descubren, me arriesgo a algo más que un tirón de orejas y una charla amistosa en un despacho. ¿Sabe lo que es un expediente? Así que va a cumplir el favor adicional que me prometió. Venga, por aquí.

Se han detenido en una esquina del primer pasillo para que la inspectora Béjar cuente los estantes a partir del suelo hasta alcanzar el número 5; para que, a continuación, revise un par de etiquetas y un adhesivo fosforescente y extraiga despacio una caja de plástico de las que se usan para sepultar la ropa de invierno en el altillo: sin ningún interés, Pardo permite que la deposite en el suelo y remueva los escasos objetos que contiene. Llaves, al parecer, una libreta, una camiseta envasada, incluso botes de champú o colonia.

—Ya que estamos aquí le va a echar usted un vistazo al cuaderno con la clave del que le hablé —ella eleva la libreta hacia Pardo, que sigue sin moverse—. Se acuerda, ¿no?

—Sí, claro, será un placer —y con la voz de telenovela—: Se aprovechan de mi nobleza.

Los dedos de Mo Pardo retiran el bolígrafo con el lema PLAYMOBIC cruzado sobre la gomilla de la portada, y hojean displicentemente entre la marejada de letras y números que contiene el interior. Direcciones, teléfonos, señas, menciones y subrayados entre los que Mo singla con la misma escasez de entusiasmo con que otro que no es él deambularía por esta galería de escombros y cosas muertas. Ha alcanzado la última página, la que Esther le enseñó en su teléfono móvil, y el índice, con la uña algo larga y un tono de marfil en el reborde, repasa el largo tren de letras sin sentido: *AlppAlpiAmbbAaabAyhmPbmmAbobMaohApmpHphyMoyhApbpLb*.

En ese momento, una voz que no es la de la inspectora le detiene.

—Anda, qué sorpresa. Aquí nos vemos, husmeando en los contenedores. Qué cosa, ¿verdad?

Al girar sobre sus talones, Mo Pardo topa con una camisa hawaiana. Debajo de ella se extienden hasta el suelo unos vaqueros raídos, de esos que ya no se inmutan ante las revoluciones de la lavadora porque perdieron todo lo que tenían que dar; encima, sobre un número incierto de pecas, se riza una cabellera naranja. Aunque no entiende muy bien lo que sucede aquí, Pardo es capaz de reconocer el embarazo en el rostro de la inspectora Béjar, por no hablar de la vergüenza, y arroja discretamente la libreta en la caja de plástico antes de que la mímica llegue a mayores. Sobre el rostro de Esther ha vuelto a pintarse esa sonrisa precaria de unos minutos atrás, que no se sabe si presagia el aullido o la risotada.

—Hombre, Quini, qué tal, qué casualidad —de pronto, el cigarrillo de plástico brinca nerviosamente hacia la mano derecha de ella—. Mira dónde tenemos que encontrarnos, fíjate. Aquí, trabajando, te puedes figurar. Husmeando en los contenedores, como tú dices, ja, ja. Ando con una cosa muy curiosa, un asesinato relacionado con el mundo de Playmobil, los clicks, tú sabes. Me está ayudando aquí el señor Pardo, que es criptógrafo. Un gran especialista, el señor Pardo. ¿Y tú?

El pelirrojo dedica una mirada de duda al hombre delgado, al pantalón apretado hasta la asfixia, la camisa de un color indecente, las rayas cartesianas de su cabello. El origen de la duda radica en que no se encuentra muy seguro de que esto sea una persona de veras y no un sucedáneo, otro objeto traspillado de los muchos que preserva este vertedero. Un hombre y no la aproximación de un hombre, su carcasa, sus restos.

—Encantado —dice Mo Pardo con indiferencia, antes de adoptar de nuevo el acento que le ha enseñado su teleserie—. Ya sabe: más vale andar solo que ser invitado.

—Yo estaba buscando un número de expediente —los gestos de Quini vacilan—. Pero debo de haber anotado mal la referencia, porque no lo encuentro por ningún lado. Tengo otras cosas que hacer, así que mejor me voy y vuelvo cuando tenga más tiempo —de pronto se detiene y señala el cigarrillo de plástico en la mano de Esther—. Mejor así, tu salud te lo agradecerá.

Hasta que el pelirrojo no desaparece en la esquina que conduce a la salida, Esther no se concede la libertad de expulsar el aire, secarse el sudor de las palmas en los muslos, volver a paladear el sabor a eucalipto y caucho de su boquilla. Una idea la tortura: no sabe por qué, pero le resulta evidente que el tal Quini, su nuevo compañero de brigada, no hacía nada en el depósito; que estaba allí con el exclusivo propósito de seguirla, de ejercer de espía; que la ha pillado in fraganti, cometiendo un pecado que ni ella misma comprende pero que va a dar con sus huesos en el infierno por los siglos de los siglos. Más con la intención de sacarse esa sospecha de la cabeza que por otra razón coherente, devuelve la caja con las pertenencias de Sito Medina a la quinta balda y emite una orden:

—Cambiemos de sección. ¿No quería usted ver lo de sus vagabundos?

La monotonía de pasillos y estanterías, de enseres abandonados y vidas perdidas en el desagüe, crea la falsa impresión de que el depósito es idéntico en todos sus puntos y de que cualquiera de ellos equivale a cualquier otro. Pero basta con alcanzar el extremo del fondo y girar noventa grados hacia la izquierda para internarse en una zona que vale por un desmentido. De pronto la atmósfera parece como oscurecerse, a pesar de que la intensidad del neón no ha variado en el falso techo, y por todas partes se extiende un ambiente incierto de emboscada o extravío: es igual que cambiar un barrio céntrico por el extrarradio, una avenida por un arrabal. El metal de las estanterías muestra ronchas de óxido, bolsas de basura han sustituido a los cajones, empieza a insinuarse un olor donde antes no imperaba más que la blanca asepsia del laboratorio y la clínica. Mo Pardo, que ha comprendido de inmediato a qué se debe el cambio de detalles en el decorado, tuerce la boca en una mueca de repugnancia. Pero no es la basura lo que le repele, sino la gente que la ha apilado aquí, de esta manera: la gente que hace de la basura algo indigno.

—Definitivamente, las vidas de todo el mundo no valen lo mismo, ¿verdad? —masculla—. Ni las muertes, por supuesto.

Los artículos recolectados en las escenas del crimen de los dos vagabundos del periódico, según ha podido rastrearlos Esther a través del archivo de expedientes, ocupan dos bolsas de basura contiguas en una tercera balda. Eligen la segunda bolsa, la del

último asesinato, porque es la que les queda más cerca. Una vez que la pegatina fosforescente confirma que se trata de los desechos correctos, hay que hacerlos descender, descorrer el precinto, y lo peor de todo: soportar la bofetada de mal olor que emerge del interior antes de que se pueda distinguir nada. Pero Mo Pardo no se arredra ante esa clase de menudencias: no tiene escrúpulos en usar sus manos desnudas para explorar el fondo e ir extrayendo sucesivamente una gorra, guantes, un muñeco de peluche con ojos aterrados, un plato de estaño, un pasamontañas, una bolsa de fragmentos de metal que resultan ser tuercas, tornillos y abrazaderas, monedas, algunas extranjeras, peniques, centavos, coronas, pesetas, colillas; al parecer, por la bolsa de piel que también acaba de salir a la luz, el vagabundo número 2, que por cierto, según el atestado, respondía al nombre de José Antonio Moreno, solía seleccionar colillas en los veladores de los cafés y las entradas de los hospitales para aprovechar luego el tabaco sin quemar. Nada de esto reviste la más mínima importancia para Pardo: así lo indica el gesto maquinal con que lo devuelve a la oscuridad de la bolsa.

—Baje la otra —ordena.

—Puede bajarla usted —replica Esther, con un repentino fastidio —. No soy su esclava.

—Usted me prometió su cuerpo: ¿se acuerda? ¿Para qué cree que lo quiero? Ande, no sea puñetera: sabe que tengo dos hernias.

Después de un bufido, ella accede: verdad que tampoco es para tanto. Lo que la desquicia no es haber tenido que exponerse a una contractura en los hombros para alcanzar el fardo, esquivar las traviesas de las estanterías, hacer equilibrismo hasta colocarlo entre ambos: lo peor es que todo eso no haya servido para nada. Porque a continuación, el hombre delgado agarra el bolsón sin ningún miramiento, lo desprecinta por las buenas, lo pone bocabajo y hace que todo su contenido caiga en cascada sobre sus zapatos. Lo único que detiene el grito en la garganta de Esther es el imperativo de no hacerse notar, de pasar de contrabando esta intromisión absolutamente delictiva nada menos que en un depósito de pruebas de una jefatura.

—¿Está loco? —la frase podría muy bien prescindir de signos de interrogación, pero bueno—. ¿Qué hace?

—Es basura, ¿no? —Mo Pardo se acuclilla—. No creo que se ofenda por el trato: ustedes ya se han adelantado.

Lo que yace ahora ante ellos, como el bazar de una excavación arqueológica, es: a) un tremendo racimo de llaves; b) relojes que no funcionan, entre ellos b1) uno de pulsera con correa de cuero, b2) otro también de pulsera, que incluye cronómetro, y b3) uno de bolsillo con una tapadera grabada en donde se representa una escena agraria; c) fotografías recortadas de revistas y/o catálogos de agencias de viajes, incluyendo cascadas, bosques, playas tropicales, montañas cubiertas de nieve; d) una fotografía de mayor tamaño, plegada en cuatro, en la que figura la princesa Estefanía de Mónaco celebrando una fiesta con amigos en la cubierta de un yate; e) trozos de cristal de diversos tamaños y colores; f) una pieza de ajedrez, un alfil; g) unas gafas de dioptrías vertiginosas a las que falta el cristal de la izquierda; h) papeles: hojas arrancadas de alguna libreta, partidas en mitades o cuartos, donde una pésima caligrafía ha garrapateado frases. Sobre el hombro de Mo Pardo, Esther parpadea una vez y otra hasta que es capaz de descifrar: EL PÁRAMO DE LA LUNA, PONIENTE, SEGUNDA ENSENADA. Y también: LA TORRE ARDIENTE, RIBERA OPUESTA, EL CORREDOR HACIA LAS AGUAS. Y en otro papel: LA GALERÍA DE CRISTAL, TERCERA ENCRUCIJADA, EL LUCERNARIO. Y en otro: EL LABERINTO DE HIERRO, SIETE SIERPES DESDE LA BOCA, LA RED DE LA ARAÑA.

—¿Y esto? —inquiere ella—. ¿Su amigo también era poeta?

Por toda réplica, Pardo se limita a convertir los retazos de papel en pelotitas que esconde inmediatamente en los bolsillos de su pantalón. Para, a continuación, tomar con un gesto muy higiénico la bolsa de basura y devolver a su sitio los artículos a), b), c), etcétera.

—Vamos, ayúdeme —rezonga—. Su cuerpo me pertenece, ¿recuerda?

—¿Me está tomando el pelo? —la melena de Esther se sacude, incrédula—. ¡Eso que pretende hacer es sustracción de pruebas!

—¿Pruebas? —el precinto regresa a su puesto original—. ¿Pruebas de qué? Sus amigos de la policía no necesitan probar nada: ya han decidido que esto no fue más que un ajuste de cuentas entre yonquis. ¿Por qué cree que todo está metido en bolsas de basura? Para ahorrar tiempo: algo que también debemos hacer

nosotros. Andando.

Consternada, Esther sigue sumisamente al hombre delgado a lo largo del pasillo en dirección a la salida. Lugar en el que, por cierto, no terminan de desembocar, porque algo invisible y espantoso se interpone en su camino: algo que obliga a la inspectora a frenar en seco y atenazar la manga de su compañero.

—¡Quieto! —bisbisea ella—. Hay alguien.

Alguien es cualquiera, es todos y es nadie: pero este no es nadie; este es una persona muy concreta con la que la inspectora Béjar no quiere cruzarse, y menos ahora: el inspector jefe Lago.

—Aquí está todo —afirma el inspector jefe Lago desde el pasillo paralelo, al otro lado de las estanterías, donde no pueden verle.

La prueba con Quini ya ha sido suficiente: no hace falta divulgar más su presencia ni gritar a los cuatro vientos que está allí en compañía de un personaje de aspecto dudoso y maneras aún menos tranquilizadoras, con quien, para más inri, el propio Lago le prohibió colaborar en el pasado. Aunque él y Pardo se conocen poco más que de lejos, nunca han sentido mucha simpatía el uno por el otro: el primero querría ver al segundo en el manicomio, el segundo preferiría encerrar al primero en, ejem, un zoo. O eso parece:

—Ah, su querido jefe. El mismísimo Oso Yogui.

—Baje la voz —el jefe está con alguien que, antes que hablar, prefiere remover los objetos de una de las cajas—. ¿El Oso Yogui?

—El inspector jefe Yogui. Con su sombrero y su corbata y su barriga, en el parque Yellowstone. Igual de despierto y simpático que en los dibujos animados. Es él disfrazado, ¿no lo sabía?

—Calle.

Interviene una segunda voz que Esther también conoce bien: más alta, dinámica, desconfiada.

—¿Está usted seguro? —dice Ada Ancona, antes de que los objetos del interior de la caja, porque han de ser los objetos de una caja, crepiten de nuevo—. ¿Esto es todo lo que se encontró en la casa?

—Sí, supongo que sí… —la duda adelgaza las palabras del jefe —. La Científica podrá confirmárselo mejor que yo, creo.

—Pero falta algo —ahora es Ancona quien no está segura—. Hay algo que debería estar aquí y no está.

—¿El qué?

—No lo sé… —la voz resbala, parece que va a caer—. Algo.

—Pues si no me dice más, yo no sé qué contestarle. ¿Ha mirado en su taquilla?

Están hablando de Raúl Mora, no hay más remedio: el hombre con la bala en la nuca que ella, Esther, que trata de evitar por todos los medios que Mo Pardo haga ruido y le ha quitado ya de las manos un lapicero, un martillo y hasta unas bragas tomadas vete a saber tú de dónde, ha olvidado en apenas una vaharada, el lapso que se tarda en eliminar un mal sabor, y a cuyo asesino, ahora, su compañera Ancona se encarga de rastrear. Hay algo que falta entre las pertenencias del hombre con un agujero en la cabeza, algo que igual se encuentra, sí, en su taquilla del departamento.

—La taquilla —repite la voz de Ancona—. La miré de pasada y creo que reparé en todo lo importante, pero quizá debería hacerlo otra vez. Está bien, vayamos.

—Va a tener que hacerlo usted sola, inspectora —el jefe encaja un suspiro—. Yo la acompañaría con mucho gusto, pero voy a salir antes para recoger a mi nieta. La única hora que hemos encontrado en el pediatra es antes de comer, luego no hay quien quepa en el ambulatorio.

Sus pasos se alejan y luego desaparecen. Cuando Esther considera que ha transcurrido un plazo razonable, ese que suele concederse a los jugadores para que examinen las cartas antes de la primera mano, libera la presión sobre el brazo de Pardo (su amor por los *souvenirs* exóticos la ha obligado a inmovilizarlo) y reanudan el camino hacia la salida. Lo cual es un error, según salta a la vista en cuanto la fila de anaqueles toca a su fin y se abren otro pasillo perpendicular y un cruce: porque Ancona se ha detenido un momento a consultar una cosa en el móvil y está plantada ahí mismo, junto con el anciano del sombrero, la corbata, la panza, que debería encontrarse disfrutando del aroma de las coníferas en el parque Yellowstone.

—Béjar —pronuncia el inspector jefe con perplejidad.

Ancona arquea las cejas, se lleva el móvil a la oreja izquierda y se retira tras una esquina a conversar con alguien que no está allí.

—Buenos días, jefe —las manos de Esther sudan a chorros alrededor del cigarrillo de plástico—. Aquí andamos, revisando las

pruebas del caso de Medina. El de Playmobil, usted sabe. Se acuerda del señor Pardo, ¿verdad?

En sus muchos años en la brigada de Policía judicial, Felipe Lago ha tenido que usar sus manos para cientos de menesteres que han puesto a prueba su profesionalidad, su recato, sus náuseas: pero ninguno parece haberle resultado más oneroso que apretar la diestra de este hombre encorvado que se comba todavía más al saludarle, como si fuera a besar su anillo. O a morderle el cuello, no se sabe bien.

—No sabía que seguía usted colaborando con nosotros —la frase, de una calculada frialdad, coincide con una mirada a la inspectora Béjar de idéntica temperatura—. Le hacía en otra parte.

Ella reza por que todo quede ahí, por que no haya más que hablar. Pero debería haber aprendido ya que rezar no sirve de mucho, sobre todo si una ni siquiera se molesta en ir a misa los domingos.

—¿Qué otra parte? —suelta Pardo con voz de imbécil—. Como dice el dicho: ojos que no ven… ojos que no ven. Hágase que no me ha visto y ya está. Porque estoy donde tengo que estar, en mi sitio: la basura, ya sabe. ¿Y el suyo? Yo le hacía en el campo, entre los merenderos. ¿Le gusta la miel? ¿Los pasteles de crema?

Esther está a punto de intervenir con un arma infalible: la sala de espera del ambulatorio se pone imposible pasada la hora de comer.

El aburrimiento es esa criatura insidiosa que, como la cucaracha, aguarda tan sólo a que variemos la posición del mueble de la salita y lo hagamos deslizarse levemente sobre el zócalo para mostrar su caparazón y aguarnos el humor por el resto de la tarde. Siempre está ahí aunque no se lo vea: conspirando en la sombra, recorriendo los intestinos del fregadero y el último recodo de la despensa, dispuesto a salir en procesión en cuanto creamos tener todo dispuesto para recibir a las visitas. El aburrimiento es un súbito blanqueo: un daltonismo a la inversa que convertirá la serigrafía de nuestra vida en un mal grabado a dos tonos, un carboncillo o una sanguina en el mejor de los casos. Da igual dónde se presente, el color se va y llegan las cucarachas. Cucarachas que suben por la

pantalla del cine, por el borde de la copa, por las escaleras, cucarachas que surgen a borbotones de la boca de tu pareja, cucarachas al abrir el libro, cucarachas en los juguetes.

En los juguetes también, sí. Como estos hombrecitos de tres al cuarto que Mo Pardo contempla ahora, con su flequillo cortado en triángulos, y sus ojos estupefactos, y su sonrisa de asesino en serie: le aburren soberanamente sus castillos y sus barcos pirata y los dioramas y el hermano gigantesco que han plantado en la puerta y, sobre todo, le aburre el montón de lelos con cuarenta años a sus espaldas que se dedican a jugar con ellos y discutir si este es mejor que el otro y por qué uno merece una vitrina y el otro el basurero (como si el basurero, en fin, no fuera el mejor de los destinos). Le ha prometido a la inspectora Béjar lo que le ha prometido y ahora está allí, hincado junto a la entrada del Casino de la Exposición, mientras una nueva sesión de la Bienal de Playmobil tiene lugar y un individuo habla desde el estrado con una lentitud diseñada exclusivamente para torturarle. Las cucarachas, las asquerosas cucarachas, suben por el atril, se encaminan al micrófono, celebran su victoria.

—Ese es un tal Fergó, de la Asociación de Girona.

A su lado, la inspectora va señalando a los figurantes, gordos comprimidos en camisetas con los colores del parchís o locas disfrazadas de cortesanas, y explica quiénes se suponen que deben ser. De hecho, el objeto de esta estúpida visita llena de cucarachas es familiarizar a Mo Pardo con el ambiente y los personajes del drama de Sito Medina, el otro bobo que se arrojó desde el noveno piso del hotel, para ver si alguna conexión con el inexplicable código de su libreta lo hace más fácil de descifrar. Pobre inspectora Béjar, confía tanto en las cosas: en que ese código tenga algo realmente importante que decir y no sea una lista de la compra, en que el asesino se encuentre de veras entre estos descarriados, en que este circo le interese lo más mínimo al fastidiado Mo Pardo. Que, al borde de la desesperación, debe recurrir a expedientes extremos para cambiar el bostezo por, al menos, una sonrisa.

—¿Fergó? —asiente—. Muy bien. Yo creo que produce excrementos leptomorfos, digamos Bristol 3. Aquel otro, sin embargo, más sueltos, casi líquidos, Bristol 4 o 5.

—Aquel es Yoyo, el presidente de Iberclick, la Asociación

Nacional.

—Estupendo. Obviamente nervioso, compulsivo. Debe comer más carne. De lo contrario, acabara por necesitar un astringente.

—Pero mire —Esther empuja repentinamente a su compañero—, aquí viene el principal amigo de la víctima. Quiero que lo conozca.

Se aproxima a ellos un individuo achatado y grueso, con gafas de pasta y una camiseta azul turquesa con el rostro sobreimpreso de Alfredo Landa y un lema: ¡SUECAS! Pardo le calcula un Bristol 4 y cierta tendencia al estreñimiento, atenuada quizá por pensamientos obsesivos.

—Les presento —oficia Esther—. Aquí, el señor Modesto Pardo, criptógrafo y asesor de la policía. Este es Pedro José Espínola, de quien le he hablado.

—¡Espiridión Espíndola! —exclama Pardo con genuina satisfacción—. ¡Qué bueno que viniste! ¿Qué pretendías hacer con la fórmula del barniz invisibilizador, eh, truhan?

Las gafas de P. J. se vuelven hacia Esther en busca de una explicación que no existe, que sólo puede suplir una rápida mirada panorámica de ella sobre la sala del congreso y un drástico golpe de timón, es decir:

—Veo que las sesiones prosiguen con normalidad. ¿Algo especial que señalar?

Pues no, no mucho, la verdad, o eso es lo que alega el gordito de la camiseta azul. Mientras la vista de Mo Pardo se extravía en su ensimismamiento entre los muñecos expuestos en las vitrinas, incluyendo aquellos, más lejanos, que protegen los pilotos de seguridad, el gordito desgrana una larga serie de detalles que quizá merecerían oídos más atentos: ahora Vegeta, de la división de Albacete, está ofreciendo su ponencia sobre la expresión de las emociones en el rostro de los clicks, donde tampoco los pareceres de los aficionados son precisamente unánimes; porque la secta de los Entusiastas, que se sienta en la zona izquierda, delante, opina que deberían existir toda clase de expresiones, incluso de terror o asco, en vez de la reglamentaria boquita de media luna invertida; mientras que los Plainmóviles, a los que (supone) Esther ya conoce, sólo aceptan el diseño patentado por Hans Beck y repartido por las jugueterías de medio mundo, por no hablar de las camisetas, ropas de baño, bebidas y todo lo demás. Bueno, hoy los ánimos parecen

un poco más serenos, o será que la temperatura y el sopor del mediodía amansan a las fieras y no ha habido trifulcas que lamentar. Y, aprovechando que por allí cruza otro individuo escurrido, enclenque, con el cabello cortado en una peluquería infantil, P. J. alza un brazo y pronuncia dos sílabas:

—¡Pepo! Ahí está Pepo, lo va a conocer también. ¡Ven, Pepo!

La imagen de la camiseta de Pepo Olivares es el propio Pepo pero al revés. Adulto, musculoso, bestial, He-Man posa con su espada entre los puños como si fuera a partirla en dos.

—Buenas tardes, Pepo —Pardo entrecierra su ojo izquierdo después de estrecharle la mano—. Es usted nervioso, ¿verdad? No duerme con facilidad, alterna períodos de sopor con sobresaltos, ¿sí? Y claro: va al baño con frecuencia, hasta tres veces al día. Heces muy blandas, hebras, escaso olor. Bristol 2, en el mejor de los casos.

—Miren lo que traigo aquí —replica Pepo con el rostro radiante.

No se ha enterado un pimiento de lo que acaba de soltarle este señor tan raro con la cabeza peinada para una jura de bandera, ni falta que le hace, porque la caja que lleva envuelta en una bolsa de plástico y que expone ahora a la adoración de los presentes consume toda su dotación de preocupaciones y pensamientos: es un ejemplar del set Playmobil de caballeros 3130 de 1974, con cinco figuras más accesorios, envoltorio de cartón y bandeja de plástico, una joya que en el catálogo de coleccionistas especializado (el Playmobil Collector de 2009) alcanza la categoría de cinco puntos y *Absolutely rare*. Es normal que el pobre chiquillo pierda la baba o dos lagrimones: pocas cosas igual de valiosas habrá estrechado entre los brazos en sus treinta y tantos años de vida.

—Eso debe de costar lo suyo, ¿no? —se le ocurre a Mo Pardo—. Igual debería estar detrás de un cristal de seguridad, como aquellos de allí…

—Pues sí —la caja se funde en un abrazo con el niño de treinta años—, pero acabo de conseguirlo y no quiero separarme de él. El sueño de mi vida… No tengo trabajo fijo, ni novia, ni nada, y me da igual: tengo esto.

De pronto, se produce una explosión: la mayoría del público que asiste a la conferencia acaba de ponerse violentamente en pie; los gritos se alían con zapatazos y el estruendo de algunas sillas al caer

al suelo para convertir el eco de la sala en una marejada. La sorpresa eleva los cuatro ojos de la inspectora Béjar y Mo Pardo en dirección a la pantalla del estrado, donde encuentran el rostro de un click de Playmobil como jamás han visto otro: un click perverso, atroz, que achina la mirada y tuerce la boca en un inequívoco gesto de crueldad o desprecio.

—Mierda —resopla P. J.—. La Serie Negra otra vez.

Esther cree reconocer al individuo que vocifera desde la zona derecha de los asientos: las gafas de carnaval, los dientes.

—¡Basta! ¡Ya está bien de tonterías! ¡Se supone que esto es un congreso serio! ¿Cómo pueden proyectarse imágenes de figuras que se sabe positivamente que son falsas? ¡Esto no tiene ningún rigor científico!

Brinca otro desde el extremo opuesto, este con el pelo en forma de cepillo:

—Querrás decir que son falsos según la policía, la tiranía de Geobra. Pero eso quedó ya hace tiempo superado, amigo mío. Gracias a Dios, sabemos que eso no es todo: Cornelis Bom, el otro padre de Playmobil, diseñó en secreto muchas piezas desechadas, hallazgos que la empresa arrojó a la basura amparándose en su política de pantalón corto. Bom no habría temido a clicks que lloran, gritan, amenazan.

—¡O tienen rodillas y manos articuladas! —añade alguien al fondo.

—¡Eso son tonterías! —rebate otro—. ¡Eso no son clicks! ¡El click nace entero y verdadero!

—¡Fascistas! —acusa la mitad izquierda de la bancada—. ¡Talibanes!

—¡Herejes! —es la respuesta de la mitad derecha—. ¡Pervertidos!

Y a continuación, tiene lugar el reverso de la explosión. Si la primera consistió en un aldabonazo, un golpe tajante que capturó con su belicosidad la atención de todos aquellos que miraban hacia otro lado o tenían cosas mejores en las que pensar, este nuevo reclamo es justo su contrario: un súbito silencio que nadie se atreve a quebrar, una mágica campana de cristal que acaba de formarse en el centro de los asientos y de cuyo interior emerge un hombre. También lo reconoce Esther: es el gordo del chándal blanco, el buda

de la barba pelirroja, que ahora, con ademanes que nadie osa interrumpir, deja la *tablet* sobre la silla de al lado y se saca lenta, profundamente, los auriculares de los oídos. Su voz, repartida por las columnas y el hemisferio del techo, suena como debieron de sonar las de Zoroastro, Pitágoras, Jesucristo.

—Estamos hartos de *necedades* —proclama Bruno Clicksilver—. De un poder *arbitrario* en el que no confiamos, en el que ya no creemos y que sigue imponiéndonos la rigidez de sus reglas. Sois unos embusteros, unos falsarios, sois unos falsos profetas. Vosotros *deformáis* el mensaje de Playmobil para acomodarlo a vuestros prejuicios y os negáis a admitir que el mundo del click es mucho mayor de lo que vuestras mentes *obtusas* pretenden… Durante largo tiempo, he anunciado que poseo pruebas *fehacientes*, materiales, de la existencia de la Serie Negra, y muchos de vosotros no me habéis creído. Bienaventurados los que sí creyeron, porque *ahora* voy a traer las pruebas a la luz: será durante mi intervención en la sesión de clausura, el próximo martes. Así zanjaremos *todas* las especulaciones. Traeré para vosotros la pieza más deseada, la más controvertida y también la más cierta: ¡*El click ejecutado en la silla eléctrica*!

Y así se llega a la tercera explosión, la peor de todas. Es igual que la primera en lo estridente, en lo bestial, en las sillas que vuelan y los aullidos y las carreras que no conducen a ninguna parte; se parece a la segunda en el estupor, en el sobrecogimiento, en la sensación de terror sagrado que ha amilanado a todos los presentes antes de que empiecen a rugir y a enseñar los dientes. Aquí, unos se gritan a otros pisándose las frases, imposibilitados para oír o hacerse oír; allí, han empezado a agarrarse del cuello de las camisetas y se escupen indecencias sobre el cráneo o las barbas; al fondo, el proceso llega a su fin y algunos han decidido recurrir directamente a la elocuencia de los puños para que resuelva sus diferencias. Incluso P. J. y Pepo, que habían hecho todo lo posible por mantener la compostura, se han lanzado a la lucha y no tardan en ser engullidos por la vorágine; un espectáculo equivalente, desde la posición de Mo Pardo, al aburrimiento más puro y duro.

—¿Qué le parece? —Esther acaba de sacar su cigarrillo de plástico y de colocárselo en un ángulo de la boca.

Mo Pardo encoge los hombros.

—Me parece que debe usted atar corto a Espiridión Espíndola —opina al fin—. El Profesor Inventillo todavía se la tendrá jurada por lo del barniz invisibilizador, seguro.

—¿Por qué dice eso?

—O mucho me equivoco o Espiridión puede seguir la misma suerte de su amiguito. Mala suerte, se entiende. Aquí no se andan con chiquitas: no hay nada más serio que un juego de niños.

Alguien reclama a gritos a la policía: un energúmeno ha arrojado una silla sobre el primer diorama y las figuras ruedan indefensas por el suelo. Entre las cucarachas que hacen bostezar a Mo Pardo.

3. MERLÍN EL ENCANTADOR

QUIEN QUIERA ENTENDERLO un poco mejor, a Mo Pardo, haría bien en visitar su hábitat natural, la plaza del Pumarejo. Su aspecto es el de una inocua plaza del casco antiguo, limitada por un ambulatorio, un bar y una casa okupa, pero en realidad contiene un parque temático: una selección, un museo, una universidad de todo lo que Mo Pardo es, de los principales jalones de su pasado y los proyectos que acaricia, por no hablar de los que dejó en el camino. Está el amor por las lenguas, que se revela en los cartelones de las tiendas chinas y marroquíes que ocupan la esquina este; están los contenedores de basura, que no precisan de mayor elucidación; los drogadictos, de la misma nación de desorientados y visionarios que él, procesionando hacia el ambulatorio en busca de su medicación; los vagabundos, sus hermanos, espías, versiones un poco más descuidadas del propio Pardo que se tumban en los bancos o vacían cajas de vino de mesa en un recodo de la acera; el quiosco de Salva, puente de conexión de este pequeño país con el resto del universo junto al que el Seat Ibiza de la inspectora Béjar acaba de estacionar, contraviniendo, por cierto, casi media docena de ordenanzas municipales.

—Lo siento —pronuncia Esther al desactivar el motor—. La radio está estropeada.

La disculpa viene motivada por la música que ha ido acompañándolos a un volumen enloquecido a lo largo de todo el trayecto desde el Casino de la Exposición; bajo la percusión ella ha tratado de explicar que los botones se niegan cruelmente tanto a que cambie de emisora como a que la apague, pero nada de eso parece importar a Mo Pardo, es más: le gusta. Escucha sin moverse ahí, en el asiento del copiloto, el relato de cómo Raffaella Carrà ha encontrado a Pedro, el más bello muchacho de Santa Fe, de cómo se ha enamorado y Pedro le ha hecho ver algo más que los

monumentos, y sonríe. Cuando Esther extrae la llave de contacto y la radio calla al fin, la admiración no ha desaparecido de su rostro.

—Me encanta Raffaella Carrà —reconoce—. Es una artista excelente. Ha hecho mucho más por la liberación de la mujer que ese montón de feministas de tres al cuarto que se quejan de la desigualdad de los aguinaldos. ¿Ha escuchado usted la letra de *Caliente, caliente* o *Hay que venir al sur*?

—No creo.

—Joan Baez a su lado es una monjita de clausura. ¿Tiene un papel?

—¿Aquí? No.

—Mire en la guantera: un cuaderno, publicidad, una hoja de lo que sea.

En la guantera, esa pequeña sucursal de la papelera de la oficina o el trastero de casa, hay, aparte del paquete de tabaco de emergencia, documentos imprecisos, el seguro del coche, el carné, el permiso de circulación. El último es un cartón de color verdoso con el escudo de España estampado en una de las caras que Pardo arranca sin pudor de la mano de Esther en cuanto ella lo enseña.

—Esto servirá. Vamos.

Para alcanzar el bar Sanlúcar, han de atravesar un paso de peatones medio borrado sobre los viejos adoquines; antes de trasponer el umbral, que permite canjear el sofoco de la calle por una penumbra fresca y profunda, Esther considera necesario tomar al hombre delgado de la muñeca y hacerle una advertencia:

—Usted se ha creído que yo soy su secretaria. Pero le recuerdo que si he consentido en traerle hasta aquí es sólo porque ha prometido devolverme esas pruebas que ha robado del depósito. ¿Me oye?

Pardo hace gesto de seguir con la cabeza una melodía que conoce bien, de esas que repite la radio en las peluquerías.

—Las pruebas sirven para probar —dice—. Y yo las necesito para probar una cosa. Luego se las regalo y usted si quiere las tira otra vez a la basura. Es decir, el depósito.

De sus visitas anteriores ella recuerda el olor a grasa o tocino, el olor a fondo de olla que ahora la temperatura vuelve más intenso y como ofensivo; el serrín, los clientes o las sombras de clientes acodados en un extremo de la barra que sirve de aeródromo a

moscas del tamaño de aceitunas; el televisor de plasma a un lado, en alto, las mesas distribuidas frente a los azulejos; las botellas de coñac, anís y *whisky* nacional sobre las que pende el garrote con el lema LIBRO DE RECLAMACIONES. Frente al televisor, en una de las mesas, dos vagabundos aguardan, uno de pie y otro sentado: ambos van cubiertos por dos pesados abrigos de espía soviético que hacen a Esther temer por su salud, sin insistir en otro tipo de consideraciones higiénicas. Le resulta un completo misterio que los vagabundos siempre vistan abrigo, independientemente del clima: es como si la intemperie fuera una madre caprichosa que en cualquier momento puede cambiar de parecer y ante la que conviene protegerse. Mo Pardo se aproxima a la mesa y saluda al que está sentado con una ceremoniosa inclinación de la barbilla.

—Buenas tardes, maestro.

El vagabundo sentado asiente despacio; el otro, un sujeto de escasa estatura con el rostro renegrido por el mucho sol y la poca agua, enseña los dos únicos dientes que le amueblan la boca para sonreír.

—Saludos, caballero Cay —pronuncia Mo Pardo.

Entonces el vagabundo de los dos dientes hace una cosa muy rara. Al principio Esther cree que carraspea, que va a escupir; pero no: está imitando la voz del Pato Donald.

—¡Carambolas! —cruje—. ¿Qué te traes entre manos, condenado?

—Os presento a la dama Esther Béjar, de esforzada audacia —Pardo abre la mano en un gesto—. Aquí, Merlín el Encantador y el caballero Cay.

Incapaz de hacer un comentario, Esther toma asiento junto a su compañero y el primer vagabundo, mientras el otro permanece en pie, velando armas. Sigue sin ser capaz de responder cuando el camarero llega a tomar nota de las bebidas y aprueba el Bitter Kas de Mo Pardo con una inclinación de cabeza.

—Ozú, esos malditos roedores —prorrumpe el de pie con la voz del gato Jinks—. A mí ponme una cervecita a ver si me alegra el día.

En cuanto al segundo, el que está sentado, precisa de unos instantes de reflexión antes de decidirse. El tal Merlín es un anciano de porte aristocrático, con los ángulos del rostro concentrados en

una perilla que parece un puñal; el sombrero, correctamente británico, hace juego con la delgadez de los dedos, donde destacan las uñas demasiado largas, en especial la del meñique, y una sortija que al principio Esther no ve bien. Pero luego sí: es de plástico y lleva un dibujo de Peppa Pig.

—Creo que me decantaré por el champán —concluye finalmente.

—Raúl —la familiaridad de Pardo con el camarero viene de lejos —, debe de haber sobrado alguna botella de Freixenet de cuando la celebración de Monclova por su invalidez total. Mira a ver y nos la traes.

—En vaso de plástico, por favor —añade Merlín—. No sabe igual: el Duralex estropea el champán.

Una vez concluido el trámite, llega el momento de iniciar la gran conversación que ha llevado a todos hasta allí, a refugiarse del calor en una covacha con olor a tocino y moscas desorientadas. Es Mo Pardo quien, después de situar las manos sobre el aluminio de la mesa, practica un giro de ciento ochenta grados con la mirada y comienza:

—Maestro, te he solicitado un encuentro porque sabes que persigo al felón que dio muerte a Tristán y Ganelón. Pronto ha de caer en mis redes, si no me flaquean las fuerzas, pero antes preciso de tus valiosos consejos.

El anillo de plástico rebrilla en la penumbra cuando Merlín usa el aire como un panel de dibujo: improvisa un ocho, o tal vez un seis, o el signo de un alfabeto que no se conoce, como el del libro loco que Pardo guarda en su casa.

—Bien está, en ti confiamos —repone Merlín—. El Rey no se atreve todavía a designar a ningún caballero que, en nombre de la Corte, capture al malhechor y lo traiga aherrojado hasta nosotros, pero el día está próximo. Tú puedes ser ese caballero, hijo mío. No habría mejor ocasión de mostrar tu valía y ganar el sitial que mereces en la Tabla.

La última afirmación ha emocionado de tal modo a Mo Pardo que se ve obligado a guardar silencio durante unos segundos con las mandíbulas fuertemente cerradas, como si se preparara a saltar. Por suerte, es el momento en que Raúl trae la bandeja con las bebidas y reparte la cerveza, el refresco, el champán, los vasos, ante el

entusiasmo del caballero Cay, que en este caso adopta la voz del gato Silvestre:

—¿Dónde está ese maldito canario? El canario no sé, pero la cerveza está aquí delante —y tras atraparla con ambas manos, se la bebe de un trago.

—Dime, maestro Merlín —Pardo ya ha recuperado el habla—. ¿Puedes contarme algo singular de Tristán y Ganelón? ¿Algo que pueda sugerir por qué el villano que los mató les guardaba mal?

Merlín se sirve el champán en el vaso de plástico hasta que las burbujas alcanzan el reborde; a continuación bebe, despacio, con el meñique alzado en ángulo recto y la uña amenazadora en el extremo, igual que una punta de flecha. Necesita secarse el bigote con dos dedos antes de responder:

—No sabría decirte, Grillo. Ganelón y Tristán andaban siempre juntos, es verdad, iban a las mismas riveras en busca de idénticos tesoros, que luego presentaban a la Corte. No eran dos ángeles: durante un tiempo frecuentaron la adormidera y visitaron el Valle del Olvido, pero doy fe de su integridad en estos días. Entre las pruebas que arrostraban también las había peligrosas, según es común en estos lares y bien tú sabes, y debían enfrentarse a gigantes, ogros de las catacumbas, hechizos formidables y la ira de los plebeyos, que todo lo ignoran de la caballería. A menudo los acompañaba también una dama —aquí el tono del anciano se dulcifica y su sombrero traza una curva en dirección a Esther—, Guiomar. He meditado mucho sobre el presente asunto, bien en mi cubículo o bajo el testimonio de las estrellas. Por la forma en que ambos hallaron el fin, mucho temo que se trate del Monstruo de los Viejos Días, aquel al que llamaban el Amo de la Niebla, al que al cabo debemos enfrentarnos todos.

—Eso es to… Eso es to… Eso es todo, amigos —remata el caballero Cay.

Del bolsillo de Mo Pardo emergen media docena de objetos que no deben estar allí: las pelotitas de papel que, una vez alisadas, resultan ser hojas de libreta y que podrían costarle un expediente y algo más a la inspectora Béjar si alguien las encontrara en un basurero distinto de aquel al que las arrojaron. Una tras otra van ocupando las esquinas de la mesa que no acaparan las botellas y los vasos, como las cartas en el tapete de una adivina: sólo que aquí lo

que esconden no es tanto el futuro como lo que conduce hasta él.

—Maestro —explica Pardo—, entre las alforjas de Tristán fueron halladas estas letras. ¿Podrías decirme a qué lugares corresponden? Con tu gracia me ayudarás a encontrar al Monstruo, pues quizá él se oculta en uno de estos rincones.

El anciano se detiene sobre cada uno de los papeles con el mismo gesto con que alguien intenta reconocer un rostro perdido en una fotografía: tratando de aislar ese rasgo, ese ademán que prenda la mecha y haga que el recuerdo detone con una llamarada en el fondo del cráneo. A continuación, la mano del anillo se alza y gira en el aire, siempre con la uña del meñique dibujando un signo de interrogación; del mismo bolsillo de antes (pero ¿cuál es la capacidad real de ese bolsillo?), Pardo toma un lápiz de Ikea y se lo entrega al anciano, junto con el permiso de circulación de color verde. La parte que queda arriba a la izquierda del escudo de España es la elegida para que los dedos sarmentosos de Merlín bosquejen algo que parece sucesivamente un pulpo, una hoja de roble, el plumaje de un ave, y que termina por ser un mapa de un lugar similar a Sevilla. Cuyas esquinas ahora esos mismos dedos van señalando, acompañados de encabezamientos en un código extraño que Mo Pardo, como buen criptógrafo, ha de traducir:

—El Páramo de la Luna —el viejo índice se clava en el centro del mapa—. En el pasado estaba vacío, ahora no. Era yermo, ahora hay un estanque. Junto al Templo de la Luz de Oriente.

—Cerca del centro —recapacita Pardo—. Un templo de Oriente, una pagoda: el consulado de Portugal. El Páramo es el Prado de San Sebastián.

—La Torre Ardiente —más al centro aún—. Debajo del río, tras la encrucijada. Dejando al lado la Puerta del Príncipe Embrujado.

—Centro histórico. Al sur del río, una torre. Una torre que se ilumina de noche: enfrente hay una puerta con una rana. Eso es: la rana de los frutos secos Kelia, una panadería, una tienda de comestibles. Como la que hay enfrente de la torre de Don Fadrique.

—La Galería de Cristal —el dedo se desplaza a poniente—. La Cruz de Seis Brazos la mira de lejos, senda arriba. Tras el cristal, pacen los tigres armados —viendo que el hombre delgado no comprende del todo, el anciano presiona más el cartón—. Sí. Los hombres los montan y rugen en la noche.

—De acuerdo. Sí. La Cruz de Seis Brazos, el crucifijo de piedra de San Jacinto, con sus cuatro brazos más los dos del ángulo de la esquina; los tigres armados son motocicletas; la Galería de Cristal, el concesionario de motos de la calle Pastor y Landero.

—Fuera de las murallas —las indicaciones salen del mapa, hacia el este que no existe—. El Laberinto de Hierro, en el camino a Oriente.

—Saliendo casi de la ciudad, avenida de la Paz: el polígono Hytasa —Pardo parece meditar—. Muy bien, maestro. Me has sido de una incalculable ayuda —el permiso y los papeles vuelan inmediatamente hacia la posición en que se encuentra Esther—. Ahí tiene: ya puede devolverlos a la basura. El permiso no, claro: lo podemos volver a necesitar para anotar más cosas.

—Ándale, ándale, arriba, arriba —estalla de pronto el caballero Cay con el acento de Speedy González—. Llegó la hora de rajarse, viejo.

—Sí… —Merlín se acaricia el bigote, contrariado—. Me disculparás, Grillo, pero tengo una audiencia con el Rey Cuervo, una audiencia muy privada en verdad, ante la que no puedo demorarme. Ayudo al rey a soportar sus padecimientos… Sufre de migrañas, el peso de la corona es oneroso… —entonces manotea la botella de Freixenet a medio vaciar—. Ahora que lo pienso, este elixir sería de valor como remedio: ¿crees que podría llevarme la frasca al efecto?

—Tuya es, maestro —el semblante de Mo Pardo adquiere más gravedad todavía—. Has hablado de que Tristán y Ganelón frecuentaban a una dama. ¿Será posible verse con ella?

—Sin duda, Grillo —el anciano se pone en pie con la botella en el puño—. Este domingo se reúne la Tabla y acudirán a la Corte todas las damas y caballeros. La Justicia del Rey dirimirá el litigio entre Melián y Escanor por una gruta encantada que los dos pretenden usar como guarida pero que no se sabe en puridad a quién pertenece. Podrás acudir con tu gentil dama —vuelve a inclinar el sombrero ante Esther—. Que el valor os acompañe, hijos míos: tened salud.

—Ándale, ándale, arriba, arriba —añade Cay, y se marchan.

Durante un rato, el único sonido que tiene lugar en la mesa es el que produce el hielo al deshacerse en el vaso de Bitter Kas. Hasta

que, tras frotarse despacio los ojos, Esther se decide a hablar:

—¿Tristán? ¿Merlín? ¿La Torre Ardiente? ¿El Monstruo de los Viejos Días? ¿Esto es una película de *El Señor de los Anillos* y yo no me acabo de enterar? ¿O es que sus amigos acaban de salir del manicomio?

—No, fui yo el que estuvo en el manicomio —el refresco rosado se agita en el fondo del cristal—. Dos años ingresado, ya se lo conté, ¿no? Ellos son parte de la Corte de la Noche.

—¿De qué? ¿Caballeros de la Tabla Redonda?

Los papeles que deben regresar a la basura, esto es, al abismo sin límites de la burocracia judicial, están todavía sobre la mesa: Mo Pardo los atrae hacia sí con ese gesto con el que el ganador reúne las fichas en el casino.

—Fíjese —su mentón indica algo—. Por el mapa y las pistas que nos ha dado Merlín, ahora sabemos qué lugares frecuentó Tristán, o Mariano, que es como se llamaba legalmente, poco antes de morir. Tristán se dedicaba a la recogida e intercambio de basuras: como los periodistas, como los anticuarios, sólo que él no pretendía que luego le llamaran de usted. Estas anotaciones indican encuentros con algunos de sus compradores o proveedores, gente que le iba a dar algo o a la que él iba a dar. Desde enchufes usados a cremalleras; monturas de gafas, patas de muebles, juguetes. Eso es la vida: dar y recibir basura en cantidades discretas. Ahora, gracias a Merlín, sabemos cuál es cada sitio, y eso nos permitirá saber, quizá, a quién vio y quién pudo hacerle lo que le hizo. El Prado de San Sebastián, la torre de Don Fadrique, la parroquia de San Jacinto, el polígono Hytasa.

—El Páramo de la Luna, la Torre Ardiente, la Cruz de Seis Brazos, el Laberinto de Hierro… —de repente, Esther se ve sentada en su mesa de dibujo, mientras de las puntas de sus pinceles brota un mundo de duendes y espejos mágicos—. Esos nombres, esos lugares de cuento de hadas… ¿Me está diciendo que sus amigos viven en un mundo de fantasía? ¿Que juegan al rol o algo?

—¿Fantasía? —Pardo apura su vaso—. No, no es ninguna fantasía: es absolutamente real. Lo que sucede es que, claro, la realidad de ellos igual no coincide con la de usted. No se cruzan ustedes en el ascensor, entiéndame. A ver. Digamos que cada ciudad es muchas ciudades. Ellos viven en esos páramos y esos castillos y

esas torres. Pero resulta que usted ve en esos lugares otras cosas, usted ve iglesias, comercios, bloques de pisos, usted ve monumentos y sucursales bancarias, lo cual se debe a un simple efecto de perspectiva. Eso que usted llama mundo, lo que ve y percibe y siente como real, es sólo una ficción compartida. Donde otros le convencen de que hay un cementerio, usted ve un cementerio; si es un mercado o una escuela, lo mismo; un caballero es un caballero porque responde a las instrucciones que le han dado para que lo reconozca; y lo mismo un rufián, ya le digo. A usted le convencen de que ahí hay amor, o esperanza, o un ángel o el diablo y usted acaba por verlos. Pero aparte de caballeros y rufianes pueden ser más cosas, lo son, de hecho. Basta con variar la lente.

—¿Que acabo por verlos? —los disparates del hombre delgado, por no hablar del calor y de la peste a tocino, están empezando a marear a Esther—. Por imaginarlos, querrá decir.

—Justo. Imaginarlos es verlos: crear imágenes. Su mundo es una imaginación suya: es decir, lo que le han dicho que debe imaginar. El mundo del telediario y las redes sociales: un mundo bronco, hostil, materialista, dividido en modelos de pasarela y vagabundos, el mundo de la corrupción y las grandes oportunidades y la búsqueda de la felicidad y las vacaciones pagadas, el mundo de las cadenas de comida rápida, el coche, la bolsa, el calentamiento global, la crisis, todo eso. Pero hay otras formas de imaginar, otros mundos a los que asomarse: no más irreales que el suyo, sólo distintos. Y a menudo más amables, o más tranquilos. Estos hombres son valientes: han decidido vivir en su propia realidad, sin que nadie se la imponga.

—Y usted… —Esther duda—. ¿Es esa también su realidad?

Al ponerse en pie, súbitamente Mo Pardo se antoja más alto, más vertical: incluso la sempiterna giba que le abomba la espalda se camufla bajo su camisa.

—¿Me pregunta usted si estoy también loco? —sonríe—. ¿No es eso lo que dice su jefe, el Oso Yogui? No, la mía es distinta. No la comparto con nadie.

—Pero ayuda a esos vagabundos. ¿Por qué?

En ese momento, Mo Pardo deja de ser Mo Pardo para transfigurarse en otra cosa: aunque la inspectora Béjar no vislumbra exactamente en qué o quién, intuye que ese cuerpo desconocido

viste una malla de color rojo y que dos antenas ridículas se cimbrean a ambos lados de su cabeza; ahora ese ser de otra dimensión paralela alza el dedo en el aire con gesto justiciero y mira al infinito para proclamar:

—Porque debo proteger al más débil y velar por el inocente. Siempre estaré con quien diga: Y ahora, ¿quién podrá defenderme? ¡Oh! Y ahora, ¿quién podrá ayudarme? ¡Oh! Y ahora, ¿quién podrá consolarme? ¡YO! ¡NO CONTABAN CON MI ASTUCIA! —saluda de lejos al camarero antes de confiar a Esther en un susurro—: Por cierto, acabo de darme cuenta de que no he traído suelto. ¿Le importa pagar las bebidas?

A pesar de los reiterados intentos de abismar esa sensación, de ponerle freno, de enterrarla bajo otras más coloridas y nuevas que no permitan reconocerla, la tristeza persiste. Todo ha sido inútil: la televisión encendida con el volumen en el casto límite del silencio, Bob Esponja y Calamardo peleándose sobre una estera; el cómic del Caballero Luna que se ha traído desde casa y que ahora hojea sin verdadero interés, nada menos que el primer volumen de las aventuras clásicas de los setenta, con guiones de Doug Moench y Bill Sienkiewicz a los lápices; la caja de Pringles de crema ácida y cebolla de la que va picoteando, pensativo, aun después de haberse concedido una contundente *pizza* de carne picada y beicon en el Domino de la esquina del hotel, junto con otros de los participantes en el congreso. Ninguna de esas maniobras ha servido de nada: por mucho que trate de retomar su vida normal, que finja que nada irreparable ha sucedido, Sito ya no está aquí. Sito ya no ocupa la habitación contigua. No se presentará a deshora para preguntarle un detalle bobo sobre una edición perdida de veinte años atrás, no discutirá con él ni acabará a su lado despotricando contra la lamentable gestión de la Asociación Nacional. No: ahora está solo. Solo como la una. Solo hasta el golpe.

Al principio cree que el sonido del televisor se ha activado por error, de modo que busca el mando a distancia entre las sábanas y pulsa el mismo botón dos veces: Bob Esponja estalla en un chirriante sollozo antes de volver a callar. Lo ha oído con toda nitidez y ahora lo vuelve a oír; se esfuerza en contener el aliento, en

acallar el redoble de su corazón aplicando una mano al costado: no se equivoca. Sito ya no ocupa la habitación contigua, pero algo se ha estrellado contra la pared ahí, al otro lado, algo que ahora recorre la moqueta a zancadas exageradas, como si intentara sortear un campo minado, y que empuja o arrastra algún mueble para cambiarlo de posición. Sabe lo que tiene que hacer: un buen caudal de tebeos y películas le han enseñado el mejor modo de extraer información del enemigo sin despertar recelos. De modo que se dirige al baño, vacía el vaso del cepillo de dientes y acopla la circunferencia de vidrio a la pared, justo bajo un dudoso paisaje a pastel, algo a la derecha de la puerta condenada que separa ambas habitaciones.

No se ha equivocado: allí hay algo, allí hay alguien. Algo o alguien que se debate sigilosamente entre las sillas y el cabecero de la cama, que evita tropezar para no llamar la atención más de lo que está haciéndolo y revelar a eventuales curiosos su presencia en un lugar prohibido. Porque se trata de un lugar prohibido, de eso no cabe duda. A menos, reflexiona apartando el vaso de la pared y tratando de refrenar de nuevo la cabalgadura de su corazón, que sea alguien del propio hotel, alguien de personal, el servicio de la limpieza, digamos. Pero él ha visto el precinto policial intacto, bloqueando la entrada, hace apenas unos minutos, cuando regresaba de la pizzería, sin contar con que las once y media de la noche resultan horas muy extrañas para hacer las camas y retirar el polvo. No, evidentemente en todo esto hay algo que no funciona, algo de lo más sospechoso que ahora le compete a él mismo desvelar.

Sale al pasillo, despacio, absurdamente armado con el volumen del Caballero Luna, cuyas ochocientas veintiséis páginas en cuarto podrían servirle de parapeto en caso de un disparo o una puñalada. El corredor se prolonga infinitamente hasta el recodo que ocupan los ascensores, por completo idéntico al resto de corredores que en el resto de hoteles del mundo concluyen en idénticos ascensores. No hay nadie, si exceptuamos esas sombras difusas que se insinúan en torno a los apliques de las paredes y que testimonian la proximidad de algún insecto; nadie, si se descuentan las risas o los gimoteos que proceden de algunas de las puertas cerradas y, oh, el rumor, claro y distinto ahora, de la única puerta abierta además de la suya: la de la

habitación 934. La habitación de Sito. Entreabierta, sin hacerse notar. Ante la que no figura ningún carrito de la limpieza. Ante la que se extiende todavía, igual que una tachadura, el precinto policial. No pueden habérsela asignado ya a otro cliente. Lo que sea que hay dentro no debería estar ahí.

Se aproxima, siempre con el Caballero Luna por delante, pero en el umbral vacila: logra inclinarse y zafar la banda blanca y azul con el rótulo de NO PASAR sólo a costa de morderse la lengua hasta hacerse daño. Todas las luces están apagadas, de manera que al principio sólo puede orientarse por el resplandor diagonal que le llega desde el pasillo: la cosa repta, dentro, moviéndose pesadamente entre las mesillas, husmeando las paredes con el celo de un perro que ha detectado el rastro de la sangre. Finalmente, parece prudente recurrir a la función linterna del teléfono móvil; la zona anterior de la habitación se materializa en un súbito círculo blanco, sin matices de color, donde los objetos ocupan los mismos lugares absurdos en que los abandonó el registro de la policía: el taburete sobre la mesa, la papelera en el sillón, bocabajo. La cosa se encuentra al fondo, la cosa que es cada vez menos persona y más pronombre neutro, que escarba y gruñe y araña y se ocupa en una tarea difícil de discernir, pero que tiene lugar en la zona contigua a la puerta condenada, la que conecta la habitación de Sito con la suya propia.

El disco de luz de su móvil tiembla antes de aventurarse en las últimas profundidades del dormitorio. Es como si no quisiera inventariar la mesilla volcada, el colchón contra la pared, el compacto cuerpo negro que, inclinado, parece alimentarse de algo abandonado en el suelo. Hasta que reconoce su sombra, agigantada sobre el radiador, y se da lentamente la vuelta. El móvil cae, incapaz de sostenerse: la luz queda del lado de la moqueta.

El resto son sólo trozos de cosas: un bulto de tela que crece de repente, que retrocede; un relámpago no menos inesperado, la ceguera; la forma de aluminio que ahora embiste y huye; la sorpresa, el pasmo inacabable ante lo que cree haber reconocido y que ya no está ahí, porque huye, corre, arrasa los muebles en su estampida, le derriba sobre una esquina, le arranca al Caballero Luna de los brazos y rasga el precinto antes de regresar al pasillo, la noche, el planeta imposible del que debe de proceder.

Le cuesta centrarse: a menudo se descubre a sí misma perdida en medio del espacio y del tiempo. No sabe en qué sitio exacto va a colocar el bolso sin derribar un vaso de lápices, aplastar un cuaderno, hacer que un informe desaparezca de su vista para la probable eternidad o arruinar alguno de los múltiples objetos de papelería que copan su escritorio. Así que se deja caer en la silla, agradeciendo al menos la benevolencia del aire acondicionado, y al inclinar la cabeza ve allí, al fondo, las puntas de sus pies: segundo extravío. La ola de calor sahariano la ha obligado a renunciar a las Converse que siempre usa y a resignarse en su lugar a estas sandalias con hebillas ya más bien maltrechas que no sabe cuándo compró. El último, penúltimo, antepenúltimo verano: soles que retroceden en su memoria sin iluminar nada, que pueden remontarse a su vida en común con Adán y al mundo que precedió al Bicho, y que ella no es capaz de avizorar, porque está perdida en el tiempo, y aquí, ahora, cualquier parte es cualquier momento y cualquier dirección es propicia, o todo lo contrario. De pronto, el teléfono empieza a sonar en la esquina del escritorio, desde ese ángulo en que tampoco podía abandonar el bolso: una escala, dos, tres. Cuando lo toma han colgado, pero ya no importa; al menos, el sobresalto ha tenido el efecto de devolverla a unas coordenadas precisas. Inspectora Esther Béjar, Jefatura Regional de Policía, Brigada Judicial, once de la mañana de un viernes.

Apenas ha terminado de situarse en las cuatro dimensiones einsteinianas y otra llamada la reclama, ahora desde el bolso que sostiene sobre los muslos. Escarba, extrae el móvil, presiona la pantalla con el pulgar.

—Muy bien —dice Mo Pardo desde el otro lado—. Me alegra saber que está en jefatura, porque así será todo más fácil.

—¿Es usted quien ha llamado al fijo?

—La comprobación era necesaria —tras la voz hay un rumor de autobuses, de transportes que llevan lejos—. Nuestro primer destino está cerca de allí y no tendrá que dar muchas vueltas. Eso sí, coja el coche, que los demás necesitan un paseíto.

—¿Cómo dice? ¿A dónde pretende que vayamos?

Se produce un silencio. Es decir, la voz del interior del móvil guarda silencio mientras los autobuses o los aviones prosiguen su viaje alrededor del mundo.

—Creo que tengo algo para usted —pronuncia Mo Pardo con solemnidad—. Algo sobre el caso Playmobil.

—¿El qué? —Esther estruja el bolso—. ¿Es la clave de la libreta?

—Pudiera ser… Se lo diré si me sirve de chófer y me acompaña a varios sitios a los que necesito ir: en media hora, en la esquina de la iglesia de San Jacinto. La tiene cerca.

La comunicación se ha cortado, de modo que Esther hará mejor en omitir todos esos sonoros adjetivos que le bailan en la punta de la lengua y que está a punto de dedicar a un teléfono sin el poder de defenderse. Por suerte para ella, se mantiene dentro de los límites del decoro; y eso porque alguien que no es ninguno de sus compañeros acaba de desplazarse hasta su mesa y ahora aguarda junto a la cantidad ingente de cuadernos, carpetas, vasos de bolígrafos y artículos varios entre los cuales su bolso no se puede situar. El recién llegado luce sobre el pecho una pegatina verde donde se lee: VISITA.

—Espínola —pronuncia Esther sin pensar, e inmediatamente se corrige—: P. J.

El adolescente entrado en años está visiblemente nervioso: alguna disfunción interna debe de haberle mantenido despierto toda la noche, a tenor de la curvatura de sus ojeras y del modo que tiene de masajearse la mano izquierda con la derecha, la derecha con la izquierda, como si quisiera retirarse una vez y otra unos guantes demasiado apretados, que se niegan a separarse de la piel.

—Buenos días —suelta con aturullamiento—. ¿Es muy temprano?

—No, dígame. Tome esa silla, si le parece. ¿Qué hace aquí?

—Hay novedades —la voz de P. J. adquiere un tono fúnebre—. No sabía si venir, pero finalmente me he decidido. A ver cómo se lo cuento. Mire usted, anoche había alguien… o algo… en la habitación de Sito.

—En la habitación de Alfonso Medina. En el hotel.

Sentado al borde de la silla que apenas toca el escritorio, con las manos refugiadas en el interior de los muslos, P. J. explica: *pizza*, ruidos, pasillo, precinto, oscuridad, un cuerpo al fondo de la oscuridad.

—Cuando fui a hablar con recepción para comunicar lo que había pasado, un encargado me llevó a su despacho y me pidió

discreción. Dijo que iban a arreglarlo todo. Dijo que por desgracia una limpiadora había extraviado su tarjeta maestra el día anterior, es decir, anteayer, y que cualquiera podría haberla encontrado y haberse servido de ella. Yo le prometí que no diría nada, pero después me lo he pensado mejor. Lo vi trasteando en la puerta que conecta la habitación de Sito con la mía, y eso no me deja muy tranquilo.

Todos esos datos se van transformando en líneas furiosas sobre el bloc que la inspectora Béjar acaba de exhumar de su bolso; el lápiz traza flechas y subrayados con una energía que está a punto de romper el grafito, hasta detenerse en un margen.

—¿Vio usted al asaltante?

Las ojeras se extienden sobre el rostro del adolescente crecido, la duda le separa los labios.

—Sí, creo que sí —musita—. Pero… pero…

—¿Pero qué?

—No estoy seguro. Era un cylon.

El lápiz se mantiene en el margen, indeciso.

—¿Un qué?

—Un cylon —P. J. adopta un tono pedagógico—. Un malo de *Galactica*, la serie. ¿La conoce? También hicieron una película, que en realidad es anterior.

—Ajá. Un cylon. ¿Cómo se escribe?

—Con i griega. Los protagonistas eran Apollo y Starbuck, como el café, que fue el mismo que luego hizo de Phoenix en *El Equipo A*. ¿No? Sí. Los cylons tenían un casco plateado con una ranura, en la que se movía un punto rojo. De lado a lado, así. Como Kitt en *El coche fantástico*. Esa sí que le sonará, ¿no?

Pero el programa de televisión cambia súbitamente de la ciencia ficción al terror o la risa: de *Galactica* a *La familia Monster*. Porque Ancona, la joven vampiro, acaba de hacer aparición junto al escritorio de Esther y, sin ningún miramiento por lo que ella pueda estar haciendo o los pobres seres mortales a los que pueda atender, remueve su lengua violeta bajo los colmillos y sisea:

—¿Puedo hablar un momento contigo?

P. J. emprende un leve saludo que se detiene en el aire: una mirada no menos tenebrosa que las noches de los Cárpatos le ha hecho comprender que es hora de que regrese por donde ha venido,

no sin que la inspectora Béjar le asegure que tendrá su testimonio en cuenta y que le telefoneará en caso de que surja otra novedad. Ancona arrastra entonces a su compañera a un rincón de la oficina, y de ahí, luego de comprobar que Ludivina no ocupa su puesto, al despacho vacío del inspector jefe Lago, tras la mampara de cristal; al parecer, lo que debe contarle u oír de ella no admite espacios más amplios ni oídos más numerosos. La luz del neón, procedente del otro lado, se tiñe de gris al franquear la mampara, y baña con una capa de ceniza la mesa del jefe, su piano electrónico, los auriculares, los papeles de la mesa, los archivos y las partituras, algunas marcadas con un semicírculo de café. Sólo en ese momento la mujer vampiro da muestras de tranquilizarse un poco: es obvio que la penumbra, su hábitat natural, le infunde confianza. Para empezar, desarma al adversario con una inesperada muestra de cercanía.

—Bueno, ¿qué tal estás? —susurra—. ¿Todo bien?

—Pues sí… —logra balbucir Esther—. Sí, sí. ¿Qué pasa?

—Creo que tengo algo sobre lo de Raúl —las nieblas transilvanas regresan al rostro de Ancona—. Raúl Mora. Algo gordo, que de momento no puedo confirmar…

El nombre del cadáver activa un interruptor en la mente de Esther: se enciende una de las hornillas de la vitrocerámica, la temperatura aumenta atrozmente, ella debe apartar la mano, retroceder.

—Ajá —asiente—. ¿Y por qué me lo cuentas a mí?

—Porque no tengo amigos y sé que en ti puedo confiar —Ancona mete la mano en el bolsillo de sus vaqueros negros y saca un objeto que sostiene frente a los ojos—. ¿Esto es tuyo, por casualidad?

Es un pendiente de plata en forma de espiral, una diminuta Vía Láctea con el cierre algo deteriorado por el uso, que Esther lleva buscando infructuosamente por los fondos de sus bolsos y las patas de los muebles desde hace más de un mes. Es cierto, cae ahora, Raúl le dijo que estaba en su casa. De pronto, piensa en la oficina de Mo Pardo en el centro comercial Nervión Plaza, ese limbo extraño donde se entrecruzan todas las cosas que se pierden, se olvidan, se abandonan, y que tanto se parece a su propio pasado. Parpadea.

—Estaba en la taquilla de Raúl —explica la chica vampiro—. La

he registrado dos o tres veces y di con él. Son los mismos pendientes que llevas en la foto del perfil de Google, que veo cada vez que te mando un *mail*.

—Sí, bueno… Raúl y yo…

—No me tienes que contar nada. Pero a lo mejor sí que puedes ayudarme. En su taquilla he encontrado de todo: fotos, ninguna tuya, descuida, pegatinas, llaves de repuesto de casa y del coche, hasta preservativos. En la pared de la taquilla, al final del todo, había pintados unos números con rotulador, que sólo podían verse cuando se sacaba todo lo demás. ¿Tú tienes idea de lo que pueden querer decir?

Ancona abre la mano con gesto de ir a soltar una paloma, o, en su caso, un murciélago. En la palma, la luz defectuosa de la oficina de al lado permite entrever unos signos anotados a bolígrafo: 0808FRD.

—Pues no, ni idea —admite Esther—. Recuerda a la matrícula de un coche.

—Pero Raúl no tenía coche. ¿O sí? Yo sólo le conocía la moto… Es decir, le había visto bajar de la moto en el garaje de la jefatura, tampoco es que lo conociera mucho, la verdad. Tú más, seguro.

En ese momento, la noche se duplica en el interior del despacho: se hace doblemente espesa. Aunque más apropiado sería señalar que el crepúsculo se ha vuelto noche del todo: hasta el momento, ambas conversaban con la luz apagada, entreviendo el perfil y los escorzos de la otra al resplandor que, indirectamente y tamizado por el cristal de la mampara, les llega desde los neones de la sala aneja. Pero ahora, de pronto, algo se interpone en ese resplandor; algo que va aumentando de tamaño, o acercándose, e impide a las dos verse las caras hasta que, de golpe, la puerta del despacho se abre.

—Anda… —se sobresalta el inspector jefe Lago al descubrir un vampiro en su despacho—. Inspectora Ancona… Y, ah, inspectora Béjar… Qué sorpresa encontrarlas aquí. ¿Necesitaban algo de mí?

El anciano no viene solo: le acompaña otro individuo con camisa hawaiana, pecas, y una mata de cabello oxidado en la cabeza, al que Esther reconoce de inmediato con una combinación de recelo y vergüenza: es Quini. Él, por el contrario, no parece incómodo de verlas; de hecho, aprovecha que el inspector jefe acaba de encender

la lámpara del techo para apreciar los hemisferios de Ancona en la zona trasera de su pantalón.

—Sí —improvisa rápidamente Esther—. Creo que Ancona tiene que contarle algo. Yo ya me iba, me espera un testigo del caso Medina, el de Playmobil, usted sabe de qué hablo. Adiós.

Dicen por ahí que ciertas miradas pican, escuecen, incluso taladran, vete tú a saber. La cosa no llega a hacerle sangre, pero es cierto que Esther siente palpablemente la presión de los tres pares de ojos sobre su espalda en cuanto abandona la habitación. Es como salir de una casa en llamas, y eso que el aire acondicionado está regulado a la potencia máxima.

Algo que uno aprende rápidamente al vivir en esta ciudad es la importancia de las cornisas. De los aleros. De los balcones. Del tejadillo, de un toldo. De cualquier superficie, angulosa o no, que sobresalga de la fachada del edificio y permita acogerse a su sombra: bajo cuyo amparo el viandante indefenso pueda protegerse del sol que amenaza con licuarlo, reducirlo a un charco burbujeante sobre la acera. Es por esto que, al principio, Esther no reconoce la silueta de Mo Pardo en el lugar en el que se supone que se han dado cita: es necesario que de pronto la faja grisácea que rodea como con rotulador el escaparate del concesionario de motocicletas se vuelva más densa en uno de sus puntos, se agite, y que de ella emerja, como una cariátide que cobra vida y se separa del muro, el hombre delgado que ya conoce. Y que no suda, a pesar, sí, de que ella se sienta húmeda, pesada, agonizante, bajo el metal derretido de este mediodía de septiembre.

—¿Por qué ha tardado tanto? —es el saludo de él—. No está tan lejos de la oficina.

—¿Qué quiere? —jadea Esther, y no sólo por la prisa—. ¿Sabe lo que cuesta aparcar por aquí? He dejado el coche en una zona de carga y descarga: espero que no me multen.

Entonces Mo Pardo se dobla, como si un dolor súbito le estuviera taladrando el estómago de una parte a otra. Pero su expresión revela que la emergencia es distinta: se está riendo. A carcajadas.

—«Espero que no me multen» —exhala—. Ja, ja, ja, me troncho

con usted. La autoridad ya no es lo que era. Ya lo dice el viejo y conocido refrán: crea fama y te sacarán los ojos. No me mire con esa cara, es muy gracioso. ¿Qué? ¿Reconoce el sitio?

—¿Qué sitio? —ella examina el concesionario, las motos expuestas al otro lado, la luz hiriente que devuelve la vitrina—. ¿Por qué lo iba a reconocer?

—Es la Galería de Cristal. Allí está la Cruz de Seis Brazos y por aquí se llega a la tercera encrucijada. Es la tercera anotación de Tristán, ¿lo ve? He decidido comenzar por esta porque es la que le coge más cerca de la jefatura, luego veremos las demás. Se trata de saber por qué eran importantes para él, y si guardan alguna relación con su muerte.

—Muy bien —el cigarrillo de plástico aporta un poco de tranquilidad filosófica a Esther—. Le recuerdo que me ha prometido información importante. Acabemos con esto cuanto antes.

Remontan la calle Evangelista, donde tienen oportunidad de hacer un prolijo recuento de talleres, fruterías, peluquerías, mierdas de perro; de alguna parte, un colmado, una persiana entreabierta, llega la voz de una tonadillera a punto de asfixiarse por la emoción. Su destino se encuentra dos o tres locales más al fondo, tras una farola (el lucernario, según Tristán) y un espeso olor a legumbres hervidas.

—¿Y usted? —Esther cambia el cigarrillo de posición—. ¿No trabaja hoy?

—Horario flexible —los hombros de Mo Pardo se encogen, se vuelven a distender—. Me deben favores. Hacer favores es óptimo para la flexibilidad laboral. De hecho, si uno hace muchos favores, no es necesario ni siquiera que trabaje: lo aprenden los políticos en primero de Corrupción.

Las señas, o eso asegura él, corresponden a un establecimiento con la pared pintada de negro y una cabeza de carnero satánico sobre el rótulo, que dice: LA KARNICERÍA TATTOO. La puerta, con el cristal cubierto por una cortinilla, no permite ver nada: entran. El interior consiste en una larga habitación completamente llena de fotografías; todas son trozos de cuerpos sin rostro ni extremidades, secciones de la anatomía convertidas en acertijos cuya ubicación no se puede determinar con facilidad, sobre las que relucen, en negro o a color, calaveras, incendios, calaveras incendiadas, zombis,

corazones, espinas, sirenas, escudos del Real Betis Balompié, del Sevilla Fútbol Club, monstruos con tentáculos, la Esperanza de Triana, el Santísimo Cristo de la Expiración, más conocido por el Cachorro, y leyendas: HATE, NIGHTWATCH, WTF, SONIA, MIREYA, LOLI, además de los ideogramas chinos a los que, claro, Mo Pardo dedica una sonrisa de entendido. Al extremo, tras un mostrador, un enano calvo mira el móvil; un chaleco de cuero le cubre el torso desnudo, un bigote bien poblado compensa la escasez del resto del cráneo. Los útiles que exhibe el cristal del mostrador, frente a él, resultan incomprensibles: lo mismo pueden servir para triturar nueces que para arrancar una muela, por no hablar de desatascos. Hay botes de pintura, pistolas de espray, agujas, *piercings* en forma de perla, de anillo, de espiral, de semicírculo, de lemniscata.

—¿Es usted el dueño? —se aproxima Pardo—. Querríamos hacerle unas preguntas.

El enano no alza la vista de la pantalla del móvil. De repente, Mo Pardo sufre una ilusión óptica: el rostro de este ser extraterrestre es una superficie hemisférica, completamente pelada, y una nariz y dos ojos le han crecido en el lugar de la barba. Bueno. Cosas más raras se ven en internet.

—Te lo digo ya —responde el extraterrestre desde el cuello, o algún sitio de por ahí—. La punta del capullo hay que desinfectarla a conciencia y ahí no se puede pintar. *Piercing* sí, si quieres, pero sí que duele, y quien te diga que no, no tiene ni puta idea.

—Gracias. ¿Es usted el dueño?

Entonces un segundo rostro, este con ojos y el resto de la dotación reglamentaria, brota lentamente de la papada y observa consternado, primero al hombre del cabello peinado con tiralíneas, luego a la mujer, luego la placa que la mujer extrae de su bolso y que resulta ser una credencial de la policía. El enano balbucea durante unos segundos, inseguro de la sílaba que ha de pronunciar a continuación; finalmente se decide por una a la que sigue otra, y luego otra más hasta componer un nombre, y una frase, y una prohibición.

—Juande está dentro, atendiendo a un cliente. No le pueden molestar.

Dentro alude a la cortina situada a la izquierda del mostrador: ese telón de plástico parecido a los que ocultan el plato de la ducha

en los pisos de alquiler y hacia el que Mo Pardo, seguido por Esther, se dirige ya sin esperar a que el enano se interponga. En caso, claro, de que tuviera intención real de hacerlo: en caso de que el móvil, la pantalla del móvil, no lo mantuviera soldado a su puesto con la fuerza con que se pegaban los sellos y las lapas en los proverbios antiguos.

—He dicho que no podéis entrar ahí, joder… —se limita a plañir —. Bueno, haced lo que os dé la gana, en este país todo el mundo hace lo que le sale de la polla.

Detrás de la cortina, hay un agujero de luz rodeado de sombras. Al principio sólo es posible reconocer lo que ocupa el interior del círculo: la bombilla inclinada sobre los rizos de una melena, inclinada a su vez sobre un cuadrado de treinta centímetros de lado en el que dos manos trazan dibujos. La melena se abre, despacio, para que un rostro de ojos de besugo se asome a la superficie.

—¿Quién coño sois vosotros? ¿Qué queréis?

Poco a poco, se van dibujando el resto de elementos del escenario. En torno a la lámpara de brazo articulado se materializa una camilla, un hombre tumbado en la camilla, una sábana de papel sobre el hombre, del que sólo es visible el cuadrado que un segundo hombre, el de la melena, cubre de arabescos. Las manos del hombre de la melena están cuajadas de anillos, como si las hubiera sumergido en un charco de mercurio; en su camiseta, letras en blanco declaran: SEPULTURA.

—Venimos a preguntarle por alguien a quien usted conoce — repone Pardo sin inmutarse—: Mariano Vázquez. Igual le suena más por el nombre de Tristán.

—No tengo ni puta idea de quién me hablas. ¿Se puede saber quién eres tú?

—Mis antenitas de vinil están detectando la presencia del enemigo —ha regresado ese acento que pone a Esther en el precipicio de la paciencia—. Sí, creo que sí sabe usted de quién le hablo. Usted tenía negocios con él, de hecho había venido a visitarle a esta misma dirección más de una vez, seguramente a traerle alguna mercancía.

Lo que el tipo de la melena pinta sobre el cuadrado que tiene delante son escamas. Lentas parábolas verdes que se escalonan unas encima de otras como esas ondas puntiagudas que representan el

mar en los dibujos de los niños. Pero que acompañadas de ese color malsano, radiactivo, evocan cosas más repulsivas que un inocente ejercicio de la clase de pretecnología.

—No sé de quién me hablas, tío —la aguja resbala sobre una curva—. Te lo repito.

Una mirada de Pardo basta para que Esther extraiga su placa y la exhiba en la penumbra, tratando de rebañar la luz de la lámpara.

—Somos de la policía —dice—. Estamos investigando un caso de homicidio. El señor Vázquez ha sido asesinado y hemos encontrado esta dirección entre sus pertenencias… Más o menos. Nos sería de mucha ayuda que contestase a unas preguntas.

La palabra *asesinado* obra el prodigio de congelar durante un instante la aguja sobre el mar verde. Es un instante de duda: la punta de acero no sabe si retirarse, si abandonar, si proseguir su dibujo repetitivo sobre la ventana de carne pálida, que imita al dragón y al cocodrilo. Finalmente, opta por reanudar la labor: un semicírculo más, otra onda colocada sobre la anterior con la precisión de un ejercicio de caligrafía.

—Vaya —el tipo de la melena se esfuerza por mostrar indiferencia—. Lamento mucho lo de ese señor, pero les repito que no lo conocía de nada.

—¿Ah, no? —los caninos de Mo Pardo asoman bajo su mueca—. ¿Qué te vendía?

El tatuador retrocede hacia el interior de su melena, dando su aparición por concluida: como el actor que, cumplido el último acto, se despide del público tras la rotundidad del telón. Pero esta función no acaba aquí: ahora es Mo Pardo el que toma la iniciativa y, con un rápido movimiento, avanza hacia la lámpara que ilumina la camilla para presionar dos botones. El primero sume la habitación, la esquina de la habitación, en una repentina oscuridad; el segundo, situado sobre el primero, deshace la oscuridad con un hechizo. Porque no es luz, o no del todo, eso que suaviza las sombras o las convierte en espuma o transforma los muebles y las herramientas en sucedáneos de muebles y herramientas más leves y vaporosos, azulados, fantasmales. La lámpara lleva incorporada una bombilla de luz negra. Ese tipo de luz que, en el abismo de las discotecas, hace que reluzcan el blanco de los dientes, las pulseras, las camisetas mal elegidas, las marcas de las zapatillas deportivas. Y

que de pronto hace surgir, sobre el perímetro de piel que la aguja recorre, una sucesión de filigranas violáceas, incandescentes.

—Ya —Pardo tal vez sonríe bajo el crepúsculo eléctrico, pero es difícil de decir—. Me lo imaginaba. Tubos fluorescentes, ¿no? —el otro no dice nada—. Mire, inspectora. Tristán le vendía aquí al amigo tubos fluorescentes desechados que encontraba en la basura. Sí, como los que se usan en las cocinas. Los tubos fluorescentes se encuentran recubiertos en el interior por capas de fósforo, que a su vez se pueden usar para fabricar pigmento blanco que brilla en la oscuridad: añadiéndole, si no me equivoco, carbonato de plomo, rutilo y dióxido de titanio. Claro que la mezcla no es muy saludable, por no hablar de ilegal, ¿no, Juande? ¿No te llamabas Juande? Entiendo que no quieras soltar prenda.

Se enciende la luz de arriba, una luz redonda, con lámpara de plato, que por un instante hace creer a todos que se encuentran en la salita de casa. Las manos del tatuador han retrocedido despacio hacia una bandeja situada a su derecha para abandonar el instrumental, y a continuación se han posado con todos sus anillos sobre los muslos que cubren unos vaqueros sin color aparente. Los ojos de besugo emergen momentáneamente del telón de la melena para recalcar una orden:

—Hagan el favor de marcharse ahora mismo —el tuteo ha desaparecido—. Les repito por tercera vez que no conozco de nada a ese hombre del que hablan y no entiendo nada de lo que dice. Salgan de aquí. Ya.

—Claro, hombre, porque tú lo digas —ahora la sonrisa de Pardo no deja lugar a dudas—. Ese tatuaje que llevas en el brazo izquierdo no te lo has hecho en un taller de estos, ¿verdad? Tú ya conoces el talego, me parece a mí. ¿Quieres volver, gilipollas? ¿Quieres que te metamos la pipa por el culo y te mandemos de vuelta al trullo por atentar contra la salud pública, so carajote?

A la inspectora Béjar le ha tomado tan de improviso la transformación de su pacífico chucho callejero en perro de presa que apenas tiene ocasión de tirar de la cadena, interponerse, intentar apaciguarlo. Avanza un paso y le toma de la muñeca con el fin de evitar el mordisco cuando la situación se complica todavía más: una nueva mascota se suma al revuelo. Eso sí, se trata de una mascota única, cuya raza, por no hablar de la especie, resulta

imposible de precisar.

De repente, ante el estruendo de las últimas palabrotas, lo que había encima de la camilla ha descendido hasta el suelo y se ha puesto en pie. No es humano. Es decir, lo es, pero sólo un poco: el cuerpo parece pertenecer a un adulto desnudo, de no ser porque los seres humanos no tienen la piel cubierta de escamas verdes, azules y rojas de los tobillos a la coronilla, pasando por el pubis, y porque, de tenerla, probablemente esas escamas no destellarían como hilos de platino bajo la luz ultravioleta. Ya puestos, tampoco resultan muy humanas la cresta, la ausencia total de pelo, las placas que le hinchan la frente y los pómulos y que pretenden emparentarle con un reptil o una pesadilla. Cuando habla, porque habla, muestra una docena de dientes serrados en punta.

—SOY DEL PLANETA NIBIRU —dice—. COMO CEREBROS.

Algo insólito sucede en el organismo de Mo Pardo: ha comenzado a sudar. Esther ve cómo retrocede con dos ojos del tamaño de ensaladeras, sin atreverse tampoco a hablar. Y permitiendo, por tanto, que el monstruo insista con ese torrente de voz que parece reverberar en el fondo de un pozo:

—NO ME GUSTÁIS, HUMANOS. ME COMERÉ VUESTROS CEREBROS.

El tipo de la melena no se ha molestado en moverse de la banqueta que ocupa entre la camilla y la bandeja del instrumental.

—Quieto, Smaug —interviene—. Los señores ya se iban, ¿verdad? Buenos días. Y que no os vuelva a ver por aquí.

La retirada tiene lugar en un absoluto silencio. Los dos, Esther y Pardo, se limitan a girar ciento ochenta grados y buscar obedientemente la salida, como dos escolares que han concluido, mal, un examen. Salen sordos y mudos a la calle, sin importarles que el sol achicharre los trozos de acera que eligen por desembocadura, que haya señoras y vendedores de cupones que a veces interrumpen el paso y a los que están a punto de arrollar sin advertirlo (mirad por dónde andáis, joder). Al rato, no se sabe cuánto, Mo Pardo consigue tragar saliva, se seca la frente con la mano izquierda y reconoce:

—Buf, de buena nos hemos librado. Un alienígena del planeta Nibiru que devora cerebros, qué horror.

El cigarrillo de plástico ha vuelto a girar entre los dedos de Esther. Una tonta chupada o dos le han servido para contemplar el

episodio con algo más de distancia, pero el último inciso de su compañero le parece demasiado.

—¿De qué coño me está usted hablando? —ella se detiene, comprendiendo de pronto algo vasto y estúpido como la vida misma —. ¿Alienígenas? ¿Cerebros? La gente está como una puta cabra, y usted encima le sigue el juego. Dígame qué estamos haciendo aquí visitando a pirados disfrazados de lagartija en vez de dedicarnos a investigar la muerte de Sito Medina, que es lo que verdaderamente importa.

—¿No lo entiende? ¡Nibiru! —Pardo niega con la cabeza—. ¿No le suena de nada? ¡La civilización humana puede provenir de allí! ¡Mire internet!

—Lo que faltaba.

—¿No conoce a Zecharia Sitchin? ¿No ha oído hablar de los anunnaki? Vinieron de un planeta situado en los confines del sistema solar y enseñaron a los babilonios los principios de la civilización. Como lo oye. Hay pruebas científicas. Que mire internet, le digo.

—Que sí, que sí. Y construyeron las pirámides también, ¿no?

—Ah, ya entiendo. Usted tampoco cree en los extraterrestres. Usted sólo cree lo que ve, cierto: por eso no puede creer en los átomos, ni en las bacterias, ni en la nación española, ni en el ciudadano medio. Esos son espíritus, no se ven ni con lupa. Pero le voy a dar una primicia: como dijo Hamperdink, para encontrar la verdad empiece mirando donde no se ve.

Han reanudado el camino. Están de nuevo en el cruce con Pastor y Landero: el brillo infernal del mediodía se repite en la cristalera del concesionario de motocicletas, impidiéndoles alzar la vista. Aquí el problema no es tanto la falta de visión como el exceso: el chorro doloroso de luz que aconseja a Esther servirse de unas gafas de sol que no tiene, que debería conseguir en alguna parte, como tantas otras cosas. Hay dos tipos de personas: aquellas que se definen por lo que tienen y aquellas que lo hacen por lo que les falta. Está claro cuál es su bando.

—¿Quién es Hamperdink? —pregunta.

Mo Pardo ya no suda.

—No lo sé —se encoge de hombros—. Me lo acabo de inventar. Pero así se piensa dos veces lo que le he dicho, ¿verdad? Ahí veo su

coche.

La boquilla de plástico cruje ante el mordisco de Esther. Paciencia es también otra cosa que empieza a faltarle.

La radio del coche los instruye sobre la especial predilección del letrista de Abba por el mundo de los sueños, los anhelos y las esperanzas sin cumplir, así como la tendencia mucho más carnal y tórrida de Gloria Gaynor, el contoneo de cuyas caderas casi puede sentirse por la sola oscilación de su voz bajo el salpicadero. Es de presumir que el examen crítico de letras de otros intérpretes igualmente capaces habría proseguido su curso de no ser porque han llegado al polígono Hytasa, uno de esos laberintos industriales que mediante cristales saburrosos, chimeneas a medio caer y hierros fuera de sitio prestan carácter a los extrarradios de las ciudades, y el motor del Seat Ibiza ha emitido una última tos antes de detenerse junto a la música.

—El Laberinto de Hierro —ha citado Mo Pardo poco antes de abandonar el coche y de que un ciclista esté a punto de estamparle contra el guardabarros—. Siete sierpes desde la boca. La red de la araña.

Como intérprete experimentado que es, no encuentra dificultades en desentrañar la clave del difunto Tristán: el Laberinto de Hierro (y de ladrillo y de cristal y de chatarra en general) parece obvio; siete son las curvas que hay que contar desde el bar *A Pedir de Boca*, que ofrece desayunos económicos junto a un taller de chapa y pintura; la red de la araña es la cuadrícula grabada en una tapa de alcantarilla a pocos metros de la cual un local con aspecto de garaje emite una música que quizá conocen o quizá no. Con ese tipo de canciones es difícil aclararse: una de esas melodías que suenan continuamente en el trasfondo de los bares, de las zapaterías, de la radio del mecánico y la peluquera, y que uno sólo advierte que estaba ahí, como la tranquilidad, cuando ha terminado. La letra habla de un individuo que no ha aprendido nada en el colegio (cosa que no es de extrañar, piensa Pardo, visto cómo anda la educación), y al que los libros le han sido inútiles para coger el cielo con las manos, coser el alma rota, perder el mundo y quedar como un idiota y empezar la casa por el tejado. El

garaje cuenta con una puerta cochera cerrada y otra más pequeña entreabierta a la derecha: Pardo y Esther la atraviesan después de dos golpes protocolarios con los nudillos sobre el metal.

El interior, umbrío, de techos altos, los absuelve del tremendo verano que impera en el exterior. Es un garaje, o un almacén, sí, uno de esos sitios que uno visita de paso para recoger una pieza insólita del coche que acaba de atorarse, con letras de grasa en el suelo y cadenas y cajas de cartón que podrían formar un rompecabezas; en medio, bajo una bombilla desnuda, hay un grupo de música ensayando. Los acordes se detienen en cuanto los dos extraños hacen su aparición; sucede como en fases: primero cesa la voz, luego la guitarra, el bajo el penúltimo, antes de que se desmaye el pulso de la batería.

—Ah, esa canción me sonaba —sonríe Mo Pardo, que después del episodio con el reptil extraterrestre parece querer esmerar su amabilidad.

El guitarrista es un tipo delgado, menos joven de lo que aparenta, con gafas negras y la mitad de la cara bombardeada por la viruela.

—¿Sí? —frunce las cejas—. No me digas. ¿Quiénes sois vosotros?

Cuando Esther muestra la placa, sin más precisiones, los cuatro, porque son cuatro sin contar a la chica de vaqueros rotos que los observa desde encima de un altavoz, se miran de hito en hito. Ahora le toca el turno de réplica al vocalista, un gordo estentóreo con una tizne de pelo sobre el mentón y los rizos recogidos en una gomilla.

—No será otra vez por lo de la SGAE, ¿no? Llegamos a un acuerdo con el mánager de Fito. Él les puede contar.

—¿Fito? —Pardo pone cara de ver a su segundo extraterrestre del día—. ¿Qué Fito? Fito, Fito, gorgorito. Ya lo dijo el viejo y conocido refrán: músico pagado le toca la mayor parte.

El batería, seguramente el de menor edad a pesar del descampado que se insinúa en su coronilla, toma un papel del suelo y se lo tiende a Pardo. En él, rótulos de *snackbar* americano anuncian entre estrellas: LOLO Y LOS LOCATIS. EL MEJOR TRIBUTO A FITO & FITIPALDIS. Las cejas de Esther ascienden sobre el hombro de su compañero.

—Ah —concluye ella—. Esto quiere decir que sois unos imitadores, ¿no?

—Un tributo, hombre —la corrige el vocalista—. Un homenaje. Yo soy Lolo. Nos pusimos el nombre para seguir la gracia.

—Nos han dado muchos premios, oiga —el batería cruza agresivamente los palos sobre el platillo—. Un crítico dijo que sonábamos incluso mejor que los originales.

—Anda —se admira Mo Pardo—. Pero los originales, ¿siguen tocando?

—Pues sí, siguen —dice el gordo.

—Pero vosotros sois mejores. Entonces llegará un momento en que vosotros seréis los originales y ellos el tributo, ¿no?

—Con todos los respetos —hay algo que Esther no comprende del todo—. ¿Qué sentido tiene ser tributo de un grupo que todavía existe? Eso se hace con Elvis y los Beatles y Queen, ¿no?

Las gafas negras del guitarrista ceden un centímetro para mostrar unos ojos lavados con lejía.

—Hacemos el tributo porque los admiramos y nos gustaría ser como ellos —dice—. Aparte, están los bolos, claro.

—Pero, chicos, habéis llevado vuestro entusiasmo demasiado lejos —el dedo de Pardo formula una advertencia—: los habéis superado. Ahora les haréis quedar mal, ¿veis? Por cierto, ¿quién es el Fito este? Uno argentino, ¿no?

—Sí —Esther asiente—. Uno que cantaba con Sabina, o algo, ¿no?

La chica del altavoz acaba de chistar con fastidio, con la misma expresión que debe de adoptar cada vez que su madre la amenaza con dejar de pagarle la mensualidad del móvil. Cabeceos, bufidos, patadas al aire se suceden entre los distintos componentes del grupo.

—No, joder, ese es Fito Páez —el bajista interviene por primera vez—. El nuestro es otro Fito.

—Esperad… —el pulgar y el dedo medio de la mano izquierda de Pardo rodean el círculo de su cráneo, como si estuviera alumbrando una idea XXL—. No… Sí, es el calvo ese, ¿verdad? El que cantaba con María Jiménez, tú que eres tan guapa y tan lista, etcétera.

—No lo sabía tan versado en música contemporánea —admite

Esther.

—No, coño, no —los del grupo están muy hartos—. Esos son la Cabra Mecánica.

Como para demostrar algo, aunque no se sabe muy bien qué, los instrumentos se ponen lentamente de nuevo en acción (la guitarra, el bajo, la batería) y retoman la melodía de antes, a la que Pardo asiente con cara de contemplar una pintura en un museo. Pintura, dicho sea de paso, que a Esther no le evoca nada y que ella se pasaría horas y horas examinando bobamente desde una esquina, sin dejar de preguntarse si está colgada en el sentido correcto, si más bien no sería al revés.

—Bueno, bien —la improvisación cesa cuando el hombre delgado da un hachazo al aire con un gesto de su mano derecha—. A ver, ¿qué hacía Tristán por vosotros?

Suele suceder: los del grupo intercambian parpadeos entre sí y luego con la chica sentada en el altavoz. Dudan. Así que parece preferible hacer que esperan la señal para iniciar la canción desde el principio. O en la segunda estrofa, o el punteo.

—¿No vienen por lo de la SGAE? —dice el vocalista.

—Tristán ha muerto —suelta Mo Pardo.

Es un golpe directo, al estómago. El guitarrista necesita retroceder, desprenderse del instrumento sacándose la cinta por el cuello, buscar un cigarrillo en el paquete que la chica le tiende. Un paquete que Esther Béjar escruta a conciencia, apretando algo con los dientes.

—Hostia… —el humo guarda equilibrio en la punta del cigarrillo—. Joder, lo siento. Era buen tío, ¿qué le ha pasado?

—Alguien lo asesinó —repone Esther—. Se ensañaron con su cadáver.

—A nosotros nos vendió una vez un ampli usado —apunta el gordo tocándose el triángulo de pelo de la barbilla—, y nos traía cables y cosas que reutilizábamos. Él siempre nos aseguró que no eran robados. No sabemos más.

Ahora es el turno del intercambio de miradas para Esther y Pardo: un leve arqueo de cejas, párpados algo más abiertos de lo normal, como aquellos con los que uno se enfrenta al monedero súbitamente vacío o la puerta cerrada de la única farmacia de guardia, y que sirve por una declaración de derrota y la impotencia

subsiguiente: es obvio que allí no van a conseguir mucho más. De manera que aceptan de parte del gordo dos pares de invitaciones para su próximo concierto (incluyen consumición, excepto combinados) y se resignan a abandonar la nave para regresar al ensayo general del infierno que está teniendo lugar fuera, sobre las aceras. El coche no está lejos, pero el calor, el sol letal que pinta con pez sus sombras sobre las alcantarillas, la comprensión de la inutilidad de todo este periplo estúpido, lo colocan para Esther al final de una travesía que no parece concluir jamás. Y de la que ella, sí, por supuesto que sí, tiene todo el derecho a quejarse.

—Estupenda pérdida de tiempo adicional —rezonga—. Todo para nada. ¿No decía que tenía algo que contarme? ¿Algo valioso de verdad? ¿Sobre el caso de Sito Medina?

La respuesta de Mo Pardo llega con la misma despreocupación de un comentario sobre el tiempo, sobre cualquiera de esos temas que alivian los viajes en ascensor y las citas a ciegas.

—Le mentí.

—¿Qué?

—Sí, le mentí, le mentí. Le dije eso para que viniera. Si no, no me habría ayudado.

A ella no le importa detenerse bajo el aire inflamado del mediodía, porque hay algo que la abrasa todavía más: la rabia, el odio que la obliga a agitar los brazos como si acabaran de aplastarle la espalda contra una parrilla al rojo vivo.

—¿Me dice que me ha engañado para que venga aquí a perder el tiempo con usted en vez de resolver todo el trabajo que tendría que estar haciendo?

El calor también ha afectado al hombre delgado, que se gira con un repentino ademán de irritación.

—¡Sí, porque se avergüenza usted de mí! —grita—. A ver, reconózcalo: usted defeca Bristol 1, es una acomplejada, una estreñida. Durante los dos últimos años, me he cansado de llamarla. No buscaba nada, sólo charlar con usted, creía que éramos amigos. Pero usted, oh, no se mezcla con seres inferiores, con locos de atar, con gente que colecciona basura. ¿Qué hizo con todas aquellas llamadas?

—Cambié de móvil —intenta Esther débilmente.

—¡Tiene el mismo número! —el dedo acusador de Pardo vuelve

a taladrar el aire—. ¿A que sí? ¿A que sólo echa bolitas? Bristol 1: ¡admítalo de una vez!

La barbilla de Esther tiembla: es ese movimiento de la soga sometida a un esfuerzo imposible, que está a punto de comenzar a deshacerse, a soltar hebra tras hebra para abandonar a la gravedad el piano de cola. Antes de que ella pueda interponerse, la furia ha tomado su lengua por asalto:

—Si la mierda es lo que tanto le interesa, ¡pues váyase a la mierda! Ya he hecho bastante el idiota con usted. Ahí se queda.

Tres drásticas zancadas la colocan junto a la puerta del coche, que no puede abrir porque no tiene la llave a mano; y que no logrará franquear porque, antes de que consiga rescatar del fondo de su bolso ese trozo de metal y plástico que parece la versión infantil de un mando a distancia y que elude insidiosamente sus tanteos, Mo Pardo ha vuelto a gritar.

—¡Espere!

Ha adoptado de nuevo esa pose estrambótica que en él quiere alertar de la proximidad de una idea de veinticuatro quilates: las rodillas levemente flexionadas, el dedo medio y el índice de cada mano apostados a ambos lados del cráneo, los ojos muy abiertos, la genialidad o la estupidez (las fronteras son difusas) en el interior de esos ojos.

—¡Espere! —repite—. ¡Tengo una revelación! ¡Algo me ha venido a la mente de repente! ¿No sabe que esas cosas suceden? ¿No sabe que en momentos de inspiración, completamente inesperados, las ondas alfa del cerebro se desatan por las buenas?

—¿Qué dice? ¡Déjeme en paz!

—¡Se lo digo en serio! ¡Acabo de verlo! Acabo de comprender qué significan esas letras en el cuaderno de Sito Medina.

Aunque la llave del coche figura ya en la palma de Esther, ella se encuentra de pronto menos proclive a usarla.

—¿Qué son?

—En realidad, no son letras. Se lo explico todo en el coche, de camino a nuestro próximo destino.

—¿Qué destino?

—El siguiente de la lista de Tristán: la Torre Ardiente, frente a la Puerta del Príncipe Embrujado. No gruña, que si no, no puedo explicarle lo de la clave. Vamos, vamos. ¿Qué piensa hacer con la

llave en la mano?

Los gritos en falsete de los Bee Gees, cuyas colas de terciopelo alguien parece estar pisando al introducirse en la gatera desde la que cantan, dificultan visiblemente a Esther enterarse con concisión de lo que Mo Pardo, gesticulaciones mediante, trata de aclararle; y si a esos maullidos escoltados por violines y guitarras eléctricas se suman las indicaciones a destiempo sobre el mejor modo de alcanzar la calle Santa Clara, hacia donde se supone que se dirigen ahora, peor todavía. Con el fin de reunir un poco de concentración, Esther se decide a abrir las ventanillas del coche: pero lo único que consigue es que los Bee Gees hagan vibrar los cristales de los vehículos colindantes con su famoso himno a la supervivencia.

—Son números —revela Pardo a voces—. ¿No ve que se repiten continuamente las mismas diez letras?

Ella no recuerda la retahíla de signos con demasiada nitidez y por supuesto no puede reparar en si se repiten o no, aunque eso no es óbice para encontrar la solución de su compañero un tanto forzada, o insólita: Esther se habría inclinado más bien por una clave de wifi o algo por el estilo. Aun admitiendo que, de acuerdo, cada letra corresponda a un dígito del 0 al 9, queda sin explicar por qué había letras en mayúscula y otras en minúscula, qué tienen de especial las mayores que las hagan descollar sobre el resto. Para elevar estas objeciones, Esther necesita sacarse de la boca el cigarrillo de plástico que muerde mientras conduce y gritar sobre los violines hasta que Pardo, después de asentir, vuelve a circundar su frente con los dedos centrales de cada mano.

—Eso no lo sé, de momento —reconoce él—. Las ondas alfa me han abandonado. Ya estamos cerca. Aparque por ahí.

La nueva presunta pista que han recogido de la bolsa de basura de Tristán los conduce hasta un inmueble no lejos del domicilio de Mo Pardo, a la distancia de un paseo apenas de su idílico reino privado de vagabundos, esquinas sin fregar y desechos elevados a la categoría de arte abstracto. En este caso, es difícil determinar con exactitud a qué corresponde dicha pista: porque de repente ambos se encuentran plantados frente a un edificio medio amenazado por el desplome, con tablones en aspa sobre las ventanas y ratas que hacen sus delicias persiguiéndose a través de los aleros, y que trata de pasar desapercibido entre una vieja tienda de alimentación y

otra fachada que da a la muy noble y famosa torre de Don Fadrique. Quizá el metal del portero automático, sin empañar todavía, y un andamio reciente situado bajo la cornisa del primer piso sugieren que el abandono es cosa de hace poco tiempo; lo mismo que el cierre del bar de la esquina, La Penúltima, tras cuyos cristales la máquina de café aún parpadea con un ojo azul: no hay rastro de novedad aparte de esa pareja de sucintos detalles. Lo cual hace a Esther Béjar volver a bufar bajo el sol de bronce derretido.

—¿Esta era la siguiente dirección anotada por su amigo? —alguien, a cuatro patas o a dos, ha orinado allí cerca, y el olor resulta insoportable—. ¿Está seguro?

—Según las indicaciones de Merlín sí que era —Pardo parece reflexionar—. Pero no sé por qué.

—Aquí no se ve nada.

—Que no se vea no significa que no exista. ¿Se acuerda de lo que le dije antes? La frase esa de Hamperdink.

—Hay otra cosa que tampoco veo por ninguna parte —la boca de Esther desciende en dirección a su barbilla—. La gracia de sus comentarios.

—Quien no la tiene, no la reconoce, igual que la elegancia —el hombre delgado zapatea inquieto sobre la acera, como si estuviera tanteando la posición de un tesoro enterrado—. Pero tiene usted razón, aquí no hay nada. Vámonos. ¿Me acerca a un último sitio?

—¿A cambio de todo cuanto ha hecho hoy por mí?

—A cambio de algo más: pasar de Bristol 1 a Bristol 2. ¿Qué le parece?

No lo sabe, no tiene ni idea. Por más que registra y registra los rincones de su interior en busca de un dato válido, sigue a oscuras. Pero eso que fatiga a la inspectora Esther Béjar, que sitia su paciencia hasta estar a punto de ahogarla como un camarote inundado, no es la identidad del asesino, tampoco el significado auténtico de la anotación de la libreta, por supuesto que no los motivos que alguien pueda tener para ir por ahí liquidando de mala manera a gente que, por no tener, ni siquiera tiene dónde caerse muerta. Lo que realmente querría saber es por qué sigue obedeciendo a los dictados de este individuo insoportable, por qué se introduce en el coche sin volver a chistar y lo transporta en esa prisión de sofoco y música hasta un extrarradio donde la autopista

imita los cuadernos de caligrafía y traza lazos y espirales entre columnas de cemento desnudo. Más: por qué después de aparcar junto a un galpón con la portalada cubierta de óxido le ha seguido hasta un edificio en cuyos cristales se refleja el hotel de enfrente, los muchos carteles y antenas y luminosos que advierten de que la ciudad está a punto de cesar para ser reemplazada por su espectro o su parodia.

Se trata de la sede de *El Correo de Andalucía*, a través de cuyas plantas y pasillos Mo Pardo la guía ahora hasta alcanzar una gran sala llena de escritorios en hileras. Su destino es uno situado en la tercera línea a partir de la entrada, donde un individuo tal vez joven ha comenzado a ser acosado por la calvicie; teclea a toda prisa en su ordenador portátil, sin apartar los ojos de la pantalla, con un bolígrafo cruzado en la boca como si fuera a sufrir una amputación. Esther contempla el panorama del ventanal, divisa las balizas del aeropuerto en lontananza y reconoce que no sabe. No sabe qué hace aquí, no sabe por qué ha pasado de inspectora a chófer.

—Bueno —suspira—. ¿Me puedo ir ya a casa?

—Esto está en el quinto pino —es la respuesta de Pardo—: ¿sabe cuánto cuesta un taxi? Recuerde que ya lo dice el viejo y conocido refrán: más vale tarde que ciento volando. Mire, le presento a Ale Ortiz.

La llegada del hombre delgado no parece entusiasmar a Ale Ortiz, cuyos ojos menguan tras las gafas. Se saca el bolígrafo de la boca para que su lengua chasquee más sonoramente antes de aclarar:

—Hombre, Mo. ¿Otra vez por tus famosos anuncios por palabras? Te vuelvo a repetir que la identidad de los anunciantes es confidencial y no quiero más líos.

—No, no, tranquilízate. Lo único que quiero de ti es que me mires una cosa en los archivos del periódico. Ya sabes: tú me buscas unas cosas, yo te encuentro otras. De 1991, concretamente. Tú eras muy joven y no podrás saberlo, pero en aquel año se produjo una oleada de asesinatos a vagabundos, a los que también mutilaron sacándoles los ojos. No recuerdo cuántos, ni cómo acabó la cosa. La policía se apresuró en cerrar el caso porque se acercaba la Expo.

—¿De 1991? —las gafas dedican un instante de atención a la

blusa de Esther—. Hum. Espera.

Al final de la misma ringla de escritorios, hay otro con una chica de pelo azul eléctrico enzarzada en una discusión con el teléfono fijo: ella asiente sin apartarse el auricular de la mejilla cuando Ale Ortiz le pregunta si puede usar un momentito su ordenador. Al parecer, para consultar la terminal del archivo resulta más cómodo un aparato de sobremesa, porque la conexión del portátil renquea y a menudo desiste directamente. Mientras la chica del pelo azul formula preguntas al teléfono (¿se puede vivir de ser *youtuber*? ¿Qué está dispuesto a hacer por su público? ¿Cómo busca sus patrocinadores?), Ale Ortiz se acoda sobre el teclado, introduce claves, atraviesa pantallas, hace aparecer y desaparecer páginas en PDF que conservan la niebla pulverulenta de los viejos microfilmes. Para concluir la operación negando con la cabeza: aquí no hay de eso.

—Lo único que tenemos es una nota de 2002 —informa—. Dos detenidos acusados de agredir a un homosexual que ya habían sido detenidos en 1991, por su relación con los asesinatos de vagabundos que se produjeron en dicha fecha. Pero que fueron puestos en libertad a falta de pruebas. Pertenecían al grupo neonazi 20 de Abril, con varios actos delictivos en su haber, al que en principio se imputaron también las muertes de los sintecho. El caso se sobreseyó ante la insuficiencia de indicios. De 1991 no hay nada.

—¿Y cómo es eso posible? —Pardo ondula la frente—. ¿*El Correo* no es el decano de la prensa sevillana? ¿Otra publicidad engañosa?

No, explica Ale Ortiz muy pedagógico, eso es cierto. Lo que sucede es que los archivos de papel se perdieron cuando la cabecera fue vendida por PRISA y se produjo el traslado de sede, de un arrabal a otro de la capital. De haber algo, tendrá que estar en la hemeroteca municipal, porque el *Diario de Sevilla* no existía todavía por entonces y los archivos del *ABC* no están informatizados. De modo que, si Pardo desea proseguir sus pesquisas, más vale que se arme de paciencia.

—Aquello es un bosque —ladra él, abrumado.

—Y usted Caperucita —ahora es a Esther a quien toca reír—. ¿Cuánto es esto en la escala Bristol? Un diez, por lo menos, ¿no?

A esa hora, esa frontera indefinida entre la noche y lo que debe sucederla, la ciudad apenas será ciudad, como si estuviera hecha de los sueños de todas las personas que duermen tras los alféizares y las persianas. No pueden verlo recorrer completamente uniformado la calle trasera que, dejando a un lado un bingo con el porche sucio de ceniza y una sala de fiestas condenada al silencio, se dilata en gimnasios, academias de idiomas, tiendas de telefonía móvil, hasta alcanzar una puerta inofensiva que no es fácil identificar con claridad. Se trata de una puerta de servicio, reservada habitualmente a las limpiadoras, a los miembros del elenco de seguridad, a los conserjes y las camareras, que se deja abrir dócilmente en cuanto él aproxima su placa a la cerradura electrónica. No es necesario guardar las apariencias en este estómago último del establecimiento, donde tienen lugar los procesos elementales de su fisiología: una vieja mugre recorre las paredes detrás de la caldera y los contadores de gas y electricidad, un olor a cuartel abandonado contamina la zona que, a través de un estrecho corredor de hormigón sin revoque, conduce hasta tres escalones y el ascensor de personal. La doble hoja se descorre de inmediato en cuanto la placa vuelve a ejercer su magia, para volver a cerrarse a su espalda. Sólo la leve presión de la gravedad sobre las suelas de sus botas de combate y ya se encuentra en el vestíbulo.

Es perfectamente consciente de que a partir de este punto habrá de extremar su cautela y pensar muy despacio dónde colocar no sólo los pies. Será imperativo esquivar los espacios abiertos, las extensiones expuestas entre los atrios o las columnatas que puedan ofrecer una visión directa a cualquiera que en ese momento franquee la entrada, por no hablar de la delación añadida de los espejos; será forzoso rastrear convenientemente aquel rincón al que retirarse que no se halle al alcance de cualquier cámara de circuito cerrado. Pero por último lo consigue: las ropas negras le hacen desintegrarse en esos ángulos muertos que quedan más allá de las plantas de plástico, los apliques, los sofás de un material pegajoso que quiere imitar a la piel y se limita a su caricatura, y deslizarse así bajo el mostrador del portero de noche y los ojos de cristal opaco con que contempla su teléfono móvil. El ascensor de la izquierda parece el menos comprometido, así que se decanta por él después de ratear brevemente a través de la moqueta y las luces

indirectas.

En el interior de este estuche de vidrio, una vez que el guante ha pulsado el número 9, se permite un leve descanso. Los músculos se distienden bajo el abrigo no menos oscuro que las botas, los correajes y la noche espesa que ciega las ventanas; una indumentaria que, junto a las gafas infrarrojas, el chaleco y los pantalones de campaña, estaría a punto de asfixiarle de no ser por el aire acondicionado. El ascensor se detiene con una sacudida en el número indicado, pero él aguarda unos instantes todavía antes de poner el primer pie en la galería que se abre al otro lado: un lapso que invierte en consultar su imagen en el espejo de la caja, en sorprenderse de ese guerrero fantasma, vestido enteramente de negro, salido de una película de videoclub, que le duplica desde el fondo. El pasillo de la novena planta es igual de negro, impenetrable: al avanzar, despacio, a través de la alfombra que de día ha de ser azul le vence la impresión de internarse en las aguas de un estanque, en un lecho de liquen y hojas muertas que acaba por engullirlo sin dejar rastro de sus pasos.

Porque de eso se trata, no dejar rastro. Sabe bien que encima de cada una de las puertas que ahora va abandonando a los lados, reducida a una ranura a la altura de sus botas o a un vago contorno sobre el empapelado, una célula fotoeléctrica aguarda para detectar cualquier tipo de movimiento y encender las luces; por tanto, es absolutamente imprescindible que se desplace en zigzag, con el sigilo de un felino, dibujando en su imaginación el rayo probable de cada emisor y sorteándolo en consecuencia. Eso le exige una serie de contorsiones, de estiramientos, un juego de músculos al que no está habituado y que lo tortura con sucesivos calambres bajo la capa de sudor que recubre todo su cuerpo: pero es el precio que debe pagar por convertirse en uno de sus héroes de cómic, en ese *ninja* formidable que acaba de revelarle el espejo del ascensor y en el que se ha reconocido con una súbita punzada de incredulidad y de orgullo.

La puerta de la habitación 934 le aguarda intacta en la oscuridad. El precinto policial no ofrece ninguna resistencia, es decir, ninguna más severa que el elástico de unas niñas que juegan a la comba, y lo mismo la cerradura electrónica: el mecanismo se rinde a la clavija de su circuito Arduino con un sumiso chasquido.

Detrás, las tinieblas. El interior resultaría aún más insondable de no ser por sus lentes infrarrojas, que convierten todo en una especie de crepúsculo de azufre: arriba, rojo como un estallido de magma, reluce la luz de emergencia de la ventana. Ahora se inclina para evitar el precinto, avanza unos pasos en cuclillas, cierra la puerta a sus espaldas; sólo entonces se concede un segundo paréntesis de tregua: no puede evitar jadear mientras se inclina sobre la pared que da al pasillo, dispuesto a iniciar la fase final de la incursión.

En el reino de su visión infrarroja, los objetos son entidades líquidas, leves aproximaciones de mesas, cortinas, enseres que se deshacen en una bruma violeta y añil. De vez en cuando, un rabioso punto colorado destaca en un vano o el techo: la alarma antiincendios, el piloto de la climatización. El testimonio del oído no ofrece mayores certidumbres: de algún punto inconcreto que puede ser otra habitación u otra galaxia llegan risas, trozos de conversaciones, el motor de un coche, una sirena, un avión que se aleja rajando la noche en su estela. Es precisamente silencio lo que necesita, para lo que se esfuerza en concentrarse. Ha de avanzar con muchísimo cuidado hasta la puerta condenada, en el extremo de la estancia, si quiere evitar la desagradable sorpresa de la última vez. Está seguro de que puede conseguirlo, de que sus movimientos serán tan mudos como los de ese *ninja* fabuloso que se ha trasladado de las páginas de sus tebeos al cristal del ascensor para transmitirle la confianza que necesita. Él es como el viento, como un susurro, una brizna que cae, nada: por eso le sorprende tantísimo el crujido repentino que rompe las sombras a sus espaldas.

Al crujido sigue la ceguera. No tiene tiempo de desprenderse de sus gafas infrarrojas cuando todo, los objetos difusos que le circundan, la vaguedad de la habitación a su alrededor, desaparece bajo una dolorosa llamarada blanca. El *ninja*, el pobre héroe que no debería haber abandonado sus viñetas para realizar esta expedición a un mundo que no es el suyo, sucumbe bajo el brutal golpe en la frente: luego, sí, es la noche del todo.

4. LA BRUJA BOLLERÍA

LOS SÁBADOS POR LA MAÑANA son para disfrutarlos en familia. Para depurar las relaciones, desatascar los malentendidos, lubricar el mecanismo que el funcionamiento de la semana laboral va cubriendo de mugre y óxido. Con el fin de facilitar esa labor de higiene, el desayuno tiene lugar en la mesa del salón, alrededor de la cafetera aún caliente, tostadas, los cruasanes de Mercadona, la margarina e incluso un tarro de mermelada que tal vez se haya introducido de contrabando en la reunión, porque no se sabe que en casa le guste a nadie la mermelada. El aire doméstico de todos estos objetos ha de contribuir a generar un clima de cercanía, donde las confidencias surjan por sí solas y se deslicen con la misma sencillez con que la leche de la lechera se derrama sobre el café. Y a la que no contribuyen nada, en absoluto, la televisión encendida, ni los graznidos con que Aurora reprueba la maniobra que el Partido Socialista ha urdido para arruinar al pobre Pedro Sánchez. Con lo guapo que es.

—Valientes sinvergüenzas —la tostada cruje bajo los implantes dentarios de Aurora—. Lo que le están haciendo a ese pobre hombre. Al partido. No hay vergüenza ni hay nada.

Desde tempranas horas de la mañana, los doscientos setenta y pico miembros del comité federal se encuentran encerrados en la sede del partido para definir su porvenir más inmediato. Que pasa, a lo que parece, por decapitar a su secretario general: el desdichado hombre del pelo entrecano que resulta que ni pintado para protagonizar un anuncio de moda de caballeros y cuya trágica belleza (pero mira al pobrecito, que se le saltan dos lágrimas) conmueve a Aurora hasta casi atragantarla con el café. El pobre Pedro quiere unas primarias en el partido, pero el partido se niega; es decir, esa parte del partido que tiene más cerca de él, la que hasta el momento fingía darle lametones en las manos y ahora

promete arrancárselas a dentelladas.

—Es que no me lo puedo creer —la bisutería de los dedos de Aurora se mancha de Tulipán cuando ella unta la segunda tostada —. Un hombre tan bueno, tan capaz. Eso es todo por la bruja del pelo teñido.

—Mamá, ya vale —Esther apenas tiene apetito y se limita a juguetear con la cerámica de su taza: bordear el asa con la yema del índice, primero a la derecha, luego a la izquierda y al revés—. Se supone que en mis días libres desayunamos juntos para hablar entre nosotros y no para ver la televisión.

—Sí, sí, hija, ya sé —nuevo mordisco de Aurora—. Pero es que no puedo dejar de pensar en esta pobre criatura, Pedro Sánchez. En lo guapísimo que es, fíjate qué porte. Hay que ver lo que han hecho con el PSOE, con lo que el PSOE ha sido. Qué partido era, con Felipe González. Yo siempre voté a Felipe González, también tenía muy buena planta cuando joven. Pero no sé por qué defiende ahora a esa pelandusca de la Susana, qué hortera, por favor.

En el extremo opuesto del mantel, Tomás se escurre por el respaldo de su silla, esforzándose en desaparecer; necesita terminar de masticar bien el cuadrado de pan que le atasca la boca antes de increpar a su madre:

—Bueno, ¿me lo preguntas ya? Así acabamos cuanto antes y me puedo ir a mis cosas.

—¿Qué cosas? —Esther ha aprendido que conviene seguir de cerca los asuntos del Bicho.

—Tengo el láser esperando, quiero hacer unos experimentos con él. Ya que me lo preguntas, se trata de realizar una medición a larga distancia usando la potencia del haz y un método de triangulación. Puedes ayudarme, si quieres.

Un suspiro: toda la semana esperando un día libre, un espacio en blanco en que detenerse y mirar su vida de cerca, despacio, como se mira un diamante al trasluz, y ahora Esther descubre que de pronto también ella tiene prisa. Resulta que el diamante es sólo vidrio, un material insignificante que de lejos crea arcoíris con los rayos del mediodía pero, puesto ante las narices, se llena de manchas, rotos y burbujas; resulta que lleva días y días esperando este momento y ahora daría cualquier cosa por estar lejos de esta mesa, de un hijo desconocido y una madre insoportable. Casi se ríe de sí misma: a

estas alturas y todavía incapaz de distinguir el anillo de compromiso de la bisutería, la falsificación y la vida sin tallar.

—Está bien —toma el álbum de la Liga 2016-17 y elige una página al azar—. Veamos: Villarreal.

—Asenjo, Soriano, Mario Gaspar, Sansone, Musacchio, Bakambu…

La misma munición de nombres exóticos resuena cuando el Alavés y el Español toman el relevo, sin apenas titubeos: es preciso reconocer que el Bicho se los sabe bien y ha estudiado las alineaciones a conciencia. Por eso no puede evitar un ademán de satisfacción en el momento en que su madre cierra el álbum y asiente con la cabeza.

—Ya está, ¿no? —dice él—. ¿Puedo irme a mi cuarto?

—Sí puedes. Pero recuerda que esta tarde hay que jugar un poco a la PS, ¿de acuerdo? *Grand Theft Auto* o *God of War*, el que tú veas —Tomás ya se aleja por el pasillo, mostrándose de acuerdo con todo—. ¡Y lleva tu plato y tu vaso a la cocina!

Así Esther es abandonada en el salón, en compañía de un ser extraño con permanente y gafas de concha sobre el que el televisor ejerce el irresistible poder de su hipnosis. El único modo de interrumpir el sortilegio es acudir a un equivalente del crucifijo y la cabeza de ajo, que en este caso es un rectángulo cubierto de botoncitos rojos y verdes que se encuentra junto al azucarero; cuando en la pantalla, obedeciendo la orden del mando a distancia, se hace repentinamente la noche, Aurora mira consternada a todas partes, con cara de recién despierta.

—¿Qué haces, hija? —suelta, como si hubiera recibido una bofetada.

—Ya está bien —Esther aspira el cigarrillo falso—. Hablaremos, te guste o no.

—Ya, hija, así tratamos a la chacha —de pronto, una de las servilletas de papel se trueca en abanico—. ¿Quieres hablar? ¿Sí? Pues hablemos —el abanico es reemplazado por un cruasán—. ¿Qué te vas a poner esta noche para ir con tu psicólogo?

Ahora recibe su merecido; había olvidado con quién se la jugaba. Lamenta automáticamente haber apretado el botón.

—¿Qué? Yo qué sé —es la respuesta típica de la derrota—. Cualquier cosa. Es una salida informal, sólo vamos a tomarnos una

cerveza.

—¿No ibais a cenar?

—Bueno, sí. Es verdad, me puedo poner el vestido blanco de H&M, el de las tirantas.

Cara de asco de Aurora: va el directo al hígado.

—¿El modelito yeyé ese? —está a punto de escupir el cruasán—. ¿Cuántos años tiene? ¿Cinco? ¿Diez?

—Yo qué sé, mamá. Tanto no, y a mí me gusta.

—Hija mía, me echas la bronca por tocarte los paquetes del trastero y lo que te hago es un favor. Cómprate un poco de ropa nueva, cuídate. Tira ya ese montón de zapatos y vestiditos pasados que tienes arrumbados en el armario y renueva el vestuario, hija, que a veces eres más dejada… Me estoy acordando de esas sandalias que tienes ahí que, vamos, mejor no hablo. Sí, las de las hebillas esas, hasta oxidadas están.

—Vale, mamá.

Lo peor es que en el fondo tiene razón, que su armario se parece a esa vida que dejó atrás en Madrid y cuyos tentáculos no dejan de agitarse y de atraparla en cuanto ella intenta dar un salto más alto de la cuenta para escapar de las aguas. Ella quiere ganar tierra y abandonar de una vez esta triste vida de náufrago, pero luego abre de nuevo el armario y el espejo se cierne sobre ella y de pronto hay una mujer cansada y muy harta en el otro lado: alguien que, de todas maneras, no se preocupa en exceso por modas, tiras, rayas o estampados, que en realidad se conforma con lo más cómodo o lo primero a mano, y que se siente satisfecha dentro de su círculo cotidiano de pantalones vaqueros, camisetas y blusas sin disonancias. Pero en fin, es verdad que hoy es sábado, y que tiene el día libre, y que las tiendas están abiertas, y que quizá no es mala idea del todo avanzar un paso y salir de su territorio para ver qué queda más allá: más del lado de lo vistoso, del peligro o de la osadía. Menos mal que fue el otro día a la peluquería y pudo teñirse, porque lo que es el pelo tampoco es que se lo mire mucho.

El Bicho vuelve por el pasillo, refunfuñando. La mitad derecha de la caja de zapatos que cobija su láser, que él acuna entre los brazos, parece haber sufrido una pedrada.

—Jo, mamá —no llora, pero casi—. Vaya mierda, no puede ser.

—Esa boca, Bicho. ¿Qué es lo que pasa?

—Te dije que estoy harto de que tú y la abuela revolváis mis cosas. Y ahora mira.

—No sé de qué hablas. ¿Tú has estado tocando las cosas de Tomás, mamá?

Aprovechando el desvío de atención, la mano de las sortijas se ha deslizado como una serpiente a través de las tazas y el azucarero, hasta atrapar el mando a distancia: y ahora Pedro Sánchez, compungido y muy guapo, titila de nuevo sobre el televisor.

—¿Qué? —responde Aurora al aire—. No, no.

—Pues alguien tiene que haber removido el altillo —el dolor comienza a retroceder ante la rabia en la voz de Tomás—. Ahí donde guardo los instrumentos de química y la estación meteorológica, y también mis experimentos. Había dos tubos rajados y uno de los espejos del láser se ha roto… Habrá que arreglarlo.

—No me digas eso de volver a arreglarlo, por favor —gime Esther con desesperación.

Ella toma la caja de zapatos con las dos manos y la examina despacio, como si pudiera comprender lo que contiene: un tubito cromado en un extremo, sí, y pedacitos de madera sobre los que hay encolados pequeños espejos rectangulares en diagonal, los dos últimos con grietas en el centro.

—¿Volver? —Tomás frunce las cejas—. ¿Por qué dices lo de *volver* a repararlo?

Como la respuesta a esa pregunta no es sencilla, constituye todo un detalle que el móvil se ponga a rechinar en el mismo instante, con el rótulo de jefatura en la pantalla; Esther necesita esforzarse mucho en aparentar fastidio y desgana cuando contesta después de presionar el círculo verde.

—Béjar, soy Gálvez —las palabras son masculinas, atropelladas —. Sé que es tu día libre, pero tengo algo para ti. Tú llevas el caso de Alfonso Medina, ¿no? El del hotel Los Lebreros. Tenemos a un detenido que ha sido sorprendido esta noche en la habitación de la víctima. Violando el precinto judicial.

Siguen una serie de precisiones a las que ella replica distraídamente, cuándo, cómo, por qué, un nombre sin valor en su memoria, un aparato que no sabe para qué sirve, circuito Arduino,

gafas infrarrojas, lo mismo da todo, porque se ha puesto a mirar mientras escucha, mientras finge escuchar, la caja que contiene el láser de Tomás, el duplicado que encargó a Mo Pardo para Tomás porque el de Tomás había desaparecido del trastero, mira por delante y por detrás esa caja pintada de negro pero no del todo, con vetas grises y una banda blanca en la cara externa, y, joder, no puede ser, me cago en la leche, no puede ser pero está segura, mira más y más se convence, el cartón gris, la banda blanca, Ángel Alarcón, los zapatos de su boda, zapatos mucho más exquisitos y mejores que las sandalias que horrorizan a su madre. Los zapatos de su boda en un artefacto casero que no ha salido de su trastero: o eso se supone.

—Voy enseguida —contesta antes de colgar.

Acumular actividad: tranquilizar a Tomás, asegurarle que repararán su juguete, improvisar excusas para mamá que está demasiado absorbida en el donaire de Pedro Sánchez para ofenderse por nada, coger los primeros vaqueros a mano y la camiseta de David Bowie y las sandalias, sí, las sandalias en las que a pesar de todo sus pies ingresan amablemente como en la arena caliente de las playas de su infancia, correr, salir, con el bolso sobre el hombro, no detenerse siquiera a aguardar el ascensor, llegar al portal y en el umbral casi estamparse contra un tipo calvo del mismo tamaño de su armario, un tipo con una estepa en la mirada y un tatuaje en la nuca que parecía esperar algo, ahí, frente a su edificio, que Esther cree tal vez haber visto antes pero sobre el que tampoco puede reflexionar demasiado porque tiene prisa, tiene que ir en pos de su coche, hacer cosas, empalmar un trámite con otro con el fin de no abrir huecos en que resuene la única, candente, estrepitosa pregunta: la caja de zapatos, el trastero y la caja, el hombre delgado y la caja.

Hubo una época en la que ella pensó que las personas se parecen a los edificios: porches, fachadas, cancelas, jardines de entrada, rampas para minusválidos, balcones y toldos frente a los que una pasa alguna vez preguntándose cómo se vivirá en el interior. Era cuando ella estudiaba el máster en Boston y hacía *jogging* al atardecer por una zona residencial, habitada sólo por castos

matrimonios de mediana edad y extrañas gentes con trajes que iban y venían sosteniendo maletines. Entonces ella corría frente a las silenciosas casas georgianas, la mayoría con una verja frente al acceso, y jugaba a imaginarse lo que ocultaba el estuco y la balaustrada: tal vez habitaciones soleadas donde sentarse a escribir una carta a un amigo lejano, tal vez dormitorios con una adolescente en el espejo; vislumbraba cocinas que miraban a poniente y vastos salones con vitrinas de porcelana en que tenían lugar fiestas hasta la madrugada, y luego se le ocurría que esos edificios imaginarios en poco se diferencian de las personas que los habitan, cuyas luces, sombras, espacios ocultos, sótanos y azoteas barruntamos también a partir de la somera inspección de su superficie. Como le sucede con Gálvez; ella lleva tratando a Gálvez ya dos o tres años, pero apenas ha logrado franquear su fachada. La penosa pared que le muestra esta mañana y más allá de la cual no sabe si desea internarse.

—Ahí está —dice Gálvez, ojeroso, con la mano derecha mal envuelta en un vendaje, mientras señala a través de la ventana de la sala de interrogatorios—. Una pareja de guardias de seguridad del hotel, escondidos expresamente, lo sorprendieron mientras se colaba en la habitación. Al parecer se habían olido algo.

El pobre Gálvez tiene aspecto de haberse tirado de farra hasta las tantas de la mañana sin haber dispuesto de un mal baño público donde mudarse de ropa, pasarse la cuchilla, poner en orden esos tres tristes pelos que le camuflan la calvicie: pero es que el detenido no luce mucho mejor. Ahí está, sentado en su silla como un escolar al que acaban de conducir al despacho del director, con las manitas sobre la mesa y una interrogación en la mirada que no se atreve a convertir en respuestas. Un escolar bastante crecido ya: de ciento y pico kilos, ojos pálidos, un cabello un día rojo que comienza a perder lumbre y restos de barba en torno a los labios.

—Bruno Clicksilver —pronuncia Esther.

—Bernardo Domínguez Valera —la corrige Gálvez abriendo una carpeta—. Treinta y nueve años, sin antecedentes, domiciliado en Barcelona. De profesión *blogger* o *influencer*, según declaración propia, pero no sé qué coño querrá decir con eso. Fue sorprendido a las tres y cuarenta y ocho de esta mañana introduciéndose en la habitación precintada de Alfonso Medina, víctima de asesinato. El

hotel había apostado allí dos vigilantes, después de que el señor Pedro José Espínola declarara que había oído ruidos sospechosos la noche anterior y había visto un intruso… No sé, supongo que toda esta mierda tendrá algún sentido para ti. O eso espero.

Al parecer, por cuanto dice Gálvez, el hotel se desvive por colaborar: por ahuyentar la posible mala fama con que este asunto pueda amenazarle empleando todos los recursos a su alcance. Según la declaración del gerente, que fue quien alertó a la policía a las cuatro, una limpiadora había perdido dos días atrás las tarjetas maestras que daban acceso a todas las habitaciones y los códigos electrónicos ya habían sido cambiados; pero, así y con todo, se consideró que una pareja de centinelas en el lugar de autos no estaba de más. Definitivamente, Esther es incapaz de decantarse por el de peor aspecto. Cualquiera de los dos, tanto el hombre de delante como el de detrás del cristal, podría competir sin desdoro contra los más vistosos pordioseros de la cohorte de Mo Pardo.

—Muchas gracias, Gálvez —entona ella, y aunque desea añadir algo sobre el buen trabajo de su compañero, se interrumpe de repente.

El motivo: el inspector jefe Lago acaba de entrar en el cuarto de guardia, el inspector jefe Lago dedica a Esther esa clase de expresión que sirve a los facultativos para diagnosticar con mayor precisión desarreglos gástricos o fístulas con absceso, y que ella decide esquivar adentrándose sin un solo comentario más en la sala de interrogatorio. El gordo de la barba rojiza recibe la irrupción con un sobresalto, rápidamente solapado bajo una capa de presunta flema británica: ahora resulta que la manicura de sus dedos, hinchados de anillos, le resulta de lo más interesante. Antes de empezar a hablar, Esther opta por el rodeo: traza círculos en torno a la silla del detenido como tratando de elegir el mejor ángulo para una fotografía. Hasta que repara en el hematoma en la sien derecha de él.

—Vaya —señala con el índice—. Eso debe de haber dolido.

Bruno Clicksilver, el buda del reino de los juguetes, prefiere contestar al vacío:

—En cuanto salga de aquí, pienso denunciar *directamente* al hotel por lesiones. En esta misma comisaría. Se van a enterar esos cabrones. Esos *palurdos* de tres al cuarto. No hay derecho a asaltar

así a un inocente ciudadano.

—En cuanto salga de aquí, usted lo ha dicho —Esther se apoya sobre la pared que flanquea el cristal—. Que igual no es tan rápido como se cree.

Los tres o cuatro matojos que le mechan la cara se recolocan para que Bruno Clicksilver sonría: también los dientes debieron de ser más luminosos en su día.

—No me haga reír, inspectora —dice—. Es usted inspectora, ¿no? Sí, por su edad, que ya la tiene.

—Sólo un poco más que tú. Y tú sigues jugando a muñequitos, ¿verdad? Lo cual te puede salir caro. No respetar un precinto policial es delito de desobediencia, y entrar en una habitación de hotel forzando la cerradura con tu juguete se puede considerar allanamiento.

—Ja —el gordo hace ademán de escupir—. No se pase de *lista*. Una multa, como mucho.

—O hasta un año de cárcel, si le caes al juez tan simpático como a mí. Pero puede ser más.

—¿Cómo *dice*?

Antes de salir huyendo de la sala de guardia, Esther ha tomado una bolsa de plástico transparente que ahora abre sobre la mesa, ante la mirada de desconfianza del gordo. La bolsa contiene dos cosas: una agenda con unos personajes de dibujos animados en la portada y un bolígrafo en cuya cánula se lee PLAYMOBIC. Apenas es necesario hojear las páginas iniciales para encontrarse con la jerigonza que la inspectora conoce bien, pero que en este buda apático y grosero, perennemente ocupado en no mostrar pasión, apenas despierta un leve arqueo de cejas: *AlppAlpiAmbbAaabAyhmPbmm*…

—¿Te suena de algo? —insiste ella.

—Los Super-4 —la sortija exhibe una C mayúscula cuando el índice cierra la agenda y se detiene en la portada—. La idea es buena, pero creo que Playmobil debería haber arriesgado más en su primera serie animada. Y el personaje de Twinkle, el hada, me cae como el *culo*.

—Ya. Como tú a mí. Mira, Bernardo —Esther se mira las sandalias—. Esta libreta pertenecía a Sito Medina, al que conocías, ¿verdad? —el buda inclina condescendiente la cabeza—. A Sito lo

torturaron a conciencia antes de morir. Le arrancaron las uñas de pies y manos y le cortaron los pezones, por no mencionar el alambre que le gangrenó ambas muñecas —una gruesa gota de sudor comienza a resbalar por la frente del iluminado, cada vez más lejos del nirvana—. Ese no es el comportamiento de un simple asesino. No fue nadie que entrara a robar por azar en su habitación, ni un pronto malo de alguien que le tuviera ojeriza. La cosa suena a una de dos: o venganza o búsqueda de algo que la víctima tenía y no quería compartir. ¿No crees tú?

—Será —los ojos de Bruno Clicksilver exploran la mesa en busca de una huida, o de un insecto—. Yo qué sé.

—En ambos casos, tanto en el de la venganza como en el otro, el asesino debía conocer previamente a la víctima, y resulta que Medina no conocía a nadie en la ciudad. Salvo a los asistentes a la Bienal, claro. Y ahora va y resulta que, después de que él muera, uno de esos asistentes se cuela en su habitación para registrarla. Para encontrar algo que quizá la víctima no le dijo dónde tenía escondido…

La paz interior estalla: hasta los hombres santos tienen días de bajo rendimiento. La noche en vela, ocupada primero en husmear entre las tinieblas y en buscar luego entre esas mismas tinieblas una escapatoria que no existe, comienza a hacer de su mirada una mala imitación de cristal, como la de un animal disecado.

—¿Qué dice? —brama—. ¿Insinúa que yo maté a Sito? Era un *gilipollas*. Pudo ser cualquiera del congreso. ¿Por qué no P. J.?

—Porque P. J. era su amigo, aparte de que estaba comiendo con otro de los participantes en el congreso, a ver, Pepo Olivares. Y nadie más ha entrado con nocturnidad y alevosía en la habitación de la víctima, como verá seguro un juez.

—Yo no maté a Sito.

—Además, con un equipo completo y muy sofisticado… Esas gafas infrarrojas que hicieron pensar a Espínola, al sorprenderte, que los malos de *Galactica* habían invadido el hotel, y el famoso circuito Arduino que seguro que has usado más de una vez.

—Eso lo hace cualquiera con unos pocos conocimientos de *hardware*. Yo no maté a Sito Medina. Quiero un abogado.

—¿Qué hacías en la habitación de Medina a las tres de la mañana? —los ojos falsos siguen registrando la mesa, los rincones,

la habitación, intentando detectar una abertura por donde aspirar algo de aire—. Mejor que te expliques bien, porque con abogado y todo lo tienes crudo hasta el momento.

Las personas son casas alineadas a lo largo de una veranda, de las que, desde la acera, sólo podemos percibir las líneas maestras de la arquitectura y detalles insignificantes de la pintura y los saledizos. Jamás vislumbramos nada del interior a menos que se descorran las cortinas del primer piso, que una ventana se abra de golpe a la salita o el baño, a menos que, igual que Bruno Clicksilver ahora, alguien decida empujar desde dentro la puerta de entrada y revele a bocajarro quiénes son sus ocupantes. En el gesto con que el hombre gordo parece rendirse, Esther cree poder ver todo su interior: la distribución de los cuartos, los pasillos, la escalera a un lado, esa trampilla mal colocada que conduce hasta el sótano.

—Mire, Medina no era un santo, ¿vale? —baja la mirada—. Él y yo hacíamos negocios.

—Ya. Tú tampoco eres un santo. ¿Qué hacíais?

Las tres palabras surgen de la boca cercada de pelo con tal suavidad que Esther necesita inclinarse sobre la mesa y pedir que las repita.

—La Serie Negra.

—¿Qué?

—¡La Serie Negra, joder! —hay un puñetazo en la mesa que hace que Esther retroceda y la puerta de la sala esté a punto de abrirse—. ¡Una de las series ocultas de Playmobil donde se representa a asesinos famosos, dictadores y tarados!

—Es sólo una leyenda —opone débilmente ella.

Puede ser, pero una de las mayores leyendas, un mito hecho y derecho con capacidad para embrujar la imaginación de generaciones enteras de amantes de los muñequitos sonrientes. Hitler, Stalin, Charles Manson, Jack el Destripador, todos sintetizados en un amable icono de plástico que colocar en la estantería para acompañar la foto del cumpleaños y el gatito dorado con ideogramas en la patita. Cada vez que el asunto se menciona en un blog, en una página web por cochambrosa y remota que sea, las visitas se agolpan hasta colapsar el servidor; cada vez que una fotografía, borrosa y todo, que una pista sin importancia de la Serie Negra sale a la luz a través de Twitter, Facebook, Instagram, SMS o

la barra del bar, emerge un ejército entero de fanáticos dispuestos a dejarse el sueldo en obtenerla. Todo lo que tenga que ver con la Serie Negra, leyenda o no, está tallado en oro macizo: y se supone, como Esther misma oyó en la sesión correspondiente del congreso, que Bruno Clicksilver va a ofrecer pruebas irrefragables de su existencia en el acto de clausura. Es decir: va a tirar de la cadena para que la ducha de oro dé comienzo.

—Sito era un buen artesano —Bruno necesita unos momentos para retomar el hilo—. Era especialista en *custom*: modificaba clicks para hacer modelos de superhéroes, personajes de película y todo eso. Le salían muy bien: nada que ver con ese *cutrerío* que se ve a veces en los mercadillos.

—Así que fabricasteis entre los dos una Serie Negra —completa Esther—. Que pensabais presentar como auténtica durante la Bienal, aquí, en Sevilla. Me imagino que no seríais los primeros, ¿no? No me creo que nadie haya intentado antes colársela a los coleccionistas con la misma historia.

—La nuestra iba a ser completamente *distinta* —hay un matiz de orgullo en las palabras del gordo—. Primero, por la calidad del producto, y luego, porque, para variar, teníamos una historia *coherente* que contar. Sevilla es la ciudad en que pasó sus últimos días Cornelis Bom, el colaborador de Hans Beck en la creación de las figuras originales y, según los rumores, la fuente primera de las series ocultas: las series no autorizadas por la marca. Tras su muerte, las propiedades de Bom se saldaron para pagar la atención médica y el funeral, y gran parte de lo que guardaba en casa fue vendido por tres perras o *arrojado* a la basura. Sito llegó a Sevilla una o dos semanas antes del inicio del congreso. Nuestra coartada iba a ser que había encontrado en la basura o en un mercadillo parte de las posesiones desechadas de Bom, entre ellas la Serie Negra. Íbamos a anunciarlo durante la inauguración de la Bienal.

—Pero no os pusisteis de acuerdo.

Los anillos se cierran en torno a algo que no está ahí, algo que no es aire vacío encima de una mesa.

—El *imbécil* de Sito quería posponerlo. Prefería el *hype*: hacer circular fotos, fabricar rumores, ir creando expectativas para encarecer el producto, eso decía. Yo quería presentarlo ya. Tuvimos nuestros más y nuestros menos, sí. Le amenacé, es verdad. Bueno,

tampoco amenazarle: le dije que me llevaría las figuras, porque fui yo quien las diseñó, quien le dio todos los detalles para realizarlas, son tan mías como suyas. Hasta que alguien lo mató. Las figuras tienen que estar todavía en su equipaje, sé que las traía con él. *Eso* era lo que buscaba. Y ya está. Déjeme en paz.

Sí, mejor dejarle en paz para que se muera tranquilo, para que los ojos se le sequen hasta convertirse en dos conchas debajo de ese pelo desgraciado que arrasa la edad. Esther introduce las manos en los bolsillos de su pantalón y atraviesa la puerta que conecta la sala de interrogatorios con el recinto contiguo. Donde le aguardan más preguntas, pero estas de otra índole: porque en cuanto pone una sandalia en el otro lado se da de bruces contra ese rostro que había olvidado, que el juego de escondites y sorpresas a través de las excusas de Clicksilver había borrado de sus preocupaciones. Ahí, frente al cristal, hay un cuerpo derrengado, que parece cargar con un peso invisible; el cuerpo tiene una cara que gira en dirección a ella, la cara tiene un gesto, el gesto recuerda a úlcera y veneno.

—Buen trabajo, inspectora —dice el inspector jefe Lago, y asiente con lentitud.

—Sí —Esther suda—. Voy a revisar las pertenencias de Medina en busca de esas dichosas figuritas, a ver si dice la verdad. Habrá que interrogar a conciencia al resto de asistentes a la Bienal, o…

—O usar otro tipo de métodos, ¿verdad? —el inspector jefe se coloca ambas manos a la espalda.

—No le entiendo, jefe —mejor hacerse la tonta.

Pero la maniobra no sirve de mucho. Porque ahora el anciano, el abuelo modélico que sólo cabe imaginar ofreciendo chucherías a unos niños que le acosan los perniles, opta por la severidad y avanza un paso en dirección a ella. La luz que procede del ventanal interior ha variado de posición y el personaje se transforma: ya no es un abuelo, sino un jubilado harto de que le recorten la pensión, de que el vecino haga ruido, de que los jóvenes no sepan respetar las mínimas normas de educación que exige el civismo. Esther no se sorprendería de verle blandir un bastón con esas manos moteadas de manchas pardas para subrayar las frases:

—Sí, sí que me entiende —Gálvez, en la esquina opuesta de la habitación, sólo se atreve a una ráfaga de reojo—. Es inútil que siga esquivándome. Ha vuelto usted a recurrir a ese chiflado, el tal

Modesto Pardo. Ya le avisé en su día de que no es una compañía adecuada. No al menos para un funcionario público de justicia. Estoy harto de repetirle el mismo *ritornello*.

—Pero nos ayudó en el pasado —Esther sabe que esa es la verdad—. Acuérdese de los casos del Asesino del Tobillo y la tienda de cómics.

La situación no resulta precisamente cómoda, pero siempre puede ser peor. Ella lo comprende en cuanto repara en el sombrerito con cinta, la mascota, que recubre la cabeza del anciano, y en su corbata verde, de un verde que sólo se ve entre los osos del parque Yellowstone aficionados a la miel y las tartas de los excursionistas: del fondo de su temor, de su desasosiego, comienzan a ascender los vapores de un insoportable deseo de reír. Es, ay, como el empuje de una olla a presión que la obliga a cerrar los dientes para que no estalle de golpe.

—Sí, nos ayudó —dice el Oso Yogui—. A costa de estar a punto de hacerle perder la vida y meter a la jefatura en un buen lío. Usted sabe que ese hombre no le conviene y haría bien en prescindir de él en lo sucesivo: se lo advierto.

—Sí, jefe —Esther ha empezado a llorar.

—Además, no quiero ni pensar qué le estaba usted enseñando en la sala de pruebas cuando nos cruzamos. De momento, haré la vista gorda: pero que sea la última vez. Inspectora, ¿se está usted riendo?

—No, señor, en absoluto —ella se esfuerza en recuperar la respiración—. Es que necesito ir al baño. Discúlpeme.

La situación se mantiene bajo control hasta que Esther alcanza el rellano de la escalera de incendios. Entonces tiene lugar la explosión y la salva de carcajadas que hace retemblar los cristales blindados.

La ventana a través de la cual mira Gálvez ha variado de contenido. Ya no hay tras el vidrio la fatiga y el agobio de un hombre que no sabe encontrar la escotilla de salida, ahora hay coches. Personas dentro de coches, todas mesmerizadas por algo que parece quedar delante de ellas, como si obedecieran a la llamada del mar. El sol sobre los coches, precipitándose sin piedad contra la chapa y el acero, calentando los radiadores hasta que no quede en su interior

una molécula de agua que convertir en vapor. Los transeúntes que cruzan los pasos de peatones huyen aterrorizados, a toda prisa, antes de que el mediodía los convierta en alquitrán derretido sobre el asfalto, indistintos de sus propias sombras.

—Oye, gracias por llevarme —grita Gálvez por encima del estribillo de los Jackson 5—. Mi coche sigue en el taller y no tengo manera de volver a casa.

Esther resta importancia a la excusa haciendo un gesto con la mano que luego se posa en la palanca de cambios. Esa misma mano derecha que en el caso de Gálvez envuelven un vendaje y unos apósitos: la mano, el vendaje, la camisa cubierta de triángulos y diagonales, sin planchar desde hace días, los tres pelos lamentablemente colocados entre oreja y oreja son la fachada que ella debería trasponer para mirar más adentro. Pero que también la detienen en seco. A veces no le apetece nada llamar al timbre: habría sido un pésimo testigo de Jehová.

—No pasa nada.

—Tengo el coche en el taller desde el final de las vacaciones —vocifera Gálvez—, y ya me he resignado al autobús si no es en misión oficial. Tú ya sabes cómo son los autobuses, ¿no? Te lo digo yo: una puta mierda.

Un monovolumen de color rojo incendia el parabrisas, convertido por la luz del sol en una roca de magma. Antes de esquivarlo, Esther no puede evitar una mirada de soslayo al vendaje de Gálvez y un recuerdo. Acaba de ver al hombre de la camisa arrugada en la escalinata de acceso al Instituto Anatómico Forense, agachando la cabeza frente al inspector jefe Lago, dejando que la ira y la desesperación se apoderen lentamente de él como un caldo que lo llena por dentro; y a continuación el mismo hombre, arrojándose contra el árbol situado en el rodrigón más próximo, destrozándose literalmente los nudillos en el tronco pintado de blanco, que deja poco a poco de ser blanco para cubrirse de una especie de mermelada de cereza, de frambuesa, de frutos del bosque.

—¿Qué te dolió más? —ella habla sin dejar de vigilar el tráfico —. ¿Los golpes o la negativa de Lago?

El puño del hombre medio calvo se cierra, para que la venda se tense sobre los nudillos.

—¿Tú qué crees? —gruñe.

De pronto, la inspectora Béjar se sorprende a sí misma afirmando lo siguiente:

—Ancona es una tía estupenda. Una gran agente, quiero decir. Entiendo que tú quisieras ocuparte del caso porque eras amigo de Raúl, pero estoy segura de que ella dará con quien lo hizo.

El puño de la venda, correctamente endurecido, suelta un furioso puñetazo sobre el salpicadero.

—Y una mierda —ahora la voz de Gálvez se sobrepone sin dificultad a los hermanos Jackson—. Ancona es una soplapollas. Una tiparraca que hace vudú, una tía que ni yo ni nadie del departamento soporta. Que Raúl no soportaba tampoco. Aparte de estrecha.

El exabrupto ha dejado repentinamente desorientado a este individuo de mala baba, cuya vestimenta equivale ahora a una delación: es el náufrago que no acaba de alcanzar la playa, el idiota abandonado durante la despedida de soltero en una ciudad remota, el turista desvalijado en el barrio de las afueras donde los turoperadores no se aventuran. El pobre tipo parece descubrir de repente dónde se encuentra y qué acaba de proferir, y se mira las manos igual que Frankenstein, es decir, el monstruo de Frankenstein, después de la escena de la niña, el estanque y las florecillas: qué ha hecho, qué ha dicho.

—Sé que también tú eras muy amiga de Raúl —murmura entonces en un tono que Michael Jackson avasalla con sus agudos.

Pero Esther ocupa una cabina suplementaria a la de su automóvil: un recipiente dentro de otro recipiente que la protege del mundo de fuera, de sus revoluciones y extravíos, una cápsula que lleva años construyendo y que debería ahorrarle conversaciones estúpidas como esta. Habla desde el interior de ese blindaje transparente cuando pronuncia, con menos convencimiento del que desearía:

—¿Yo? No tanto, en realidad.

—Lo suficiente… —Gálvez está a punto de toser—. Raúl me contó… En fin, dejémoslo ahí.

—Sí, mejor lo dejamos —la sandalia derecha de ella aplasta con violencia el freno: semáforo ámbar—. ¿Dónde te viene bien que te deje exactamente?

Cualquiera se daría cuenta de que eso que hace que el pobre náufrago calvo se muerda los labios es impaciencia, o fastidio; en todo caso, un sentimiento incómodo que le tiene por protagonista a él mismo.

—Tranquila —dice—, no soy de los que van sacando los trapos sucios de la gente por ahí.

—Yo no uso trapos. Prefiero el papel de cocina.

—Ya, entiéndeme. En la brigada piensan que soy un gañán y no me hacen ni puto caso, así que no tienes que temer que nadie se entere. Pero Raúl me contó cosas… Mencionó en qué andaba. En parte, al menos. Era la Caja Cero.

De buenas a primeras, los Jackson 5 tienen un competidor. De alguna parte, del éter, del interior del habitáculo, acaba de surgir la voz de Julio Iglesias. Jackson e Iglesias se combinan, se contradicen, amalgaman sus armonías, repiten y destrozan las del rival, hasta que llega un momento en que parece que sólo un grito puede evitar la locura. Es el móvil de Gálvez, que suena a máximo volumen mientras él lo extrae del bolsillo de su camisa; y sigue sonando conforme mira la pantalla, bufa, se resigna a contestar.

—Qué —necesita hablar bien alto para hacerse entender—. Sí, estoy fuera. Sí. Sí, es que me he metido en un bar. ¿Qué? No. Sí. Sí. No. ¿Cómo? ¿También eso ahora? No. No. ¿Tampoco eso, joder? No, no, no, eso no, ni de coña. ¿Qué? Pues lo veremos en el juzgado. Que te he dicho que no, joder. Pues ya lo hablamos, aunque hay poco más que hablar. Ah, y a la mierda te vas tú.

La pantalla del teléfono móvil sufrió algún accidente en el pasado: por entre los afluentes del cristal rajado se entrevé una pareja de niñas posando frente al castillo de chicle de Eurodisney. La conversación no ha sido fácil; bien por culpa de la batería electrónica, bien porque la persona del otro lado estaba lejos y sólo recibía un eco hecho retazos de lo que él pretendía decir, Gálvez se ha visto obligado a ir elevando el volumen en cada frase, hasta acabar chillando al pobre micrófono que temblaba en su mano. Y luego a cerrar esa mano, que por suerte no es la de la venda, en un nuevo puño con el que sacudir el salpicadero por segunda vez.

—¿Es que esta música de mierda no se puede parar, coño? —los dientes del hombre casi calvo rechinan.

—*I will survive* —asegura Gloria Gaynor, que ha tomado el

relevo en los altavoces.

—Perdón —la barbilla de Gálvez se desploma sobre el cuello de su camisa—. Perdón, perdóname. Era mi mujer. Mi exmujer —busca algo a través de la ventanilla con ese mismo gesto, comprueba Esther, con que Bruno Clicksilver buscaba el escotillón de salida en la sala de interrogatorios—. En realidad, no tengo el coche en el taller. He tenido que venderlo.

—*I spent so many nights thinking how you did me wrong*.

—Un BMW Serie 5 con menos de un año, una putada. Mi mujer y yo nos estamos separando y me está despellejando. Literalmente.

—*And so you're back from outer space*.

—Esta noche he dormido en comisaría, no puedo permitirme más un hotel. He hablado con un amigo que va a recogerme en su casa hasta que la cosa mejore, pero no estaba hoy en Sevilla y no ha podido darme la llave. Y ahora la hija de la gran puta pretende quedarse con la casa de mis padres en Valverde, pero por ahí no paso. Por mis huevos que no.

—Yo también me separé —intenta tímidamente Esther.

Pero Gálvez no la oye; donde él está no se oye nada, ni siquiera a Gloria Gaynor: todo lo solapa el tronar de la rabia moviendo muebles de un lado a otro, calzando tacones, montando fiestas insoportables hasta las tantas de la madrugada.

—¿Tú no tendrás diez mil euros para prestarme, por un casual? —suspira—. Déjame por aquí, ahí, al lado de los contenedores. De la basura.

Ya ha descendido del coche cuando devuelve a Esther una mirada ante la que ella no sabe qué alegar: no pasa nada, lo siento, espero que la cosa mejore. *I just walked in to find you here*, se sincera Gaynor, *with that sad look upon your face*, ante lo que Gálvez solo consigue responder con un sonoro portazo que hace temblar el cristal del copiloto; luego se aleja, despacio, bajo el sol espantoso, dejando la basura a un lado.

En ese momento, la inspectora Esther Béjar se asusta de sus propios pensamientos. Que son: este hombre no va cómodamente al baño desde hace un tiempo; Bristol 1, Bristol 2 como mucho.

A veces ha de concederse una tregua. Esto es: silenciar el

altoparlante que continuamente emite instrucciones y recordatorios en el interior de su cráneo, evitar esas orillas incómodas de sí misma donde cree, está estúpidamente convencida, que todo es más auténtico sólo porque duele más, porque causa más daño en sus pies cuando decide recorrerlas descalza. Mejor una tregua de vez en cuando: por un rato, una puede disponer de una vida sin habitaciones cegadas, sin madres con la escopeta sobre el regazo, sin niños que, al volar, puedan enredarse en las antenas, los tendederos, los ventiladores de techo. No. Mejor apagar el móvil y ya está: sólo se precisa un breve instante para vencer el titubeo, acercar el pulgar a la pantalla y adiós. Ahora siente una combinación de alivio y miedo: de pronto está sola, muy sola.

—Haces bien —dice Sergio con una sonrisa de estímulo—. Desconectar es importante de vez en cuando.

El descubrimiento repentino de que se halla allí, en un decorado de *Madame Butterfly*, con el viejo vestido que su madre detesta, en compañía de un hombre demasiado atento, con el móvil apagado, con la vida de pronto fuera del local, aparcada o atada con correa a los barrotes de la cancela, hace que Esther abra dos ojos atónitos sobre la carta que, en la mesa, ocupa el espacio intermedio entre un ideograma bordado y dos palillos en una funda de papel.

—Sí —reconoce al fin.

—Tienes que relajarte, pareces tensa —Sergio recurre a su voz más afelpada para ofrecer el diagnóstico—. Vivimos en un mundo demasiado acelerado, frío, impersonal. La tecnología va a acabar por tragarnos y eso no es bueno. Más del veintinuno por ciento de los jóvenes está en riesgo de convertirse en adicto a los productos digitales, y el uno con cinco por ciento ya lo es. El ochenta y siete por ciento de la población en España tiene el móvil conectado a todas horas, incluso mientras duerme, y el ochenta por ciento confiesa que lo primero que hace al levantarse es mirarlo.

—Sí, es verdad. Debo dejarme llevar.

Dejarse llevar, deslizarse a través de la decoración oriental, los farolillos que penden de las aristas del techo, las largas banderolas de cáñamo donde signos que no entiende acompañan dibujos de olas quietas, volcanes nevados. El ambiente en el restaurante es agradable: una casi puede creerse sin ataduras en medio de todas estas parejas que bisbisean sobre sus fuentes de pescado crudo, las

jóvenes vestidas con quimono atareadas en retirar los platos. Es fácil practicar un receso y sentirse satisfecha con su viejo vestido con bordados en los hombros, el color violeta oscuro que ha decidido aplicarse en las uñas de los pies, los dedos que juguetean distraídos en torno a la copa de vino, aunque ella sea más de cerveza, y a los que se niega a entregar el cigarrillo de plástico mentolado por mucho que les guste, hoy no.

Sergio parece desenvolverse con cierta soltura entre menús que sobrepasan el burrito y la hamburguesa, y después de estudiar la carta con fingida indolencia ha elegido dos o tres objetos insólitos: ensalada wakame, maki de surimi y verduras, nigiri de atún, gunkan-tobiko masago. Que, aunque parece mentira, no es la alineación del equipo de gimnasia japonés de la última olimpiada.

—¿Mejor? —sigue sonriendo cuando la camarera deposita en el mantel unos cilindros de arroz con vetas oxidadas.

—Sí —ella traza letras con el índice sobre el cristal de la copa—. Sí, sí. Pero quiero decirte la verdad: tengo una especie de complejo de culpabilidad. Es por Tomás. Perdona que me sincere contigo de este modo.

—Es justo lo que debes hacer, si te ayuda a sentirte cómoda.

—Sé que es una tontería, pero no puedo evitar pensar que lo de Tomás es culpa mía… O nuestra, mejor dicho. Mi marido, es decir, mi exmarido, era, es escapista. Sí, como una especie de mago que escapa de los sitios: de un cofre, de una camisa de fuerza, de unas cadenas. Suena apasionante pero te aseguro que no lo es: por motivos obvios, nunca estaba cuando se le necesitaba. Y yo, bueno, con mi carrera y todo eso, quizá no he estado todo lo pendiente que habría debido.

—No seas severa contigo misma —Sergio posee una sorprendente maestría para capturar los cilindros de arroz con los palillos—. Tomás es diferente, ya está.

—No quiero que sea diferente. Quiero que sea como los demás.

Esto quiere decir: las aves exóticas quedan muy bien en los zoológicos y las pajareras de los nuevos ricos, pero luego resultan más bien delicadas; se amustian, pierden la pluma, el humor se les vuelve agrio en cuanto se alteran la alimentación o el clima. Mucho mejor un jilguero estándar: pajarito todoterreno que soporta lo mismo el frío que el calor y que está satisfecho con su ración diaria

de alpiste y un trocito de lechuga. Lo exclusivo está muy bien, hasta que hay que encontrarle una funda; entonces resulta que un dedo no encaja en la horma, que la cremallera no cierra aunque empujes el pulgar con todas tus fuerzas. Ella se conforma con un niño de talla única, con un futuro al por mayor de los que se compran en las tiendas de todo a un euro.

—Todos somos iguales y a la vez diferentes —enuncia Sergio con la servilleta sobre los labios—. Cada niño es un mundo y a la vez parte de una galaxia. O de un sistema solar, como si dijéramos. No hay mejores ni peores, sólo distintos. Hay que saber reconocer las capacidades específicas de cada uno y no compararlas con las de los demás. Somos personas, no números. Vivimos en un mundo de seres humanos, no de máquinas. La inteligencia no es un concepto único, existen muchos tipos de inteligencia: y la más importante de todas es la inteligencia emocional. La educación debería empezar por enseñar a los niños a gestionar sus emociones. No hay dos niños iguales porque no hay dos circunstancias iguales: importan los factores genéticos, sociales, culturales, económicos, incluso lingüísticos. Es algo que aprendí siendo cooperante.

—No me digas —Esther baña uno de los rollitos en una salsa hecha de magma caliente—. ¿Dónde te fuiste?

Es evidente que a este hombre, con sus pulseras y su camisa contra la cultura establecida, le encanta hablar del asunto, mirarse a sí mismo desde fuera, sentarse en la silla contigua a la que ella ocupa y verse ahí, contra el capitalismo heteropatriarcal, desgranando sus aventuras en el tercer mundo. Mientras le escucha, una punzada en algún intersticio que debe de quedar entre su aparato digestivo y el reproductor advierte a Esther de que podría ser feliz con él; de que bastaría con escucharle y dejarle dormir junto a ella para ingresar en una vida mejor y más amplia. Eso sí, abstenerse solicitantes sin certificación de normalidad.

—Estuve en Somalia —la mirada de Sergio parece centrarse en sus palillos, pero no son los palillos lo que ve—. Tuvo sus más y sus menos. Bueno, fue bastante duro, en realidad.

—Me imagino. Las condiciones de vida allí deben de ser espantosas. Había una guerra civil, ¿no?

—Sí. Fue malo por todo eso, sí. Y también porque me secuestraron. Y estuvieron a punto de matarme. De hecho… de

hecho… Perdona. A un compañero mío le saltaron la tapa de los sesos delante de mí.

Sergio no va a dar tantos detalles, sobre todo porque la voz comienza a temblarle y no sabe hasta dónde le podrá alcanzar, pero la fecha fue 2007, poco después de que los Estados Unidos decidieran intervenir en el conflicto fronterizo que enfrentaba al Gobierno islámico de Somalia con su vecina Etiopía, y de que dicho Gobierno islámico, que había impuesto las leyes taxativas que son de rigor en todo país de velos negros, perdiera casi la mitad del país hasta los alrededores de Mogadiscio. Con el fin de aplastar a la UTI, acrónimo que vale por Unión de Tribunales Islámicos, los AC-130 norteamericanos habían estado bombardeando almacenes y chozas durante días, preocupándose además de cerrar las salidas en dirección a Kenya o al océano con una profusión bien sonora de fusiles y acorazados. Mientras viajaban hacia el sur, desde Bali-Dogne hacia
Bu'nale,
una banda de hombres tostados, con turbantes, interceptaron el *jeep* en que Sergio viajaba junto a otros tres compañeros, dos ingleses y un italiano. Todavía hoy, esta misma noche, Sergio revisa las diversas etapas de aquella tarde tórrida, entre árboles sin hojas, con un sol de acero cayendo sobre pastos sin cortar, porque todos los hombres estaban muertos o en la guerra y nadie los podía cortar. Esta misma noche, antes de levantarse a por un vaso de agua, ha vuelto a sentir los empujones, el culatazo del Kaláshnikov en los riñones, las voces incomprensibles; el terror en la hoya en que los abandonaron, la sed, la caída de la noche; el terror aún mayor al alba, cuando Gianni, su camarada italiano, recibió sin más preámbulos la ráfaga que lo mató. Por suerte para ellos, un grupo de la milicia gubernamental los localizó antes del mediodía y acribilló a los guerrilleros desde un ribazo.

—Joder —es lo único que se le ocurre a Esther—. ¿Y después?

—Lo peor vino después —Sergio suspira—. Los golpes no duelen, ¿no? Duele el brazo, la pierna, después.

Después volvió a la capital, ya controlada por el ejército, y después a España y todo lo demás, pero en realidad no volvió. Algo de él, una especie de ectoplasma donde deben de contenerse sus obsesiones y sus miedos, se quedó allí, entre la sabana y los

cadáveres putrefactos, y allí anda todavía, vagando sin encontrar un refugio, desesperado por regresar a casa. Desde entonces, desde aquello, no puede soportar la mera visión de un arma de fuego, ni siquiera en una película, y el solo estallido de un cohete en una romería está a punto de hacerle desmayarse de puro terror; sólo existe una cosa que le calma, que le da consuelo; un único remedio capaz de refrenar su pavor. Es una canción.

—Es un truco que me enseñó la psiquiatra —de pronto, Sergio parece turbarse—. Me hace regresar a la infancia. A la casa de mi abuela, donde siempre me sentí seguro. Cuando el terror regresa, por algún motivo, canto la canción de
D'Artacán.
Te acuerdas, ¿no?

—¿La de los *Mosqueperros*? ¿Los dibujos animados?

—Sí, esa —él se pone muy serio—. D'Artacán me ayuda siempre que lo necesito —y a continuación, se esfuerza en sonreír de nuevo —. Pero no quiero hablar sólo de mí. Según las estadísticas, el ochenta y cuatro por ciento de la gente sólo está interesada en hablar de sí misma y no atiende a los problemas de los demás: eso hace que vivamos en un mundo de sordos, un mundo inhumano. ¿Y tú? ¿Cómo es tu trabajo diario?

Esther acaba de acordarse de su USP nueve milímetros, el arma reglamentaria que guarda en la mesilla de su dormitorio, en el sonido que hace al descargar, el olor a cordita que queda en el aire después de la primera andanada.

—Poca cosa —la sonrisa de ella es igual de espontánea—. Tú sabes, poner multas, hacer rondas de reconocimiento, reñir a niñatos que pasean perros sin bozal. ¿Te parece que hablemos de los dibujos? De las ilustraciones del libro que querías pedirme. Porque habíamos quedado para eso, ¿no?

El súbito golpe de volante desorienta durante un segundo al hombre de la camisa tribal, de las pulseras africanas, de los fantasmas africanos: pero la distracción cesa en cuanto toma su copa para beber largamente. Ahora sus ojos tienen el mismo tono feroz, encendido, del vino tinto.

—Bueno… —dice—. Prefería dejarlo para los postres, pero sí que podemos ir hablando ya… Sí, así nos lo quitamos de encima y pasamos a otras cosas más interesantes, ¿no? Bueno, en realidad

todo va por donde te dije, si te acuerdas. Una montaña de comida que amenaza con tragarse a un niño, por ejemplo, un niño inflado a reventar, no sé.

Sí, ya: y los Fruittis en procesión, las cinco piezas diarias, la Bruja Bollería, etcétera. Esther ha soltado la retahíla de tópicos con una evidente chispa de ironía, pero Sergio no la ha detectado. Es más, le parecen ideas brillantes: la Bruja Bollería, qué ocurrencia, cómo se nota que ella es una artista, ja, ja, ja. Así que Esther frunce los labios, apura el vino que le queda en la copa y ase el travesaño de la silla con su mano izquierda, con ese tipo de gesto que en ella designa el miedo a caer, a ser derribada en cuanto se acciona el asiento eyectable.

—En fin —sonríe—. La verdad es que esto no añade mucho a lo que me contaste en tu despacho. No sé si era suficiente excusa para invitarme a cenar.

Él vuelve a recurrir a su perfecta sonrisa de tranquilidad y manta a cuadros, que refuerza tomando la mano derecha de ella en cuanto suelta la copa.

—Me has pillado —los ojos le brillan—. Sí, lo de los dibujos sólo era una excusa, una mala excusa en el fondo. No es que no admire tu trabajo, que sí que lo admiro, pero, no sé. No suele pasarme, te lo aseguro, pero la primera vez que te vi creo que sentí algo. Y el último día, en mi despacho, me di cuenta de que no me había equivocado. Tengo la impresión de que te puedo ayudar, y de que también tú puedes ayudarme a mí. Te he dicho que ayudar a los otros es lo más importante.

La inspectora Esther Béjar no sabe, no tiene por qué saberlo, que en ese justo instante, a apenas unos pasos del restaurante, en dirección al paseo fluvial y los carrizos que salpican la orilla, una persona está a punto de morir. Y está bien que lo ignore, porque así puede prolongar su pacto con el olvido y dejarse arrastrar aún más lejos por la tibieza de la mano que atraviesa la suya, por la necedad pero también el atractivo de este hombre insignificante y atento, que después de los postres propone una copa en un bar de la Alameda donde bombillas de color ámbar relucen bajo el cristal de los veladores y la gente ríe y es joven. Luego, por qué no, acompañarle a casa, está cerca, apenas a un par de calles, y contemplar sin sorpresa los adornos tropicales, las máscaras y el

esparto trenzado que recorre las paredes, y penetrar mansamente hasta el dormitorio y sentir, ya desnuda, el frescor de las sábanas de algodón contra los omóplatos mientras él se tiende sobre sus piernas abiertas.

Todo está bien, todo respeta el reglamento establecido para las primeras citas entre desconocidos de mediana edad. Y acorde con las circunstancias, Esther se deja llevar: si exceptuamos la sacudida que la despierta de golpe en mitad de la madrugada, la pregunta a bocajarro de qué hace ahí, abrazada al costado de un extraño, en una casa ajena, fuera de la vida que le pertenece, que la espera como un uniforme que ha de vestir obligatoriamente en cuanto recoja su ropa interior y regrese a la calle. Por un momento, la obligación dolorosa de encender el móvil está a punto de hacerla huir, despertar del todo y frotarse los ojos: pero la rechaza cambiando de postura y dejándose arrullar por las luces que franquean el techo. También ella puede ser normal. No busca la felicidad: sólo el derecho de admisión.

Un viento suave riza las aguas y refresca el firmamento, en el que las estrellas han estado a punto de cocerse después de otra jornada de insoportable calor. Pero ahora sí que se puede pasear pacíficamente por la margen del río, deteniéndose quizá a oír croar a las ranas entre los juncales, o a contemplar cómo el reflejo invertido del monasterio de la Cartuja, que en el agua es una construcción de humo y gelatina, se deshace bajo el empuje de la brisa. Este es un buen sitio para esperar, ella lo sabe. Tranquilo, apartado, a salvo del sol abrasador que tortura esta jodida ciudad una tarde y otra: ha hecho bien en darle aquí su cita. Aquí, donde sólo las ranas y los ratones ocasionales que cazan somorgujos podrían molestarlos; aquí, sin más testigos humanos que el eco de las ambulancias que se alejan, y, sí, cierto, los niñatos de la botellona al otro lado de la escalinata, cuyas risas también van amortiguándose, rompiéndose como el convento duplicado en las aguas, hasta desaparecer en la nada. En la noche que es la nada.

Da un tercer mordisco a la palmera de chocolate que ha recogido de una papelera y contempla las escaleras en silencio. De día, esa zona de la ciudad está mucho más atareada: gente que hace

footing, o como lo llamen ahora, con pulseras futuristas que se inclinan a mirar cada pocos resoplidos, familias con carritos de bebé que van de visita al parque pirata del otro lado del puente, los estudiantes, los opositores, los jubilados que procesionan frente a la puerta de la biblioteca Felipe González o se plantan a fumar delante del muelle en un receso, los piragüistas que llenan ese muelle, que van y vienen portando grandes barcas ovaladas como máscaras africanas. No, ahora no, ahora todo es mucho más tranquilo: apenas los niñatos en la escalera, pero ya se van, y algún extraviado que no tiene dónde caerse muerto y al que la borrachera tumba en un rincón de la acera. Lo de siempre, en fin.

Con el cuarto mordisco a la palmera (ahora entiende por qué la tiraron, hay un sabor a detergente que mata un poco el chocolate, pero también es que la gente es muy mirada) decide empujar su carrito un tramo más a lo largo de la orilla y examinar sus últimos trofeos. La mano que no sostiene la palmera revuelve el interior y va palpando cada objeto, registrándolo pormenorizadamente con las yemas, como si se tratara de un rostro al que reconocer en la oscuridad: una cabeza de muñeca con un ojo ido, una percha de pie, un sillón de oficina sin brazo, un viejo cuadro donde dos galgos acosan a una liebre en una ribera de color ocre, el reloj de mesa con dos aristócratas de porcelana, la dama y el caballero, ella ya sin rostro, él con el escarpín derecho tronchado a la altura del empeine, la esfera con agujas caligrafiadas donde se lee las dos y diez de la madrugada. El tipo se retrasa. Suerte que ha encontrado la palmera para pasar el rato.

Se retrasa, sí, se retrasa: se creerá que puede disponer alegremente del tiempo de la gente, como si los otros no tuvieran nada mejor que hacer. Pero más le vale que se vaya dando prisita, porque ella le puso las cosas bien claras y puede buscarse un embrollo mucho mayor que el que ella transporta diariamente en su carrito de una esquina para otra, buscando cosas. Ella no es ninguna tonta para que la hagan esperar de esta manera, no señor. Ni muchísimo menos: basta con ver el modo en que ha sido capaz de rastrear a este lelo y ponerle los puntos sobre las íes. Con sólo mirar el número que marcó en su móvil Juan Antonio, es decir, Ganelón, para darse cita con él, pudo grabárselo en la memoria, y eso con mucha mayor solidez que ese letrero en la piedra, el que hay debajo

del puente, el que marca la altura que alcanzó el río en la crecida aquella de cuando ella era chica. Sí, sí, ella no olvida una letra, no olvida un número: un teléfono, un DNI, una dirección de cualquiera, incluso los correos electrónicos, aunque ni siquiera sepa para qué sirven. Aún conserva intacta ahí dentro, cincelada en caracteres romanos, la matrícula de los hijoputas que se llevaron a su viejo Melchor, el pobre perro con que iba a todas partes y que jamás había hecho daño a nadie. Pasó dos semanas buscándolo por las perreras, pero tuvo que desistir al cabo, cuando la amenazaron con meterla en las jaulas también a ella, junto con el resto de los animales.

Juan Antonio, es decir, Ganelón, menudo gilipollas. Nunca se enteró de nada, bastaban apenas dos pases para liarlo y comérselo con papas, así acabó el pobrecito. Pero ella no, por supuesto que no: ella es lista. Y para probar que no miente, aquí tiene el cuchillo, bien afiladito, que ha mangado esta misma mañana del comedor social y que convencerá al papanatas con que se ha dado cita de que no se las ve con otra imbécil: sabe que tiene que clavar en el hígado, el hígado está lleno de sangre, basta un pullazo en el hígado para irse en un suspiro, ella ha visto a muchos palmarla así en las peleas y con una navajita de mierda. Se lo dijo también el dominicano aquel con que compartió celda una vez, el que tenía más tatuajes en los brazos que los tapones de Fanta. Tú tira ahí, al lado izquierdo, está blando, y matas. Así que fíjate con el pedazo de cuchillo que esconde ella bajo el abrigo, una tontería de más y hala, hasta el mango en el costado: que no se acerque.

No se juega con el tiempo de la gente, no señor. El caballerete de porcelana se inclina casi sobre las dos y veinte, y ya puede aparecer el gachó este, porque como le vaya con el cuento a la policía se va a enterar, ya lo creo que se enterará. Las cosas claras y el chocolate espeso: si el gachó quiere su silencio, sabrá cuánto le va a costar. Aquí hay dinero, lo hay de seguro, aquellos dos capullos han acabado criando malvas por no querer hablar en plata, pero el gachó seguro que podría haberles dado para ponerse un piso. Pues claro. Y, aunque ella, en fin, no aspira a tanto, también tiene sus necesidades: en concreto eso que ahora vuelve a examinar con codicia mal encubierta, al desplegar la enorme sábana de publicidad de Media Markt sobre los enseres que rebosan de su

carrito. Un televisor de plasma bien grande, cincuenta y cinco pulgadas, con conexión wifi, panel IPS 4K que mantiene constantes brillo y contraste hasta los 178 grados de visión, Dolby Vision, casi nada: porque yo no soy tonto. Setecientos noventa y nueve euros en la oferta explosiva que destaca la mitad de la página y se abre en una lluvia de añicos rojos y blancos. Setecientos noventa y nueve euros, ese será el precio de su silencio, lo que tendrá que ponerle el gachó en la mano si lo quiere.

Concluida la palmera de detergente, les llega el turno a las chucherías. De modo que extrae del bolsillo del abrigo el rectángulo de cartón donde las va pegando luego de masticarlas un poco (chicles, de menta y fresa ácida, regaliz, huevo frito y *pizza* de caramelo) y elige al azar un manchurrón tostado que sus dientes han vuelto irreconocible, pero que conserva un lejano sabor a cola. Acaba de metérselo en la boca cuando un roce súbito en los juncos de delante, junto a la orilla, la hace retroceder y enarbolar su cuchillo con desconfianza. Se equivoca: lo que hace ruido entre los carrizos no es más que una delgada lagartija que escala uno de los tallos. Tan absorta está en contemplar a ese ser desnudo, extraterrestre, cuyas escamas relucen al resplandor que llega de la Isla de la Cartuja, que no se ve venir la verdadera amenaza, la que viene de detrás: el brutal golpe en la base del cráneo, con algo más duro que la vida en la calle, que la pesada ciudad de piedra que la rodea por todas partes, el hilo en torno al cuello, la imposibilidad de tambalearse siquiera, de caer de rodillas, como si se le prohibiera rendir pleitesía a la divinidad del río, la que hace que todo corra, fluya y se borre entre sus márgenes. El combate dura apenas unos segundos, los que tarda la mano en aflojar su presión sobre los adoquines de una acera que no la oye gorgotear, dar patadas, nadar con los brazos abiertos y caer finalmente. Desde lo alto del junco, la lagartija contempla el cuerpo inerte con dos ojos que parecen reflexionar sobre la precariedad de la existencia, el destino, esa clase de cosas.

5. ROMPETECHOS

LOS DOMINGOS LA CIUDAD no es la ciudad, sino su ensayo. Con el calor, encima, el escenario se desnuda todavía más y se vuelve casi abstracto. De vez en cuando, un actor sonámbulo renquea por una esquina, olvidado de su papel; las casas del fondo pierden su nitidez, confesando a las claras que sólo constituyen parte de una tramoya; risas, música de radio, comentarios a medias surgen ahogadamente entre bastidores. Uno de los pocos despistados que pasea por el escenario es un hombre delgado, al que el peine ha abierto una raya blanca en el costado izquierdo del cráneo. El hombre delgado está sentado en la escalera de acceso al Instituto Anatómico Forense, detrás de la Facultad de Medicina. Lleva una camisa castaña, algo descolorida en los faldones, y una caja de zapatos que sostiene sobre las rodillas.

De pronto, una segunda figura entra en cuadro: es una mujer, está despeinada, vestida a toda prisa con una camiseta que algún día, en el pasado, hizo publicidad de la Northeastern University.

—Hombre, al fin —Mo Pardo hace como que sonríe, pero también eso es parte del teatro—. Ha sido usted muy cortés al responder al teléfono a mi quinta llamada.

—Libro el fin de semana entero —responde la inspectora Esther Béjar con desgana—. Me lo debían desde antes de las vacaciones. Y si he accedido a venir, ha sido sólo porque hoy me siento generosa. Así que no lo joda todo antes de tiempo con sus gracietas.

Hay algo que ella está a punto de añadir, una frase suplementaria que tiene por protagonistas un láser casero y el trastero de su sótano, pero puesto que acaba de enarbolar la bandera blanca parece mejor callarse por ahora. Aunque no le guste un pelo la manera que tiene de mirarla Mo Pardo, torciendo la ceja derecha como en la representación del plano inclinado en un manual de física.

—Sí… —dice—. Es cierto, tiene usted un buen día. Hoy no ha conseguido Bristol 1, sino 3 por lo menos, ¿verdad?

—Déjeme de porquerías —ella no puede camuflar su asco—. He venido para ver si de una vez tiene usted el detalle de decirme lo que me tiene que decir. Ya le conté lo de la detención de Bruno Clicksilver, o Bernardo Domínguez, que es su nombre de verdad: dijo que no tenía ni idea de lo que significaban las letras de la agenda de Medina. Según usted, son números. Pero ¿números de qué?

—Ya lo dice el viejo y conocido refrán: más vale llegar a tiempo que por diablo —Pardo se pone en pie, con la caja de zapatos entre las manos—. El amor es maravilloso, ¿verdad? Veo que el amor la trata bien. *L'amour, c'est partout.*

—¿Qué?

—Todo en usted habla de amor. El cabello revuelto y como una zarza a pesar de la reciente ducha, también el olor de las hormonas, a pesar de la ducha. Ha elegido al azar lo primero que tenía en el armario, por lo que se ve, así que ha pasado por su casa exclusivamente para asearse antes de venir: ha dormido fuera, ha pasado la noche fuera, en brazos del amor. ¿Me equivoco?

Una risa de absoluto desprecio es la única respuesta de la inspectora Béjar, que se limita a introducir los dedos de ambas manos, salvo pulgares, en los bolsillos de sus vaqueros y a alzar la barbilla, como evitando el roce de un moscardón.

—¿Qué lleva en esa caja? —inquiere.

—Como le dije, la necesito para abrir puertas: como esta —Pardo señala el umbral en lo alto de la escalera—. Su acreditación nos permitirá examinar el cuerpo de la última víctima, la pobre Guiomar. ¿Se acuerda de ella? No, claro. Usted está enamorada.

—Cállese. Vamos.

El domingo los acompaña al interior del edificio. Hay una desgana invencible en el celador que parpadea ante la insignia de Esther, en el vestíbulo de baldosas agrietadas, las manchas de humedad y el revoque lleno de postillas que conduce hasta el rellano del ascensor. El aparato es un cajón vetusto, de aire franquista, por cuanto resulta más aconsejable elegir las escaleras que descienden al sótano. Los pies de ambos resuenan en el recinto vacío como portazos en un vendaval.

—Guiomar era la compañera de Tristán y Ganelón —encaja el hombre delgado—. ¿Recuerda? Merlín nos lo contó. Todo sea dicho, la verdad es que es una suerte que se la hayan cargado hoy. Los domingos de agosto y septiembre está siempre aquí Duarte y todo es más fácil. Con un regalito, va todo como la seda.

El regalito, supone Esther, debe de ser lo que oculta esa caja de zapatos lustrosa, casi de exposición, que Mo Pardo se acomoda bajo el brazo para atravesar el largo corredor en penumbra en que concluyen las escaleras. Al final los aguarda la sala de las cámaras frigoríficas: un espacio en forma de rectángulo similar al almacén de una mercería, en cuyos muros los cajones, en vez de broches, hilo, ojales y cremalleras, contienen los retales de carne y hueso que todo ese género puede servir para abrir y cerrar. A un lado de la puerta, en una mesa, un anciano con el bigote blanco rellena un crucigrama; la camiseta de tirantas es visible bajo su camisa cubana, del mismo color indefinido, entre fango y niebla, que la de Mo Pardo. Junto a él, de pie, estatuario, un adolescente con ropa negra y ojos pintados escucha sus auriculares; una serigrafía de Edward Gorey le decora el pecho con lápidas y niños resucitados. Cuando el anciano eleva la vista del bolígrafo, hay un doble torbellino: el aumento de sus gafas casi vuelve imposible reconocer los ojos, allí, en el fondo.

—Hombre, si es Mo Pardo —los torbellinos se apartan y descubren la cara de un hombre.

—Inspectora Béjar, le presento al doctor Duarte —Mo Pardo hace un gesto—. Y este es su nieto, Miguel.

Los ojos de Miguel, inspirados naturalmente en los de Robert Smith, parecen muy interesados de pronto en la camiseta de Esther: y no, sospecha ella, porque haya estudiado en la Northeastern University.

—Qué bien verte, Mo —el anciano se ha puesto de pie y palmea el hombro del recién llegado—. ¿Cómo por aquí?

—Pues mira, dando una vuelta para ver al viejo Duarte y enseñarle algo que a él le gusta: unos buenos chochos.

—¿Chochos? —exclama el anciano en un éxtasis—. ¿Pero de verdad?

—Los mejores. Y como a usted le gustan: blanquitos, para chuparlos a gusto.

—No hablo de altramuces, Mo —el rostro del doctor adquiere una expresión adusta—. A mí no me gustan esas porquerías de por aquí.

—No me ofenda, doctor. ¿Por quién me toma? Chochos son chochos. Aquí están. Me los traen directamente desde Salamanca.

Del bolsillo del pantalón, Pardo extrae una bolsa de plástico transparente que contiene guijarros blancos. No, no son guijarros, sino trozos de algodón. No, algodón tampoco, son peladillas: caramelos gordos y contundentes entre los que los dedos de Duarte tantean, hasta escoger el más adecuado. A continuación, el elegido es transportado a la boca, ensalivado, saboreado a conciencia antes de que bajo el bigote se dibuje una sonrisa de satisfacción.

—A cambio —Mo Pardo adopta una voz de conspirador—, me gustaría echarle un vistazo a tu última inquilina. He oído que llegó esta misma mañana.

Duarte asiente. La peladilla distorsiona las erres y las eses cuando increpa al joven vestido de negro con un manotazo:

—Sí. Miguel, ¿qué número es? La última. Que qué número es. Quítate eso de los oídos, coño, y haz algo.

Con uno de los auriculares colgando sobre el cementerio de su camiseta, Miguel consulta una estadilla: el 11. Las cámaras no están numeradas, ni falta que hace; Duarte sabe de sobra hasta cuál de ellas ha de anadear, con la lengua ocupada en extraer capa tras capa de azúcar del pedrusco que le atasca las palabras, cuál de ellas destrabar con un rápido movimiento sobre el mango para que una corriente súbita de aire refrigerado y olor a moho invada la estancia. El inquilino es un cuerpo fláccido, ya violáceo, que perteneció a una anciana con una i griega cosida a tijeretazos entre el esternón y la barriga. Ahora a Mo Pardo no se le ocurre ninguna gracieta que decir: todas las tonterías de sus series tercermundistas se le han muerto en la garganta. En cuanto a Esther, intenta concentrarse, enroscarse sobre sí misma, encontrar pesadumbre en alguna oquedad de su interior, y el esfuerzo es inútil; porque a pesar de la ducha la fragancia de las sábanas de Sergio impregna todavía su piel, y una electricidad le recorre el vello de la nuca a las pantorrillas, y su vientre parece cobijar una espiral de magnesio que casi le impide respirar. Es estúpida, estúpida, estúpida, tonta del bote, porque tras el salto llega el batacazo, tras el vuelo el polvo en

los dientes, y ella, en fin, enamorada no, joder, no, enamorada no, pero…

El cadáver presenta una herida alrededor del cuello parecida a una marca de rotulador, y está el ojo izquierdo. Es decir, no está: en lugar del ojo, hay un capullo abierto de sangre negra.

—¿Idéntico a los otros, doctor? —las cejas de Pardo se estrechan bajo el peso de su frente.

—Pues no sabría decirte —chupa Duarte—. Espera. ¡Niño! ¡Lee el informe!

Robert Smith retoma la estadilla para ofrecer una procesión de datos monótonos: peso, edad, sexo, antecedentes patológicos, documentación, nombre y apellidos. Rosario Artigas de la Maza Orellana.

—Vaya —Esther silba—. ¿Y ese nombre? Creía que era una vagabunda.

—Hay gente bien que también se pierde por ahí… —aclara su compañero—. Y que el resto de su familia decide dar por perdida y olvidada. ¿Le suena Pocholo Martínez-Bordiú? Espere y verá.

—Herida en la base del cráneo —continúa la letanía—, causada por un objeto macizo, estrangulada con algo fino y duro, alambre, hilo de pescar, el ojo izquierdo destrozado por un objeto afilado, de punta aguda, un compás, un lápiz.

—El otro ojo intacto, ¿no? —se asegura Duarte.

—Sí —responde Mo Pardo.

—Pues tú mismo verás entonces que el *modus operandi* no es del todo idéntico al de los otros dos. Si mal no recuerdo, los anteriores tenían ambos ojos dañados, ¿no? ¿Tenemos todavía a los otros dos por ahí, niño?

Los papeles revelan que el segundo de ellos, el que ingresó el día 21, sí que está allí todavía; el del día 16 ha sido cedido a la Facultad de Medicina. Cámara 8. En este caso, Esther no necesita explorar sus entrañas en busca de ningún sentimiento de repulsa, él asciende solito y sin ayuda a la superficie. En cuanto la bandeja con el cuerpo abandona la nevera, un instinto le ordena retroceder: no es necesario nutrir más miedos ni pesadillas.

—¿Qué? —interroga Duarte.

—Sí, abuelo, los dos ojos extirpados —Miguel baraja un fajo de documentos sujetos con un clip—, por algún instrumento muy

cortante, bisturí o cuchillo. Este no tiene contusión en el cráneo, pero sí ha sido estrangulado. La mujer, hígado hecho polvo, alcoholismo, los otros no. La mujer no presenta lesiones ni marcas por consumo de narcóticos, los otros sí. La mujer, parto vaginal, los otros no.

—Ahí lo tienes todo, Mo —la lengua del anciano chasquea sobre el caramelo—. Puede ser el mismo asesino, pero hay diferencias: el golpe, la amputación.

—La herramienta que destrozó el ojo de la mujer no es la misma con la que extirparon los de los otros —agrega Robert Smith sin mirar ningún papel—. Es algo más burdo, menos profesional, un bolígrafo, un destornillador, algo así. Los otros son cortes de especialista.

—Muy bien, Miguelito —Duarte se gira hacia el adolescente con admiración—. Igual hacemos algo contigo.

—Quizá el asesino tenía prisa y tuvo que huir —reflexiona Pardo —. Quizá le sorprendieron. La zona en que hallaron el cadáver es muy frecuentada por deportistas.

—Los deportistas siempre tienen prisa —acota Miguel, que se ha venido arriba—. Ninguno quiere ser el último.

Fuera, el sol sigue achicharrando metódicamente las fachadas, los techos, los pobres aligustres que han tenido la desgracia de brotar entre los adoquines. De camino al coche, Esther ha de volver la cara hasta en cuatro ocasiones, para que un espejo retrovisor o la luna de un parabrisas no la deje ciega de golpe.

—¿Cuándo ha tenido lugar el asesinato de la mujer? —dice.

—El amor le hace estar en el limbo, ¿eh? —Pardo sigue transportando su enigmática caja de zapatos en el brazo izquierdo —. Me he enterado por la radio esta misma mañana. Sus compañeros insisten en lo del ajuste de cuentas entre toxicómanos, teoría absurda porque Guiomar no era yonqui, como usted ha oído muy bien ahí dentro. Suerte que teníamos al doctor Duarte a mano; con otros, no es lo mismo.

—¿Me lo ha parecido a mí o es corto de vista, su doctor Duarte?

—¿Corto de vista? —una carcajada asoma a los dientes del hombre delgado—. Para que usted sepa, en el colegio de médicos le llaman Rompetechos. Por eso se trae al nieto, para que mire por él y le dé las indicaciones en las autopsias. A él le encanta, es gótico.

—Pero… —Esther aminora el paso—. Eso es una barbaridad. ¿Qué dice el Instituto? ¿Lo sabe?

—¿El Instituto? —la carcajada emerge limpiamente—. ¡Es el Instituto quien lo designa! Sábados y domingos de agosto y septiembre, por no hablar de Semana Santa y Feria, son todos para el doctor Duarte: el Instituto está encantado de contar con alguien que trabaje en fechas que espantan a todos los demás. A él no le importa. Y además, le importe o no, no tiene más remedio.

El buen anciano procede de Salamanca, donde, entre otras cosas, se aficionó a los chochos, esos proyectiles de honda hechos de canela y alajú que le impiden formar las consonantes como es debido. Después de una larga y esforzada carrera en la medicina forense, gozaba de la prejubilación con una modesta fortuna en la caja fuerte de su despacho y gastaba las tardes en pasear por el parque de María Luisa e intentar reconocer los muslos de las muchachas por debajo de la miopía. Hasta que la crisis económica se personó en su vida y se la rompió sin ningún miramiento: en mala hora se le ocurrió invertir todos sus fajos, laboriosamente apilados a salvo de los contadores de Hacienda, en el Fórum Filatélico; en peor hora confió su hijo Arturito en aquel interventor de Bankia que le habló de no sé qué preferentes que iban a multiplicar los ceros de su cuenta como piojos en un colegio; por no mencionar los millones, sí, millones, que tenía su cuñado Bernabé invertidos en acciones del Popular antes de que el barco, es decir, el banco, hiciera aguas por todas partes. De manera que no le quedó más remedio que abrir las puertas de su generoso piso de viudo del Prado de San Sebastián y acoger a todos aquellos descarriados que clamaban en el desierto con los bolsillos vacíos: igual de vacíos, o más, que los cadáveres que ahuecaba cada fin de semana en el sótano de las cámaras frigoríficas, aquellos cuerpos inertes, condenados a la putrefacción, como la vejez de sus sueños.

—Hum —Pardo saca un Casio con correa negra de su bolsillo una vez que ambos se han detenido junto al Seat Ibiza—. Aún es temprano, pero si llegamos pronto podremos hablar con Perceval, que es de lo que se trata.

—¿Llegar? —Esther no da crédito—. ¿Llegar a dónde? Mire usted, Mo, ya he enseñado la credencial al celador para que usted pudiera ver a su amigo Rompetechos, y ahora pretende que le haga

otra vez de chófer, pero me estoy hartando a pasos forzados. ¿Tiene algo sobre la clave de la agenda de Medina, sí o no? Y sin trampas.

—Tengo que comprobar un dato y a continuación estaré en condiciones de darle nueva información sobre su dichosa agenda. Pero no es por eso por lo que debe llevarme.

Con un suspiro, la inspectora Esther Béjar se resigna a pulsar el mando del coche y a introducirse en el aire caliente de la cabina. En cuanto la llave activa el contacto, el dúo Baccara les grita entre un revoltijo de violines y flautas sintéticas que aman el *Boogie woogie*, sí, *Boogie woogie, if you stay you go wrong*
can't
. Es el momento de concederse el respiro venial, el simulacro de una tregua que le ofrece el cigarrillo de plástico, mientras coloca ambas manos sobre el volante y observa la caja de zapatos que el hombre delgado deposita con primor sobre sus rodillas, en el asiento del copiloto.

—A ver, ilústreme —exhala—. ¿Por qué es por lo que realmente debo llevarle?

—Porque no todos los días es recibida una en la corte de un rey —el índice de Mo Pardo se yergue—. Y menos, si ese rey es secreto.

—¿Rey secreto? No me diga. ¿No tenemos ya bastantes reyes en este país? El honorífico, el de verdad, y ahora el suyo.

—Hay más reyes, y sabios, y caballeros, y princesas de los que usted se cree —la voz de Pardo mengua tanto que es difícil descifrarla por debajo de la salacidad de las Baccara—. ¿No conoce usted la historia del zapatero del zar? Es una leyenda judía que recogió Léon Bloy. El zar parece el amo del mundo, es él quien presuntamente dicta las sentencias de muerte y toma las decisiones de Estado, pero el zar hace mucho caso, todo el caso, a su zapatero: el verdadero rey limpia zapatos para que su siervo los luzca. Es como lo de los Lamed Wufniks, ¿tampoco le suena?

—Otra leyenda judía, supongo.

—Pues supone bien. Existen treinta y seis hombres rectos, pobres y ancianos, que justifican la creación ante Dios e impiden que Él destruya todo bajo su azufre, hastiado de la iniquidad del ser humano. Pero nadie puede reconocerlos: los toman por basura. Cuando los buscadores llegaron a Alaska, no sabían distinguir el oro de la arena. ¿Sabe que el grafito de los lápices y los diamantes están

hechos del mismo material?

—Está bien, está bien, lo que usted diga —el coche se desliza con languidez a través de una avenida vacía—. ¿A dónde vamos? ¿Dónde está su reino?

Hay una nueva sonrisa en el rostro transfigurado de Mo Pardo.

—Mi reino no es de este mundo —predica—. Hay que bajar al sótano. O al garaje o la entreplanta. Es el reino de las tinieblas.

Algo que Esther agradecerá cordialmente, con el sol torturándole la vista desde lo alto del parabrisas.

Si una noche de verano un viajero, atravesando el paseo que circula junto al río, se asomara en dirección al último arco y las tres circunferencias de acero que conectan el puente de Isabel II con la orilla este de la ciudad, tendría ocasión de presenciar un espectáculo curioso. Bajo la luz espumosa, esa que parece ceniza o polvo y que desdibuja las ciudades a la hora del ocaso, distinguiría sombras que se atarean sobre el muelle: cuerpos indefinidos que vienen y van, del borde del agua a los pilares del puente, de la línea de viejos norayes al muro enrejado donde, décadas, siglos atrás, pescadores y contrabandistas escondían sus aparejos. Un examen más detenido revelará al viajero, si él agudiza oportunamente su visión apretándose contra el pretil de la izquierda, que lo que al principio parecían perfiles sin identidad, meros ensueños borrosos, son en realidad personas de tres dimensiones, y que están cubiertas de harapos: chaquetas, pantalones sin terminar, mitades de sombreros y bufandas que los identifican, porque cualquier uniforme identifica automáticamente a su portador, como vagabundos. Al caer la noche, la dársena bajo el puente hormiguea de vagabundos, ocupados en tareas que no se pueden comprender.

Porque unos arrastran cosas mientras otros hacen gesto de dirigir el tráfico; unos imparten órdenes y otros las ejecutan; algunos distribuyen enseres, muebles, herramientas, y otros vigilan para que cada elemento ocupe el puesto que le corresponde en el plan establecido. Largos taburetes de iglesia van ensamblándose, componiendo un patio de butacas, una grada; bidones ruedan hasta un extremo, para luego adoptar la posición vertical y alojar una hoguera; una gran rueda de madera, del tipo de las que transportan

rollos de cable o manguera, se desplaza de un punto a otro hasta ocupar el centro, donde al fin se convierte en una mesa: la Mesa Redonda. Eso no puede comprenderlo el viajero, porque desde su posición de vigía sólo se le permite captar retazos de conversaciones y escenas de refilón, pero esa es la mesa sublime alrededor de la cual los integrantes de la cofradía se reunirán para poner en común sus aventuras y rememorar los antiguos y venerables tiempos de la caballería andante. Porque esto está lleno de damas y caballeros: es la Corte de la Noche.

A un flanco vemos al todavía apuesto Lanzarote, al que los años han injuriado con una cicatriz en el pómulo, las viruelas y un ojo tuerto que le sajaron en la cárcel. Más allá, reuniendo cartones para la fogata, se encuentra Ider, con su único diente y la joroba que carga a cuestas como un remordimiento, capaz, a pesar de su fealdad, de reconocer la moneda falsa con sólo el tacto de los dedos y los ojos cerrados. Evaine, dama elegante donde las haya, superviviente última de las antiguas estirpes europeas, saluda a los caballeros desde su rostro pintado, donde la flaqueza de vista o pulso han trazado quizá líneas un tanto arriesgadas, a la vez que arrebuja su cuello en la boa de plumas que corona su albornoz. Cerca, el bizco Erec aúlla sin tregua centenas, decenas y unidades hasta alcanzar el mismo número, trescientos diecinueve, que repite una vez y otra, y otra más, empotrado en su memoria una remota noche de bingo o una mañana de lotería, o el día en que descubrió una placa sobre la puerta de la celda del manicomio en que estuvo un lustro encerrado. Entre todos ellos, destaca la triste figura de la dama Grisandole, que con su pie torcido arrastra sin cesar un muñeco de pelo humano, dicen que el de su hija muerta.

Una pareja es nueva en la corte. Él, alto, escuálido, con el cabello rayado como un globo terráqueo y una caja de zapatos en las manos, observa pasar a unos y otros e inclina ceremoniosamente su peinado cada vez que ejecuta un saludo; ella, algo desmelenada, quizá con el cansancio atenuándole la mirada, joven pero no tan joven ya, se limita a refugiar con impaciencia las manos en los bolsillos de sus pantalones vaqueros. Lo cierto es que hoy la corte muestra un ambiente inusual: a pesar del trasiego, flota un aire de embarazo, de temor, de duda; unos murmuran en corros, haciendo pantalla con las manos para que sus sospechas no salpiquen al resto;

otros bajan la vista, compungidos, sin atreverse a mirar de frente el porvenir más inmediato: la amenaza que se cierne sobre ellos se espesa más y más, volviéndose pesada y negra, más oscura que la noche que ya borra las espadañas sobre el horizonte.

El viejo Merlín permanece a un lado, solo, sobre una piedra adosada al pilar del puente, ensimismado en contemplar las aguas. La uña afiladísima de su meñique tiembla tal vez sobre su rodilla.

—Aquí estamos, según te prometimos, maestro —es el saludo de Mo Pardo—. ¿Estás solo? ¿No te acompaña el caballero Cay, como es costumbre?

Merlín necesita realizar un costoso esfuerzo para apartar sus ojos de la corriente que marcha sin cesar, que huye hacia el futuro, manchando de espuma sucia las pilastras del puente.

—Pues no —suspira—. Ignoramos el porqué, pero Cay lleva ausente de la Corte desde hace dos o tres jornadas. Esperemos que no se haya metido en ningún aprieto. Pero mucho me temo, amigo, que hayáis venido en vano: la dama Guiomar sufrió el ataque mortal que tanto tememos esta misma mañana. No podréis ya conversar con ella… Querido Grillo, te apremio a que culmines tu tarea cuanto antes: la Bestia está dándonos caza uno a uno y podría diezmar la Corte antes de que termine la estación.

—Sí, maestro —el hombre delgado se inclina—. Ya sabíamos del destino de la dama Guiomar y no era eso lo que en realidad nos traía hasta vosotros. El propósito auténtico de mi visita es consultar la memoria insondable del portentoso Perceval. Seguro que él posee algo que podrá sernos de ayuda contra la Bestia.

Merlín conduce a Esther y Pardo hasta otros dos individuos que se contradicen: uno consiste en el exacto negativo del otro. El pequeño es viejo, ruinoso; el mayor exhala energía por las costuras. El viejo tiene la mandíbula rasurada, y el único pelo que le acompaña se concentra en las cejas, hirsutas como el alambre de un estropajo; el joven es una exageración de barbas, bigotes y melena que hace pensar en un león de dibujos animados. Uno mira al suelo, intentando hacerse invisible; el otro, radiante, se siente orgulloso de atraer todas las miradas sobre sí.

—¿Qué tal, Mador? —saluda Mo Pardo.

El grande protege al pequeño, lo trae y lo lleva del hombro, le da avellanas; probablemente lo acune por las noches o se sirva de él

para apretarlo cuando el sueño se retrasa: salta a las claras que es su juguete preferido.

—Oh, Modesto, qué tal —grita el gigante, y antes de guiñar un ojo intercala—: Vienes a la función de costumbre, ¿no? ¿Sabes que he conseguido silbato nuevo? Uno de los trompetas de la banda de la Esperanza de Triana me lo ha dejado en nada a cambio de un árbol de levas. No, no es cosa de botánica: es la pieza de un motor. Un Audi, nada menos. Pero por una trompeta no me digas.

—Estupendo —la caja de zapatos toma el centro de la reunión —. Vengo bien preparado. Pero en realidad, estoy aquí porque el sabio Merlín me ha encomendado la indagación sobre las muertes de los tres últimos caballeros. ¿Lo ignorabas, Mador? Pues ya estás al tanto. Aparte, creo que hoy decide la Justicia del Rey entre Escanor y Melián, ¿me equivoco? ¿Estás tú al tanto del motivo de litigio?

El gigante toma un puñado de avellanas del bolsillo de su tabardo y se lo tiende al enano, que las mastica con ansia.

—Lo de siempre, amigo Modesto: alguna covacha en que buscar refugio. Se trata de algo cerca del Monte Doloroso, por cuanto creo; Melián lo usaba desde la primavera y luego llegó Ganelón alegando que a él le servía de almacén. Asunto espinoso, no poco común, que la ley de la caballería deberá dirimir.

Concluida la introducción, Pardo considera que debe presentar a su compañera, quien tuerce la boca al ser llamada la Bella Dama sin Merced. A continuación, dejando a un lado al gigante, se coloca frente al hombrecito calvo que comisca avellanas y lo toma de ambas manos, como si fuera a pedirle en matrimonio. Necesita que los ojos extraviados del enano, que parece viajar en una cápsula espacial, se centren en los suyos antes de pronunciar, despacio, cuatro palabras: *Vagabundos asesinados ojos extraídos*. Debe de tratarse de algún misterioso hechizo, de una clave que desencadena un proceso magnético: porque los brazos de Perceval, que así se llama el hombrecillo, se endurecen, se hacen rígidos, sus párpados retiemblan sobre las órbitas como atacados por la fiebre, y surge de su boca, donde faltan dientes, un rápido chaparrón de frases y trozos de avellana:

—Cinco víctimas hasta la fecha. En total, cinco *vagabundos* han sido *asesinados* en el último mes en el casco histórico de Sevilla.

Diario16, catorce del nueve de 1991. Hasta cinco asciende el número de víctimas en lo que va de año entre la población de indigentes de la ciudad, que jamás había registrado un azote de violencia de semejantes proporciones. El primer secretario del gobernador civil, Lorenzo Santana, avanza en declaraciones a este medio que *el brote de odio se debe al progresivo aumento* de la inmigración ilegal en nuestro país, también presente en *el centro de Sevilla y algunos de sus barrios menos favorecidos*, y acusa de estos hechos a *bandas de extrema derecha dotadas de infraestructuras bien organizadas, con contactos en otros puntos del país y de Europa*. Los asesinatos vienen a sumarse a otros actos denunciados como la agresión contra J. R. Bermúdez, a quien un grupo de desconocidos roció con gasolina y prendió fuego mientras dormía en un cajero automático, o E. R. S., que sufrió la extirpación del bazo y parte del hígado como consecuencia de una brutal paliza en la plaza de la Encarnación, todo ello entre enero y junio de este mismo año. El primer secretario, Lorenzo Santana, confirma que las cinco víctimas mortales presentan idénticas lesiones: estrangulación, globos oculares *extraídos* con precisión clínica, lo que hace pensar en algún ajuste de cuentas.

Antes de que Esther Béjar pueda abrir la boca para mostrar su horror, su asombro, o las dos cosas juntas, el ametrallamiento prosigue:

—Tres detenidos por la ola de *vagabundos asesinados*. Pertenecen a un grupo de ideología neonazi y uno de ellos era menor de edad. *ABC*, veintinueve del diez de 1991. Fuentes policiales han confirmado que se ha procedido a la detención de hasta tres personas en relación con los ataques a indigentes que tuvieron lugar entre febrero y septiembre de este año y que se han saldado hasta la fecha con cinco víctimas mortales. Los tres detenidos, uno de ellos menor de edad, pertenecen a la organización de extrema derecha 20 de Abril y son conocidos por su participación en diversos actos vandálicos y ataques contra colectivos inmigrantes. El portavoz de la oposición en el Gobierno municipal, Antonio Ostiz, critica el oportunismo de la operación y acusa al alcalde de un *lavado de cara* de las fuerzas de seguridad ante la inminente apertura de la Exposición Universal.

Breve parpadeo, una pausa para acopiar aire, y más artillería:

—Nueva pista en el caso de los *vagabundos asesinados*. Cobra fuerza la hipótesis del ajuste de cuentas. *Diario16*, tres del dos de 1992. Una nueva pista viene a reactivar el caso de la ola de ataques a indigentes que tuvo lugar el año pasado en la capital, entre los meses de febrero y septiembre, y que se saldó con la cifra de cinco víctimas mortales, todas sometidas a estrangulamiento y mutilaciones de idénticas características. Después de que los tres detenidos del grupo neonazi 20 de Abril fueran puestos en libertad ante la falta de pruebas, la nueva línea abierta apunta, según testimonia el reciente secretario del gobernador civil, Jesús Mestre, hacia *el ajuste de cuentas entre toxicómanos*, después de que los informes de autopsia arrojaran el dato de que todas las víctimas eran exdrogadictos en fase de rehabilitación y de que seguían tratándose en el Módulo Municipal de Ayuda a la Drogodep-dep-depp-deppp… Drogodeppp… —hay un atasco, un crujido, una especie de bocina, y la voz prosigue repentinamente en el mismo tono—: El presidente del Gobierno, Felipe González, planteará al primer ministro chino, Li Peng, la necesidad de que los derechos humanos sean respetados en la República Popular China, aunque no presentará una relación de casos concretos de esos derechos, según dijeron a este periódico fuentes solventes. La polémica visita que mañana comenzará a España el responsable de la matanza de Tiananmen tendrá un fuerte contenido económico.

—¿Qué ha pasado? —Esther intuye que algo se ha averiado en el interior del hombrecillo calvo.

Las barbas retiemblan ante el bufido de irritación del gigante.

—Oh, vaya —espira—. Hoja rota. Habrá que mirar en el archivo.

Mador señala una abertura lóbrega entre los pilares del puente, una boca que parece conducir, si no al infierno, a una sucursal de él más húmeda y de peor olor. Las cejas de Esther se elevan en una interrogación.

—Sí —le dice Mo Pardo—. Existen muchas Sevillas ocultas debajo de la que usted conoce. A la de las alcantarillas y el metro hay que sumar la del otro metro, los túneles abandonados en los ochenta, las viejas mazmorras de la Inquisición, los refugios de la Guerra Civil, y muchas otras.

—La memoria de Perceval es más profunda que todo eso —el gigante da una palmada en el cogote del hombrecillo calvo, que vuelve a mordisquear sus avellanas—, pero no discrimina. Todos los días, Perceval se lee los tres periódicos locales y de algún modo conserva todas sus líneas, una a una, anuncios por palabras incluidos, en el interior de su cabeza, como si fuera un frigorífico. El problema es que, como no sabe lo que lee, no hace distingos con las erratas, las páginas dobladas, las rotas, los trozos que faltan: su memoria salta de un renglón a otro sin transición, que es lo que ha pasado aquí. ¿Es importante lo que falta, Mo?

—Me temo que sí —Pardo asiente—. Te prometo dar lo mejor de mí a cambio en la función.

Así que Mador, el gigante, vuelve a resoplar, hace el ademán de cargarse algo sobre los hombros y a continuación se adentra en el agujero que horada el subsuelo de la ciudad, que conduce a todas esas otras Sevillas anticuadas y polvorientas que deben de aguardar allí abajo, entre tinieblas. En ese momento, se hace evidente que Esther y Pardo no han sido el único público atento a las palabras y los atascos de Perceval; cerca, a unos pasos, tres siluetas se intercambian un cubilete de dados y empiezan a hablar en voz muy alta, para que nadie pase de largo.

—Recuerdo a algunos de los que murieron —dice el primero, fornido, también calvo, con una pipa de bambú sobre las púas plateadas del mentón—. Muertes muy parecidas a las de Ganelón y Tristán, y ahora Guiomar. Hasta cinco, eso es. Uno era un gilipollas, otros dos no.

—Pues yo no me acuerdo —repone el segundo, menos un hombre que la mitad de él, porque sus extremidades inferiores se detienen en las ingles y avanza y retrocede sirviéndose de un carrito que empuja con las manos.

—Claro, tú estarías borracho, gilipollas. Y tú —el de la pipa se refiere al tercer miembro del círculo, una chica joven, de pelo alguna vez rubio, que debió de ser hermosa antes de que la intemperie o el desamparo comenzara a cebarse en ella, y que luce una camiseta sucia de Aladdin Sane—, tú no habías nacido todavía. Uno se llamaba Amadís, y otro Baudemagus. No veían una mierda. Miopes perdidos los dos, con sus gafas de culo de vaso.

—Ji, ji, ji —dice la chica.

—Todos los muertos tenían gafas de culo de vaso —dice el del carrito, que también lleva gafas, de sol en su caso, y que, añadamos para mayor comodidad en lo sucesivo, se llama Cahú—. Ninguno veía un mojón.

—¿Qué sabrás tú, gilipollas? —el de la pipa, aclaremos, se llama Galaad.

—De eso sí me acuerdo, animal. Se metían de todo. Iban al módulo a por la metadona.

—Sí. El módulo que organizó la Junta para quitarse de en medio a los yonquis antes de la Expo. Te daban la metadona a tutiplén y hasta recibías un dinero y un piso para retirarte si querías. Pinturero, con su cuarto de baño. Eso ya no lo pillaste tú, ¿eh, criatura?

—Ji, ji, ji —responde la joven, que se llama Ysave, más concretamente, Ysave de Carahés.

—¿Dónde estaba ese módulo? —interviene Mo Pardo, girándose a medias.

—En el ambulatorio del Pumarejo —dice Cahú—. Eran los días de la gran fiesta.

La discusión entre los tres, punteada por insultos, risitas (ji, ji, ji) y tiradas de dados prosigue su curso hasta que el gigante Mador, que de repente, repara Esther, se parece mucho al tipo ese grande de la barba que sale en las películas de Harry Potter, regresa del inframundo con un pliego amarillento en la mano. Es una página de *Diario 16* que el paso de los años ha vuelto más lisa y delicada, como lavada con suavizante. Una diagonal frunce el papel a media altura, solapando unas noticias con otras.

—Aquí está —Mador estira hasta que la parte de arriba y la de abajo vuelven a sus puestos—. Suerte que todos los periódicos se guardan en el almacén. Pero si llegáis un poco más tarde, no dais con él: estamos empezando a abrigarnos con el 1990.

Mientras Mador aclara a Esther que sí, que todos los periódicos que se recogen por ahí se preservan en las catacumbas con el fin de servir de combustible o sábanas para el fresco (por no hablar de los tocados en las funciones solemnes de San Jorge, San Miguel y todo lo demás), Mo Pardo escruta el intersticio rescatado de la doblez, un poco más oscuro que el resto, y aprende que el Módulo Municipal de Ayuda a la Drogodependencia fue una iniciativa puesta en

marcha por la Concejalía de Salud y Bienestar del Ayuntamiento en 1990, menos para ayudar a los toxicómanos que para apartarlos de la vía pública ante la inminencia de la Expo 92, y que se encargó de la dirección un tal doctor Enrique Lalanda. Es todo.

La noche cae con una suavidad insólita, como arrastrada por la frescura del río: lentamente, las sombras conquistan a los hombres, los edificios, el perfil de los vestidos y herramientas que rebrillan por el muelle aquí y allá. Bajo el arco de hierro del puente, enorme y monumental ahora como la nervadura de una catedral, hogueras alojadas en bidones tiñen la piedra y el metal del color del melocotón: las siluetas, fantasmales, amplificadas por las llamas hasta acaparar toda la pared de los embarcaderos, van dejando de agitarse para ocupar sus puestos, ceremonialmente, a ambos lados de un pasillo. Es una procesión lo que va a tener lugar a continuación: una solemne parada que encabeza un séquito de damas y caballeros, y que serpentea por la dársena en dirección a la gran Mesa Redonda, hasta esa misma tarde una rodela cuyo único cometido era recoger el cable con que suelen atracar los navíos antes de abarloar. Desde un ángulo, cuatro músicos, entre ellos Mador, aplastan con dedos renegridos trompetas y saxofones para ofrecer una marcha todo lo pomposa que la ocasión requiere. Es el momento de que el venerable Merlín alce los brazos en un extremo de la mesa para anunciar:

—Sus majestades el rey Arturo y la reina Ginebra.

El rey y la reina avanzan por el centro de la fila, tomados de la mano, mientras sus súbditos se inclinan o caen de rodillas a su paso; la corona de él es de cartón amarillo, con el logotipo de Burger King ladeado en la sien izquierda, una toalla del Sevilla F. C. hace las funciones de armiño anudado al pescuezo, y en lugar de cetro empuña el cilindro interior de un rollo de cocina, con el que ahuyenta las moscas; ella luce un largo mantón estampado, esto es, una cortina vieja de la que una dama con verrugas, dos metros atrás, recoge la cola, y una diadema de brillo excesivo. El paso de ambos trata de imitar al minué o a la conga, no se sabe muy bien: parecen sortear cáscaras de huevo o minas antipersona, hasta que ella se detiene de golpe en un punto de la fila, feliz de reconocer a alguien.

—Oh, Grillo —las pestañas falsas tremolan bajo la pintura fucsia

—, de nuevo entre nosotros. He oído que te estás encargando del asunto del Monstruo de los Viejos Días.

—Así es, majestad —repone el hombre delgado de la fila, con una caja de zapatos frente a la camisa—. Sabed que no escatimaré esfuerzos en dar con su paradero.

—Entonces estamos en buenas manos —el rey Arturo expulsa un flato con olor a cerveza—. Una recompensa digna de ti te aguarda al final del camino, si consigues librarnos del mal.

Las pestañas vuelven a agitarse en el rostro de la reina Ginebra cuando se aproxima con coquetería al oído del hombre delgado, quien obtiene una constatación de que Ginebra no es un nombre elegido al azar.

—¿Y quién es esta damita que te acompaña? —susurra—. Parece no poco entrada en sazón.

—Me asiste en mi búsqueda, majestad —repone el hombre delgado con recato—. Ella es Esther, la Bella Dama sin Merced.

El dedo índice de la reina, reforzado por un semicírculo de mugre en torno a la uña, golpea pícaramente la manga del hombre delgado.

—Mi querido Grillo —la mirada de odio que dedica a Esther es como un relámpago—. Espero que no te distraiga de pensar en otras damas que te quieren bien.

La fanfarria se hace más intensa en trompetas y saxofones cuando los monarcas toman asiento en la Mesa Redonda; sólo una vez que ambos tronos, que un ojo poco entrenado podría tomar por sillas de piscina, han sido ocupados se sientan también las diez damas y los diez caballeros que completan el círculo. La única figura que permanece en pie es la de Merlín, que vuelve a alzar un dedo a las estrellas para vociferar su proclama:

—Reunida esta Sagrada Mesa Redonda, apelamos a la Justicia del Rey para que resuelva los litigios de honor entre caballeros. Por nuestro honor, nuestra vida y nuestra espada juramos someternos a la palabra del Señor del Grial, Amo de la Tierra y Regente de la Corte de la Noche, para que él nos ampare en el combate incesante contra el Malo y los trances que nos aguardan en el Valle del Dolor, la Ribera de la Tristeza y la Floresta del Desamparo, hasta el fin de los siglos. Que así sea.

—Que así sea —repiten todas las voces a coro.

—Que se adelanten los caballeros.

A la orden de Merlín, dos vagabundos dan un paso y exponen al público sus exigencias: el primero, tuerto y con una barba de espino gris que le devora los pómulos, pretende ser el dueño de una rivera anchurosa que el segundo, con aspecto de indio cheyene maltratado por una carga del Séptimo de Caballería, reclama también como propia. El enclave se encuentra, según alegan uno y otro, al este del monte Doloroso y sur del castillo de Belrepeire, junto a Logres, y nunca había sido reclamado por ningún caballero hasta que los dos presentes comenzaron con este tira y afloja de vivaques e imaginarias. Oído todo lo cual, el rey Arturo medita brevemente con las manos sobre la bóveda de la barriga, se acomoda la corona en el ceño y pronuncia con voz sonora:

—Que decidan las armas. Dios dará fuerzas al brazo del más justo.

Escanor y Melián asienten con la cabeza y desaparecen entre el gentío, que ha comenzado a retroceder para formar un segundo círculo, mucho mayor que la Mesa Redonda, en un punto del muelle próximo al pilar de metal. El silencio es completo, si exceptuamos el chirrido de los murciélagos y la radio de los coches en la lejanía, cuando los dos paladines, completamente armados, vuelven a reunirse en el campo del honor. Escanor, el de la barba (se lo reconoce por los pantalones fruncidos que arrastra bajo las zapatillas), usa a modo de yelmo un cubo de pintura acrílica con dos agujeros en la posición de los ojos, un peto de cartón donde se lee POLVILLO, un palo de escoba y una espumadera; más precavido, Melián se ha decantado por unas gafas de buceo que detengan los ataques al rostro, un casco de motorista, un tablero de mesilla con función de escudo y otro palo de escoba rematado por un clavo en la punta. Un tercer figurante interpone una espada de plástico entre ambos antes de que Merlín dé la señal y comiencen las hostilidades.

Por mucho que la concurrencia jalee, se excite, grite voces de ánimo a uno y otro contendiente, el resultado se parece más a un baile tribal que a un torneo propiamente dicho. Evidentemente borracho, Escanor gira dando piruetas alrededor de Melián, que no cesa de trastabillar y arrojar golpes al aire; de vez en cuando, su clavo se hinca en el tablero de la mesa y hay un torpe forcejeo para intentar separarlos. Las armaduras chocan, tropiezan, oscilan

adelante y atrás siguiendo una música que sólo ellos pueden oír. En cierto momento, cuando la fatiga o el sentido del ridículo han alcanzado una frontera en que ya todo resulta indiferente, irrumpe una súbita ferocidad: la lanza de Escanor trata de romper las piernas de su rival para hacerle caer cuanto antes, sin percatarse de que ha dejado el yelmo al descubierto y de que, como castigo, va a recibir una tanda de golpes que no podrá resistir sin ceder terreno. El palo de Melián castiga la lata de pintura, una vez, dos, tres, hasta cuatro veces, cerrando los orificios de visión y obligando al enemigo a recular: luego basta un último ataque con la punta sobre el vientre, justo en la segunda o de POLVILLO, para hacerlo tambalearse, perder el pie y caer con todo el estrépito. Dios ha decidido: Melián arranca la espumadera de la mano del caído y ruge, aclamado por la multitud. Arriba, en el puente, un coche acaba de saludar con su bocina.

Esther, que ha contemplado toda la pantomima a una distancia prudencial donde el olor es más tenue, busca a Pardo con la mirada. No sabe lo que siente, su interior es una mezcla novedosa de cansancio, asco, hartura; una combinación que le hace aferrar el brazo del hombre delgado con una brusquedad quizá impropia y arrastrarlo fuera de la muchedumbre y el hedor que puebla la dársena. Él se vuelve, con cara de no entender, y ella echa de menos un cigarrillo por enésima vez esa noche. Ese día. Todos los días.

—Tenemos que hablar —dice Esther.

El fuego reluce en los bidones, amarillo y naranja, saludando sobre la corcha y luego volviendo a esconderse, igual que un niño que se asoma sobre un mostrador. Pero su poder se reduce cuando, si uno retrocede hacia el arco de metal del puente, la luz va quedando atrás y crece la noche, azul y profunda. A esta distancia las llamas sólo relucen en las pupilas de Mo Pardo, cuyos rasgos, agravados por las sombras, parecen corresponder a otro individuo más tosco, más cruel. Ahí los dos, a solas, en una posición más discreta, es donde Esther quiere poner las cosas claras de una buena vez.

—Ya está bien —exhala ella—. Ha vuelto a abusar usted una vez más de mi paciencia, algo en lo que es todo un especialista. Hoy estoy de buen talante y he soportado sin chistar toda esta función,

hasta que hemos llegado a la película de Buñuel. Al carnaval.

—A la Corte de la Noche —la corrige Pardo con unción, sosteniendo frente a él la caja de zapatos.

—Me ha traído hasta aquí para nada, ¿verdad? No tenía que comprobar nada, no tiene nada que decirme sobre la clave de los Playmobil.

—Calma, calma, que no panda el cúnico —la lengua asquerosa de Mo Pardo se desliza sobre sus labios—. No disparate. Por supuesto que tenía que comprobar algo: usted misma lo ha oído. Todos los vagabundos muertos en el 91 eran miopes y se trataron en la clínica del doctor Lalanda —ante el suspiro de la inspectora, que parece a punto de extinguir sus últimas reservas de algo, cambia de tono—: Deme el cuaderno de Medina, el de Playmobil. La agenda donde tenía anotadas las letras.

—No la traigo aquí. Pero tengo las fotos del móvil.

El dedo de Mo Pardo se desliza rápidamente sobre la pantalla del teléfono, desechando y volviendo a recuperar la portada con los cuatro personajes de la serie de animación, las páginas iniciales, la caligrafía de plana de colegio, distribuida correctamente en renglones simétricos, el bolígrafo sobre la gomilla, la jerigonza final, la combinación imposible de minúsculas y unciales que no se sabe a qué pueden corresponder. Y que se reflejan ahora, diminutas, azuladas, en los ojos de Pardo mientras él las contempla mordiéndose el interior de las mejillas.

AlppAlpiAmbbAaabAyhmPbmmAbobMaohApmpHphyMoyhApbpLb…

—Si se da cuenta, son sólo nueve letras las que se repiten —los ojos se convierten en ranuras—. Por orden de aparición: a, l, p, i, m, b, y, h, o. ¿Le suena de algo?

—Son números. Del 1 al 9. Ya me lo dijo.

—Todas, salvo una, están en el bolígrafo que acompaña a la agenda —el dedo hace retroceder otra de las fotografías—: PLAYMOBIC. Pero en la lista de la página, está la h y falta la c. Playmobic, más la h, nos da diez, que son las cifras necesarias para escribir cualquier número del sistema decimal: puesto que la p es la primera, digamos que la h equivale al cero, lo cual sería congruente con su condición de letra muda. P es igual a uno, l a dos, a es el tres, y así hasta c, el nueve, que no aparece en el mensaje: no todas las cifras tienen por qué aparecer siempre.

Ahora es Esther la que repasa a toda velocidad con su índice las imágenes del cuaderno, el bolígrafo, el elástico que ata el bolígrafo al cuaderno, mientras líneas rectas y quebradas se alternan sobre su frente.

—Cifras, de acuerdo —dice como para sí—. Pero cada tres letras en minúscula hay una en mayúscula. ¿Por qué?

—Porque la mayúscula sirve de separación e indica el inicio de un nuevo número. Son secuencias de cuatro. Es decir, números de cuatro dígitos: millares.

—Salvo la última, que sólo tiene dos —el dedo se detiene sobre la secuencia final: *Lb*—. ¿Por qué?

—Quizá Medina no tuvo tiempo de añadir las dos cifras que faltaban… —Mo se encoge de hombros—. O igual es un número de sólo dos cifras, que corresponde a otra cosa distinta. Distinta de las anteriores, digo.

—Pero ¿a qué? ¿Qué son estas cifras?

La sonrisa sardónica que las sombras trazan sobre el rostro de Mo Pardo, sobre la máscara de barro sin cocer que ahora ocupa el lugar de su rostro, coincide con la voz que llega desde el fuego, los bidones, la orilla.

—Eh, Mo, ¿estás preparado? —es Mador, el gigante de Harry Potter—. ¡Empezamos enseguida!

—Es sólo un segundo, voy volando —replica el hombre delgado antes de girarse con la misma sonrisa de indigestión hacia la inspectora Béjar—. La banda de Mador son unos excelentes intérpretes de *swing*. Consiguieron esos instrumentos en la basura, desechados por las bandas de Semana Santa de los Gitanos y la Esperanza de Triana, les arreglaron un par de varas y pistones y fíjese… Mejor que en Nueva Orleans.

—Me importan una mierda sus músicos —algo ha tocado techo dentro de Esther, algo que le hace rebuscar el cigarrillo de plástico en el bolsillo y devolverlo a la boca—. ¿Qué significan estos números?

—Piense un poco, usted ya lo sabe. La han condecorado tres veces, ¿no? Y estudió en Boston, donde compró esa camiseta. Yo tengo algo que hacer.

El puño de Esther golpea de repente la caja de zapatos, que cae sobre el adoquinado con un impacto sordo. Contiene algo que ella

no se esperaba: zapatos. Dos zapatos blancos, con ribetes negros en el empeine, la punta y los tacones, zapatos de gánster.

—Ya está bien, ha agotado usted mi paciencia —la boquilla de plástico cruje bajo los incisivos—. Me ha traído hasta aquí con mentiras, sigue mintiéndome con medias verdades y no para de liarme para nada. Estoy harta de usted, ¿sabe? Harta de vagabundos y tarados, de médicos de tebeo, reyes grotescos y cortes reales de todo a un euro.

—¿Ah, sí? —una seriedad pétrea acaba de solidificar el semblante de Mo Pardo—. Sin embargo, usted también es una de ellos. De nosotros. La Bella Dama sin Merced.

—No me llame así.

—¿De verdad cree que hay un sitio para usted ahí fuera? —la última palabra se confunde con una carcajada rota—. ¿Con ese psicólogo pimpollo que acaba de encontrar? La tenía por más inteligente.

—Váyase a la mierda, otra vez. Yo soy una persona normal.

—Seguro, seguro que sí. Siga engañándose. Quiere ser normal, quiere ser cualquiera, esto no puede contaminarle, este mundo grotesco y tirado y todo a un euro, porque usted vale más de un euro. Su hijo ha de ser normal, usted ha de cuadrar en el esquema, el muñequito recortado sobre la hoja de papel, aunque no lo consiga. Por eso jamás contestó a mis llamadas. Por eso no me devolvió ni una sola, no se dignó a hacerme una visita a pesar de que habíamos sido amigos. Porque lo fuimos, ¿recuerda? Pero luego dejamos de serlo. Hasta que me necesitó de nuevo.

Hay un intermedio de silencio que Pardo aprovecha para agacharse, recoger los zapatos y, antes de devolverlos a la caja, hacer algo insólito en él: limpiar la superficie del cuero con el faldón de la camisa, como si de veras le preocuparan esas cosas exóticas, la suciedad y la limpieza. Extraviada, o sea, extraviada no, irritada, eso sí, mucho, Esther le ha mirado hacer entre el teatro de sombras que las hogueras ensayan sobre el puente y las pilastras.

—¿Le necesité? —ahora es ella la que ríe—. ¿O era usted el que me necesitaba a mí? ¿El que forzó nuestro encuentro?

—Lo dice por el láser, ¿no? —la caja de zapatos regresa a la axila de Pardo—. El láser perdido de Tomás. Sí, tuve que darle un empujón. Consejo de alguien que fue su amigo: cuide mejor la

cerradura de su trastero. Pueden ser otros los que le hagan una visita que no se espera.

La mano de Esther se carga de una electricidad insoportable: está a punto de soltar una bofetada sobre esa cara de rasgos sin matizar, sobre esa caricatura de cara que se mantiene incólume frente a ella, sin que los sentimientos, las pasiones, esas cosas que aguijonean a la gente normal, cambie un solo músculo o arruga de sitio. Es la música la que la detiene: una suave melodía de *jazz* ha comenzado a sonar al otro lado del muelle, intentando aligerar una noche que pesa demasiado. Esther no lo sabe porque no tiene idea de *jazz*, pero se trata de *Moten swing*, un tema de 1939 que en su día popularizó Count Basie, y que se convertiría en una de las sintonías estrella de los músicos de Kansas City, conocidos por su ritmo frenético y su fiereza a la hora de atacar las boquillas. La banda de Mador es devota del *jazz* de Kansas City, y no sólo porque suelan ensayar en el descampado junto al Palacio de Deportes, en la avenida del mismo nombre.

La inspectora Esther Béjar no tiene ni idea de *jazz*, ni de por qué sigue allí. Otra cosa que ignora es la categoría exacta de la emoción, porque es una emoción, que embarga su voluntad, impidiéndole tomar una decisión a derechas: puede ser ira, pero también desolación, angustia, nostalgia, hasta tristeza. En algún momento, su brazo derecho consigue emerger de ese cauce de corrientes contrapuestas para alzar un dedo.

—Allanó mi domicilio —dice, despacio—. Entró en mi casa sin mi permiso, y se lo voy a perdonar sólo por lo que nos unió en el pasado. Pero ni soy como usted ni quiero volver a tener nada que ver con toda su mierda de manicomio. ¿Se está enterando? Déjenos en paz a mí y a mi familia a partir de ahora.

—No se preocupe, no se lo tendré en cuenta —Pardo vuelve a sonreír—. Sé que necesita su tiempo. Hasta entonces, buena suerte con su Bristol 1.

La trompeta remata un solo erizado de trinos que suenan como advertencias antes de que el resto de la orquesta la apoye con el riff preceptivo, y de que después de una última nota más alta que el puente que los contempla desde lo alto, pase el testigo al saxófono tenor. O estos instrumentos están trucados o la acústica de este recodo del río ha sido especialmente diseñada para que ni un solo

sonido se pierda en la piedra: porque el volumen es ensordecedor en los oídos de Esther a pesar de que la rabia le llena los tímpanos de sangre y la arrastra camino arriba, en pos de las escaleras que conducen fuera del muelle hacia el paseo de Colón, y, oh, sí, el mundo normal. Pero entonces un súbito fragor la detiene; no es un nuevo redoble de la batería, que consiste en un par de palos con crótalos saltando sobre una tabla de lavar, ni otra pelea entre vagabundos borrachos dispuestos a deshacerse de sus últimos retazos de dignidad, si saben qué es eso. Son vítores. Aplausos. Esther se detiene, todavía con el cigarrillo de plástico en los dientes, y se da la vuelta. Ahí abajo, en medio de un corro inmenso y del estruendo del *swing*, Mo Pardo baila claqué.

Los zapatos blancos y negros se desplazan a un ritmo endiablado sobre la tabla colocada debajo, empalmando el *step*, que consiste en un paso inicial con la punta del pie cargando peso, con el *heel*, que retrocede al tacón, el *hop* y el *toe*, situados todos en distintos puntos de esos órganos prodigiosos que apenas es posible entrever bajo la niebla blanca y negra sobre el pavimento del muelle, mientras un martilleo frenético llena el aire, el sonido de una locomotora tomando velocidad, a punto de estrellarse o de ingresar en un túnel. La sorpresa apenas permite a la inspectora Béjar acordarse de que Mo Pardo, ese extraño ser al que ha unido su destino para que la arrastre donde pretende pero no quiere ir, a donde no soportaría ir pero en el fondo desea, sufre dos hernias discales, por no hablar de la pierna que le hirieron con la punta de un destornillador, y aun así es capaz de arrancar esos compases prodigiosos al madero que tiene debajo. Como leyendo sus pensamientos, el hombre delgado se yergue a lo lejos, concatenando un largo *stamp* con una sucesión de *trudges* que resuenan igual que pistoletazos, y eleva una mano en forma de despedida. Esther muerde el plástico de su boquilla y huye a toda prisa hacia la avenida.

En el coche, no puede evitar tomar el paquete de emergencia de la guantera y calzarse un Chesterfield, uno de verdad, de papel y algodón, en los labios que no cesan de boquear. No lo enciende. Mira la noche a través del cristal abierto con esa cosa colgando ahí, sobre la barbilla, tratando de identificar la masa espesa que circula por su interior y a la que no puede dar nombre científico, porque no

lo tiene. Basta con accionar el contacto para que Nacho Dogan grite por los altavoces: Quiero vivir, gozar, sentir. Da, da, da.

6. EL DOCTOR MABUSE

TODAS LAS MAÑANAS, doña Susa se despierta en ese justo instante en que el sol roza los geranios del balcón de la salita. No necesita despertador: las ánimas del purgatorio, o una servicial ayudante que convive con ella en el envés de su conciencia, conocen la hora de sobra y no tienen más que sacudirla, hacerla girar sobre la almohada, abrir de golpe sus viejos párpados sobre los desconchones del dormitorio, en la misma pared que ocupa la hornacina del Corazón de Jesús. Entonces tiene lugar el mismo, idéntico ceremonial de los últimos cincuenta años: colocar ambos pies en el suelo, algo menos abotargados que a la hora de acostarse, tratar de centrar pensamientos que vienen y van, como la música que la radio del vecino ha comenzado a esparcir por el patio, remolcar su cuerpo hasta el cuarto de baño para, entre cañerías que chirrían y se atoran más de lo deseable, realizar unas someras abluciones que abarcan la cara, el cuello y los antebrazos. El espejo, siempre tan descortés, no deja de señalarle dónde ha surgido una arruga más, qué cabello, hasta hoy castaño o trigo, se ha sumado al enorme bosque de las canas.

En el hornillo principal de la cocina, el tercero si comenzamos a contar desde arriba en orden inverso al de las agujas del reloj, se guarda, bajo tapa, el cocido que se hizo ayer y que aún debe darle para almorzar hoy y mañana. Por eso, calienta el cazo de leche en el más pequeño, situado en la diagonal superior derecha del otro, y una vez que ha hervido (le gusta con una fina membrana de nata que se pegue en la cucharilla) lo vierte en el vaso donde ya ha depositado un pequeño cono oscuro de Nescafé. Ese es todo el desayuno: a su edad, cosas más pesadas sólo sirven para atascar el estómago sin sentido y hacerle pasar la mañana entre un quinario de ardentías y eructos; se acuerda bien de aquella vez, hace ya lo menos dos lustros, en que su difunto Rafael compró medio kilo de

churros y se lo zamparon entre ambos en esa misma mesa de la cocina en que ella se sienta ahora: se pasó dos días con la sensación de tener una piscina de magma en el estómago, sin dejar de beber, hasta de los charcos.

Se hace tarde. Suele pasarle: se distrae en ensoñaciones y recuerdos que no aportan nada, y al final el reloj de porcelana de la salita, el que su cuñada le trajo de Marbella, acaba por morderle los talones. De manera que tiene que dar de comer a toda prisa a los gatos, que andan de aquí para allá por el vestíbulo y los sillones, y vestirse casi sin pensar en lo que se pone, generalmente un blusón amplio con alpargatas, porque ella no es de esas que salen a la calle en pijama, Virgen santa, hasta ahí podríamos llegar. La radio del vecino ya da las noticias en el patio; es la hora de tomar la bolsa de plástico del DIA y abandonar su domicilio del número 9 de la calle Aniceto Saenz en dirección al ambulatorio del Pumarejo. El sol aún no se ha apropiado del todo de las fachadas, pero el aire se adivina pesado: la radio ha advertido sin ambages que hoy será otro día de calor insufrible, así que nada, a armarse de paciencia. Hay cosas que no se pueden arreglar, reflexiona doña Susa, contra las que es inútil y hasta tonto sublevarse: el calor, las varices, las cañerías atascadas, la ruina de su casa, que se cae a pedazos. El coste de la reforma que necesita la convierte en algo igual de posible que irse a vivir a Marbella, allí en la playa, de donde su cuñada le trajo el reloj que ahonda su vejez tarde tras tarde.

Afortunadamente, no han abierto todavía. En realidad, por mucho que se retrasen, jamás ha faltado al solemne ceremonial por el cual el celador, el buen Ramón, descorre los cierres con un pesado borborigmo de metal, se desliza a través de la ranura entre los batientes y luego, despacio, empuja el de la derecha hacia el interior, despejando la mitad del portal, y a continuación repite la operación con el de la izquierda, hasta dejar el edificio expedito y dispuesto a recibir a las visitas. Hoy el público no es distinto del de otras mañanas: una chica teñida con una muestra en la mano, que seguro que viene para el ATS, la media docena de drogadictos que la saludan por su nombre al verla llegar y entre los que ella reparte las chocolatinas que trae en la bolsa del DIA, les gustan tanto las chocolatinas, angelitos. Es sólo en el momento de ir a ingresar en el recibidor, que se insinúa amplio y fresco ante ella, cuando ve

aproximarse, desde la esquina opuesta de la plaza¸ a quien ya se temía: el viejo de las gafas de concha. Viene casi corriendo, el muy majadero, cojeando un poco bajo la camisa cubana y el sudor que le empapa la calva; respira con pesadez y se introduce en el ambulatorio con el alivio de quien ha alcanzado un tren que está a punto de partir, pobre aficionado. No tiene ni idea de cómo se hacen las cosas, no tiene idea de nada.

En primer lugar, doña Susa se dirige al mostrador de Ramón, el conserje, para saludarle como es debido y devolverle los calzoncillos que anduvo zurciéndole la víspera; también hay que preguntarle por el embarazo de su hija mayor, de cuatro meses ya, pasándolas canutas la pobre con la fatiguita y los vómitos. La conversación puede dilatarse con un pormenor u otro (noticias de la jornada, el tiempo, los achaques, etc.) hasta que el mostrador comience a llenarse de gente que pregunta esto y lo de más allá, y entonces toca tomar el rumbo de la consulta de los ATS, donde no hace falta que llame: allí andarán los tres sacando sangre o cosiendo a chiquillos que la han emprendido a pedradas con los de la calle de enfrente. José Luis es el más gracioso, tan mariquita, con sus canciones de Marifé y las mantillas y los moños que le gusta que doña Susa le traiga, para vestir en su casa o con las amigas esas que tiene. Amanda también es muy simpática, a pesar de los tatuajes que le cubren todo el brazo y los aros que lleva en las narices igual que un salvaje; también le encantan los gatos, adora a las cuatro o cinco criaturitas, blanco, tostado y con parches, que enseña a todo el mundo en el móvil en cuanto tiene ocasión; por cierto que ella, doña Susa, tiene también móvil, pero apenas lo usa: no acaba de enterarse de los botones, ni nadie va a llamarla, porque para saber de su hijo, que es el único que puede hacerlo, mejor no saber.

El recibidor se va llenando poco a poco con el tráfico habitual de pacientes, holgazanes, vendedores de lotería, intrusos. Intrusos, sí, porque allí está el jodido viejo de las gafas de concha, sentado regiamente a un lado del mostrador, abarcándolo todo con la mirada como si fuera de su entera propiedad: pero qué se habrá creído. Con repugnancia mal disimulada, doña Susa se retira hacia el cuarto de la limpieza, donde, igual que siempre, Meli y Amparo se esconden a fumar entre mopas y tubos de desinfectante; Fátima, la mora, las mira hacer mientras intercambian impresiones sobre el

tiempo, la calor que se espera otra vez para el día de hoy, y la avería del aire acondicionado, por no hablar de los atascos del baño de pediatría, va a haber que repetírselo a Ramón. En la sala de espera de la consulta número 3 de medicina general, la que está abierta hoy, hay cuatro personas, una pareja joven, para algo de embarazo o cosa de ella, seguro; un hombre mayor que traza dibujos con el bastón sobre el embaldosado; una mujer con un niño mesmerizado por el móvil. Doña Susa aprovecha el cambio de paciente para, antes de que la mujer y el niño reciban la orden de paso, saludar a la doctora Fuentes y preguntarle si le han agarrado los geranios que le regaló.

Luego está el pase de revista al resto de especialistas que atienden hoy, que doña Susa va eliminando de los dedos de la mano derecha conforme efectúa el saludo reglamentario. El doctor Ferrer en dermatología, el doctor Álvarez en endocrinología (bonitas gafas nuevas), doctor Soler en cardiología. La doctora Romero se ha teñido de un rubio claro que le sienta la mar de bien, y el doctor Cruz, el otorrino, vuelve a llegar tarde, porque seguro que ha tenido que volver a esperar a la chacha colombiana que le cuida al niño desde que se separó, por eso de la custodia compartida. Con esto, las obligaciones de la jornada tocan prácticamente a su fin; el resto son propinas, calderilla sin importancia: algún paseo más por el pasillo de pediatría, tal vez asomarse a los servicios a ver si gotean, detenerse junto a algún paciente para despotricar de algún médico o alabar a otro, en fin, letra pequeña. De modo que puede regresar al odio; a la desconfianza y tal vez el miedo que le despiertan ese viejo repugnante de las gafas de concha, que sí, sigue allí, trasladado ahora a la zona de medicina general, y que en la última media hora parece charlar animadamente con otro individuo que no conoce, un hombre delgado, con la camisa marrón y un doloroso peinado que le raya las junturas del cráneo. Doña Susa no sabe qué estarán tramando estos dos, pero no le gusta lo más mínimo: qué se habrá creído el viejo este, llegar de nuevas de otra parte, con sólo seis meses a sus espaldas y creerse ya que es el dueño del ambulatorio, lo que hay que ver. De manera que, como quien no quiere la cosa, se sienta a tres bancos de distancia del hombre delgado, hace como que remueve los objetos que todavía guarda en su bolsa de DIA y aguza el oído. En efecto: una lamentable charla

de aficionados.

—Yo para el dolor de cabeza recurro directamente al Nolotil, ¿sabe usted? —está diciendo el viejo—. El metamizol magnésico me sienta de maravilla, también el Almizabo, pero no es lo mismo.

—No, cierto —asiente el hombre delgado—. El Nolotil tiene un retrogusto a plástico que ya quisiera el Almizabo, y muchos otros.

—¿Verdad? El Nolotil con el cafelito de la mañana es uno de los grandes placeres de la vida. En general todas las pirazolonas, no se crea que soy un exquisito. Con lo que no puedo es con las anilidas. Es una ordinariez cómo se ha puesto el mercado del paracetamol.

—Bueno, no sabría decirle. No todo es lo mismo. El Efferalgan y el Gelocatil se han popularizado, cierto, incluso el Termalgin, pero el Nupeldol sigue conservando su glamur. Pasa lo mismo con los hipertensivos. Tanto Progandol ha hecho olvidar las exquisiteces del macitentán y el riociguat, aunque estén más indicados para el pulmón. ¿O igual usted prefiere los bloqueantes alfa-adrenérgicos?

—Puede ser —el viejo empieza a perder pie—. Sí, puede ser, sí.

—O con los antihistamínicos. Ahora mucha mepiramina y acefilinato, ¿cuánta Fluidasa vamos a tener que soportar? Pero dígame, ¿dónde queda un buen trago de derivada de fenotiazina? ¿Ha probado usted algo más fino que una Frinova o un Mircol de cinco miligramos?

—El Mircol, el Mircol, ah.

—Y si entramos en otros ámbitos, la cosa se pone aún peor —el hombre delgado adopta tono de espía soviético—. ¿Ha probado usted el Somavert?

El viejo sufre un sobresalto.

—¡No lo venden en comprimidos! —masculla—. Las farmacias legales sólo dispensan inyectables, y en recetas contra acromegalia.

—¿Y si le digo que yo he tenido una caja de Somavert 15 en mis manos?

—¡Se paga a más de tres mil euros!

—¿Y qué me dice del Vantas?

—Se referirá al injerto, ¿no? Dígame que es el injerto.

Una breve sonrisa canina se insinúa en el rostro del hombre delgado, que frota una de sus manos contra la otra antes de cambiar de dirección:

—Se ve que he encontrado a la persona adecuada. Usted viene

desde hace mucho tiempo por aquí, ¿verdad?

—Ya lo creo —el viejo, las gafas del viejo, contemplan las alturas con devoción—. He estado unos años fuera, usted sabe, porque mi hija se mudó a la Puerta de Carmona, pero he vuelto hace nada y son ya treinta años viniendo por aquí. El ambulatorio es mi casa, mi afición, mi vida. He abandonado todo por esta vocación.

—Conocerá usted a todo el mundo, a todos los médicos. Los que están y los que se fueron. ¿No?

—Claro.

—Entonces recordará usted a un médico que estuvo aquí hace unos años, el doctor Lalanda.

—¿Lalanda? —el viejo se lleva un dedo a los labios—. Espere que me acuerde… Lalanda. No sé ahora… ¿Qué especialidad?

Doña Susa ve la oportunidad de desmontar de un golpe esta pésima función de diletantes.

—Medicina interna —responde desde su sitio, sin necesidad de girarse—. Estuvo aquí desde el 90 al 2009, en que se pasó del todo a la privada.

Por fin ese tontaina del pelo rayado se ha dado cuenta de quién lleva aquí la voz cantante, a quién tiene que bailarle el agua, hacia quién volverse despacio, con el mismo cuidado que ella emplea para alimentar a sus gatos, los ojos fascinados en un rostro carente por lo demás de toda expresión.

—Ah, vaya —musita el desconocido—. Parece que usted está mejor informada que aquí don Lorenzo.

—Por supuesto —resopla doña Susa, y es que las comparaciones ofenden—, yo no soy una mera aficionada. Él no lleva viniendo treinta años, sino veinticinco, y en los últimos cinco no ha puesto el pie en esta santa casa ni para un cataplasma, sólo que ahora quiere recuperar el tiempo perdido en apenas seis meses.

—Oiga, señora —intenta débilmente el viejo, antes de que la voz de doña Susa lo congele en su asiento:

—¡Cállese ahora mismo o lo mando a palos al asilo, que es donde debe estar! Yo llevo aquí treintaiún añitos, desde que abrieron el centro. En el 85, cuando esto daba pena y yo venía con mi hijo. El ambulatorio exige una verdadera dedicación, un trabajo a tiempo completo: recorrer las instalaciones, conocer a la gente, no

quedarse ahí como un pasmarote, igual que este… que el señor este.

—Entonces usted conoció al doctor Lalanda —resume el hombre delgado.

Doña Susa no necesita remover ascuas en sus recuerdos porque todos ellos están bien encendidos y calientan y ofrecen una correcta luz anaranjada a través de la que orientarse, pero para hacerlos brillar un poco más acaba de introducir la mano en su bolsa de DIA y de sacar media docena de bolígrafos de publicidad farmacéutica atados en una gomilla.

—Sí, sí que lo conocí, y era un hombre muy agradable. Este me lo regaló precisamente él —extrae uno de los bolígrafos de la gavilla, en cuya caña unas letras azules anuncian ASA SEPTA—. Me contaba que iba mucho de viaje, tenía muchos negocios. Iba mucho a Alemania, y también a otros países. Tenía negocios. No sé muy bien de qué, pero debieron de irle bien, porque prosperó y se marchó de aquí para no volver.

—No me diga.

—Sí. Montó una clínica de hipnosis. ¿Sabe usted lo que es? Eso que convencen a la gente para que deje de fumar haciéndole dormir o no sé qué. Yo no me creo nada de nada, pero una amiga de mi cuñada que fumaba como un carretero hizo la terapia y dice que es verdad. Qué sé yo. Lalanda se hizo una clínica la mar de bien puesta, allí en la Buhaira, detrás del hotel ese grande y los jardines.

El hombre delgado, que de repente parece menos bobo o antipático (aunque, eso sí, podría lavarse un poquito mejor la camisa, porque las mangas recuerdan a doña Susa a sus trapos de cocina), ha ido inclinándose poco a poco hacia ella, hasta salvar los dos asientos que se interponían entre ambos y colocarse justo a su lado. Allá, abandonado y solo, el viejo de las gafas mastica su derrota: chúpate esa, papanatas.

—Ahora entiendo que usted es verdaderamente la persona a la que tendría que haberme dirigido desde el principio. Pero no conozco su nombre. Yo me llamo Modesto Pardo, y también soy un apasionado de los ambulatorios. Pero un mero *amateur*, nada como usted ni mucho menos.

—Tanto gusto. Yo soy Jesusa. Pero todo el mundo me conoce aquí como doña Jesusa, o doña Susa.

El desconocido acaba de cautivar a doña Susa con un roce de los

labios sobre la mano, en un gesto que ella no veía desde aquellos años remotos en que su Rafael la llevaba al cine, antes de todo, de los terremotos y las desdichas.

—Y por casualidad, doña Susa —sonríe él—, ¿no sabrá si ese médico, el doctor Lalanda, no tendría un archivo de historias ni nada parecido?

—Hay un archivo general del centro. Está en el sótano. Allí queda recogida, por ley, copia de todas las historias de los pacientes que han pasado por aquí. O quedaba, antes de la informatización del SAS. Pero claro, el acceso es restringido.

—Oh, qué lástima.

—A menos que uno tenga llave —una luz traviesa brilla en los ojos de la mujer—. Como la limpiadora o el conserje, claro. Si alguien es amigo de ellos y los convence, igual se la podrían prestar.

—Vaya, vaya —la sonrisa del desconocido se extiende ahora hacia los lóbulos de sus orejas—. ¿Y qué podría darle a cambio a quien consiguiera esa llave?

La cabeza de la mujer se tuerce en una y otra dirección, como examinando las paredes en busca de un objeto en particular.

—Algo tanto o más difícil, supongo… —parece reflexionar—. No sé si oí bien antes mencionar el Somavert de 15 comprimidos. Con una caja de Vantas bastará. Pero no el injerto.

La sonrisa crece y crece, rajando la cara del hombre delgado en dos, mientras su mano se introduce en el bolsillo derecho del pantalón. Allí, al otro lado de la ringla de asientos, el viejo de las gafas está a punto de echarse a llorar.

Si una desea aniquilar un recuerdo, es decir, a la persona, el suceso, el ultraje al que ese recuerdo sirve de recipiente, lo más conveniente parece, a falta de explosivos que lo reduzcan a añicos, enterrarlo debajo de objetos más urgentes o sonoros que él. Por ejemplo: el informe para la jueza donde se transcriba palabra tras palabra el interrogatorio de Bruno Clicksilver, así como los testimonios de los dos guardas jurados que lo apresaron y el del gerente del hotel que le tendió la trampa. Casi una mañana de lunes completa sentada frente al monitor de su ordenador, con la oficina bullendo de actividad bajo una lluvia de llamadas de teléfono,

advertencias, avisos, entradas y salidas, los dedos desplazándose febrilmente sobre el teclado mientras los documentos se apilan en el escritorio y las diversas voces de los testigos toman el relevo en sus auriculares: ni un resquicio, ni una sola fisura en que acordarse de lo que no debe salir a la superficie. Pero que no tiene más remedio que volver a mortificarla cuando, realizada toda esa tarea y colocados los indicios frente a ella como piezas de un juguete desmontable (de Playmobil), necesite buscar un puesto para la dichosa clave alfanumérica. La clave de la que le ha hablado el hombre asqueroso y prohibido cuyo nombre no puede, no debe pronunciar en sus pensamientos.

Se trata de un juego tan antiguo como la humanidad misma, el de yuxtaponer elementos que insinúan una figura: los huesos de un esqueleto, los trazos de un paisaje, los sonidos aislados que podrían ensamblarse para formar una palabra con sentido. Y al que, sin embargo, el cerebro de Esther no es capaz de jugar con entera desenvoltura, porque cada dos por tres ha de esquivar zancadillas y ataques a traición: quiere pensar, quiere analizar, diseccionar, deducir, pero entonces Tomás se interpone, la atención que debería estar concediendo a Tomás, y el hombre atento y fragante de la otra noche, y la mata de vello en su plexo, y el restaurante japonés, y, aj, el otro hombre, el hombre prohibido ante el que, sí, ahora sí que sí, cierra la imaginación de un portazo. A mediodía se da cuenta de que lo mejor es un receso: así que desciende a la planta baja de la jefatura, se apuesta en la zona trasera del porche, la que da a las cocheras, y extrae de su bolsa de plástico los dos sándwiches de Mercadona que ha elegido por almuerzo. Tal vez en calidad de amuleto, se ha llevado con ella la agenda de Sito Medina, cuyos jeroglíficos mira de soslayo mientras mastica el queso y el jamón york y piensa en no fumar. Hace calor aquí fuera: el mediodía castiga los techos de los vehículos patrulla estacionados en el patio haciendo ondas en el aire, convirtiendo el cemento que se divisa más allá en gelatina.

De pronto, lo entiende. Su cerebro ha tomado un atajo a través de toda la basura que lo atasca y acaba de comprender qué son las letras de la agenda de Medina. Como celebrando el triunfo, su móvil comienza a sonarle dentro del pantalón. La sorpresa lo detiene en la mano opuesta a la que ocupa el triángulo final del sándwich: es

Ancona. Ni siquiera sabía que tenía su número.

—Sí, ¿qué pasa? —trata de dar a su voz toda la desenvoltura posible—. ¿Todo bien? Hace días que no te veo por jefatura.

—Tengo que verte —replica la voz de Ancona con furia—. Ahora. Es urgente.

La voz imparte una secuencia militar de órdenes: van a verse, pero no en jefatura, será en el centro, cerca de la casa de Ancona, en la Alameda de Hércules, el bar Corral de Esquivel, a las cinco en punto. Por un momento, Esther tiene la idea peregrina de presentar objeciones: en realidad no sabe si podrá, esta liadísima con el papeleo del caso Playmobil, a ver si encuentra el hueco. La voz corta las excusas de cuajo:

—Déjate de gilipolleces. A las cinco, es importante. Tienes que venir tú.

Regresa ya en el ascensor hacia la planta de la Judicial cuando la bandeja del WhatsApp la avisa de que tiene hasta cinco mensajes sin leer del mismo número. Sergio se queja de que no le escribe, de que no le llama, de que lo tiene abandonado, de que no sabe nada de ella, que le llame, venga, que tiene que darle una cosa, que le va a gustar, emoticonos con corazoncitos con la boca de piñón. No tardará mucho en recoger las cuatro cosas que necesita de su escritorio, el bolso, la libreta, la acreditación; dos mesas más allá, Gálvez, el pobre Gálvez con su calvicie y su mano vendada, forcejea con el teclado del ordenador mientras la pantalla le pinta la cara de azul, como en la canción.

—¿Te suena un bar que se llama Corral de Esquivel? —inquiere ella, ya con el bolso en el hombro.

—En la Alameda —las manos de Gálvez sufren calambres sobre la tecla de espacio—. Está enfrente de la comisaría del distrito centro, de la nueva. Te coge un poco lejos para el café de la tarde, ¿no?

En ese momento, un espectro hace aparición en la oficina. No, no es exactamente un espectro, a pesar de que arrastre el paso y de que su mirada, nublada por algún pesar, parezca provenir del interior de un ataúd, pero para la inspectora Béjar, para el terror de la inspectora Béjar, vale lo mismo: el inspector jefe Lago. El anciano deambula de escritorio en escritorio como buscando algo, preguntando a unos y a otros por el curso de sus investigaciones, y

de pronto se detiene en mitad de la estancia, para asaetear a Esther con esa misma mirada con que el conde Drácula paralizaba a sus víctimas en las viejas películas de la segunda cadena.

—El Corral de Esquivel —grita ella a voz en cuello, a la vez que se escurre hacia la salida—. Tengo allí una cita con Ancona porque quiere consultarme sobre una pista esencial en el caso de Mora. Una pista importantísima. De manera que salgo pitando. Me voy ya. Hasta luego.

La mirada de aparecido le sigue mefíticamente a lo largo de toda la oficina, hasta que, ya fuera, ella arranca a brincar escaleras abajo. Luego, en el primer semisótano, va a darse cuenta de que el miedo la ha hecho huir antes de tiempo y se ha dejado las llaves del Ibiza encima de la mesa, pero casi que mejor: tomará el autobús, disfrutará del aire acondicionado, se librará de los ladridos del inspector jefe y, también, de los del maldito altavoz de su coche, contra el que es inútil cualquier bozal. De modo que ya está en el fondo del 40, que la deja a tres calles de la Alameda, permitiendo que las frigorías ericen su piel por debajo de los tejanos y la camiseta, distrayéndose en contemplar cómo la ciudad arde mientras apoya la frente sobre el cristal helado. Son las cuatro y media y el asfalto se derrite bajo las vaharadas de sol amarillo: la luna de los coches se metamorfosea en metal fundido, la cal de las fachadas es un enorme cristal de sal, y estamos en septiembre.

A esto (pero no a esto, claro, al hermano menor o la imitación de esto), en América, cuando ella estudiaba allí, lo llamaban *Indian summer*: el último coletazo del verano, la despedida furiosa del calor tras la cortina cuando la función ya estipula su salida. *Indian Summer* es también una canción de los Doors. Ella, allí, en Boston, donde hizo el máster en Derecho Criminológico y perdió casi doce kilos, estuvo saliendo con un tipo que se parecía a Jim Morrison. No se llamaba Jim, sino Donald, como el pato, y le olían los pies. Tampoco era su príncipe azul, Don (le llamaban Don): como no lo fue su marido Adán ni probablemente lo sea este tipo que la reclama patéticamente desde el fondo del WhatsApp, porque el matiz de azul que ella prefiere no viene reflejado con exactitud en el Pantone y las combinaciones cromáticas no siempre son fieles a los colores prometidos. Le cuesta dar con el hombre adecuado, sí, joder, pero no porque sea rara, porque ella no es rara, sólo exigente.

Se mira en el reflejo del cristal y ve a una mujer normal, harta y cansada y quizá asustada como cualquier otra mujer, y no a ese monstruo de laboratorio que pretende el hombre que no se puede nombrar. El móvil zumba de nuevo en la negrura de su bolso.

—Hay que ver que no me llamas —se queja Sergio en un tono no apto para diabéticos—. Ni me llamas ni me escribes ni nada de nada. Voy a empezar a pensar que no te importo un pito, a pesar de lo bien que lo pasamos juntos la otra noche.

No, hombre, tampoco es eso, lo que pasa es que ella está más liada que la pata de un romano, lleva una semana loca con un caso que la trae de cabeza, sí que piensa en llamarle pero tiene que encontrar el momento propicio, por supuesto que le importa, que no sea bobo. Cree que todas esas tonterías adolescentes aplacarán al hombre del móvil y le permitirán seguir disfrutando a solas del aire acondicionado, por eso se sobresalta cuando él exige verla, sí, hoy, sí, ahora, porque tiene algo que quiere darle, algo que le va a encantar, así que qué tal si él se pasa directamente por jefatura y hablan, pero, alarma, ahora no es posible, ahora ella no está en jefatura, va camino del centro en autobús por un asunto de trabajo, anda, una risa, mejor aún, si resulta que él también está en el centro, acaba de salir de comer con un amigo, dónde para el autobús de ella, dónde pueden verse. Esther examina el cristal de la ventanilla y por un momento estudia el rostro obviamente incómodo de la mujer que se esfuerza en ser normal, y, detrás, a un lado, de golpe en su campo de visión invertido, otro rostro que conoce, que ocupa un estante de su memoria que no puede ubicar en este momento. Es un individuo rojizo que se vuelve y sale de la ventanilla, y al que un instante más tarde, una vez que el autobús se haya detenido y las puertas neumáticas se hayan abierto con el movimiento de espantar a un pájaro, desaparece en el exterior.

—El 40, muy bien —zanja Sergio en el teléfono—. La última parada es en la esquina de San Pablo. Te estoy esperando allí. Aquí, porque llego ya.

Y, en efecto, allí está él, en la marquesina frente a la iglesia de la Magdalena, atento a verla descender de su carroza para tomarla de la mano, no vaya a tropezar en el estribo, y concederle un fugaz beso en los labios que sólo contribuye a que ella se incomode todavía más. Porque es imbécil, ella, evidentemente: en vez de

entusiasmarse, de teñir las cosas de color chicle, de sentirse la princesa Disney con sus zapatitos nuevos, se dedica a desconfiar, a retraerse, a elevar un muro invisible a pesar de que ella es normal, por supuesto que normal, corriente al ciento por ciento, a pesar de que a lo largo de todo el camino hacia la Alameda, trufado de ciclistas kamikazes que están a punto de arrollarlos hasta en seis ocasiones, no haga más que mantener una higiénica distancia de medio metro entre ambos, y de que él, el pobre, no cese de parlotear gesticulando con las manos, intentando tal vez asirla a través de la zanja que ella se encarga muy bien de marcar. Por suerte, los dígitos del reloj avanzan al mismo ritmo endiablado que sus sandalias sobre las aceras y en pocos minutos divisan las mesas del bar, frente a la comisaría; son las cinco menos cinco, y Ancona aún no ha llegado.

—¿Y bien? —responde ella, cuando los dos se sientan en el velador a esperar—. ¿Qué es eso tan importante que tenías que enseñarme?

—Pues mira —la sonrisa de Sergio amenaza con eclipsar la luz cegadora de media tarde—, es una oportunidad única.

La verdad es que Esther no entiende muy bien los motivos, porque este hombre lo tiene todo, es agradable, atractivo, de maneras pausadas, con un futuro de muchos metros cuadrados y orientado hacia el norte que podrían amueblar juntos, y sin embargo ella se mantiene en segunda fila, retrocede sin remedio en cuanto él, con un entusiasmo que resulta del todo meritorio, comienza a carraspear y a extraviarse en una serie de preámbulos que a Esther le cuesta muchísimo seguir, que parece preferible escuchar de fondo mientras se vuelve a examinar la plaza, la gente que pasea a perros forrados de pelo como alfombras asiáticas, los niños escalando barras en el parque, las parejas de la mano, los ciclistas, otra vez los dichosos ciclistas, un vagabundo con un abrigo pesadísimo arrastrando un carrito de supermercado hacia el contenedor de la basura, y, de nuevo, sí, la cabeza rojiza que entrevió en el cristal del autobús, el desconocido sin embargo conocido que ahora vuelve a diluirse entre los viandantes dejándola con la misma sensación de vacío en los labios.

—¿Qué te parece? —resulta que el hombre atentísimo del velador acaba de sacar de alguna parte tres entradas para Isla

Mágica—. Me las han dado en el colegio, el Departamento de Orientación tiene sus cosillas. Podemos elegir el día. Juntos, Tomás, tú y yo: será una espléndida terapia para él, divertirse como un niño más. Te dije que te iba a encantar. El setenta por ciento de los menores de edad prefiere los parques de atracciones a los juegos electrónicos, lo que ya es decir.

—Hola.

El saludo ha sonado más bien a un graznido, y proviene de la aparición que acaba de materializarse junto al velador: los vaqueros negros, las gafas negras, el pelo negro y la camiseta de tirantas negras sobre una piel en exacto negativo corresponden a una mujer joven, que Sergio saluda con embarazo después de que Esther la presente como Ada Ancona, la compañera con la que se había citado. Comprendiendo enseguida que su presencia allí igual no es necesaria del todo, Sergio se ofrece a ir a la barra a por las bebidas: un café con leche largo de café y con la leche muy caliente para Esther y nada de nada para la mujer blanca y negra. En cuanto él desaparece tras el umbral del bar, Ancona se apropia de su sitio y gira la cabeza en todas direcciones hasta que un tope en el cuello la detiene; pese a las similitudes, no es la niña de *El Exorcista*.

—¿Qué pasa? —Esther se da cuenta de que Ancona está inquieta y considera inútiles los prólogos.

—Te voy a ser sincera —Ancona no deja de barrer la plaza con las gafas de sol—: nunca me has caído muy bien.

—Ah, genial.

—Pero me fío de ti. Tenía que verte cuanto antes porque necesito darte una cosa.

—¿Y no podía ser en jefatura?

—Hace tres días que no piso jefatura —la cabeza frena su círculo de nuevo—. No tengo tiempo, esto me quema en las manos. Era de Raúl.

Otro fantasma, otra barrera detrás de la que Esther se escondió, otra ocasión perdida de ser normal.

—¿El qué? —quiere saber—. ¿Tiene que ver conmigo? ¿Con nosotros?

La respuesta ha de esperar a que Sergio, que acaba de regresar de la barra, haga equilibrismo con una taza y un vaso de agua y los deposite sobre el velador sin derramar nada, antes de volver al

interior a por un par de cosas más que no ha podido recoger. Durante el lapso, tanto Ancona como Esther fingen que el hombre no está allí y examinan de nuevo la Alameda haciendo recuento de ciclistas, niños, ancianos, vagabundos; la señal para reanudar la conversación es su desaparición en las tinieblas que rodean el mostrador.

—Tiene que ver con Raúl y la Caja Cero —dice Ancona—. Primero pensé en darte un *pen*, pero no creo que sea suficientemente seguro. Mejor…

Alto. El hombre está otra vez aquí con su radiante sonrisa de costumbre, una segunda taza, esta de té, en la mano izquierda, y en la derecha una porción de tarta de zanahoria cuyas alabanzas comienza a encadenar sin incomodidad aparente: natural, dietética, sin azúcares añadidos, sabor, textura, etcétera. Hasta que, de repente, la taza de té estalla. Esther contempla sin entender la porcelana hecha pedazos, el agua hirviendo que salpica el antebrazo de Sergio y le obliga a recular con una blasfemia: por un momento tiene la disparatada idea de que Ancona le ha lanzado un hechizo para quitárselo definitivamente de encima y permitirles hablar a solas. Pero no, no es eso. Porque Ancona se pone violentamente en pie haciendo chirriar la silla de aluminio sobre el embaldosado, justo en el momento, en el instante coreográficamente exacto en que un ciclista con auricular cruza frente a ella al otro lado del velador, se ladea, cae, resbala varios metros adelante y se queda quieto, sin moverse, con las piernas en aspa.

La primera en gritar es una de las clientas del bar situada en la mesa de la derecha, que se aleja a cuatro patas hacia el interior en cuanto el sonido del tercer disparo es claramente perceptible. Ahora sí: el vagabundo del otro lado de la calle, el que hasta hace unos momentos se distraía en repescar cosas en las profundidades del contenedor de basura, ha sacado una pistola de debajo del abrigo y está disparando contra ellos. Ancona trata de responder llevándose la mano a la zona trasera de su cinturón, donde abulta la cartuchera, pero es inútil: el primer impacto, en el vientre, la dobla hacia adelante, y el segundo, como un puñetazo, le embiste en el hombro haciéndola caer. El arma ha rodado unos pasos, donde Esther la encuentra después de reptar entre colillas, charcos de café, sandalias que huyen y gritos. No le cuesta nada empuñar la culata

con ambas manos y hacer fuego sobre la sombra del otro lado de la plaza, que, repentinamente asustada, ha abandonado su carrito y huye por una de las calles laterales.

—No, no digas nada. No hables.

A su lado, Ancona vomita sangre, los ojos tan abiertos y negros como sus gafas de sol. La primera herida, la mayor, empapa su camiseta a la izquierda del ombligo; la otra le ha convertido el hombro derecho en barbacoa. Las manos de Esther aprietan con todas sus fuerzas sobre ambos orificios, intentando que nada se escape, pero los dedos se le hunden sin remedio en una piscina espesa y roja, sobre todo los que cubren el vientre; allí, a unos metros, otro charco del mismo color rodea al ciclista abatido.

—¡Sergio! —grita ella—. ¡Sergio! ¡Llama a una ambulancia! ¡Ya!

Lamentablemente, Sergio no puede serle de ayuda. Ni a ella ni a nadie. Debajo de otra de las mesas, en posición fetal, los ojos en trance, repite una vez y otra el mismo estribillo: eran uno, dos y tres los famosos Mosqueperros, el pequeño

D'Artacán

siempre va con ellos.

La clínica Hipnosur ocupa un ángulo de cuarenta y cinco grados entre las calles Juan de Mata Carriazo y Virgen de la Sierra, en el distrito más exclusivo de la ciudad. El exterior no permite sospechar nada de las actividades que tienen lugar en su interior: los dos cristales de azul submarino, con el logotipo de la empresa en grandes letras de palo bajo un ojo abierto, son los únicos datos de que el curioso dispone antes de aproximarse al recibidor, donde le aguarda Mónica. Mónica es una chica escuálida, de veinticuatro años, con el cabello debidamente plano trazando una línea sobre el bulto de la nuca, que responde el teléfono del mostrador y teclea un ordenador con diez uñas lacadas de rojo plástico. Mónica no está habituada a los sobresaltos, lo cual no es de extrañar en una clínica dedicada al sueño y sus entresijos: vive aislada en su universo con moqueta, el sillón de cuero *beige* donde una rubia tostada repasa el *Diez minutos*, el hilo musical, el ambientador de tonalidades tropicales, el fiel celador con bata blanca al otro lado del arco detector de metales que la rescatarán de cualquier imprevisto

desagradable. De sorpresas como la de este individuo de camisa mal lavada y pelo lleno de rayas que acaba de plantarse en la recepción.

—Necesito ver al doctor Lalanda —tartamudea—. Al doctor Lalanda. Verlo. Enseguida: ya.

Mónica intercambia una mirada de preocupación con el celador: este tipo no le gusta. No es sólo su aspecto, que le hace parecer salido de un sótano, un garaje polvoriento donde habrá pasado escondido los últimos veinte años, es su manera de comportarse, de zancajear arriba y abajo por el vestíbulo importunando a la rubia de la revista, desbaratando y volviendo a recomponer la geometría de su cabello, deteniéndose de golpe a examinar los anuncios del tablón, apretándose y soltándose alternativamente, una vez y otra, el reloj de pulsera.

—¿Tiene usted cita? —responde ella sin inmutarse.

—No. Tengo que ver al doctor Lalanda. Y tengo que verlo cuanto antes —la correa del reloj se tensa y se relaja, se endurece y vuelve a resbalar—. Es por los ojos. Dígaselo, él sabrá por qué: por los ojos.

Mónica practica una segunda mirada estratégica hacia el celador, cuya anatomía de bisonte el recién llegado haría bien en no descuidar, y comienza a agitar el ratón del ordenador con forzada soltura.

—Le repito que si no tiene usted cita previa es imposible. Veo que el doctor Merino sí que puede atenderle.

Algo interrumpe la mano de Mónica sobre el teclado del ordenador: esta criatura del submundo acaba de asirle la muñeca. Se repite la mirada al otro lado del mostrador, el celador avanza un paso con el mismo ademán de querer aplastar una cucaracha.

—Dele esto. Al doctor Lalanda —el hombre del pelo rayado ha dejado en la palma de Mónica un globo de cristal algo mayor que una canica—. Dígale que lo he visto, que lo veo en sueños. Dígale que me los arrancan, como este, una y otra vez. Él comprenderá.

Luego el individuo se retira y sigue abriendo y cerrando la correa de su reloj, deslizando la lengüeta sobre el antebrazo sin que la presilla se decida por ningún orificio en concreto. Mónica estira la mano y observa el globo de cristal: es un ojo. Un ojo blanco con una fina pupila de zafiro o esmeralda en el polo superior, que de repente gira para observarla a su vez. Sin decir una palabra más,

decide ponerse en pie, y, dedicando una última mirada de soslayo a la bata blanca del celador, se interna en el pasillo de la izquierda. Va a detenerse frente a la última puerta, también de la izquierda, donde golpeará con los nudillos antes de aguardar una orden.

—Adelante.

El doctor Lalanda se aburre tranquilamente frente al ordenador. Se dedica a rastrear páginas de internet donde oferten una moto acuática a buen precio: acaba de regresar de su veraneo en Santi Petri, en la costa de Cádiz, pero ya programa el venidero, donde sorprenderá a sus amistades sobre el lomo de una rugiente criatura de doscientos cincuenta caballos. Apenas hace caso a Mónica cuando ella le explica que hay un desconocido en recepción que desea verle con urgencia, que es un poco raro pero insiste, como si le conociera. El doctor Lalanda agita la cabeza para redistribuir las cuatro hebras serviciales que amortiguan su calvicie y replica:

—Estoy ocupado. Además, me marcho en quince minutos. Antonio puede ocuparse.

Mónica avanza hacia el interior de la consulta y deposita el globo de cristal frente al monitor del ordenador.

—Quiere verle expresamente a usted —aclara, con una especie de misterio—. Me ha dicho que le dé esto, que usted comprenderá. Que lo ve en sueños y no sé qué. Que se lo arrancan, que le pasa una y otra vez y que usted sabe de qué habla.

El globo de cristal reluce entre el pulgar y el índice del doctor Lalanda cuando, después de subirse las gafas hasta aplastarlas contra el entrecejo, se lo acerca para estudiarlo con más detenimiento. Durante un rato, el globo ejerce sobre él una fascinación extraña, como si se tratara de una esfera de cristal mayor y más arcana, que le mostrara imágenes del futuro, escenas veladas al común de los ojos mortales.

—¿Lo echo?

—No —decide el doctor al fin—. Hazle entrar. Pero asegúrate de que pasa por el arco de seguridad.

Fuera, la pobre rubia ha abandonado el *Diez minutos* para arrinconarse en un extremo del sofá, acosada por el hombre de la camisa parda, cuyas vueltas prosiguen por aquí y por allá rebañando el espacio que le brindan la moqueta y los zócalos. Por último ha ido a detenerse frente al panel de la derecha; allí, entre

anuncios de oenegés y ofertas bancarias, un atento cartel informa de los servicios de Hipnosur: tratamiento mediante hipnosis, dejar de fumar, duelo, pérdidas de peso, depresión, separaciones, trastornos del sueño, pioneros en Andalucía.

—El doctor Lalanda le atenderá ahora —anuncia Mónica en una voz más alta de lo que hubiera deseado—. Pase por aquí, por favor.

El protocolo exige que el recién llegado rellene un formulario con sus datos personales y a continuación atraviese el arco de seguridad bajo la atenta mirada del celador. Junto al arco hay una bandeja parecida a la de los comedores sociales.

—Debe dejar aquí todo objeto punzante o potencialmente peligroso —Mónica señala la bandeja—. Navajas, tijeras, incluso llaves. La hipnosis puede despertar reacciones inesperadas en los pacientes.

Las armas potenciales del hombre de la camisa parda son las siguientes: las llaves de casa, un mechero, una lente procedente de un microscopio desmontado, un lápiz de Ikea, un número de la carnicería (el 036), una gomilla, un tapón de Fontvella. Aunque él se deshace obedientemente de todas para depositarlas en la bandeja, no es suficiente: el celador le exige que se quite también el reloj. Así que afloja una vez más la correa, lo coloca junto al resto de su arsenal, franquea el portal, toma de nuevo el reloj y regresa a su rutina de apretarlo y soltarlo contra la muñeca mientras, como precaución suplementaria, el celador le cachea el torso y las caderas. Está claro que para la clínica Hipnosur los únicos secretos tolerables son los del subconsciente.

El doctor Enrique Lalanda aguarda jugueteando con el globo de cristal entre los dedos; en el momento en que el desconocido ingresa en la consulta, lo hace rodar una última vez por las líneas centrales de la mano y lo abandona en el escritorio, junto a vagas fotos de niños y una mujer en la playa. La mirada del doctor Lalanda se frunce con desconfianza ante la camisa mal lavada, el cabello bien peinado, la tez ascética, el aspecto general de este hombre que desea hablar con él.

—Quería usted verme, creo —entona volviéndose hacia el formulario que Mónica ha dejado en su mesa antes de salir.

—Es por los ojos, doctor —el desconocido se sienta—. Sueño continuamente con que me arrancan los ojos. Una y otra vez, una y

otra noche. Incluso empiezo a sentirlo despierto, y tengo miedo. Miedo de que alguien me persiga para hacerlo: para arrancarme los ojos. Por eso compro ojos de cristal, porque ¿y si me quitan los míos?

El doctor Lalanda tiene un tic, consistente en hacer chasquear la zona dorsal posterior de su lengua produciendo un sonido muy similar a dos bolas de billar que chocan de lejos, en un tapete situado en otra habitación. Ese impacto suele producirse cuando alguna duda asedia al doctor Lalanda, cuando, contra su voluntad, se ve arrastrado por el recelo o la incertidumbre. Igual que ahora.

—Se llama usted Modesto Pardo, ¿verdad? —toma el formulario —. Y tiene cuarenta y dos años. Trastornos previos: mal de Hamperdink. ¿Qué leches es eso?

El peinado de Modesto Pardo es roturado por una mano que lo recorre nerviosamente de la frente a la oreja izquierda; la correa del reloj vuelve a tensarse en el antebrazo.

—Los veo por todas partes —revela en voz baja, casi volcado sobre el escritorio—. Vienen a por mí, y quieren mis ojos. Quieren arrancármelos, rajármelos con un bisturí. En sueños veo cómo me tumban sobre la acera y me los sajan limpiamente, como sacando una ostra de la concha, con absoluta frialdad profesional —Lalanda chasquea—. Usted puede curarme, ¿verdad? Me han dado su nombre, me han dicho que usted hace maravillas. Lo pone en el prospecto de su clínica. Y por lo que se ve —mira alrededor—, sus clientes se muestran satisfechos.

Durante unos instantes, el doctor Lalanda parece sopesar algo: contempla alternativamente a este individuo insólito, que sigue estudiando con mucho interés la decoración de su consulta, y el ojo de cristal, con el iris turquesa, que ha situado frente al retrato de sus dos hijas. Después de un rato de zozobra, no muy distinto de sus intentos de guardar el equilibrio en el yate que le alquila todos los veranos un vecino bien situado en Santi Petri, una decisión se le impone de golpe y porrazo:

—De acuerdo. Aunque esto es un poco inusual, probaremos a someterle a sugestión hipnótica.

—¡Un momento! —el hombre levanta una mano, la del reloj—. Me advirtieron lo de la hipnosis, sí, pero yo también tengo mis dudas, ¿sabe? No me han hipnotizado nunca antes. Será seguro,

¿no?

—Por supuesto, no tema. Sólo tiene que relajarse.

—Hum —la mirada con que Modesto Pardo escruta ahora lo que le rodea recuerda a un animal acorralado—. ¿Y si despierta algo dentro de mí que no conozco? ¿Y si encuentra dentro de mí algo que yo no quiero que encuentre?

—No tema, señor Pardo —el doctor Lalanda sonríe con la boca en diagonal—. Viejos recuerdos y traumas olvidados pueden salir a la superficie, sí. Pero le ampara el secreto profesional.

—¿Y si…? —los dos dedos medios del hombre de la camisa presionan ambos lados de su cráneo con fuerza, como intentando abrir orificios paralelos a la altura de sus sienes—. ¿Y si… Mis ondas cerebrales o lo que sea contactan sin querer con las de otra persona? ¿Con otras mentes? El pensamiento es como una radio, ¿no? ¿Y si usted, al hipnotizarme, mueve el dial y me hace sintonizar con gente que no conozco? Eso es la telepatía, ¿no? Eso hacen los médiums. ¿Y si contacto con los muertos, por ejemplo?

—Usted relájese —chasquea el doctor Lalanda con cansancio.

La luz de la consulta puede regularse con un útil interruptor de rosca situado en la pared de enfrente del escritorio; lo cual, unido al estor corrido, sume suavemente el ambiente en una oscuridad de algodón. A continuación, un punto blanco se materializa en una pantalla que ha surgido por sorpresa en el flanco derecho de la sala, solapando diplomas: la voz del doctor, cada vez más sugerente y acuática, solicita a Mo Pardo que se concentre en el punto, que fije su vista indeleblemente en él, que se introduzca en el punto, en el resplandor cada vez más brumoso del punto, hasta que el punto se deshilache, se desmenuce como sin querer, pierda sus bordes y su centro revelándole que está muy cansado, que una fatiga enorme le vence, que le cuesta fijar la vista a las claras, que el mundo se entenebrece aún más. De pronto, Lalanda abandona su asiento y toca la frente del hombre de la camisa con dos dedos.

—Ahora estás bajo mi poder —ordena ásperamente—. No sentirás dolor, no sentirás nada de lo que roce tu piel.

En una cajita, junto a la lámpara del escritorio, se acumulan clips, chinchetas, monedas de poco valor. El doctor Lalanda toma un alfiler con el filo de la uña y lo clava sin transición en la mano derecha del hombre de la camisa. No hay reacción visible: la mano

está hecha de caucho.

—Bien —Lalanda devuelve el alfiler a su sitio—. Ahora di la verdad: ¿Quién eres? ¿Por qué has venido a verme?

Una capa de vidrio recubre la mirada de Mo Pardo, en cuyas profundidades, inerte, se repite el punto blanco de la pantalla. Responde con una voz profunda, subterránea, la voz de alguien aprisionado en el fondo de un sótano o una mazmorra; el tono despierta algo en los sentimientos del doctor Lalanda con lo que no le gusta cruzarse.

—Llevo mucho tiempo buscándote, médico. He atravesado abismos de tiempo y océanos infinitos para dar contigo. Para obligarte a que pagues todo cuanto hiciste.

—¿De qué estás hablando? —Lalanda empieza a sudar.

—Mi nombre te será familiar, o más te vale que lo sea —una pausa—. Soy Fernando Santonja Aparicio. ¿No palideces ante mi mención? ¿No flaquea la sangre en tus venas? Sí, yo creo que sí. Tú fuiste mi médico, y faltaste a tu juramento: prometías proteger mi vida, cuando la destruiste. Me trataste en el año 91, dentro del módulo municipal contra la toxicomanía, en el ambulatorio del Pumarejo, junto con otros compañeros a los que también arrastraste a la oscuridad. Otros cuatro, en total, ¿recuerdas?

Aunque el aire acondicionado funciona a pleno rendimiento y los estores de la consulta bloquean cualquier posible intrusión del sol de la tarde, el doctor Lalanda suda cada vez más. No tiene nada que decir: se limita a sudar. Más y más.

—Nos propusiste un negocio que debía ser muy lucrativo —prosigue la voz del sótano—. Algo deslumbrante para nuestros pobres bolsillos, acostumbrados a guardar tan sólo pulgas y pelusas de polvo. Ensayar, dijiste, un medicamento para la vista que todavía no había salido al mercado, comprobar sus posibles efectos secundarios. Nada peligroso, según tus propias palabras, sólo podía beneficiarnos. Mejorar nuestros problemas de retina, remediar la pérdida de vista en que nos había hundido una miopía que avanzaba con la edad. Nada: una sencilla operación ambulatoria, tomar el dinero y adelante. Habías escogido bien, médico. Cinco vagabundos, miopes profundos, drogadictos, sin oficio ni beneficio, heces a las que nadie echaría en falta si el asunto se torcía. Y que jamás mancharían las manos de tus capitostes alemanes, el

laboratorio Asa Septa.

El espanto maneja al doctor Lalanda como una marioneta. Moviendo sus hilos, le ha hecho retroceder, volver a avanzar, chasquear la lengua, abrir la puerta de la consulta para asegurarse de que nadie escucha desde el pasillo, cerrar la puerta de nuevo, chasquear de nuevo la lengua, sacarse un pañuelo de papel de la bata para enjugarse el sudor que le empapa la calva.

—¿Quién le ha contado todo eso? —le cuesta horrores dominar el volumen de su voz—. ¿Quién es usted?

—Te lo he dicho —responde la voz—: soy Fernando Santonja Aparicio.

—Ese hombre está muerto —alega Lalanda con una duda.

—Sí. Y tú me mataste. Como a los otros cuatro. La operación fue un fiasco y en vez de solucionar nuestros problemas de retina nos dejó ciegos. Tu medicamento maravilloso nos provocó una necrosis en el nervio óptico. Tuviste que disponer de nosotros para que no metiéramos en un lío a tus amigos alemanes, desempolvar tus viejos conocimientos de cirugía y eliminar las pruebas: los ojos contaminados con el dichoso suero experimental.

La camisa sucia tiembla cuando el doctor Lalanda, fuera de sí, aferra las solapas con los dos puños.

—¿Quién eres, maldita sea? —ruge entre dientes—. ¡Habla! ¿Quién coño eres?

—Te lo he dicho —repite, monótona, la voz—. Soy Fernando Santonja Aparicio. He regresado del abismo de la muerte para hacerte purgar tus pecados. En el reino de las sombras hablé con otras de tus víctimas y pude saber lo que ignoraba, porque allí no existe muro, alma ni suceso imposible de penetrar. ¿Crees que miento? ¿Cómo podría saber entonces que tienes una hermana perdida, de una mujer que no es tu madre, y que te preocupa la verruga de nacimiento que hay en tu ingle derecha?

El horror empuja hacia atrás a Lalanda, esquinándolo contra el escritorio.

—¿Qué… Qué quieres? —balbucea—. ¿Qué quieres?

Al ponerse lentamente en pie, el hombre de la camisa no es sólo un hombre: sobre su sombra aguileña se superponen un centenar de sombras venidas de otra parte, como una nube de humo que busca sin conseguirlo un perfil preciso y es sucesivamente un rostro, una

península, un navío, una montaña. Como un hombre que en realidad es otro hombre, muchos otros hombres. Todos ellos levantan un dedo admonitorio en las tinieblas.

—He venido a exhortarte a la penitencia —pronuncia—, si es que quieres salvar tu alma del tormento perpetuo. A que confieses, a que reconozcas tu culpa ante los vivos. O de lo contrario… Te arrastraré conmigo al otro lado y allí expiarás tus actos por los siglos de los siglos… Tú me mataste… Mataste a Fernando Santonja Aparicio.

Unas aguas nauseabundas han estado hasta ese momento presionando un dique en el interior del doctor Enrique Lalanda, cuyo tic se ha convertido casi en un galope de cascos en el extremo de su paladar; ese dique acaba de ceder y ahora algo escapa por todas partes, un líquido antiguo y oscuro que anega sus axilas y sus lagrimales.

—¡Sí! —gime—. ¡Lo hice! ¡Es cierto! ¡Maté a Fernando Santonja Aparicio y a otras cuatro personas!

—Y lo hiciste durante las pruebas experimentales de un medicamento llamado Perfluoroctano, de la empresa Asa Septa, que no estaban aprobadas legalmente, y que luego fue retirado por efectos nocivos en sus usuarios.

—¡Sí! —las gafas del doctor Lalanda se han empañado—. ¡Así fue todo! ¡Y con el millón de euros redondo que conseguí por aquello compré esta clínica y el chalé en Santi Petri! ¡Es cierto! ¡Y aprovecho las sesiones de hipnosis para arrancarles secretos a mis pacientes y chantajearlos más tarde! ¡Todo es verdad, sí!

—Entiendo lo del arco de seguridad. Tienes muchos pecados que purgar, médico.

—¡Eché a mi última secretaria por no bajarse las bragas en esta misma consulta! ¡Y ahora me quiero comprar una moto acuática porque no soporto que mi cuñado presuma de su fuera borda enseñando fotos en todas las comidas familiares! ¡Es verdad! ¡Pero no me hagas nada, por favor! ¡Te lo suplico!

—De acuerdo. Es todo lo que quería de usted, doctor. Muchas gracias.

Las sombras se retiran y el hombre de la camisa vuelve a ser sólo eso, un hombre: para obrar la reducción, basta con que se haya aproximado a la ventana para alzar la cortina y con que gire el

interruptor de modo que una luz amarilla obligue a ambos a entornar los ojos. Una vez efectuado lo cual, decide retomar cómodamente su asiento frente a la mesa y dedicarse a la prestidigitación con el ojo de cristal.

—¿Qué? —atónito, el doctor se retira las gafas para restregarlas con el faldón de la bata—. ¿Era mentira? ¿No estaba usted bajo hipnosis?

La voz de Modesto Pardo es de la misma tonalidad del sol que luce afuera, contra los cristales; reluce igual que su rostro de césar romano, como en una moneda recién acuñada.

—¿Conoce usted a Adam Antium? —dice—. ¿No? Es un gran ilusionista, que practica la hipnosis y el escapismo. Vive en Madrid, pero ha dado varios espectáculos aquí en Sevilla en un par de ocasiones, la última el año pasado. Debería ir a ver lo que hace. Es el marido de una buena amiga… O lo era: él marido y ella amiga. Fue Adam Antium quien me contó tres o cuatro trucos para contrarrestar la sugestión hipnótica, a cambio de un favorcito que le hice. Como lo de superar la prueba del alfiler apretando la correa del reloj para detener la circulación.

—Pero… pero… ¿Y los detalles que conocía? ¿Y Fernando Santonja? ¿Y mi hermana, y la verruga?

—Los archivos de sus historiales siguen en el ambulatorio del Pumarejo, y aunque convenientemente maquillados, según usted bien sabe, aún permiten leer entre líneas. En cuanto a lo otro, qué quiere que le diga: debería ser más prudente con su cuenta de Facebook, como todo el mundo.

Los siguientes cinco minutos los invierte el doctor Lalanda en realizar la imitación de un perro acosado por las avispas. Huye de ellas, trata de cazarlas, las sacude de su hocico, las persigue por las esquinas de la consulta sin cesar de hacer sonidos con la lengua. Hasta que, en cierto punto, se detiene frente a la pantalla en que todavía luce, amortiguado, el punto blanco, se pasa una mano densa y torpe sobre el labio inferior y empieza a emitir otro tipo de sonido. Este es menos nítido y rotundo que el otro, más misterioso: es como si finalmente hubiera atrapado a esos insectos que le mortifican y le sisearan en la boca. Modesto Pardo necesita un rato para entender que se trata de una risa.

—¿Qué le hace tanta gracia?

—Esta confesión no vale nada —el médico se vuelve con las gafas ladeadas—. Lo negaré todo. Usted no tiene pruebas, no puede haberlo grabado: cacheamos a todos los pacientes antes de entrar en la consulta, ya sabe por qué.

No es mucho lo que Pardo necesita para triturar, literalmente, el desafío del doctor Lalanda: se limita a apretar en el puño el ojo de cristal, que al quebrarse produce el sonido de la almendra en el interior del turrón. Al abrirse de nuevo, la palma revela, entre los fragmentos blanquecinos, una cosa negrísima con alambres y un cable que se enrosca sobre sí mismo. Un insecto de metal mucho más nocivo, a lo que parece, que ninguna avispa.

—Me temo que no miraron bien del todo… —concluye—. O que debería cachear también usted a su secretaria, aunque estoy seguro de que para eso no necesita mi sugerencia. El muy conocido refrán: la ambición rompe el ratón. No, no, no. La curiosidad mató al calzón. Bueno, la idea es esa.

El espectáculo del doctor Lalanda inicia su siguiente número. Después de la imitación, viene la coreografía: tres pasos hacia atrás y uno adelante, dos más hacia atrás y otro adelante otra vez, antes de arrojarse en pose rampante sobre el canalla del pelo rayado y aferrar su asquerosa camisa con ambas manos, como para arrancársela de los hombros. El número incluye, además de los pasos, un ejercicio de gesticulación, con baboseo incluido, donde se reproduce el modo en que un hombre intenta desembarazarse, moviendo párpados, entrecejo y mejillas, de una procesión de hormigas que le recorre la cara. Finalmente, el baile se decanta por un nuevo retroceso, la búsqueda del escritorio, la caída a plomo sobre la silla situada junto a la ventana, la fijación de la vista en el suelo, dos manotazos y luego tres sobre el ralo cabello que cubre su cráneo. Ahí todo se detiene: la música parece haber cesado en el interior de sus oídos. La danza ha concluido.

—No —sentencia de repente el doctor Lalanda en un tono categórico—. Esto sigue sin valer nada. Todo esto sucedió hace veinticinco años. No diré que me sienta orgulloso de lo que hice, pero pasó y agua pasada no mueve molino —al alzar la vista del suelo, su mirada ya no vacila—. El delito ha prescrito.

—Los de hace veinticinco años, sí. Los muertos de hace dos semanas aún están frescos.

—¿Qué? —la risa del médico es ahora de total franqueza—. ¿De qué me habla?

—No se haga el sueco, ni el sonámbulo, que le va más —por primera vez, Modesto Pardo siente el asiento incómodo bajo sus posaderas—. Tres vagabundos han sido asesinados en los últimos quince días con el mismo *modus operandi* que los de un cuarto de siglo atrás: el suyo.

A Lalanda le basta con negar con la cabeza.

—Yo me incorporé ayer mismo al trabajo —dice—. Regresé anteayer a Sevilla de mis vacaciones y he estado el verano entero fuera, primero en Suiza, visitando a unos amigos, y luego en mi chalé de Santi Petri. Me parece que se equivoca usted de persona, Chapulín. Yo también veía la serie en el vídeo comunitario, de joven.

—Mis antenitas de vinil están detectando la presencia del enemigo. Y según esas antenitas, lo suyo no son más que tonterías. ¿Me está diciendo que alguien ha imitado sus crímenes? ¿Que tiene un admirador secreto? ¿Se cree un artista o algo? ¿El doctor Mabuse?

Algo bloquea de repente la mente del hombre que cita al Chapulín Colorado. Digamos, para entendernos, que conducía una suerte de vehículo, una bicicleta o un patinete, que conocía al milímetro el trayecto que debía traerle hasta este punto, y que de buenas a primeras un socavón inesperado se interpone en su camino. La hipnosis, pero una hipnosis más verdadera y profunda que la pantomima de unos minutos atrás, parece haberse cernido sobre él cuando extrae lentamente del bolsillo de la camisa un recorte de periódico manchado de grasa. El recorte, plegado en cuatro, se abre como una flor en su mano incrédula: *El destripador de vagabundos de la Alameda*.

Ese mismo mediodía, después de abandonar el ambulatorio, Mo Pardo había estado en el taller de Valbuena e Hijos, maestros vidrieros, y acodándose sobre el oscuro mostrador abierto hacia la plaza de San Lorenzo, había recibido de manos de Julián, el Valbuena más pequeño, una esfera de cristal del tamaño de un dado que había estudiado al trasluz de la puerta, apreciando la fina

transparencia de la porcelana y las vetas azules y esmeralda del disco superior. Añadamos que Pardo había sonreído apreciativo, curvando su labio inferior, y que había devuelto el ojo de cristal, porque un ojo de cristal era, suavemente al mostrador.

—Estupendo —había dicho—. Es justo lo que necesitaba: no se nota nada. Ni siquiera en el peso.

Luego se había vuelto hacia el exterior, hacia el aire abrasado del exterior, donde había creído percibir, tras dos parejas de moscas borrachas, una sombra que conocía. Los hornos de Valbuena e Hijos se encontraban en el sótano, tras un tramo de escaleras sin iluminar, pero la diferencia de temperatura no era apreciable entre el infierno de abajo y el de arriba.

—Le he hecho la pupila con aluminio y óxido de cobre —Julián tiene un buen bigote sudamericano que se suele rascar con la uña del índice—. Creo que como ojo da el pego, ¿no? Entonces, ¿es lo que necesitabas?

—Sí, esto era. Dame un trozo de papel.

A un flanco del mostrador, cerca de la caja registradora, los Valbuena guardan una vieja agenda de 2008 cuyas páginas les sirven para anotar los encargos, olvidar teléfonos y escribir obscenidades mientras algún proveedor les da la tabarra quejándose por teléfono. Julián arrancó una de las páginas y se la colocó delante a Mo Pardo, quien de alguna parte sacó un lápiz de Ikea, mojó la punta con la lengua y la manchó de letras mayúsculas.

—Cuando vayas este domingo al Villamarín —ordenó—, accede por la puerta 11, que da al gol norte. Allí pregunta por Sagrario. Saldrá un tío calvo, con una cicatriz en la frente y una cadena de oro. Dale este papel y él te obedecerá en lo que le mandes. Te servirá para todos los partidos de Liga, pero siempre si vas solo.

El bigote de Julián había temblado con arrobo ante aquel anodino trozo de papel y la inmensidad de lo que contenía.

—Esto es grande, Mo —la voz se encogía en su garganta, y no estaba constipado—. No tenía suficiente para sacarme el carné de esta temporada. Sé que ser bético es un sentimiento, que todos debemos colaborar, pero este año estoy pagando la furgoneta nueva y mira, oye. Esto lo soluciona todo —hubo un silencio, tal vez una conjetura—. Mo, ¿cómo lo consigues? ¿Cómo haces todo esto?

El perfil del hombre delgado se dibujaba sobre la claridad de la

plaza como una sombra en la cal de las fachadas, fuera.

—El listo no es el que recibe favores, sino el que los hace —formuló—: porque ahora le deben todos los demás.

Julián no puede resistir la curiosidad y espía bajo los pliegues lo que Pardo ha escrito en el papel. Al principio lee MOMO; estirando del todo con el pulgar, MO ES EL AMO.

—Por cierto —el hombre delgado se despide ya en la acera—, este de la panadería de al lado es tu cuñado, ¿no? No le importará fiarme de tu parte, ¿verdad?

—Por supuesto que no, Mo, qué cosas —el papel desapareció en la cartera de Julián, junto al billete de cincuenta—. Pídele lo que tú quieras.

Por cierto que la anatomía del viejo Mo Pardo ya no es lo que era, motivo por el cual se vio obligado a cruzar la plaza, hasta los contenedores de basura del otro lado de la capilla del Gran Poder, tratando de dominar los dolores con que la sesión de claqué del día previo habían castigado sus dos hernias discales. Junto a las basuras, un gigante y un enano recogían colillas para aprovechar la hebra; el pequeño era calvo y el mayor rebosaba pelo por todos los poros, aunque aquella no era la más señalada de sus contradicciones. Pardo los saludó con un brik de Don García blanco recién salido de la panadería.

—¡Hombre, si es Mo Pardo! —exclamó Mador por debajo de la barba—. ¡Qué tal! ¿Cómo tú por aquí?

—Ya ves. ¿Y vosotros? Esta no es vuestra zona habitual de aprovisionamiento, ¿no?

—Pues no —Mador se escondió una colilla tras la oreja—. Era la del pobre Tristán, la verdad, pero ahora está vacía. Desde aquí hasta la Alameda y el convento de las clarisas, pasando por la calle de la Torre, donde vivía el alemán.

—¿Qué alemán?

—El alemán de los juguetes, que también murió hace poco. Pero ¿qué llevas ahí?

—Os he visto de lejos y he pensado en traeros un refrigerio.

De un mordisco, Mador arrancó la punta al brik y se regó bigote y barbas de vino caliente; junto a él, en sus cosas, el pequeño Perceval no dejaba de mascar.

—¡Oh, qué bueno! —bramó el gigante con alborozo—.

Estábamos teniendo una mañana de pesca de lo más decepcionante: con esto de la crisis, la gente cada vez tira menos cosas y se decide más a repararlas. La basura ya no es lo que era.

Antes de que el brik aterrizase en la mano tendida de Perceval, Mo Pardo cruzó su brazo.

—Un momento —advierte—. *Vinum memoriae mors*, que dice el docto Juan Luis Vives.

—¿El de la bilirrubina? —duda Mador.

—No, otro. Quiero que antes de beber, Perceval oiga esto.

El ábrete sésamo van a ser dos palabras serigrafiadas en la caña de un bolígrafo, que pasará de manos de Pardo a las de Mador antes de que él las pronuncie con voz de párroco al comienzo de la homilía, y desate en el hombrecito pequeño una cascada de frases irrefrenables. Cuarenta y un afectados por un producto sanitario que provoca ceguera. *Diario de Sevilla*, treinta de octubre de 2005. La investigación alcanza ya once hospitales españoles en los que se utilizó Asa Septa. Se trata de un material que se sospecha que en Euskadi ha dejado ciegos a trece pacientes. Se operaron de desprendimiento de retina en once hospitales o clínicas españolas y acabaron, al menos en trece casos, ciegos del ojo afectado. Ya son cuarenta y una personas, en seis comunidades autónomas distintas, las que han sufrido daños de distinta gravedad por culpa de varios lotes en mal estado de perfluoroctano, un producto oftalmológico que se emplea en este tipo de cirugías. El Ministerio de Sanidad analiza en un laboratorio de Valladolid muestras del líquido, retirado del mercado desde junio, y no descarta que aparezcan más casos.

—Ah, el asunto del Monstruo de los Viejos Días —hubo un asentimiento en la cabezota de Mador, y a continuación un paquete grasiento viajó del bolsillo de su abrigo a las manos de Mo Pardo—. Sí, sabía que tenía que darte algo.

Intrigados, los dedos de Pardo retiran el papel de periódico y sobre ellos se eleva un espeso olor a freiduría. Es un bocadillo de tortilla. Francesa. Con dos bocados en el extremo derecho, por donde asoma un encaje amarillo.

—¿Y esto? —Pardo elevó la vista sin comprender.

—Pensé que te gustaría —la sonrisa de Mador dividía la selva de su barba en dos.

—No, gracias, prefiero el jamón.

—Yo también. Pero en Cáritas no dan más que tortilla, chóped o filete empanado, si es domingo. Por eso he dejado la mitad. Mira el papel.

Una vez que la izquierda ha apartado el bocadillo, la mano derecha de Mo Pardo consigue estirar el pliego de periódico en que venía envuelto y reconocer que se trata de la primera y última planas del *20 Minutos* correspondientes al 15 de septiembre de 2016, hace apenas un par de semanas. La primera se limita a hacerse eco de las noticias habituales: que Rita Barberá seguirá como senadora del Grupo Mixto y conservará su aforamiento, que los sevillanos mayores de dieciséis años decidirán en referéndum la fecha de la próxima Feria de Abril, que si el eterno circo de Pedro Sánchez y los matones del PSOE. Pero la última contiene una sección fija, «Hace 25 años», centrada en este caso en el siguiente titular: «El destripador de vagabundos de la Alameda». No gran cosa: un breve reportaje retrospectivo con las dosis justas de casquería, firmado por agencias y que no aporta más datos que los que Pardo ya posee. Los cinco asesinatos de 1991, el caso abierto, vagabundos, toxicómanos, ojos amputados, nazis que entran y salen del juzgado, tres fotografías de las víctimas nubladas por el aceite de la tortilla.

—Qué curioso, ¿verdad? —Mador se ha asomado sobre el hombro de Mo Pardo después de darle avellanas al pequeño Perceval—. Es de hace dos semanas. Nada, como si dijéramos. A alguien se le ha ocurrido también acordarse de todo aquello, además de a nosotros.

—¿Y cómo es que Perceval no lo recordaba? —había una duda en la voz de Pardo—. ¿No se supone que guarda en la memoria todo lo que lee? ¿Cómo no lo recitó el último día?

Mador se encogió en su abrigo, sobre el que disparaba en sol asesino del mediodía, y puso en la manita del enano un nuevo puñado de frutos secos. El sonido de la masticación de Perceval recordaba el del boxeador que pone en su sitio los huesos de los nudillos.

—La dieta de Perceval son sólo diarios locales —Mador lo contempló con ternura—. Tres, para ser exactos: *ABC, El Correo de Andalucía, Diario de Sevilla*, antes *Diario16*. De este, como del

resto de periódicos gratuitos que reparten en las paradas de autobús, no sabe nada. No lo había leído.

El ojo de cristal había mostrado con una leve presión su presencia en el bolsillo del pantalón de Mo Pardo, recordándole que tenía una misión pendiente y que el día se agotaba despacio, haciendo crecer sombras sobre los balcones. De modo que el bocadillo de Mador no le resultó tan mala idea después de todo.

7. EL EQUIPO A

ESTA MAÑANA DE MARTES, el inspector jefe Lago ha vuelto a dar muestras de su profesionalidad y del rigor que su puesto le inspira. Porque a pesar de que ayer mismo su nieta le empujara sin quererlo mientras se deslizaba con sus zapatillas con ruedas por el rellano de las escaleras, haciéndole precipitarse doce escalones hasta el piso de abajo y fisurándole la cadera y dos costillas, a pesar de que andar le cueste horrores y renquee como un presidiario que arrastra su bola desde que entró en el edificio de jefatura, aquí está él, tambaleándose hacia la mesa de la sala de juntas, donde el resto de miembros de la sección le aguarda con una impaciencia mal disimulada. No es para menos. El inspector jefe no tenía más remedio que venir, apoyándose en las paredes, llena de calmantes la sangre que le recorre penosamente las venas: el momento que atraviesa la brigada, después del ataque a Ancona, es crítico. Algunas explicaciones son necesarias.

En la segunda fila de sillas, la inspectora Esther Béjar vuelve a comprobar si tiene algún mensaje en el móvil y vuelve a guardarlo en el bolso después de percatarse de que no es así. Le sucede lo mismo que a sus demás compañeros: no puede estarse quieta. Su pierna izquierda oscila sobre la derecha, haciendo descender la suela de la sandalia por debajo del talón, sus manos se entrecruzan en el regazo, deseando un cigarrillo que jamás llegará, mostrándole los restos de sangre seca que aún le ensucian las uñas y que el tiempo, más que el jabón, será el único producto capacitado para erradicar del todo. A su alrededor, el resto de la brigada parece retener la respiración ante la llegada de Lago: Urbizu con sus anillos, Velasco, Mágina y el chándal, Gálvez, con la mano derecha aún hinchada y una pregunta en los ojos que no dejan de buscar a Esther. Está hasta el nuevo, el pelirrojo aquel con el que se ha cruzado dos veces (Joaquín, ¿no?) y que agita algún líquido

desconocido en sus pensamientos. Todos rígidos, firmes, inertes en sus asientos de colegial en cuanto el inspector jefe distribuye sus papeles sobre la mesa que preside la sala, junto a la pantalla del proyector.

—Inspectores y subinspectores —Lago necesita apoyarse en la mesa para afianzar la voz—, voy a ser breve. Creo poder anunciarles que nos acercamos por fin a la conclusión del caso, al *finale* en que se unen los solistas con el coro. Tengo dos noticias que darles, una no muy buena pero la otra sí. La no tan buena es que, en efecto, la inspectora Ancona ha entrado en coma después del ataque que sufrió ayer. Tiene dos heridas de bala, una en el abdomen que le ha perforado el hígado y otra en el hombro, esta, afortunadamente, con trayectoria de salida. Ha perdido mucha sangre. De hecho, no habría sobrevivido de no ser por la presencia providencial de la inspectora Béjar en el lugar del tiroteo. Béjar no sólo taponó la herida mayor de Ancona atenuando la hemorragia, sino que fue capaz de devolver el fuego, ¿no es cierto, Béjar?

—Sí —reconoce Esther—, pero huyó.

—En efecto, el atacante huyó —Lago asiente—, aunque es muy probable que herido: la Científica ha hallado todos los proyectiles que se dispararon salvo uno.

—¿Qué se sabe de él? —interviene Gálvez, con los brazos cruzados—. Del atacante, digo.

—Era un vagabundo, con abrigo y un carrito de supermercado —Esther necesita detenerse tras la primera frase porque una corriente contraria vuelve a cruzarse en su memoria—. Llevaba barba.

—Pudo ser cualquiera disfrazado —los anillos de Urbizu desdeñan el último detalle con un manotazo—. ¿Algún dato del arma o la munición?

—Sin registrar —dice Lago—. Pero de cualquier modo, todo eso es superfluo, porque aquí viene la noticia buena: tenemos a los culpables. Antes de caer, Ancona dejó pruebas suficientes de la implicación de Clarkash-Ton, o José Andrés Valladares, en la muerte de Raúl Mora. De hecho, Valladares debió de advertir de alguna manera los avances de Ancona y por eso decidió atentar contra ella.

—Se lo dije, jefe —Gálvez vuelve a abrir y cerrar su mano

hinchada—. Esa niñata no era suficientemente dura para el caso.

El rostro de Lago cobra una consistencia de granito: o su cadera ha vuelto a enviarle un aviso poco cortés o el último comentario no le ha hecho ninguna gracia.

—Basta, Gálvez —ha elevado la voz—. No toleraré que se ponga en tela de juicio la labor de un compañero, y menos en las presentes circunstancias. El trabajo de Ancona ha sido impecable. Ni una nota fuera del pentagrama.

Un temblor solicita la atención de Esther desde el bolso. Otro error: no hay wasaps en la bandeja, no hay nada.

—Gracias a la información recopilada por Mora —prosigue el inspector jefe—, Ancona había logrado contactar con una de las chicas desaparecidas, Sonia Castro, que en efecto se hallaba allí en contra de su voluntad, junto con su compañera, Marta Ávila: en un lugar de intercambio previamente convenido con Mora, Ancona le había dejado un móvil con el que ambas podían comunicarse y gracias al que Ancona podía conocer en todo momento su posición. Sonia Castro se ofreció a trabajar para nosotros reuniendo pruebas. Es a través de sus declaraciones por medio de ese móvil y de ciertas grabaciones de voz y vídeo realizadas por ella como nos encontramos ahora en condiciones de establecer la culpabilidad del jefe de la secta Sol Oscuro, el tal Clarkash-Ton, en el secuestro de ambas jóvenes y la muerte de Mora. La jueza Espinar me ha autorizado a dirigir una operación especial de inmediato, de modo que salimos volando hacia Marchena.

—¿Tenemos pruebas de la implicación de este tipo, el tal Valladares, en el ataque a Ancona? —insiste Gálvez.

—Aún no —Lago recoge sus papeles a la vez que pone gesto de reprimir un nuevo dolor—. Pero estoy seguro de que un registro del local de la secta ofrecerá datos al respecto. Usted mismo, Gálvez, podrá dar con ellos, porque va a participar en la operación de asalto junto con Mágina: vengan los dos conmigo. A todos los demás, espero los informes de sus respectivos casos, si no son urgentes, para, digamos, el viernes. En marcha.

El móvil de Esther sigue en blanco: la misma foto intacta en la pantalla de ella y Tomás abrazados frente a una cañada. El inspector jefe ordena sus papeles con el mismo esmero que emplearía en barajar un mazo de cartas, asegurándose de que las

cuatro esquinas coinciden como es debido; después de dudar durante unos segundos, Esther decide aproximarse.

—Ah, inspectora Béjar —un músculo fuera de sitio sobre el bigote de Lago revela que la cadera insiste—. En primer lugar, permita que la felicite por su conducta de ayer: su intervención salvó la vida de Ancona y dejó a esta brigada en el puesto que se merece.

—Gracias, jefe.

—No hay por qué darlas —la réplica de Lago es áspera—. No se crea que no me he dado cuenta de que me esquiva desde el otro día. Desde que le eché la charla sobre ese impresentable, su amigo Modesto Pardo. Pero, a lo que parece, usted prefiere hacer oídos sordos y permitir que él le marque los pasos de baile. El minué, la zarabanda, la chacona, el fandango, lo que le echen. ¿Sabe cómo me llama su querido amigo, según he podido enterarme por ahí? El Oso Yogui. ¿Qué le parece?

Una salida lateral se impone. Esther contempla el techo con cara de descubrir por primera vez las estrellas.

—Jefe, ha dicho usted que Valladares tuvo que enterarse de algún modo de que Ancona andaba tras su pista y que por eso decidió acribillarla. Pero ¿cómo? ¿De qué modo pudo enterarse?

—Algún descuido, supongo —el jefe se encoge de hombros—. Quizá Ancona no fue lo suficientemente discreta para lo que la situación precisaba. No le quiero dar la razón a Gálvez, pero igual no se encontraba a la altura. Y tal vez fue también lo mismo que le sucedió a Mora.

Hay un nuevo paréntesis de duda, que no permite a Esther despejar el camino para que el anciano, visiblemente molesto con su esqueleto, rodee la mesa y ponga rumbo a la salida. La voz de ella ha menguado en su garganta cuando por fin inquiere:

—Jefe… ¿Qué es la Caja Cero?

La incomodidad del inspector jefe se acrecienta aún más: parece que la pregunta también le exige cambiar de postura, que le hace daño en algún órgano de ahí dentro, bajo la corbata verde.

—¿Ve usted? —abre mucho los ojos—. ¿Fue Ancona quien le habló de eso?

—Pues…

—La Caja Cero es una provisión de fondos reservados para

operaciones especiales, de la que no existe registro en los archivos. Se supone que es estrictamente secreta y que sólo tienen acceso a ella los agentes encargados de dichas operaciones, aparte del superior que las autoriza: Mora se sirvió de ella para poner a disposición de la secta un inmueble en Marchena con el fin de ganarse la confianza de su líder. ¿Le habló Ancona de una pista al respecto? Espere… ¿fue Raúl Mora? He oído que ustedes dos…

—Jefe —ataja Esther—, eso es mi vida privada.

—Jefe, está todo listo —Gálvez acaba de abordar la mesa—. Los de operaciones especiales nos esperan en la planta sótano.

—Seguiremos hablando, Béjar.

La despedida de Gálvez, que se lleva al anciano del codo, consiste en una última mirada preñada de sobreentendidos que Esther siente mucho alivio de perder de vista. Es el móvil lo que vuelve a reclamar su atención conforme abandona la sala de reuniones y se extravía entre el gentío del resto de las dependencias: no hay llamadas perdidas, no existen avisos esmeralda en el listado del WhatsApp, a pesar de que ha cercado a Sergio todo lo que le ha permitido el decoro, mensaje tras mensaje, solicitándole una respuesta, una señal de vida, interesándose por su estado, qué tal todo, espero que te encuentres mejor, llámame cuando leas esto y hablamos, llama cuando tengas un hueco y hablamos más despacio, espero que estés mejor, iconos amarillos con corazones en los labios. Los pasos la llevan instintivamente escaleras abajo, una planta y otra; fuera, en el soportal donde se reúnen los fumadores, pulsa primero el icono de la agenda y luego el de la llamada. El vacío se perpetúa en su oído, transformado ahora en un tono ascendente: al cuarto aviso, el auricular cruje. No hay palabras detrás.

—Hola —intenta Esther—. ¿Qué tal todo?

La voz de Sergio llega desde una caverna. En la caverna hay un fondo de agua, algas, murciélagos.

—Bien —dice—. Regular. Bien.

—No has contestado a ninguno de mis mensajes —ella envuelve el teléfono en la palma de la mano, intentando evitar que se rompa —. No sabía si te había dado un patatús, si te habías muerto o algo. O si te habría abducido algún extraterrestre —Esther ríe, hasta que comprende que no tiene ni puta gracia—. Perdona. Es una cagada.

Entonces se produce un chapoteo, alguien pisa los charcos del fondo de la caverna. Ella tarda unos segundos en identificar el sonido: Sergio está llorando.

—Perdóname —solloza—. No puedo. No puedo. Los disparos, las heridas, todo eso. La sangre, las explosiones, los gritos. No puedo. Mira, yo… Mira, creo que será mejor que no nos veamos durante un tiempo. No estoy tan preparado como pensaba.

—Claro.

—He pedido la baja. Mi sustituto en el colegio te ayudará con lo de Tomás.

—Sergio —las palabras se forman con esfuerzo en la lengua de Esther—. Sergio, perdóname. Yo…

—Perdóname tú a mí, no estoy preparado para esto. No todavía. Por favor, te pido que no me llames ni me escribas de momento… Durante un tiempo. Mi psiquiatra me ha aconsejado que rompa todo contacto contigo y lo que te rodea. Lo siento, de verdad.

—Ya, claro. En fin, es mejor que cuelgue.

—Sí. Lo siento. Espera un momento.

—¿Qué?

—Las entradas de Isla Mágica. Puedes quedártelas.

Necesita apoyar la espalda en el granito de la fachada, tomar casi distraída el cigarrillo de plástico del bolso, chupar, chupar hasta saber que los labios son dos trozos de piel insensible que modelan su sorpresa, su decepción. Casi obedece al impulso que, de adolescente, en el instituto, le hacía sentarse sobre las escaleras del porche y abrazarse las rodillas para protegerse de aquel viento frío que procedía de la nada, de aquella escarcha, la soledad: no tenía amigos, no podía tener amigos, no existía nadie que quisiera ocuparse de aquel bicho raro que se enroscaba sobre sí mismo, y era mejor apartarse, huir, cortar todo lazo de contacto con ese lugar descortés y vasto, el mundo. Pero no, el caso es que no está triste, que no tiene por qué protegerse de nada. Y eso le da más rabia aún.

Sí, lo ve con toda claridad: reconoce meridianamente que esa emoción que despierta la huida de Sergio en ella se parece menos a la desilusión que al alivio, menos a la pérdida de un apoyo que de un lastre, y eso la enfurece. Odia darle la razón al hombre delgado, al tarado que la denunció como lo que realmente es: otra paria, otro hato de harapos, otra vagabunda. No hay amigos, no hay amantes,

hay la soledad; pero es que la soledad es confortable: la soledad del monstruo en su jaula, del espécimen en su jarro de formol. No quiere y lo odia, se odia a sí misma, lo niega pero sin remedio: su lugar está junto a esos mamarrachos que juegan a vivir en la corte del rey Arturo. La Bella Dama sin Merced: y sin suerte.

Y sin que le importe.

Esta tarde, sin que lo sepa, porque esas cosas nunca pueden saberse de antemano, Mo Pardo va a experimentar una revelación. Es decir, ese tipo de conocimiento súbito, estentóreo, ese ataque a traición de una dimensión desconocida a través del cual Zoroastro, Mahoma, Buda y tantos otros supieron que existe un destino anticipado y cuáles son los caminos que conducen hasta él. En el caso de Mo Pardo, todo es más discreto, más doméstico: no habrá señales luminosas en el firmamento ni voces con tesitura de órgano le hablarán desde las tinieblas. No, él necesita bastante menos. Serán suficientes la salita de casa, el viejo sillón gastado en los brazos, la televisión; el tubo catódico, abombado dentro de la caja, donde acaban de concluir los informativos y donde, en nada, el anuncio de Jamones Badía dejará paso a algo más, algo mucho mejor. Pardo, en el sillón, bate palmas de placer.

Hasta que sucede. No, la revelación no todavía: la catástrofe que debe precederla. Acaba el anuncio con la pata de cerdo y un señor con bigote que muestra lujuriosamente un cuchillo, hay un fundido a negro, una transición y entonces. El corazón de Mo Pardo casi se detiene en su recipiente: no es esa cutrísima música registrada en una cinta que el tiempo ha desgastado con sonido de huevos fritos, no es el escenario de almacén robado, ni el locutor anunciando el protagonismo estelar de Chespirito. En su lugar: En 1972 cuatro hombres fueron encarcelados por un delito que no habían cometido, hoy sobreviven como soldados de fortuna, si usted tiene algún problema y se los encuentra quizá pueda contratarlos. Helicópteros, ametralladoras, explosiones. El Equipo A.

Un segundo sentimiento, después del pasmo, que tampoco es la revelación. Algo que sube de las profundidades del sillón y asciende por los tobillos, engarrotando los músculos a su paso: que hace hervir el contenido del estómago (la lata de albóndigas con

guisantes que ha dejado abierta en la encimera) y, al llegar al cráneo, lo deja todo a oscuras. No puede creerlo. Han quitado al Chapulín. Ahora es la hora del Chapulín. No hay *Chapulín*: hay *El Equipo A*. La blasfemia es tan atroz, tan cósmica, viola de modo tan brutal el orden natural de las cosas que durante unos segundos Mo Pardo no posee capacidad de pensar, de ver más allá de su estupor y de su miedo. Qué hará ahora con todas las tardes infinitas que, en una larguísima reata, se estiran detrás de aquella hasta el acabose: qué le consolará de la soledad, del tedio, de la mediocridad insufrible de la existencia terrena. Qué hará con su vida sin el Chapulín Colorado.

—¡A mí los buenos! —ruge en un arrebato de furia, poniéndose salvajemente en pie.

De un golpe, barre de lo alto del televisor el toro de felpa y el modelo odontológico que, al chocar contra la esquina, produce un sonido de coco abierto. Se muerde los labios mientras pasea por la habitación, chocando contra los muebles sin verlos, las manos arañando el aire contaminado por la musiquilla y los diálogos de esa serie repugnante, hortera, *americana*, que le han endilgado en vez del milagro diario que le hacía vivir. No puede estarse quieto, no debe hacerlo: sabe que una suerte de duelo, de homenaje funeral, le obliga a deambular mecánicamente de la habitación al pasillo, de ahí al salón de fuera, y luego de regreso, con esa devoción ausente con que los judíos de los rizos cabecean frente a la tapia de Jerusalén. No quiere preguntarse qué va a hacer: el futuro es un lugar clausurado, ante el que se sitúa una cancela con dos vueltas de cadena a cuyos barrotes ni se le ocurre asomarse.

—¿En avión? —grita entonces M. A. en la pantalla—. ¿Tiene que ser en avión, Hannibal? ¡Te he dicho que no me gustan los aviones! ¡El tren es mucho mejor para llegar a cualquier sitio!

—Tranquilo, M. A. —Hannibal se saca el puro de la boca con un guante negro—. Murdock quiere darte un juguete que te va a gustar.

—¿Murdock? —el nombre enfurece aún más al gigante negro—. ¡No soporto a ese loco!

Momento que Murdock aprovecha para extraer una jeringa de debajo de su chaqueta de aviador e hincarla con saña en el cuello del gigante. El efecto es instantáneo: la cabeza de M. A., rapada al

completo a excepción de la cresta que le recorre el meridiano, vacila entre los hombros y luego todo él se desploma.

—Venga, a dormir, grandullón —sonríe Murdock—, y si quieres te canto una nana hawaiana. O birmana o alemana.

Ahora sí se aproxima la revelación. El motivo quizá se halle en que el alma de Mo Pardo, maltratada por las emociones contrarias de que acaba de ser víctima, se presta lacia y dócil a cualquier elemento que pueda provenir del exterior. El alma de Mo Pardo es como un palimpsesto en el que se puede escribir, obviando las líneas que yacen en el fondo del papiro; como un barro fresco o cemento sin cuajar donde el primero que avance dejará la silueta indeleble de su pisada. Dos cosas se imponen con una fuerza especial en ese material sin formar del todo: Murdock tiene un juguete, Murdock puede cantar una nana alemana. Juguetes y alemanes son dos objetos que, al combinarse, al hacer presión sobre esa levadura del lecho de su alma, forman una figura única: y entonces, con los dedos todavía crispados en el aire, Mo Pardo abre mucho los ojos. Phoenix, el guapito del grupo, trata de ligarse a una de las secretarias del magnate corrupto al que El Equipo A viene a castigar por sus pecados. Pero no importa nada ahora que sabe, que ha tenido la revelación.

Nada importa, salvo el Chapulín, claro. Pero, paciencia, que todo se andará: no contaban con su astucia.

Se trata de una situación de emergencia, más que de sobra, y por eso está justificado que haya tomado el paquete de tabaco de la guantera y ahora lo estruje, lo arrugue, lo moje con su sudor mientras lo hace circular de una mano a la otra y pasea arriba y abajo, sin poder detenerse, de columna en columna en este enorme Casino de la Exposición que no cuenta con un refugio seguro, un último reducto hasta el que las preguntas no la persigan. La ansiedad, el fastidio, tal vez el miedo le han impedido comer como Dios manda y la han plantado aquí, en el cierre de la Bienal de Playmobil, cuando podría andar buscando soluciones a sus problemas, a su gran problema, en algún otro sitio. Sólo que no existe otro sitio porque no hay solución: ella es el problema. Y carga consigo misma, con sus dudas y su cansancio, conforme sigue

desplazándose a lo largo del vasto recinto circular, a una distancia prudencial de las sillas alineadas frente al estrado y la mesa donde tiene lugar la última conferencia del encuentro.

Durante unos instantes, mira sin ver el título proyectado sobre la pantalla del fondo: «Playmobil y su política de franquicias: los acuerdos con Funko y *Cazafantasmas*». Luego sus ojos bajan hacia las manos, donde el paquete de Chesterfield tiembla bajo el acoso. Está a punto de abrir la tapa, de elegir un cilindro anaranjado entre la triple fila que recubre el papel dorado, pero una advertencia la detiene: el teléfono móvil vibra en su bolso. La pantalla acrecienta su malestar, agiganta la bola gris que transporta en el estómago y que le ha impedido almorzar: no piensa cogerlo. El móvil sigue vibrando, ella no piensa cogerlo. Sigue y sigue, pero no. Que no. Hasta que aprieta, en fin, el icono verde con el pulgar.

—¡Bien! —exclama Mo Pardo al otro lado—. Al final, se ha atrevido. Y sé bien por qué. Porque hoy es la clausura de la Bienal de Playmobil, usted está allí y no sabe qué hacer para completar su informe. Se ha quedado en bragas: lo cual, con el calor que hace, es una ventaja, la verdad.

—Váyase a la mierda —le escupe Esther, girándose para hablar frente a una columna—. ¿Va a darme alguna información de valor o tengo que colgarle directamente? Le aviso que no estoy de humor para nada.

—Yo tampoco, oiga —Pardo parece ofenderse—. ¿Sabe qué? ¡Han quitado al *Chapulín* de Giraldillo TV! ¡Ahora ponen en su lugar *El Equipo A*! ¡Sin previo aviso! Llevo desde ayer llamando a la cadena cada media hora para hablar con alguien de programación, pero nada. Es inadmisible, un verdadero atropello. Ya lo dice el viejo y conocido refrán: donde menos se piensa, te sacarán los ojos. No, cría cuervos y te saltará la liebre.

El teléfono desciende bruscamente de la mejilla de Esther, su pulgar presiona el botón de desconexión con furia. Pasan apenas treinta segundos antes de que vibre de nuevo; ella deja que transcurran otros treinta para volver a descolgar.

—Está bien está bien —gime el hombre delgado desde el auricular—. Ha resuelto lo de los números, ¿verdad?

—¿Lo de la agenda de Medina? Sí: eran números de serie. Los números de serie de las cajas de Playmobil. Cada uno debe de

corresponder a los ejemplares que Medina tenía en su colección, o a los que le faltaban. Me acuerdo del 3767, era la iglesia del Oeste: basta con mirar el número en Google. Pero en la lista de Medina sobran dos dígitos, al final.

—Sí. Pero esos dos dígitos no son de una serie. Tiene ahí a Espiridión Espíndola, ¿verdad? Coja y lléveselo.

—¿A Espínola? —Esther necesita unos segundos para comprender—. ¿Llevármelo? ¿Adónde? ¿Por qué?

—Deje que llame otra vez a Giraldillo TV y estoy de nuevo con usted —un sonido de masticación interrumpe las frases de Mo Pardo—. Vaya en dirección a Nervión, invéntese lo que sea para enredar a Espiridión, pero lléveselo. Si está en bragas le será fácil.

—¿Por qué iba a hacerlo? —repone ella con asco.

—Usted es lista. ¿Se acuerda de Tristán?

—Basta —está muy harta—. Creo que voy a volver a colgarle. Definitivamente.

—Tristán fue el primer vagabundo asesinado, claro que se acuerda de él. ¿Recuerda las direcciones de Tristán? El Páramo de la Luna, la Torre Ardiente, la Galería de Cristal. Direcciones en que él se encontraba con sus clientes, personas para las que él recogía cosas de la basura: Lolo y los Locatis, el tatuador, una dirección, ¿recuerda?, en que no encontramos nada de nada. La dirección era en la calle Lumbreras, enfrente de la torre de Don Fadrique.

—Sí, ¿y qué?

—Era la dirección en que vivía Cornelis Bom.

—¿Quién?

—Llévese de ahí a Espiridión Espíndola, ya. Y no lo suelte.

Para avisar a P. J. Espínola de que quiere hablar con él, ha de aproximarse a la penúltima ringla de asientos situados frente al estrado, pedir disculpas por molestar a un calvo y un individuo con bigote, y finalmente rozar con el índice una camiseta marrón. Al principio, el adolescente envejecido gira la cara sin reconocerla; a su lado se sienta Pepo Olivares, el amigo de Valencia, que sí la saluda con una sonrisa a punto de caerse, y más allá, en la hilera de delante, otros dos asistentes flanquean los puestos vacíos que deberían ocupar Bruno Clicksilver y sus acólitos. Cuando Esther susurra a su oído que necesita que le atienda un segundo, P. J. asiente y se pone en pie. En la camiseta, su vientre abomba el

hocico furioso de Chewbacca.

—Sí, dígame —P. J. baja todo lo posible la voz, con el fin de no distraer al conferenciante—. ¿Alguna novedad en la investigación?

—Acompáñeme fuera, hablaremos con mayor comodidad.

—Eh… bien, sí… —las gafas de P. J. remontan su nariz, inseguras—. La acompaño, pero debo volver enseguida. La ceremonia de clausura está a punto de comenzar y se dedicarán unas palabras a Sito. No quiero perdérmelo, la verdad.

En cuanto abandonan el Casino de la Exposición, una manta de calor empuja los rostros de ambos, como si quisiera devolverlos al interior. A Esther le basta un sumario paseo por los alrededores, la escalinata, los arriates, el click gigante y su gigantesca sombra, la verja, el aparcamiento, para entender a las claras que no tiene nada concreto que decir a Espínola, que ignora enteramente cómo podrá retenerlo hasta que llegue Mo Pardo, y, sobre todo, para qué.

—¿Le parece si caminamos un poco hacia el parque y le voy contando? —se siente cada vez más estúpida—. A ver, ¿qué le ha parecido el congreso?

Desde la camiseta, Chewbacca contempla a la inspectora con incredulidad.

—Bien, interesante —repone P. J., intentando orientarse—. Pero demasiados sobresaltos, la verdad. Echaré de menos a Sito, y marcharme sin saber quién le mató no me consuela mucho. ¿No sospechan de nadie? ¿Clicksilver?

—Ande tranquilo, seguimos varias líneas de investigación —Esther consulta el móvil—. ¿Y Sevilla? ¿Qué le ha parecido Sevilla? Un poco de calor, ¿no?

La repentina sesión de turismo a treinta y siete grados de temperatura (asegura el reloj digital del centro de la glorieta) ha resultado un exceso para P. J.: se detiene de golpe. El parque está a la vuelta de la esquina, una pesada personificación de granito de algún arte liberal con pechos como puñetazos los observa desde un pedestal, P. J. no parece dispuesto a dar un paso más. Su voz es un ejemplo de cautela y seriedad cuando responde:

—Sí, un poco. Pero ¿qué quiere exactamente de mí, inspectora? Le he dicho que tengo que estar de vuelta para la ceremonia de clausura.

La estupidez, como todo sótano, tiene muchas más escaleras

descendentes de las que se pueden divisar a primera vista. Por fortuna para ella, cuando Esther ya se muestra dispuesta a recorrer ese último tramo que la separa del fondo hablando, qué sabe ella, del aire acondicionado, de las mejores tapas del centro o de lo que prefiere hacer en sus ratos libres (como si tuviera de eso), una figura delgada acude en su rescate desde el paso de peatones más inmediato. El sol de la tarde se derriba sobre él encharcando de negro el pavimento alrededor de sus mocasines, pero no hay una sola gota de sudor en su frente, por no hablar del castaño impecable de la camisa.

—Ah, aquí están, qué bien —jadea Mo Pardo llevándose ambas manos a las caderas—. Tiene usted muy buen aspecto, inspectora. Enhorabuena por sus más recientes logros y su conducta ejemplar. Está hecha usted toda una heroína.

—¿Cómo?

No importa la temperatura: Pardo se aproxima a la inspectora Béjar hasta que la piel de ambos se toca; su tono de voz es el de quien busca su butaca entre los renglones del cine, iniciados ya los títulos de crédito.

—He visto en Canal Sur lo del tiroteo en la Alameda —murmura —, como me han quitado al Chapulín me tengo que distraer con otras cosas. La herida era compañera suya, ¿no? Se habla de la culpabilidad de un vagabundo, cosa que no me gusta nada, que ya se sabe por dónde van los tiros, dicho sea en sentido literal. ¿Redactará usted un informe sobre el ataque? A ver si me deja echarle un vistazo.

La piel del hombre delgado es fría, tal vez pegajosa, como la de un batracio. Un paso atrás es necesario antes de responder, encuentra Esther.

—No es asunto suyo. Ni mío, en realidad, aunque, sí, la jefatura me ha solicitado un informe. Yo estaba allí por casualidad y me limité a ayudar a una compañera.

—¿Por casualidad?

—De chiripa, sí, joder, era un caso de infiltración en el que yo no pintaba nada. Me parece que soy yo la que tendría que darle la enhorabuena a usted: no sabía que era Fred Astaire. Por lo del claqué, digo.

—Poseo multitud de habilidades secretas, inspectora —la mirada

de Pardo se cubre de un brillo sicalíptico—. Algún día igual se las enseño.

—¿No ha venido usted a otra cosa? —zanja ella, muerta de horror.

Allí al lado, igual de estatuario que el arte liberal sin sujetador, P. J. Espínola revisa su móvil: el minutero del reloj le hace bufar, o tal vez es el sol dañino de media tarde que dibuja una diagonal sobre su cráneo mal protegido. Él sí suda: una huella untuosa mancha la pantalla del teléfono cuando alza el pulgar.

—Oigan, yo tengo que marcharme —se excusa—. No sé qué tendrán que decirme, pero el tiempo…

Mo Pardo ya está junto a él y ha enlazado su brazo derecho con una llave que envidiarían muchos monitores de *jiu-jitsu*; una vez capturada, la presa es obligada a avanzar en dirección al Prado de San Sebastián, donde en ese mismo instante un tranvía duplica cruelmente el cielo de septiembre.

—No, no se vaya, hombre —sonríe Pardo—, quiero hablar un poco con usted. Vayamos a dar un paseo.

Es inútil que P. J. se vuelva con ojos de cordero en su último estertor, que interrogue mudamente a la inspectora Béjar, convenientemente retrasada a tres pasos de ellos y muy interesada ahora, a lo que parece, por las catenarias que dividen la fachada del edificio de los juzgados en rombos y trapezoides: si intenta liberarse, la llave del hombre delgado se endurece en su codo, empezando a causarle daño. Ya han atravesado dos pasos de peatones y al fondo se insinúa la desembocadura del puente de la Carne.

—Venga, hombre, relájese —Pardo acompaña un nuevo apretón de una sonrisa—. Vamos a hablar de unas cuantas cosas que seguro que le interesan. Verá cómo disfruta del trayecto.

—¿Con este calor? —es lo único que P. J. logra exhalar.

—El tema es tan apasionante que no nos va a importar, se nos hará nada y menos. Fíjese yo, que tengo la pierna herida y no me importa: herida en acto de servicio, ¿sabe? Con un destornillador, nada menos. Por no hablar de las agujetas de la sesión de *step* de la otra noche; pero pelillos a la mar: quiero que hablemos de Playmobil. Porque usted es especialista en Playmobil, ¿o no? A ver, dígame, ¿cuál es la pieza de Playmobil más valiosa que existe? ¿El

sueño húmedo de cualquier coleccionista? Me refiero a sueño de plástico, claro.

—Pues… Qué sé yo… Hay muchos… Las tres primeras series, descatalogadas desde hace décadas, la 3110, la 20, la 30.

—Ah, sí. Como las que consiguió hace poco su amigo… ¿Cómo se llamaba su amigo?

—Pepo.

—Sí, Pepo. ¿Y de dónde sacó Pepo algo tan valioso?

—No lo sé, de algún coleccionista. Ese tipo de cosas no suele airearse: el coleccionismo es competencia.

—¿Y qué coleccionista se desprende de algo tan valioso con tal facilidad? ¿Eso no es como deshacerse de una pintura de Leonardo o algo?

—No sé —P. J. se encoge de hombros—. Hay muchos por ahí. No sabemos en qué circunstancias lo vendió. Igual necesitaba el dinero. O tenía mejores piezas y no le importaba desprenderse de estas.

—Claro —la frente de Mo Pardo se cubre de arrugas, y no parece que sólo por el calor—. ¿Quién será ese coleccionista? En este mundillo se conoce todo el mundo. Existen muchas posibilidades de que el vendedor se encuentre todavía entre los asistentes a la Bienal, ¿no cree? Pero ¡que no panda el cúnico! —en ese momento se gira para encarar a una estupefacta Esther Béjar—. Inspectora, creo que mejor vamos a dar la vuelta, sí. Vamos a preguntarle a Pepo de dónde ha sacado esos Playmobil. Igual ese coleccionista tiene más cosas que vender, y a mí, la verdad, me interesa el negocio. Seguro que luego puede uno forrarse por Ebay, ¿eh? Ahora que lo pienso, bastará con llamarle por teléfono: usted tomó los datos de todos los interrogados tras la muerte de Medina, ¿no es verdad? Deme su móvil.

El brazo de Pardo, que se ha detenido en medio de un cruce, se alza para recibir algo que no llega. Y no lo hace porque P. J., que también se ha detenido, se ha dedicado a continuación a examinar el asfalto en un punto y otro, como si buscara las perlas de un collar recién desbaratado, ha emitido una especie de relincho, se ha secado la frente con el dorso de la muñeca izquierda antes de admitir:

—Esperen. Está bien. No es necesario: fui yo.

—¡Ah! ¡Usted! —el hombre delgado abre los ojos de par en par—. ¿Y cómo se deshace de algo tan valioso?

—Pepo es amigo —alega P. J. sin alzar la vista—, se lo tenía prometido, se lo he dejado a buen precio.

—Ajá. Entiendo —la marcha continúa a través de la ciudad derretida—. Eso será, como usted dice, porque igual en su colección tiene piezas de más relumbrón. ¿Como cuáles? Usted me ha dicho que hay otras joyas muy valiosas en el mundo de Playmobil, además de las series iniciales.

—Bueno, sí, están las leyendas, aunque yo no tengo nada de eso, ni conozco a nadie que las tenga de verdad. Las Series Ocultas, por ejemplo.

—Ah, cierto, pero tengo entendido que eso es sólo un bulo. Ya me he enterado de lo que ha hecho su amigo el gordo ese del chándal blanco, Clicksilver, ¿no se llama? Y su otro amigo, Medina, le echó una mano: tampoco era un santo. Pero creo que hay algo más, ¿no?

Se produce un silencio durante el cual P. J., todavía con la mirada baja, parece estudiar el modo en que los regueros de sudor le bañan los tobillos. Se palpa el colgante del muñeco de plata con la mano derecha. Empieza a hablar y se detiene; toma aire, una larga bocanada de aire caliente, y concluye:

—Se refiere usted al Eslabón Perdido.

—Eso, eso era —Pardo chasquea los dedos—. Eso sí que creo que sería valioso, ¿no? A ver, refrésquenos la memoria al respecto. Inspectora, no se pierda esto que es para nota.

Las precisiones arqueológicas que P. J. ofrece con voz átona no son una novedad, pero a la luz de los últimos acontecimientos, en relación con los detalles previos, cobran una luz desconocida, más pálida y cruda. El diseñador Hans Beck forjó el primer Playmobil en 1972, el mismo año en que lo patentó la empresa alemana Geobra Brandstätter; en dicha labor contó con la colaboración del también juguetero Cornelis Bom, generalmente reducido al anonimato por la posteridad. Según la mitología, los temperamentos de ambos creadores eran de signo contrario y pronto surgieron las disensiones entre ambos: Beck, que contaba con el apoyo de Geobra, despreció el modelo original de Bom, del que sin embargo tomó algunos rasgos que cristalizarían en el muñeco definitivo. Este modelo

primigenio es el que desde entonces ha recibido el título de Eslabón Perdido.

—Ya —tras el relato, Pardo une las yemas de sus dos índices debajo de la nariz—. Me he estado informando al respecto en el blog de su amigo Clicksilver, muy ilustrativo. Ahí se cuenta también que Cornelis Bom, algo abatido, se había retirado del negocio del diseño de juguetes y se había mudado a una playa de Cádiz, en busca de soles más benignos. Y que luego vivió en Sevilla, ¿no es eso?

—Sí —P. J. recupera algo de su animación—. Por eso decidimos celebrar la Bienal de este año aquí, para rendirle el homenaje que se merecía. Iba a participar en la ponencia de apertura, pero por desgracia falleció poco antes.

—Después de una larga enfermedad, por lo que sé —ahora las manos de Pardo se refugian en los bolsillos de su pantalón—. Tras su disputa con Beck, dicen que se quedó sin blanca. A su muerte, hubo que subastar sus pertenencias para poder pagar los gastos médicos, ¿me equivoco?

—Sí. Supimos todo eso por su viuda.

—La misma que tiró todos los objetos del difunto que le sobraban a la basura, ¿no?

P. J. vuelve a detenerse; están casi en la Puerta Osario, muy lejos ya del Casino de la Exposición, y no sabe, no sabe si quiere saber, a dónde va a conducirle este periplo infernal bajo la temperatura de unos altos hornos. Hay compunción sincera en sus gafas cuando plañe, con las manos abiertas:

—Oiga, ¿dónde vamos? ¿Qué quieren ustedes de mí?

—Lo vas a saber muy pronto —aunque el sudor vuelve resbaladiza la piel en torno a la camiseta de Chewbacca, Pardo no encuentra dificultad en rodear el brazo del hombrecito y arrastrarlo de nuevo—, creo que lo sospechas de sobra. ¿Por qué llegasteis Sito y tú a Sevilla dos semanas antes del inicio del congreso?

—Pues… —la duda hace oscilar los escasos cabellos de P. J.—. Para ir preparando el terreno… Mirar un poco… Y…

—Te ayudo: y rebuscar entre las basuras.

—¿Qué?

—Por persona interpuesta, claro. No sé quién os informó de que los restos del legado de Cornelis Bom habían ido a parar al

contenedor; tal vez la propia viuda, o alguien que supo de lo que guardaba en casa porque le había visitado antes de morir. El caso es que aquí estabais Sito y tú, dos semanas antes, sin nada mejor que hacer, con tiempo de sobra para contactar con los especialistas de la basura. Y no me refiero a la empresa municipal de limpieza. Me refiero a otro tipo de gente, en concreto cierto amigo mío: Tristán.

La marcha del hombrecito que homenajea a Chewbacca va haciéndose pesada, a exigir que la reaviven mediante sobresaltos y bruscos tirones del brazo prisionero; las gafas resbalan aún más sobre su nariz, despedidas por el friso de arrugas que le ocupa la frente.

—No sé de qué me habla —dice—. No conozco a nadie con ese nombre.

—Igual te suena más Mariano —repone Pardo—. Mariano Vázquez, que era su nombre real. Él recogía mercancías, como lo llaman ellos, por los contenedores de la zona en que se encontraba el domicilio de Cornelis Bom, en la calle Lumbreras, y cuando supo lo que buscabais os habló de algo que estuvo a punto de volveros locos: un extraño Playmobil distinto de cualquier otro. Vuestro famoso Eslabón Perdido: lo comprendisteis al instante. Pero pedía mucho por él, me imagino. ¿Qué os pidió exactamente?

—No sé qué historia me está contando —P. J. frena con los talones, tensa el brazo que Pardo aferra, se vuelve hacia Esther con cara de ir a morder—. Oiga, inspectora, todo esto me está empezando a cansar: tengo que volver a la Bienal, y ustedes me están reteniendo contra mi voluntad.

Pero hace rato que la inspectora ha optado por asumir el papel de espectadora en el drama, y ahora se ciñe a una mirada interrogativa en dirección al hombre delgado, quien tira con mayor fuerza del brazo, de la camiseta, del pobre P. J., haciéndole trastabillar con un gemido.

—Yo ya sé de sobra lo que os pidió —afirma con acento confidencial—, sólo te lo pregunto para que respondas y colabores un poco, así no te aburres. Os enseñó la foto de un yate, ¿verdad? Arrancada de alguna revista, de un catálogo de viajes. Él siempre quiso un yate. Le encantaba *Vacaciones en el mar*. Pero vosotros no podíais darle un yate; y él no entraba en razón, no soltaría fácilmente lo que queríais, la pieza de mayor valor con la que os

habíais topado en vuestras vidas. La cosa se enquistó. Así que tuvisteis que liquidarle: y lo que es peor, sin que encontrarais nada de lo que os prometió, porque no estaba entre sus cosas.

—¿Liquidarle? ¿Qué dice?

—Sí. Pero, claro, había que borrar pistas. Disimular. Un vagabundo muerto no es mucho, pero igual a la policía, que de vez en cuando hace algo, le daba por mirar, y fíjate tú. Mejor echar balones fuera. Enviar a quien quisiera husmear en otra dirección. Tú habías visto dos o tres días antes en el *20 Minutos*, el diario gratuito, la información sobre el asesino de vagabundos de veinticinco años atrás, antes de la Expo. Eso te dio ideas para solventar lo del pesado de Tristán si insistía en la tontería del yate, ¿no? En cualquier caso, le sacasteis los ojos y listo. ¿Fuiste tú o tu amiguito? Yo creo que él, ¿no? Sí, él era el que manejaba las cuchillas cuando se dedicaba al modelismo y tallaba figuras: como los muñecos falsos de la falsa Serie Negra que ya conocemos. Cómodo, todo: la policía pensaría en el asesino de los ojos de entonces y se pondría a revisar archivos, a sacar de los arcones listas de sospechosos llenas de telarañas que os permitirían iros de rositas. Bueno, en realidad la policía estaba en sus cosas y ni siquiera se asomó a los dichosos arcones, pero qué más da.

Dócil, P. J. se deja conducir a través de las aceras recalentadas sin proferir un solo comentario. Sus ojos siguen fijos en algo que transcurre en el suelo: las alcantarillas, los cigarrillos a medio consumir, los excrementos.

—¿Vamos a la estación de Santa Junta? —entiende—. ¿Es ahí a donde vamos?

—Enseguida lo vas a ver —la giba de Mo Pardo crece en su camisa cuando él agacha la cabeza—. Luego os llegó Ganelón, ¿verdad? Él os había visto con Tristán, probablemente Tristán le contó que tenía tratos con vosotros y que iba a sacaros una fortuna, el famoso yate con que llevaba soñando desde hacía años: y de repente, plas, va y aparece muerto. No hace falta ser un lince para prever el siguiente movimiento de Ganelón: os chantajeó. Pues nada, se queda con él y se lo despacha por el mismo método, ¿no? Todo despejado y ya está, el loco encaprichado de los vagabundos que les saca los ojos y que ha vuelto después de veinticinco años porque echaba de menos el deporte, esas cosas pasan. Y lo mismo a

la pobre Guiomar. También ella os había visto con los otros y también ella quiso sacar tajada: y vaya si se la llevó. Pero aquí había algo diferente. Medina ya no estaba, tuviste que ocuparte tú solito. Y como él era el especialista de los cortes, tuviste que hacer una chapuza. Nada de cuchillas ni bisturíes, se acabó la cirugía fina: un destornillador o el cuchillo del desayuno bastarían. Para colmo, te sorprendieron antes de acabar la carnicería y tuviste que huir.

Aquí la inspectora Esther Béjar considera que ha de avanzar tres pasos e interponerse entre los dos hombres, el tractor y el remolque.

—Un momento —ella ladea la cabeza, como sacudiéndose el pelo mojado—. ¿Está diciendo en serio que P. J. y Medina mataron a los tres vagabundos que eran amigos suyos? ¿Los de la corte del rey Arturo?

La intervención de Esther motiva una nueva exhibición teatral del hombrecito que pasea a Chewbacca: no quiere que su papel quede eclipsado por el de los otros. De modo que se planta en una esquina, alza las manos hacia un balcón y declama con los matices adecuados de incredulidad y horror:

—¿Pero qué dicen? ¿Se han vuelto locos? ¿Estoy detenido? —gira hacia Mo Pardo—. ¿Quién coño es usted? ¿Cómo se atreve a soltarme todo esto de buenas a primeras, sin conocerme de nada, sin tener una sola prueba de lo que dice?

Mo Pardo no replica. Se limita a sonreír.

—¿Quieres ver el Eslabón Perdido? —dice simplemente—. Yo te lo enseñaré.

Los ojos de Pedro José Espínola, P. J. para los amigos, crecen por debajo de sus gafas hasta estar a punto de rebasar el cristal. Ahora no se mueve. No puede: algo lo ha clavado a este ángulo del pavimento que conecta un restaurante chino con una academia de idiomas, algo que lo sostiene en vilo como un pedazo de metal entre dos imanes enfrentados. Cuando vuelve a ponerse en marcha, Pardo ya no necesita arrastrarlo; camina a su derecha, obediente, rumiando algún pensamiento secreto que no aflora a sus labios. Esther acelera un poco el paso para colocarse a su altura, flanqueándolo por el otro lado: ahora avanzan los tres al unísono, con P. J. en medio, como en un vídeo de los Bee Gees.

—Pero entonces —el cabello de ella se agita por segunda vez—, ¿quién mató a Sito Medina?

—Ay —le responde Mo Pardo desde el extremo opuesto—, me temo que P. J. y él no eran tan amigos después de todo. Resulta que Sito sí que consiguió el Eslabón tras la muerte de Tristán, pero no se lo dijo. Muy mal, hombre, muy mal, eso no se hace. El pobre P. J. tuvo que enterarse por su cuenta de que su compi no estaba dispuesto a compartir el juguete con él. ¿Quién se lo contó, cómo pudo enterarse? ¿Se lo soltó Ganelón antes de espicharla? ¿Encontró por ahí algún rastro? —se vuelve hacia la camiseta de Chewbacca—. ¿No quieres aclararlo tú, criatura? Da igual. El caso es que antes de que Tristán muriera, Sito ya se había hecho con el juguete, y P. J. no lo sabía, y P. J. se enteró, y se dio cuenta de que aquello significaba que Sito era un niño malo y quería el juguete para él solo, que lo había escondido. Así que P. J., aquí, tuvo que ir a hablar con él para convencerlo. Primero con tranquilidad, luego con menos: para que comprendiera que estaba muy enfadado, se vio obligado a atarlo a una silla y rajarlo vivo y sacarle las uñas y eso. Pero es que no se trataba de ninguna tontería; nada menos que el click más valioso de la historia, el primer click que vio la luz sobre la tierra, nada menos que eso, ¿eh? Se ve que el pobre Sito no lo estaba pasando muy bien con la conversación. O tal vez era testarudo, o una cosa y la otra, porque prefirió arrojarse por la ventana y volar nueve pisos antes que soltarle a su examigo dónde se encontraba el botín.

Un escrúpulo obliga a la inspectora Béjar a estudiar despacio a este individuo desmedrado que camina junto a ella. No existe nada en ese cuerpecillo rechoncho, la piel oleosa y pálida, las gafas, la barbita que le rodea los labios como un hongo, que parezca relacionarse con las atrocidades que, casi con lentitud didáctica, va desgranando Mo Pardo. La camiseta, del color de la mierda y la mala suerte, se le adhiere al tórax mientras él desfila bajo los semáforos, ausente, concentrado en observar las marcas cárdenas que las sandalias dibujan sobre sus empeines.

—P. J. tiene coartada para la noche en que asesinaron a Medina —recuerda Esther.

—Ah, sí, ya —la mano de Pardo retira algo en el aire—, estuvo con su otro amigo, el de Valencia, ya me lo dijo usted, Pepo se llamaba, ¿no? Sí, ese mismo Pepo, ¿verdad?, al que vendió o regaló unas piezas de valor incalculable por su linda cara. ¿Por qué lo

haría? ¿Eso tampoco lo quieres contar, criatura? ¿Se le ocurre a alguien algún motivo? Por ejemplo, es un poner, ¿por dar esa bonita cara por él delante de la policía? Usted lo piensa, inspectora, y ya me dice.

La estación de Santa Justa ya está delante de ellos, con su dorso de cemento extendido bajo el incendio blanco de la tarde. Se encuentra un poco elevada sobre el resto de la calle, de las avenidas, los setos, los vehículos que la circundan, como el castillo tras el foso en que finalmente aguardan la princesa, el villano que la retiene, el tesoro para el campeón: todo es demasiado, se dice Esther con sorna, como en la penosa pantomima de los amiguitos de Pardo. Antes de franquear el último paso de peatones que aquí cumple las funciones de puente levadizo, el hombre delgado se coloca delante de Chewbacca con los brazos en jarras e inquiere, quizá molesto:

—¿Y bien, criatura? ¿Tendré que hacerlo todo yo? ¿No vas a decir nada? Ya lo dice el viejo y conocido refrán: a palabras necias, amanece más temprano. No, no por mucho madrugar, oídos sordos.

En torno a Chewbacca va creciendo una aureola oscura, como si anocheciera sobre sus greñas: es el sudor que, procedente del pecho de P. J., empapa más y más la tela.

—¿Va a enseñarme el Eslabón Perdido, sí o no? —jadea.

—Vamos.

El interior de la estación de Santa Justa es un inmenso oasis de aire acondicionado, por donde almas inocentes deambulan en una dirección u otra, de la salida a las dársenas, sin ser conscientes de la proximidad del infierno. El hombre delgado, que es quien encabeza la marcha moviendo sus manos como aspas a ambos lados del pantalón, no se detiene ante las taquillas, pasa de largo una cafetería, ni siquiera mira de soslayo el panel de salidas y llegadas, no hace caso al enorme ojo del reloj que observa todo ciclópeamente desde lo alto. Su destino, a lo que parece, se halla en un rincón, al fondo de un pasillo mal iluminado que conduce del quiosco de prensa y chocolatinas a los servicios de caballeros. Ahí el muro, un basto lienzo de hormigón armado, efectúa un pliegue donde se refugia un viejo teléfono público y se abre un segundo pasillo aún más turbio: es la consigna.

—Sobraban dos números en la clave de la agenda de Medina,

¿no es verdad? —Pardo señala la colección de portezuelas que cubre el muro derecho, de arriba abajo, de un lado a otro de la pared—. Esos números corresponden a los de la taquilla en que ocultó su tesoro. La solución me la dio la lista de pertenencias del difunto: usted dijo que había una llave.

—Sí —reconoce Esther—. Una llave que yo no tengo.

Un chorro de aire escapa de la boca de Mo Pardo: o algo le disgusta seriamente o una pelusa se le ha quedado adherida al labio y no sabe cómo quitársela.

—No me diga —rezonga—. Bueno, ni falta que le hace. NO CONTABAN CON MI ASTUCIA. Use las cachas —Esther le devuelve una mirada de advertencia—. Las de su pistola, digo, la culata.

Sólo una vez que el arma ha abandonado la sobaquera y pende de la mano de la inspectora Béjar por el cañón, como si fuera un martillo, comprende ella la estupidez que acaba de cometer: mejor introducir su mano untada de sirope en las fauces de un tigre de Bengala.

—No —dice de pronto, y cierra los dedos en torno al guardamonte—. No puede hacer eso. Eso es violar una propiedad privada sin autorización judicial.

—¿Recuerda las dos últimas letras? —la zarpa del hombre delgado arranca rápidamente la pistola del brazo de Esther—. Yo se las digo, tengo muy buena memoria: *Lb*. En clave, eran 2 y 7. Esa es nuestra taquilla.

—¡Quieto! ¡Deténgase, joder!

Pero no sirve de nada. La culata de la USP de nueve milímetros acaba de impactar no una, sino dos veces contra la cerradura de la portezuela que ocupa una posición intermedia, un poco a la izquierda, en la segunda ringlera de taquillas. La armella cede con un chasquido, el interior queda levemente visible a través de una ranura que Pardo abre con el gesto sumario con que el cocinero destapa la fuente con el plato estrella de la velada. Al principio, es sólo oscuridad: la consigna se encuentra en una zona más bien turbia del edificio, que sólo aclaran una sucesión de tragaluces apostados en las cornisas, y si esas tinieblas se ven agravadas por las del interior de la taquilla, el resultado es que hay que entornar mucho los ojos para reconocer lo que contiene. Es la descarnada garra de Mo Pardo la que va extrayendo, muy despacio, cada uno

de los objetos y exponiéndolos a la luz para realizar el inventario. Un estuche de madera sin barnizar, con broche, dentro del cual, alineados, relucen útiles de talla y modelado, palillos, vaciadores dobles y mixtos, gubias, moldeadores, formones, limas, escofinas; una bolsa de plástico transparente donde nadan, como en la umbrela de una medusa, extravagantes figuras de Playmobil que sangran, rugen, empuñan serruchos, sufren y odian: la famosa Serie Negra; y al fondo, solitario, envuelto en una gamuza, una figura más extravagante aún: es un Playmobil deforme, de tamaño algo mayor que el usual, con articulaciones en los codos, el pelo más brusco, más rígida la sonrisa en el rostro ocre.

Es un momento álgido, el equivalente al paréntesis numinoso en que el sacerdote eleva la hostia sobre el altar y una carne y una sangre que no son de este mundo se imponen sobre la vil materia de todas las tardes. Balbuciente, sin atreverse a proferir una palabra por no romper el misterio, P. J. se aproxima y suplica sostener la reliquia en sus miserables manos: Pardo le concede la gracia. Entonces algo, una luz, un fuego fatuo, parece alumbrar ese lóbrego corredor situado en la estación de una ciudad de provincias, en una esquina abandonada del mundo, glorificándolo, convirtiéndolo en el lugar privilegiado en que lo contingente se cruza con la eternidad: es el rostro mirífico de P. J. lo que brilla. Lástima que la voz de un intruso al que nadie ha invitado tenga que venir repentinamente a apagarla.

—Oigan, ¿qué pasa aquí?

Uno de los guardas jurados que hasta el momento paseaba por el atrio de la estación acaba de hacer acto de presencia en el pasillo, probablemente atraído por el sonido de la taquilla al estallar. Tarda sólo un segundo, el necesario para empalmar la imagen del pestillo hecho pedazos, el estuche y las bolsas en el suelo, la USP de nueve milímetros en la mano izquierda de este individuo que no tiene aspecto de tirador deportivo, en comprender que es mejor que recurra a su revólver cuanto antes. Va a sacarlo de la cartuchera mientras da el alto con el brazo opuesto extendido en el aire, pero no llega a hacerlo: los intrusos son más rápidos que él.

—¡Quietos!

El más pequeño le embiste en un hombro, está a punto de perder las gafas en el choque, pero se repone y huye rápidamente con algo

escondido en el centro del puño; el largo, que parece el más peligroso, corre a su zaga y golpea al guarda por segunda vez cuando ya tiene fuera el tambor del revólver. A la mujer no la dejará escapar, por supuesto que no: aunque ella lo intenta, abriéndose paso por el hueco que queda a la izquierda del pasillo, el guarda la bloquea con el codo e interpone el cañón del arma ante su nariz, como para que ella aprecie su solidez, como para que se convenza de que no es de juguete. Sigue un estúpido tira y afloja de varios minutos, en que la mujer trata de avanzar y el guarda la rechaza enseñándole el revólver. Finalmente, ella hace gesto de renunciar: lasa, retrocede unos pasos y se busca algo en el bolsillo. Es una placa.

—Policía judicial —ronca, con un desastre de pelos tapándole la cara—. Haga el favor de apartarse de una puta vez.

Pasajeros que llegan y se marchan siguen cruzándose tranquilamente bajo la enorme bóveda del vestíbulo, inocentes del peligro que se cierne sobre ellos. Y que no consiste ni mucho menos en un asesino obsesionado con muñequitos que sonríen, sino en un loco de atar armado con una pistola automática: la frenética carrera de Esther por el recinto de la estación, de los lavabos al estanco, a lo largo de la media docena de cafeterías, atravesando las filas de asientos y los quioscos de prensa, viene motivada antes por la necesidad, por la absoluta fuerza mayor de encontrar a Mo Pardo que por la de hacer lo propio con el hombre al que persiguen. Porque, además y para colmo, el arma que empuña es su arma reglamentaria, que las ordenanzas estipulan con toda claridad que jamás debe ceder a nadie, y menos a un civil. En el umbral, allí donde el aire acondicionado es derrotado por el sol de fuera, otro guarda jurado ejerce de centinela frente a la parada de taxis: observa con desconfianza las carreras de Esther, su modo desquiciado de girar por todas partes en busca de algo que no está. Va a acercarse a preguntar a esta pobre mujer si necesita algo, cuando el desenlace se impone de sopetón.

La camiseta de Chewbacca ha surgido de donde estuviera escondida, tal vez la tienda de *souvenirs* de la esquina, y acelera en dirección a las puertas automáticas que, bajo los paneles, dan acceso a las dársenas. Detrás de él, tropezando entre maletas y carritos de equipaje mal colocados, Esther grita el alto: gesto

manifiestamente inútil, como se comprueba en cuanto P. J. desciende la cinta mecánica después de elegir un tren al azar. Ahí el corazón de Esther se detiene un segundo: una silueta remonta la cinta desde abajo, en sentido inverso, obligada a realizar un doble esfuerzo para no retroceder. Es Mo Pardo. Mo Pardo lleva la USP de nueve milímetros en la mano derecha. La gente que se dirige a las vías ve a un hombre con una USP de nueve milímetros en la mano derecha. Hay gritos. Hay carreras. Y Mo Pardo que sigue ascendiendo, salido no se sabe muy bien de dónde, con la cosa negra en el puño, la mirada nublada de quien posee un objetivo nítido del que no está dispuesto a desviarse.

Así parece entenderlo también P. J., que, después de un paso adelante y otro atrás, un nuevo avance y otro intento de recular, decide arrojarse desde lo alto de la baranda al vacío. Son, en la posición en que él se encuentra, nueve metros y cuarenta centímetros de caída. Se rompe una pierna a la altura del fémur, pero no es eso lo que más va a dolerle: mucho peor es ver cómo cae el muñeco que llevaba en la mano y se hace trizas entre el andén y los zapatos de la decena de espectadores que no saben si huir o no. P. J. se arrastra, agónico, haciendo al pobre Chewbacca lamer el pavimento cuando la inspectora Esther Béjar y Mo Pardo se reúnen sobre él. La pistola pasa de uno a otra con un irritado tirón de impaciencia.

—Gracias —jadea ella entonces—. Gracias por todo. Y perdóneme.

—¿Perdonarla? —Mo Pardo encoge los hombros—. ¿Por qué?

—Por todo, también.

Esta tarde vuelve a haber celebración bajo el puente de Isabel II. El crepúsculo, algo más fresco, comienza a derramar su luz violácea sobre el muelle derecho del río mientras se enciende de nuevo el fuego en los bidones y sombras desmedradas recorren los pilares de cemento. Unos, formados en cuadrillas, improvisan grandes mesas corridas con tablones y caballetes, como si esperasen un convite de bodas; en la misma vena, otros se reúnen en corros, blandiendo tubas, trompetas y saxofones, arrojando quejidos metálicos al aire cuando los dedos de uñas mugrientas presionan los pistones y las

válvulas. El ambiente de animación, de fiesta, es visible por todas partes: en las mesas y en los músicos, por supuesto, pero también en los grupos que se forman al azar en un punto y en otro, para contar chismes, compartir un cabo de cigarrillo o improvisar unas sencillas carcajadas. La Corte de la Noche celebra algo especial. Un ciclo aciago ha concluido y otro más benévolo clarea en el horizonte.

Trompetas y trombones anuncian con estruendo la llegada de la comitiva real. Precedidos por el consabido séquito de damas y paladines, el rey Arturo y la reina Ginebra, con sus mejores galas, avanzan de la mano entre la doble hilera de espectadores reunidos. Dos sitiales los aguardan bajo el semicírculo del puente; un visitante poco avezado podría confundirse al tomarlos por dos groseras sillas de playa: porque se trata de los tronos desde los cuales Sus Majestades agasajan a los miembros de la Corte de la Noche, atienden sus duelos e imparten consejos, y serán también el lugar privilegiado desde el que, ahora, una vez han tomado asiento, escucharán la proclama con que el sabio Merlín, de pie sobre un estrado improvisado con una vieja caja de fruta, se dirige a los presentes.

—Damas, caballeros —truena el anciano con una voz llena de eco—, nos hallamos aquí reunidos para declarar que el reinado del terror toca nuevamente a su fin. Acabados están el sufrimiento, la herida, el desvelo; verter la sangre inocente, la maldad azarosa; el lamentar un ayer yermo y anhelar un mañana de oro. Pues un caballero ha venido a triunfar con su brazo sobre la Bestia que mantenía este reino en la sombra, y ha liberado así a la Corte para que celebre de nuevo sus festivales y corramos al aire de los toronjos. Hermanos y hermanas, Majestades, damas y caballeros, recibamos entre nosotros a un nuevo integrante de nuestra cofradía: el más prudente y astuto de los campeones, el vencedor de la Bestia de los Viejos Días: maese Nicodemo.

El himno retumba en los instrumentos, intentando elevarse sin éxito sobre la torrentera de aplausos y hurras que reciben al hombre delgado. Es un individuo vertical, muy bien peinado, con una camisa a cuadros que parece recién exhumada del armario de una casa en ruinas, el que recorre la larga hilera de caballeros congregados y se detiene ante el trono. En cuanto el rey se pone en pie, el hombre cae de hinojos y agacha la cabeza, revelando la giba

que se eleva bajo su camisa. Sobre la camisa, el rey Arturo le impone una medalla, que algún malevolente podría tomar por un posavasos de Heineken atado a una cinta, y en la cabeza un bonete, aparentemente, pero sólo aparentemente, no muy distinto de un gorro de papel plegado con un catálogo de Carrefour. El momento en que el tocado cae sobre la coronilla, ese mismo momento en que Bonaparte corona a Josefina en los museos y los libros de texto, es el que el rey aprovecha para vociferar:

—Vuestra misión, hijo mío, será de hoy en adelante proteger al menesteroso, amparar la verdad en su decoro y aplastar la cabeza del inicuo allá donde muerda. En el nombre de Dios, san Miguel y san Jorge, en el de la Corte de Avalón y el Rey Pescador, de la Dama del Lago y la Santa Reliquia del Grial, yo os nombro caballero de la Tabla Redonda.

La ovación se repite cuando el hombre delgado se yergue y, entre abrazos y palmadas, ocupa el lugar que le corresponde en la mesa. A una orden del maestresala, el banquete da inicio: ayer mismo el Mercadona de Plaza de Armas arrojó a los contenedores toda una remesa de sándwiches de crema de cangrejo, después de una avería en la cámara frigorífica, y hoy no habrá comensal que se retire hambriento. Por no hablar de los cincuenta y ocho briks de vino de mesa que se perdieron al volcar un camión de transporte en la SE-30 la noche del viernes pasado, y que esta noche servirán para alegrar también la ocasión. Es hora de reír, brindar, sentirse afortunado de conversar con los caballeros más refinados del orbe, y distraer las tardes del invierno que se aproxima con el recuento de hazañas y desafíos.

Es por esto que muchos de los comensales, secundados por el rey, solicitan a maese Nicodemo que relate de nuevo cómo capturó a la Bestia de los Viejos Días y libró a la Corte del azote que la afligía. Y el hombre delgado volverá a ponerse en pie, se aclarará la voz y repetirá en un silencio religioso los diversos detalles de su aventura, las batidas por distintas partes de la ciudad, el médico ciego, el otro médico que condenaba a la ceguera a los demás, el fabricante de juguetes que murió en la miseria. Y se detendrá, sobre todo, en el episodio que sabe que su auditorio prefiere sobre cualquier otro: aquel en que el malvado galeno que practicaba la hipnosis es engañado y descubre el micrófono oculto en el interior

del ojo de cristal. Las risotadas, los aplausos, alcanzan el cénit; alguien, en un extremo de la mesa, pregunta si ese médico, Lalanda, se pudrirá ahora en la cárcel. Y maese Nicodemo negará con la cabeza, primero serio, luego dejando traslucir una leve sonrisa.

—No, por desgracia el crimen ha prescrito ya —dice—. Pero será juzgado por otras instancias, no temáis. La grabación ya está en poder de un buen amigo de *El Correo de Andalucía*. A un juez podría hipnotizarlo; hacerlo con varios miles de lectores va a serle más difícil.

Se hace tarde y Sus Majestades han de retirarse a la cámara regia. Como gesto de homenaje, los cortesanos se inclinan al paso de ambos en dirección a la salida del muelle, besan el vuelo de sus capas o practican una genuflexión, siempre que el vino lo permite. La reina Ginebra hace un alto frente al hombre delgado, muy complacida de que él roce con sus labios la tercera articulación de su anular derecho, elevado en el aire.

—Esperamos veros por aquí más a menudo, maese Nicodemo —las pestañas de ella retiemblan bajo una espesa capa de pintura turquesa—. O Grillo, como me gusta llamaros más cariñosamente. ¿No ha venido vuestra amiga con vos?

—Se encontraba ocupada, Majestad —maese Nicodemo se lleva la mano al posavasos de Heineken—. Pero ninguna amiga suplantará jamás vuestro lugar en mi corazón.

Concluidos los fastos, la celebración se vuelve más informal, más caótica: algunos se retiran a un margen, a dialogar con su borrachera a solas, otros optan por el canto y la danza frente a las estufas improvisadas en los bidones, grupos de debate se generan espontáneamente en los rincones de las mesas, ante el vino volcado y las migajas de los sándwiches. Es a uno de ellos hasta el que se retira el hombre delgado, quizá melancólico, sumido en esa zozobra que releva a la alegría en todo festejo: las burbujas del champán ascienden por la copa hasta que se deshacen en un estallido. Allí están Perceval y Mador, uno enorme y otro diminuto, igual que de costumbre, y también otros habituales como Galaad, el calvo de la pipa con trazas de marinero, su fiel comparsa Cahú, con el carrito que le hace de piernas, y la joven Ysave de Carahés. Mador ha dejado su trompeta, con el metal rayado, junto a la caja de vino abierta a mordiscos. Es él quien sonríe al ver acercarse al recién

llegado.

—Maese Nicodemo: ahora tenemos que llamarte así, ¿no? ¿Por qué no te has traído tus zapatos esta noche?

Los otros interrumpen una conversación sobre el tamaño más adecuado de los flamenquines para atender a la respuesta.

—Deja —dice Mo Pardo—. La sesión del otro día me ha dejado agujetas para el resto del otoño. Los próximos zapatazos que dé serán sólo para matar cucarachas.

—Y bien, Nicodemo, ¿eres feliz?

—Modestamente, como mi propio nombre indica. Si no fuera porque me han quitado mi serie favorita de la tele para sustituirla por una porquería.

—Pero conociéndote —Cahú echa espumarajos al hablar—, dudo mucho que dejes la cosa ahí.

—Por supuesto —Pardo asiente—. Estoy llamando hasta treinta veces al día a la cadena para quejarme; aunque sospecho que tendré que pasar a acciones más contundentes.

—Ji, ji, ji —ríe Ysave, bajo su camiseta de Aladdin Sane—. No hemos visto a la amiga que te trajiste el otro día. ¿Cómo ha faltado en un día como este?

—Porque es la Bella Dama sin Merced —replica Galaad, mordiendo la pipa.

—Justo —Pardo vuelve a asentir—. Tiene un espejo en casa, pero es un espejo embrujado.

—Todos los espejos están embrujados —Cahú derrama el resto de una de las cajas de vino sobre su barba.

—Sí —hay un suspiro en la voz de Pardo—. Es mejor mirarlos de espaldas.

Esto hace que alguien sentado en una esquina del tablero, Espinogre o Salgremor, recuerde una historia a la que los demás atienden en silencio. Un cazador de vampiros y su ayudante están a las puertas de un castillo, en un correcto bosque de Transilvania; van armados con crucifijos, ristras de ajo, martillos y estacas; hay una fiesta en el interior del castillo, en medio de la noche, salpicada de candelabros y música de violín; el ayudante es novato y teme, tiembla, se muerde las uñas; toda la nobleza de los alrededores ha sido invitada al baile y el ayudante vacila: cómo distinguirán a los vampiros de los que no lo son; el cazador de vampiros le palmea el

hombro: ataca sólo a los que estén despeinados, dice; ellos no han podido verse en el espejo.

—¡Mi querido Nicodemo! —es Merlín quien llega, con los brazos de par en par—. ¡Qué júbilo extraordinario!

Se repiten las felicitaciones, los abrazos; alguien escancia en vasos de plástico varias medidas de champín, la bebida para niños de Mercadona, que Pardo, a pesar de su talante, se aviene a saborear con la punta de la lengua. Los ojos de Merlín brillan; su alegría es fácilmente perceptible en el calor con que estruja el brazo del hombre delgado y la tiesura de su dedo meñique al sostener el vaso. Junto a él han llegado otros, incluso miembros traspapelados de la Corte de la Noche, como el fiel Cay, al que Pardo había perdido el rastro.

—Hombre, Cay, has vuelto —exclama—. ¿Qué ha sido de ti? Me han dicho que desapareciste. ¿Algún viaje inesperado?

El rostro de Cay sigue siendo esa corteza tostada de siempre, a ambos lados de la cual florecen dos plumones de pelo gris. Pero ahora hay algo en él que no estaba antes: los hematomas, las cicatrices. Alguien o algo ha golpeado cruelmente a Cay, oscureciendo la mitad de su mandíbula y parte de la mejilla derecha con una nube violácea, bañándole el blanco del ojo de ese mismo lado de rojo sangre.

—Ándale, ándale, arriba, arriba —entona con la voz de Speedy González.

—¿Qué ha sucedido, Cay? —inquiere Mo Pardo repentinamente serio.

—Me pareció ver un lindo gatito —ahora es Piolín quien habla.

—A saber dónde se habrá metido y quién le habrá dado esa merecida paliza —responde Espinogre haciendo malabares como de costumbre con los vasos de plástico—. Pero ha vuelto esta misma mañana con un señor abrigo.

—Un abrigo nuevecito, sí —interviene Salgremor desde debajo de su bigote—. Fíjate.

Otro de los presentes, Lionel o Grisandole, ha avanzado un paso para palpar con rendida admiración el paño del abrigo nuevo de Cay. En efecto, es un magnífico ejemplar de pelo de camello, con seis botones de carey cruzados, que le da aspecto de gánster, de ministro, de concejal marbellí.

—Igualito que la mierda de abrigo pulgoso que tenías antes, ¿eh? —Lionel ríe entre chorros de saliva—. Con esos parches en los codos. ¿Dónde lo has dejado?

El hombre delgado se gira con gravedad en dirección a Cay; ahora sus facciones son más sombrías, y no sólo porque la noche haya crecido en profundidad en torno a las farolas del otro lado del muelle.

—Sí, Cay —dice—. ¿Quién te ha dado este abrigo? ¿La misma persona que te dio la paliza? ¿Y el otro?

El personaje cuya frase característica emite ahora el desdichado Cay hace que los ojos de Mo Pardo se abran como platos.

—Lo siento, Bubu —suelta—. No puedo decir nada.

Una trompeta resuena en la lejanía. Parece que un nuevo concierto se aproxima, que las baquetas tiemblan de excitación antes de saltar sobre los timbales; pero Mo Pardo no tiene ocasión de atender a su reclamo: preocupado, acaba de emprender el rumbo que conduce a la avenida, a la noche unánime del resto de los hombres.

8. LOS CABALLEROS DE LA TABLA REDONDA

NO EXISTE DIFERENCIA apreciable entre el sábado y el resto de jornadas laborables en la Jefatura Regional de Policía: el mismo trasiego convulso de gentes que entran y salen, agentes de uniforme y de paisano, vehículos chirriando al remontar la rampa del garaje, los mismos corros de fumadores frente al porche, el mismo blanco cegador sobre el granito de la fachada bajo el sol de la mañana. Tras el mostrador de recepción, en la planta baja, una mujer rodeada por los carteles de los criminales más buscados del país atiende a los recién llegados y los distribuye por el interior del edificio o de la sala, según vengan a presentar una denuncia, renovar el DNI, sellar el pasaporte, prestar declaración, hablar con un funcionario, traer un paquete, llevárselo. Es esta mujer, de una edad indefinida, casi aplastada bajo un exceso de rizos castaños, quien se encara al hombre delgado. Que llega buscando, dice, a la inspectora Esther Béjar, de la Judicial.

—No contesta —se excusa la mujer luego de conceder tres segundos al teléfono del mostrador—. Habrá salido. Puede esperar ahí o volver en otro momento. Apártese, por favor.

Obediente, el hombre delgado se retira para dejar paso a una segunda mujer, que inquiere en este caso por Nosequién de Inteligencia Criminal. Aquí el teléfono sí surte efecto, la primera mujer intercambia un par de frases con el auricular, asiente, cuelga, extrae de un cajón un adhesivo en el que se lee en blanco sobre fondo verde la palabra VISITA, se lo entrega a la segunda mujer y le indica el acceso, cuarta planta, pasillo de la izquierda. Entonces el hombre delgado realiza la siguiente secuencia de acciones: sale de la jefatura, camina hasta la tienda china de al lado de la marisquería, se interna en uno de los corredores casi sofocado por el olor a plástico, elige un chaleco reflectante, paga el chaleco reflectante y sale, se coloca el chaleco reflectante sobre la camisa,

camina hasta la obra situada frente a la cafetería del instituto Bécquer, revisa los tablones esparcidos por el suelo junto a la hormigonera y las piochas de los albañiles que se han marchado a desayunar, elige un tablón de tamaño mediano correctamente manchado de pintura blanca en la mitad superior, camina hasta la jefatura, se coloca sobre la oreja derecha el lápiz de Ikea que lleva en el bolsillo, entra en la jefatura esquivando la cola para el DNI, atraviesa la recepción dando los buenos días sin que nadie le responda, llega al rellano de los ascensores, aprieta los botones de los dos ascensores, primero los del derecho, que parece estropeado porque no responde, luego los del izquierdo, que sí.

—Ya era hora de que arreglaran la ventana de Crimen Organizado —rezonga un tipo con camisa azul marino junto al que Mo Pardo se ha situado en el ascensor—. Para eso es el tablón, ¿no? La sala de juntas lleva cascada todo el verano y el aire puesto a mil para nada. Por fin nos han oído.

Después de practicar una seca afirmación con la cabeza, el hombre delgado baja en la cuarta planta y toma la dirección de las escaleras para descender un piso. En el rellano de la tercera encuentra un extintor que le resulta apropiado para abandonar el chaleco, del que se deshace al mismo tiempo que del lápiz (al bolsillo de nuevo) y la tabla (ahí, sobre la pared, no molestará a nadie). Una vez que se sacuda un poco la camisa, que la pintura blanca ha teñido levemente en torno a las solapas, estará en condiciones de ingresar en la sección de Policía judicial como una visita más.

No es gran cosa lo que le espera. La oficina está vacía si exceptuamos a dos agentes, desconocidos para Pardo, que realizan tareas sobre sus respectivas mesas, una situada a mitad de la oficina, a un flanco, la otra algo más adelante, bajo una ventana. Uno es Gálvez, todavía con la mano hinchada, entretenido en repasar un texto recién imprimido hasta que, de repente, brinca en su asiento y abandona la sala con la urgencia evidente de enseñar los papeles a alguien. El otro, Mágina, teclea el ordenador bajo su sempiterno chándal del Sevilla F. C. con tres renglones de arrugas apilados en el entrecejo. Cuando, aprovechando que acaban de telefonearle al móvil, se vuelve hacia la pared y se aísla en una serie de cuchicheos y exclamaciones imposibles de traducir, Pardo

comprende que es el momento de circular entre el resto de escritorios, desde la entrada hasta el extremo que bloquea una especie de despacho con una mampara, y detenerse ante uno que sólo pude ser el de la inspectora Béjar. Los motivos: la foto de Tomás en un rectángulo de metacrilato a un lado de la lámpara, las ilustraciones pegadas con celofán en la zona del muro inmediatamente posterior a la silla y donde figuran ogros, princesas, gatos con botas de siete leguas, la foto de Johnny Depp con rastas y un sombrero de mamarracho.

El breve examen de la mesa, inútil por completo porque allí no hay nada de lo que busca, ni encima del tablero, entre los vasos de lápices y las fotocopias y el teclado y la fotografía, ni en ninguno de los cajones donde clips olvidados juegan a hacer de sonajeros, se ve interrumpido en el momento en que una señora imponente hace acto de presencia en la sala. Pardo se ve obligado a recurrir a sus mejores dotes para pasar por inocente frente a Ludivina, la secretaria del inspector jefe Lago, que, enfajada como de costumbre en su traje estampado de dos piezas, se dirige hacia su puesto con un muestrario ambulante de paños para cortinas, todo flores, grutescos, filigranas. Pero no debe de haberlo hecho muy bien, lo de disimular, porque la señora se planta frente a él y le dedica ese tipo de mirada que suele ser patrimonio común de la cucaracha y el mosquito en las noches de agosto.

—¿Quién es usted? —la señora escudriña la camisa castaña del intruso, en busca de una pegatina que no existe—. ¿Qué desea?

—Busco a la inspectora Béjar —repone el desconocido en un tono finústico—. Soy un amigo. De ella y de Aurora, usted sabe, su madre. Y también de Tomás, claro. He estado en su casa, pero ella no está. Pensaba que habría venido a la oficina: quería darle una sorpresa.

Ludivina improvisa una mueca diagonal que tal vez equivale a una sonrisa.

—Le han dado el día libre —dice, ya ante su mesa, que es la que se encuentra frente a la mampara del fondo—. Lo ha aprovechado para llevar a su hijo a Isla Mágica. Y se lo merece, la verdad.

—Ah, por lo de Playmobil, supongo —Pardo hace una reverencia—. ¿O es por lo de la secta Sol Oscuro? He visto la noticia en los periódicos esta misma mañana. El líder ha sido derribado a

tiros, o eso decían, pero no quién realizó la hazaña. ¿Era un tipo peligroso?

La radio, los programas matutinos de televisión, las redes sociales bullen desde esa misma mañana con los mismos titulares: desarticulada una peligrosa secta suicida en un pueblo de la provincia de Sevilla; enfrentamiento con la policía; al menos un muerto y un policía herido; la policía, obligada a abrir fuego; el líder de la secta abatido en el enfrentamiento. Todo entre imágenes en primera persona de cuartos confusos, luces que cambian de posición, cuerpos que se pierden en corredores después de que las puertas cedan a las embestidas. El escenario es un caserío recubierto de cal, abandonado en un campo de mieses secas, sobre el que arde el verano con todo su combustible.

—Lo era, sí —confirma Ludivina—. Pero la inspectora Béjar no tomó parte en esa acción. Fue el propio inspector jefe Lago, al mando de un equipo de operaciones especiales, quien abatió al líder de la secta después de que él se resistiera. Tiene sus años, y un accidente le ha dejado medio cojo, pero sigue defendiéndose, el jefe.

—Es un tigre —exclama Mo Pardo con admiración—. O, mejor, un oso.

—Sí. Lástima que esté a punto de jubilarse. Tras la muerte del líder de la secta, se descubrió en su poder el arma que había atentado contra la inspectora Ancona. Las dos chicas también fueron liberadas, así que el caso está resuelto. Pero ¿qué pasa ahí fuera?

Un extraño tumulto ha comenzado a sacudir el rellano, fuera de la oficina. Es esa mezcla de vocerío y expectación que tiene lugar en las proximidades de las estrellas de cine, ante la inminencia del triunfo o la bancarrota: gritos ahogados, exclamaciones, pies que corren de un lado a otro y puertas que se cierran con una detonación.

—Vaya —indiferente, el hombre delgado tuerce la vista en dirección a la mampara de cristal del fondo—. Su brigada encadena un éxito con otro, ¿eh? Y el héroe, su inspector jefe, ¿anda él por ahí? Para darle la enhorabuena, ya sabe.

—Ha tenido que marcharse hace un rato —la mujer sigue atenta a lo que sucede ahí fuera, el desorden, el entusiasmo, el pánico de

ahí fuera—. ¿Usted no quería ver a Béjar? ¿Qué pasa ahí?

Ahora son perfectamente reconocibles los gritos, una maldición con todos los acentos bien puestos, avisos de emergencia. Desde el interior de la oficina, en escorzo, puede advertirse que una pequeña multitud se ha concentrado frente a la escalera, en la zona de acceso a los ascensores, y que el número de piernas, de manos que se agitan y bocas que compiten por elevar la voz aumenta sin cesar. Es Mágina, el del chándal, quien finalmente resuelve comprobar qué sucede y abandona su sitio, siempre con el móvil sobre la mejilla, para asomarse al otro lado. Cuando regresa, con el móvil apagado y cara de haberse equivocado de lugar o de fecha, la voz le sale con dificultad de los dientes.

—Es Quini, ¿no se llamaba así? El pelirrojo nuevo.

—¿Blanes? —Ludivina corre ya hacia el rellano, sujetándose la bisutería del pecho con la mano izquierda.

—Un accidente —detrás de ella, Mágina mueve el móvil sin saber qué hacer.

Mo Pardo no puede creer su suerte: le han dejado solo. Así que aprovecha para cerciorarse de que, en efecto, el despacho de la mampara no está cerrado con llave y puede echar el vistazo sumario que necesita: poca cosa, bastará con dejar la puerta entornada. No es mucho lo que se distingue a la luz indirecta de la oficina, de esta niebla azul que cubre los muebles, la percha, el piano electrónico, las carpetas y folios que atestan la mesa como el resplandor de un acuario, pero es obvio que el informe de la inspectora Béjar sobre el ataque de la Alameda no se encuentra allí. Lo que sí se encuentra es un enigmático papel protegido por una funda que Mo Pardo toma con cuidado, inclinándolo en dirección a la mampara para aprovechar mejor la claridad de fuera, y que acciona de súbito alguna clavija en el interior de su cerebro. Es un documento muy antiguo, probablemente de color amarillo u ocre a una luz normal, torturado por grietas y pliegues, donde una docena de pentagramas, de arriba abajo, recoge una melodía para varias voces; en la esquina superior izquierda, no exactamente en el ángulo del pliego pero casi, un semicírculo marrón, como la marca de un vaso, hace las veces de sello oficial. El cerebro de Pardo, una vez activado, tarda muy poco en ofrecer un veredicto, el mismo lapso mínimo que sus piernas en conducirle fuera del despacho. Y

está bien que sea así, porque el estruendo del rellano ha alcanzado ya dimensiones de monumento.

Una masa de espaldas se apelotona sobre el hueco del ascensor de la derecha, cuya puerta automática ha quedado abierta para mostrar la negrura y el ladrillo del más allá. Las cabezas miran abajo, al centro de la tierra, y a continuación se elevan con los ojos muy abiertos, chasquean la lengua, retroceden, se llevan las manos a la nariz con objeto de reprimir un sollozo o un estornudo. Están horrorizados, o borrachos. Se ha partido el cuello, aventura uno. Otro pregunta que cómo ha pasado. Otro de más allá responde que un fallo en la apertura o algo, que se han dado cuenta porque el ascensor no podía descender del todo. Alguien, en un extremo, quiere saber quién era.

—Se llamaba Joaquín, o Quini —es Mágina el encargado de la identificación—. Acababan de trasladarlo a la Judicial. Joder.

—¿Lo dices en serio? —replica el de antes—. Eso decía él. Pero era *vox populi* que pertenecía a Asuntos Internos.

La última frase no es que gire una rosca en el cerebro de Mo Pardo, es que pisa un pedal. Ha echado a correr en dirección a las escaleras, con tan mala fortuna que choca contra una blusa de color perla y una falda estampada: nada extraño, si tenemos en cuenta la densidad de población de esa zona del edificio.

—¡Ay! ¡Qué desgracia! —Ludivina exhibe dos ojos como carne cruda y un enorme pañuelo en lugar de la nariz. Cuando Pardo le atrapa la muñeca, con ese gesto que trata de impedir que el carterista sorprendido in fraganti llegue a mayores, sus hipidos frenan de un golpe.

—¿Cómo sabía usted que la inspectora Béjar iba hoy a Isla Mágica? —la frase de él es apenas audible bajo los labios apretados.

—Pues… Yo qué sé… Estaba delante cuando se lo comentó al inspector jefe, que iba a aprovechar el día libre, y es sábado, y el niño… ¿Adónde va usted? ¿Por qué corre? ¡Alto, deténgase! ¿Quién es usted? ¡Detengan a ese hombre!

Ojalá, se le ocurre a Mo Pardo, pudiera disponer del Chipote Chillón para, igual que el Chapulín, abrirse paso golpeando cabezas a diestro y siniestro: pero no es posible. En fin, a una anatomía como la suya no le resulta difícil imitar al áspid y la anguila y culebrear entre la aglomeración que atasca el rellano. Pero las voces

de Ludivina, duplicadas y triplicadas por el eco, acaban por poner en guardia a todo el mundo y ya hay dos agentes de uniforme que descienden el primer tramo de escaleras en pos del hombre que acaba de desaparecer, que ha salido no se sabe de dónde para esfumarse no se sabe en qué dirección, cuya presencia en la jefatura, a pocos menos de un agente cadáver, no es posible explicar con facilidad. Y que, de momento, les lleva por lo menos catorce peldaños y un pasillo de ventaja. Aunque sólo de momento.

La era de los descubrimientos es el motivo en que se inspira Isla Mágica, el parque temático de Sevilla. Hasta trescientos sesenta y cinco mil metros cuadrados de selvas, fortines, galeones varados, templos a medio derruir, piratas y caníbales que, extendiéndose en torno al lago central de la antigua exposición universal, amenazan con abrumar al visitante con toneladas de diversión y cartón piedra. Este sábado de septiembre, recocido bajo un sol que no entiende de equinoccios, las familias recorren dolorosamente una atracción tras otra, dejándose salpicar en las fuentes, voltear en las norias, comiscando rápidos bocadillos en la pausa entre dos mareos, sentándose a descansar en los piadosos bancos que, a la sombra de un ídolo maya o una taberna de bucaneros, conceden un poco de tregua cada doscientos metros. Entre esas familias se cuentan Esther Béjar y su hijo Tomás, alias el Bicho, que abandonan ahora, en la esquina superior izquierda del parque, si se estudia el plano que entregan en la entrada, la atracción conocida como el Vuelo del Halcón. Dicha atracción consiste en un cilindro que hace girar dos series de asientos asidos por cadenas a un techo circular, aprovechando la fuerza centrífuga primero sobre la vertical y luego escorándose hasta cuarenta y cinco grados en dirección al suelo. Lo cual explica el flagrante color verde de la tez del Bicho una vez que ambos atraviesan la cancela de salida.

—¿Te encuentras un poco mejor? —quiere saber Esther.

La verdad es que Tomás no es del tipo de niños que disfrutan de la violación de la gravedad: su sitio ha estado siempre más bien en tierra, colocado sobre sus zapatos. Quizá, se dice Esther con una punzada de culpabilidad, no ha sido tan buena idea después de todo obligarle a venir, a sacarle de su confortable reino de fórmulas y

electrones para arrastrarlo a este calvario de calor húmedo, las colas, el estómago bocabajo: se marea con facilidad. Mejor es que se sienten ambos en un poyete de granito, también superviviente de la Expo, que mira hacia el Refugio de Morgan y sus cañones de agua a presión. Ya allí, Esther repite su pregunta y presencia algo más tranquila cómo la clorofila cede espacio en el rostro de Tomás a la sangre y el tuétano.

—Ya me encuentro un poco mejor —asegura, asiéndose al poyete con ambas manos—. Pero pasar el día juntos haciendo cosas divertidas significa para mí otra cosa, mamá.

—No vamos a volver a la Casa de la Ciencia por un tiempo, Tomás, te lo repito —esta discusión no es nueva—. Hemos ido a diario durante dos semanas antes de acabar las vacaciones, ya incluso nos dejaban que la entrada nos sirviera de un día para otro. Haremos lo que hacen todos los niños normales.

—Pero sufro vértigo, mamá.

—Mira, nos han regalado las entradas y tenemos que aprovecharlas —Esther cruza las manos sobre la mochila en que transporta los bocadillos y el móvil—. Si lo prefieres, elegiremos atracciones un poco menos bruscas, creo que por allí —acaba de señalar un punto en el mapa desplegable— está algo que se llama la Fuente de la Juventud. Es una isla para niños más pequeños, quiero decir, más tranquilos. Probamos un poco y después comemos, ¿te parece?

Un chorro de sol sortea en ese momento las hojas de la palmera más próxima y abrasa a Esther, convirtiendo las palabras en ceniza en su garganta. Necesita un refresco: no está de más dejar un rato solo al Bicho para que se recomponga del todo y buscar un quiosco donde la salven de la deshidratación. Adelante, apenas a unos pasos de la bifurcación que conduce hacia el cine 4D, una máquina de bebidas intenta esconderse al amparo de un helecho. Lo mismo ella también debería esconderse, piensa mientras introduce monedas de veinte céntimos por la ranura y elige el botón correcto; ella y Tomás y el mundo rocambolesco que ha construido alrededor de ambos, los uniformes estrambóticos que les ha cortado a medida intentando aparentar que en nada se diferencian de los del resto de la gente que deambula por la calle. Porque, por mucho que se esfuerce en lo contrario, un mordisco en alguna parte, a la altura del estómago, le

indica a cada paso que la normalidad no está hecha para ella ni para el Bicho, en el supuesto de que pudiera entender un día qué quiere decir ese término, normalidad, y que mejor haría retirándose del mundo en un más allá de castillos de cartón y visones llenos de pulgas, como los amigos de Mo Pardo, como el propio Mo Pardo. Vuelve a acordarse de los cigarrillos, del consuelo del humo tibio en el paladar; el primer trago de la Coca-Cola, no todo lo fría que debiera, los retira por suerte a una zona del subconsciente donde no vuelven a molestar.

—Inspectora Béjar, ¡qué alegría encontrármela!

Quien acaba de saludarla desde atrás es un pobre anciano abrumado por la vida moderna. La camisa cubana y la mariconera que lleva cruzada sobre el pecho no parecen poder soportar del todo, a pesar de su aparente liviandad, los dos globos, uno azul y otro rojo, con calaveras y tibias cruzadas, el paquete de gusanitos a medio abrir, la botella de agua, los folletos, la mochila con el rostro sobreimpreso de una protagonista de telenovela: *Soy Luna*. A su lado, una niña recién salida de un baño de purpurina le golpea la cabeza con un sable de espuma.

—¡Jefe! ¿Cómo usted por aquí?

La mirada del inspector jefe Lago tiene lugar entre una niebla de aburrimiento, dolor, pérdida irremisible de la fe en el ser humano; y seguramente la causa de ello no es, o no sólo, que la fisura de la cadera le esté matando y le impida desplazar las piernas con entera soltura.

—¿Qué te pasa en el pelo? —la niña dedica dos ojos de asco a Esther—. Tienes como rayas blancas, ¿no?

—Vaya, jefe —mejor sonreír—, parece que Andrea le está llevando al límite.

—Acabamos de saquear la tienda de regalos —suspira el inspector jefe—. Al menos eso es mejor que subir y bajar en un trenecito a punto de echar los hígados por la boca, o a ponerse chorreando en una montaña rusa. Sí, al menos es un *ritardando* y los dedos tienen tiempo de recuperar el compás. Esta niña nada más que quiere barbaridades, y no se da cuenta de que uno ya no está para estos trotes. Menos mal que mi hija firma ya el divorcio el lunes y por fin podré descansar. No sabía qué hacer con ella hoy. Me dio usted una idea cuando dijo que venía a Isla Mágica.

La mano libre del anciano, la que no entorpecen los globos, los paquetes y todo lo demás, acaba de ser capturada por la niña, que quiere arrancarla de la manga de la camisa; como no lo consigue, golpea la tela con el sable de espuma, dos, tres veces.

—Venga, abuelo —gimotea—, vamos a las sillas voladoras. Venga, que luego hay mucha cola.

Cerca, tras un plátano y el acceso a los servicios, otro banco promete un oasis.

—Siéntese un poco —sugiere Esther—, y descanse. La cadera debe de dolerle horrores, imagino.

—Pues sí, hija —Lago elige el extremo derecho del banco, a la sombra del plátano—. Menos mal que esto está bien surtido de bancos. Porque lo que es de otras cosas, no sé yo: como decoro y saber estar. ¿Ha visto usted qué gente viene por aquí? ¿Ha visto más tatuajes y más moños? En mis tiempos, había unas normas de vestimenta, o algo parecido. Ahora la ropa se combina *ad libitum*.

—La verdad, jefe, es que en este estado no debería haberse tomado usted el trabajo de dirigir la operación contra el Sol Oscuro. Seguro que su cadera ha empeorado por lo mismo.

El profundo suspiro del inspector jefe Lago parece vaciar de aire algo más que sus pulmones: hasta los globos que orbitan sobre su cabeza pierden algo de verticalidad.

—No tenía más remedio, inspectora —asegura con una mirada de repentina dureza—. No me fiaba de nadie más para la tarea, y además yo era, soy, el oficial al mando de la brigada. Quería estar presente para hacerle pagar en persona a aquel canalla lo que había hecho primero a Mora y luego a Ancona. Y no me tembló el pulso cuando llegó el momento, puede creerme. Él estaba dispuesto a acribillarnos a todos, de cualquier modo.

Esther contempla la piel de tigre de las sombras sobre el banco, pensativa.

—¿Cómo llegó él hasta Ancona? —dice sin mirar—. ¿Pudo usted saberlo?

Los hombros del anciano retroceden un poco, como buscando colocar la cinta de la mariconera.

—Después de descubrir la infiltración de Mora se introdujo en su casa y lo eliminó —explica—. Él o alguien de su directa confianza. Una vez en el despacho de Mora, donde apareció su cadáver, debió

de leer documentos que mencionaban a Ancona… También pudo sonsacar a una de las chicas secuestradas con las que Ancona mantenía contacto, el camino que siguió aún no está claro del todo. El caso es que luego le bastó con disfrazarse de vagabundo para atentar contra ella. Era un tipo violento, el tal Valladares.

—Venga, abuelo —el sable de Andrea castiga ahora la rodilla del anciano—, que luego se forma un pedazo de cola y hay que esperar mucho.

—Un momentito, hija, enseguida vamos.

Hay una pausa, durante la cual Esther sigue estudiando las diagonales grises que decoran el banco.

—¿Cómo fue? —dice, despacio.

Sin mayores aclaraciones, Lago entiende perfectamente a qué se refiere.

—Se había ocultado en el antiguo granero de la finca, que ahora les servía de sala de meditación o yo qué sé… Entré solo y le vi: de inmediato me encañonó con el revólver. Le di el alto, le dije que bajase el arma, todo debía discurrir *pianissimo*, como en un *legato*, usted me entiende. Él disparó: por suerte, el tiro fue a dar al techo. Y yo también tuve que disparar.

—Venga ya, abuelo —los sablazos de Andrea se multiplican—. Vámonos a las sillas voladoras, que se va a llenar de gente, joder.

—¡Niña! —saltan chispas de los ojos del anciano—. ¡Esa boca! ¡Ahora sí que te vas a aguantar!

A todo esto, Tomás, harto de esperar a su madre detrás del vallado de juncos y acacias, acaba de sumarse al grupo, justo en el momento en que Andrea lo abandona para seguir infligiendo mandobles a los arbustos. El anciano y el niño se saludan, la mano de piel cuarteada, más pálida en torno a los nudillos, cambia los globos de posición y acaricia el cabello liso, casi adolescente. El tono del inspector jefe es casi indiferente cuando pregunta:

—Bueno, y hablando de Ancona, ¿ha vuelto a ir a verla al hospital? ¿Se sabe algo de su estado?

—Sí, me pasé ayer, sigue igual —dice Esther—. Los médicos no se comprometen: puede despertar lo mismo mañana que dentro de un año.

—Hizo usted muy buen trabajo, le salvó la vida. Por cierto, hay algo que todavía no he tenido ocasión de preguntarle, con todo este

trajín, pero que es importante. Tan importante como saber tocar bien un bajo cifrado. ¿Sabe usted lo que es un bajo cifrado?

—Pues no.

—En música barroca, hay que saber acompañar a la voz solista con una serie de acordes afines a la nota principal, que la sostengan. Usted coge una sonata para flauta de Bach y no hace el bajo cifrado en condiciones y directamente se la carga. En música, es importante trabajar al unísono: no puede ir cada cual por su lado. En fin, lo que quería preguntarle es si el día del tiroteo Ancona le dio alguna cosa. O si se la envió por correo.

—¿Alguna cosa? —ahora es Esther la que trata de sonar indiferente—. No le entiendo.

Lago se pellizca los labios, como si quisiera extraer una palabra en concreto; pero pasa de largo y los dedos vuelven a su posición original.

—Un archivo —dice—, en papel o en digital. Información de algún tipo. Le explico: estoy reuniendo los indicios de que ella disponía para completar el informe del caso, pero hay lagunas, detalles que me faltan y tengo que confirmar. Ella le citó porque quería comentarle algo sobre el caso, tengo entendido. Igual le pasó esa información antes del accidente y ni siquiera lo sabe, usted y ella son amigas, ¿no?

—Hombre, amigas… —los bichos raros como ella no tienen amigas, todo lo más gente que se sienta a su lado en el autobús.

—¿Ha mirado en su correo? ¿Ha revisado el *spam*? Hágalo.

—Lo haré, lo haré —algo sólido en los ojos del jefe la detiene—. ¿Ahora?

—Si no le importa. Es urgente.

Pero Andrea tiene otros planes. El abuelo ya los conoce, aunque no parece darse por enterado; necesita que vuelvan a sacudirle con la espada, que le zarandeen hasta descuadrarle la camisa sobre el torso y estén a punto de arrancarle el sombrerito de paja que le ampara de la crueldad del sol.

—Venga ya —la protesta degenera en lloriqueo—, vámonos de una vez, esto es una mierda. Si no vienes a las sillas voladoras, me voy yo sola.

Es evidente que la cadera del inspector jefe necesitará su tiempo antes de volver a ser una pieza única, ensamblada y lista para el

transporte de carga: una expresión de dolor relampaguea en las facciones del anciano cuando, lastrado con los globos, las chucherías, la mochila, vuelve a ponerse en pie.

—Bueno, parece que me tengo que marchar —gime—. Pero mire eso, por favor. Como volveremos a cruzarnos por aquí, usted ya me cuenta.

Las dos parejas se separan en direcciones opuestas: la niña insoportable y su esclavo hacia la punta superior del parque, el niño raro y su madre rara hacia el centro. Las moscas zumban como ventiladores sobre las hojas de los magnolios. Esther, con la mano sobre el hombro de Tomás, quiere saber si su molestia ha pasado ya del todo; delante, a pocos metros, se divisan los setos descomunales de la Isla de la Juventud.

—Mamá, quería contarte una cosa —comienza el Bicho, en un súbito ataque de sinceridad.

Mal momento, porque su madre ha tomado el móvil de la mochila y rasca sin cesar la pantalla con la yema del pulgar, sustituyendo una imagen por otra, una aplicación por otra, iconos y letras y números que vienen y se van.

—Sí, qué pasa —contesta al aire.

—Mamá, creo que he notado que vuelven a seguirme.

—¿Ah, sí? No me digas. ¿Y por qué?

Dos o tres llamadas perdidas de Mo Pardo, a saber qué querrá, varios wasaps de mamá que no se molesta en mirar, y luego lo otro; cierto, aunque la bandeja principal de su cuenta de Gmail no registra nada nuevo, el *spam* revienta por los cuatro costados, y la antepenúltima entrada, entre publicidad de Jazztel, cremas antiarrugas y Trivago, es de Ancona: aancona@cnpol.es. Una nueva presión del pulgar le revela que no se trata de un mensaje propiamente dicho: no existe texto, tan sólo una invitación a editar un documento compartido en Drive. Ella ni siquiera tiene Drive instalado en el teléfono, así que necesita que el sistema le advierta de la necesaria descarga y que la barra de progreso inicie sus estiramientos (esto puede tardar varios segundos) mientras Tomás prosigue hablando en el vacío.

—No es la primera vez, mamá. Durante la última semana, o a lo mejor más, me parece que alguien me vigila, no sé bien. Al salir del cole, al ir al fútbol con la abuela. Incluso por la ventana, abajo, me

ha parecido ver a alguien.

—Vaya, no me digas. ¿Y quién es? ¿Un amigo tuyo o algo?

—Yo no tengo amigos, mamá.

Drive no tarda en abrirse, el archivo compartido no es difícil de encontrar. La carpeta principal que contiene, RAÚL, pone una nueva gota de sudor en la ceja izquierda de Esther; la de dentro, CAJA CERO, distribuye cuatro o cinco gotas más por el resto de su frente. Los dos primeros archivos de CAJA CERO, uno de Word y otro de Excel, no se entienden del todo, o precisan, para ser desentrañados, de algo más que un incómodo rectángulo del tamaño de un naipe bajo un mediodía africano: por lo que ella logra deducir, existe alguien llamado J que ha estado moviendo cantidades de un sitio a otro, pequeñas primero, mayores luego, hasta alcanzar, al final del documento, escalas de decenas de miles. El tercer archivo es de vídeo. Borroso y todo, escorado en un ángulo imposible, Esther reconoce la cámara: la imagen está tomada en el pasillo situado ante el depósito de pruebas de la cuarta planta de la jefatura, en dirección a esa puerta que nunca se abre, y que ahora, según testimonia la película, recibe visitas insistentes de un mismo individuo, con ropas que varían, siempre con bolsas de plástico bien cargadas en los puños y miradas furtivas hacia un lado y otro.

—Mamá, ¿me estás escuchando?

—Sí, claro, Bicho, claro que sí. Mira, ahí hay otra máquina. Vas y te compras un Aquarius, ¿te parece?

La breve ausencia de Tomás sirve al cerebro de Esther Béjar para tomar un atajo y llegar a donde entiende que tiene que llegar. En cuanto el niño regresa, con una lata helada en la mano, ella aferra su hombro con energía y lo arrastra a través de la Isla de la Juventud, sin detenerse a mirar la Rueda Primavera, la Rana Saltarina, los bancos corridos del merendero donde gordos en camiseta han comenzado a desempacar los bocadillos.

—Mira, he cambiado de opinión —dice Esther sin dejar de mirar adelante, atrás, a los costados—. Nos vamos mejor a casa, ¿vale?

—Ah, genial —Tomás es feliz—. ¿Es por lo que te he contado? También a mí me pone nervioso.

Una pasarela de madera conecta la isla con el Puerto de Indias, y de ahí, a través de una muralla correctamente horadada por siglos de mentira, a la calle y la libertad. Pero antes de la pasarela está

Crisálida, un tiovivo con orugas y escarabajos de colores que vuelan sobre brazos con bombillas, y frente al tiovivo un hombre ejerce de centinela. Es el inspector jefe Lago. El rostro del inspector jefe Lago es oscuro, como si media docena de palmeras, acacias y ficus se hubieran conjurado para proyectar sus sombras sobre él y protegerle del sol. Ya no lleva la mochila ni los globos; sus manos son como dos viejas tenazas de carne que se agitan en el aire, buscando asir algo que no está.

—¿Dónde va, inspectora? —saluda con dulzura—. ¿Ya se marchan?

—Pues sí —Esther intenta sonreír—. Tomás se encuentra peor y no tiene más ganas de montarse en nada. Aparte hace calor, ¿no? En realidad, él no disfruta mucho con todo esto, he sido yo la que me he empeñado, y a mí ya ve usted. Así que nos vamos. ¿Y su nieta?

El índice del inspector jefe señala vagamente a la orilla opuesta del estanque, donde un embarcadero pirata acoge chalupas y mástiles. A un lado, junto a un pontón, una bola gigante de plástico rota sobre el agua: es como esas esferas transparentes en cuyo interior los hámsteres giran y giran, creyendo ir a alguna parte, escapar de una prisión que jamás dejarán atrás. Sólo que aquí lo que hay dentro no es un ratón, sino una niña histérica que se desplaza a cuatro patas, con el sudor pegándole los rizos a las sienes y el cuello.

—Ahí anda, con la bola loca esa —musita Lago—. Por suerte, he podido dejar todos los trastos en la consigna, esto de hacer de porteador me estaba matando del todo. Bueno, mejor que acabe ella bocabajo a que acabe yo, ¿no? —de pronto, la voz adopta un tono de advertencia: habla el jefe, no el abuelo—. No se marche, inspectora, quédese con nosotros.

Empujar a Tomás por delante le servirá, piensa Esther, para esquivar al anciano y ganar la pasarela, no más ancha que el pasillo de su piso en la avenida de la Cruz Roja.

—Lo siento, jefe, tenemos que marcharnos. Nos vemos mañana en la oficina, ¿verdad?

Pero Lago acaba de capturar su brazo por encima del codo con sorprendente firmeza.

—Insisto —pronuncia, glacial—. Quédense un rato más. ¿Ha

mirado lo que le dije?

—Yo… Tenemos que irnos.

La presión sobre el brazo de Esther aumenta; ahora el jefe no parece tan desvalido como la compañía de su nieta hace creer.

—Entre usted en razón, será mejor para todos —se ha aproximado para que ella entienda mejor sus susurros, para que sepa que ha desayunado café y una tostada con ajo—. ¿Recuerda lo que le he contado antes del bajo cifrado? Es importante que todos los músicos hagan su trabajo al unísono: de lo contrario es el caos. *Galimathias musicum*, se llama. Usted sabe que yo admiro a Bach. Mucho. Escuche una fuga de Bach: cada voz entra para seguir a la anterior justo cuando el compás se lo ordena por el bien de la armonía. ¿Por qué la gente no aprende de Bach? La culpa de todo la tiene *Operación Triunfo*.

—Yo soy más de Raffaella Carrà —suelta Esther, acordándose de su coche.

—¿Sabe lo que llevo aquí dentro? —la mano libre del anciano se introduce en su mariconera—. ¿Sabe hacia dónde apunta? Veo que entiende. Y también que ha mirado su correo: así que Ancona sí que le dejó algo. Deme su móvil, por favor.

Para tomar el móvil que Esther le tiende, el inspector jefe necesita soltar su brazo, porque lo que hay dentro de la mariconera exige la completa atención de su otra mano: se parece a los antiguos revisores del autobús, a los viejos vendedores de cupones, siempre ocupados en remover monedas sobre las carteras que les pendían del cinto. En un único gesto, Lago atrapa el teléfono, lo eleva en el aire y lo arroja al agua del estanque, lejos de los tres, del mundo en general.

La súbita protesta de Tomás, que no entiende, no del todo o no todavía, se apaga en cuanto su madre le estruja el hombro y le ordena obedecer sin una pregunta. El abuelo parece complacido: es mejor que den la vuelta, tienen tiempo todavía, apenas es mediodía, todo el parque está a su disposición para seguir disfrutando.

Ahora sí que le vendría bien cualquiera de las armas, o poderes, del Chapulín, una u otro o todos a la vez: de haber dispuesto del Chipote Chillón podría ir derribando a todos los agentes de

uniforme con los que se va cruzando conforme salta de rellano en rellano a velocidad suicida, apartándolos de su camino mediante un sumario golpetazo del martillo amarillo y rojo en un lado del cráneo; la Chicharra Paralizadora le permitiría congelar a cualquiera de ellos en mitad de su pose con sólo soplar la corneta, de modo que estos molestos pasmarotes que le impiden acceder a los pasillos de cada planta o bloquean los ascensores podrían ser reducidos a inertes maniquíes que retirar con sólo un empujón; sobre todo, de contar con las pastillas de Chiquitolina se haría minúsculo como una mota de polvo, como una moscarda o un pulgón, y podría deslizarse entre las piernas de este molesto individuo que abre los brazos para atraparle a la altura del primer piso (mira ahí detrás, cuidado), y también del trío de pesos pesados que, pertrechados con chalecos antibalas y botas de siete leguas, se han plantado ante la puerta principal del vestíbulo prohibiendo que nadie salga o entre, y obligándole a continuar el descenso hacia el sótano. No tiene ninguna de las armas, o poderes, del Chapulín, es más, los muy obtusos de la televisión local incluso lo han sacado de la parrilla y le han impedido seguir encontrando inspiración en sus hazañas, de modo que tendrán que valérselas ellos solos, él y sus hernias. Pero no contaban con su astucia.

Toda la Jefatura Superior de Policía de Andalucía Occidental se ha lanzado a la persecución de Mo Pardo como si en lugar de lo que es, un humilde admirador del único superhéroe sudamericano, fuera otra cosa: cualquiera de esos tipos que rumian con ojos siniestros desde los carteles de busca y captura. Es obvio, reconoce él cuando por fin gana el espacio más amplio del garaje, situado en el subsuelo, que han establecido una conexión inmediata entre el tal Quini, desnucado en el hueco del ascensor, y su repentina huida por las escaleras: pero no ha podido obrar de otro modo, su misión sólo admite el rango de urgencia, de asunto de vida o muerte, y no va a detenerse ante una comisaría llena de funcionarios estólidos, que ponen las boquitas como Risketos ante la sola presencia de cuatro gotas de sangre. El garaje, sumido en un denso olor a gasoil y una agradable penumbra, le da ocasión de recuperar brevemente el resuello contra un pilar.

Aquí será más difícil que den con él: podrá ratear cómodamente entre los vehículos, ocultarse detrás de cualquier furgoneta o

agacharse frente al parachoques de cualquier coche patrulla en cuanto advierta que vienen a por él. De momento, lo único que se interpone entre la oscuridad y el ancho mundo de ahí fuera es la puerta automática de doble hoja, que forzosamente tendrá que abrirse para permitir que alguien salga al exterior o regrese de su ronda; bastará con esperar, camuflarse detrás de alguna columna, de algún neumático, volverse chapa, caucho u hormigón armado, mantenerse en silencio y dejar que el tiempo aporte soluciones, que tiene mucho de eso. Así que se desliza entre las sombras y va a ponerse de perfil tras un enorme furgón con las ventanillas enrejadas. Un sitio tan bueno como cualquier otro para tomar su móvil de concha, de la generación anterior a la de las pantallas táctiles y los mensajes a las cuatro de la mañana, y efectuar varias llamadas al mismo número, que quedan sin respuesta. No puede hacer nada más; por suerte, porque lo que se esperaba ha terminado por ocurrir y acaba de ver irrumpir en el aparcamiento una docena de uniformes armados con linternas. Y seguro que alguna otra cosa.

Definitivamente, las pastillas de Chiquitolina habrían venido que ni pintadas para sacarle de este aprieto. La situación se acerca a un desenlace nada prometedor cuando dos perros rastreadores se suman a la fiesta, oliendo agresivamente guardabarros y tubos de escape, y los haces de las linternas cubren de pirámides amarillas el pavimento apenas a dos pasos de su escondite. Pero, oh prodigio, de pronto la oscuridad adquiere un tono escarlata, como si se la contemplara a través de un rubí: una luz intermitente acaba de encenderse en el techo y hace aparecer y desaparecer charcos de sangre en los rincones. Al mismo tiempo, la puerta automática abre un resquicio vertical entre sus dos hojas, que pronto es un rectángulo, que termina por extenderse del todo de lado a lado de la entrada, para que un coche con distintivos azules descienda la rampa. Es ahora o nunca, comprende Mo Pardo. El coche que entra frena de golpe al ver lanzarse hacia él a este tipo con la camisa mal lavada, que rueda sobre su capó antes de caer a un lado, incorporarse, salir a correr a toda prisa, sobrepasándole, hacia la calle que queda detrás. Perseguido por una caterva de agentes con pistolas desenfundadas, que gritan alto, alto, y procuran gobernar a dos perros como potros en un rodeo.

El parque de los Príncipes y todos sus columpios y los sicomoros

y los alcanfores, el estanque y las fuentes y la gente que pasea están apenas a un par de manzanas. Será fácil llegar hasta él, si uno desoye los gritos y las amenazas que resuenan a sus espaldas y aparta de un golpe a señoras que caminan por la acera como sobre un colchón de faquir, o niños que tiemblan indecisos encima del patinete. Mejor eludir la entrada más obvia, la que da a la glorieta y el inicio de la avenida, girar noventa grados en dirección a la derecha, atravesar un breve tramo salpicado de cafeterías y salas de fiesta cerradas y finalmente cruzar por las buenas y zambullirse en la vegetación detrás de los aparcamientos. Tal y como esperaba, parejas de adolescentes pelan la pava sobre el óxido de los bancos, perros desobedientes mortifican a sus dueños haciéndolos internarse en los setos, la luz de la mañana al filtrarse entre las copas adquiere esa tonalidad verdosa que tienen los charcos en el fondo de las piscinas vacías. Un grupo de jubilados hace taichí sobre el césped: Mo Pardo ocupa un puesto en la segunda fila para presenciar con mucho alivio, mientras pinta cosas con los brazos en el aire, cómo una patrulla de la policía atraviesa el sendero principal con cara de perseguir liebres entre las raíces. Bastará con desperezarse un poco más, dar dos puñetazos y una patada a cámara lenta en imitación del monitor y listo para marcharse definitivamente.

La salida frente a la chocolatería Virgen de Luján y el termómetro digital resulta la más discreta. Va cojeando ante un puesto de barquillos, con las dos hernias y la cicatriz del muslo castigadas por el ejercicio, cuando siente que le tiran del pantalón; al tiempo, una voz rauca solicita:

—Amigo, ¿me das algo para comprarme una bici?

Imposible confundir el cajoncito con ruedas, las púas de la barba, los anteojos negros. El hedor a vino.

—¡Cahú! —sonríe Mo Pardo—. ¿Pides para una bici?

—¡Anda! —la sonrisa se repite bajo la barba—. ¡Mo Pardo! Sí, primero pido para la bici; luego, cuando me miran, para un injerto de piernas.

—Listo de ti. Dentro de poco, en esta ciudad sólo quedarán ciclistas y gente atropellada por ciclistas, que necesitarán un injerto de piernas.

En cuanto pronuncia el último dictamen, el hombre delgado se desploma bocabajo en el suelo. Acaba de recibir un cachiporrazo de

dos agentes de policía procedentes del interior del parque, que ahora, ante la mirada atónita de Cahú, proceden a cruzarle ambos brazos sobre los riñones y a calzarle las esposas. Aún está consciente, aunque al hablar no consigue ensamblar las consonantes como es debido; cuando los agentes le arrastran por los hombros, logra balbucir:

—¡Cahú! ¡La Bella Dama sin Merced está en peligro! ¡El maestro Nicodemo implora a la Tabla Redonda que acuda al rescate! ¡Al Reino de la Isla Giratoria!

Y las ruedas del cajón de Cahú se ponen en marcha con un brusco chirrido.

No hace falta tenerlo ante los ojos para saber lo que el inspector jefe Lago esconde en la mariconera. Una pistola que nada cuesta imaginarse negra, bien engrasada, con el cañón alzado en dirección a la mujer y al niño, quizá la misma con que agujereó el abdomen de Ancona y planeaba licuar los sesos de Raúl Mora frente al ordenador. Esa cosa oculta empuja a Esther y a Tomás de regreso a través de la pasarela, hasta devolverlos a la Isla de la Juventud; y a continuación los invita a un recorrido suplementario por un reino de descomunales caracoles de yeso, mariposas mutantes, insectos de fantasía agazapados frente a los merenderos. La pistola, por cierto, guarda mejor el paso que el pobre viejo que la sostiene: detrás del bolso en cuyo interior se esconde la mano derecha, el jefe cojea incómodo, imitando al robot y el bailarín de jota. Esther le dedica una mirada de reojo y niega con la cabeza.

—En realidad, su nieta no le hizo caer por ninguna escalera —comprende—. Lo que tiene en la cadera es una herida de bala.

En los últimos minutos, el rostro del anciano ha ido volviéndose esquemático, casi abstracto: los pómulos se han afilado, los ojos abultan en la calavera visible bajo la fina capa de piel.

—Pues sí —sonríe débilmente—. Tiene usted una buena puntería: siempre fue una gran tiradora, por lo que dicen los informes. Tuve que acudir a un médico amigo para que me la extirpara, por suerte la entrada fue limpia y no tocó el hueso. Pero a mi edad ya no es lo mismo, hágase cargo.

—¿De dónde sacó ese disfraz de vagabundo? —ella habla con la

cara vuelta a medias.

—Cualquier tirado se deja convencer de inmediato por una credencial de la policía. Elegí al azar, *in promptu*: me crucé con uno en la zona del Alamillo y le exigí que intercambiara sus ropas con las mías. Lo de exigir es un decir: salía ganando con el intercambio, pero aun así el tirado no se fiaba, se olía algo raro, al principio se negó. Así que tuve que ofrecerle argumentos mejores que los textiles, en concreto con la culata de la pistola.

—Es cierto que no le tiembla la mano, como me ha dicho antes. Puede estar mayor, pero el pulso lo conserva a la perfección. Primero Mora y luego Ancona. Sin vacilar.

—Y ahora usted misma, inspectora —la mariconera tiembla sobre la columna vertebral de Esther—. Pero no crea, tampoco el pulso es el de antes, aunque me las arreglo. ¿Qué pasa?

Un cartel que oferta opíparas patatas fritas y vasos de refresco a rebosar ha hecho detenerse a Tomás junto a uno de los locales de restauración. Cuando el anciano se detiene a su vez, siempre con la mano derecha refugiada en su estuche de cuero, el movimiento es instantáneo: el niño gira, retrocede, suelta una patada con toda su energía sobre la entrepierna del jefe. Mientras el desdichado cae de rodillas, gimoteando, con una hilacha de baba resbalándole por el mentón, en Esther se cruzan dos pensamientos alternos: que ella jamás se habría atrevido a tratar así a un pobre abuelito; que parece que las clases de fútbol del Bicho sí que han servido de algo. Tomás la ha tomado de la muñeca y tira de ella hacia la pasarela de nuevo.

—No —Esther da un frenazo, y es quien tira del niño ahora—. Por allí no, puede volver a cortarnos el paso.

Encuentra mejor estrategia recular y recorrer la Isla de la Juventud en diagonal, a través de la montaña de toboganes gigantes, los quioscos, la Rana Saltarina, el Teatro Encantado y la Rueda Primavera. Saliendo ya de la isla, en dirección noroeste, se alcanza una especie de portalón donde pedazos de arquitectura maya o azteca, cabezas de ídolos, frisos, sillares, se apilan unos sobre otros: buen sitio para pausar la carrera durante un instante y recuperar la respiración, siempre con la precaución de mirar hacia atrás para asegurarse de que el monstruo no los persigue. Pero no es de atrás de donde llega el peligro. Sin previo aviso hay un chasquido, Tomás cae hacia delante, se detiene en el aire, algo tira

de él como de un hilo para que se ponga de nuevo en pie. El cauce de sangre roja que le baja de la coronilla está a punto de hacer gritar a Esther, pero los ojos del hombre que lo sostiene por los cabellos la frenan de inmediato.

—Ya está bien —la calavera del inspector jefe Lago es más nítida que nunca bajo la máscara torturada de su cara—. Como este niñato malnacido intente otra cosa le va a salir más caro que un mero culatazo en la cabeza —atónita, Esther contempla a este ser blanco, ruinoso, animado por una energía suicida, al que no sabe si reconoce. La calavera sonríe otra vez—. ¿Le sorprende la rapidez con que me he recuperado de la patada? Este cabroncete ha sabido dónde pegar, justo en la herida que me está matando, pero uno tiene buenos amigos: mi médico me dio también varios inyectables de morfina, para casos de emergencia. Ahora vamos a dar todos una vuelta. Ante todo, mucha calma: *molto adagio*. Y esperemos que no haya nuevas sorpresas: por la cuenta que les trae.

La sangre mancha la camiseta de Esther en medio del abrazo.

De los miembros de la Tabla Redonda que, respondiendo a la llamada de maese Nicodemo, acudieron al rescate de la Bella Dama sin Merced, dos eran caballeros y una, doncella. La búsqueda del héroe, de la heroína, constituye siempre un sendero de virtud: un trayecto erizado de pruebas, de obstáculos tanto físicos como espirituales, a los que el paladín ha de sobreponerse, para demostrar tanto al mundo como a sí mismo que es digno de culminar su misión. El objetivo no es siempre el mismo. El héroe puede hallar un fin que no había esperado, y que sólo al cabo comprende que es el que le correspondía desde el principio; igual que el fin acariciado desaparece o se nubla, pasando a formar parte de la infinidad de afluentes, de desvíos alternativos, que dejó a los lados conforme avanzaba por el camino. En resumen; como bien saben los protagonistas de los cuentos y los campeones de senderismo, todo camino conduce a alguna parte: sólo hay que seguirlo durante el tiempo suficiente.

Vistos a distancia, nadie pensaría de ellos que se trata de héroes, precisamente. Los peatones ocasionales con que se cruzan en la avenida de la República Argentina creen que estos tres cuerpos

desharrapados, contrahechos, con pocas muestras de higiene, pertenecen a tres vagabundos que corren en pos del mejor puesto en el comedor municipal: un sujeto fornido, con el cráneo al raso, que devora la acera a grandes zancadas; una chica que casi parece de perfil de tan delgada, indistinta a ratos del rostro que figura en su camiseta, al parecer Aladdin Sane; un medio hombre, esto es, un tronco, una cabeza y dos brazos que se agitan sin cesar para impulsar el carrito de ruedas sobre el que se apoya. Si los contemplaran con la debida perspectiva, sabrían que no, que son nada menos que una dama y dos caballeros de la Corte de la Noche que se juegan su honor en el lance.

—¿Hay que ir tan deprisa? —aceza Cahú esquivando a un perro —. No puedo más.

—Esa mujer está en peligro —truena Galaad, el mayor, sin frenar un segundo—. Mo Pardo nos lo ha solicitado formalmente, el código del honor nos obliga.

—Ji, ji, ji —asiente Ysave, en un traspiés.

El honor puede ser un combustible muy potente en ciertas ocasiones; en otras, sobre todo cuando se trata de alimentar de sangre los músculos, deja más que desear: Cahú necesita detenerse un instante frente a un soportal para escupir. Una cortina de sudor le cae sobre las gafas negras, empapándole la barba.

—Tengo un calambre en las manos —resopla—. Seguid vosotros, ahora os alcanzo.

—No tardes —Ysave se ha situado sobre él—. Giraremos en la Ribera Rumorosa, luego pasaremos por el Lomo de la Serpiente y seguiremos por el Bosque de la Corteza Negra.

—Muy bien.

Donde comienza la aventura del caballero Cahú y se conoce la fragancia del Paraíso Terrenal

La chica se pone en marcha de nuevo y pronto se ha perdido entre el gentío de la avenida, tras los talones del calvo que lleva ya varios cuerpos de ventaja. Dos o tres puñetazos al aire, como si golpeara una pera invisible, le son necesarios a Cahú para recuperar algo de consistencia en los brazos y volver a usarlos de remo, despacio primero, con un poco más de energía conforme la

confianza regresa. Pero Cahú es un alma caprichosa, o está más cerca del suelo que el resto de caballeros de la Tabla Redonda, y se distrae con facilidad con lo que va encontrando en el enlosado: aquí una chapa de cerveza especialmente llamativa, ahí una colilla, ahí otra colilla más, aquí incluso, fíjate, una moneda de veinte céntimos. En el cruce con otra calle lateral, que se interna en los Remedios, es algo más poderoso lo que le reclama: un olor. Sabe que debería continuar su camino en línea recta, ascender hasta la Ribera Rumorosa y todo lo demás, obedecer a su destino de paladín, pero es inútil: la fragancia de un mundo mejor y más colorido le arrastra por una acera lateral, hasta los aledaños de un supermercado DIA.

Resulta que un camión de abastecimiento está reponiendo la dotación de vino de mesa del supermercado y un brik ha caído de la carretilla, despanzurrándose contra el pavimento. Atraído por el aroma que satura toda la calle como por un anzuelo, Cahú recorre los cuatro metros que le separan del milagro, se detiene a contemplar el interior del camión en éxtasis. El operario regresa, carga otras cuarenta cajas en la carretilla, prueba el equilibrio, desaparece de nuevo en el interior del local; una ocasión más que propicia para que Cahú, abandonando su cajón con ruedas, se aúpe sirviéndose de ambas manos y se introduzca hasta el fondo del camión, entre un sinnúmero de cajas más. Su medio cuerpo le permite empotrarse con comodidad en un rincón, donde puede realizar tranquilamente la primera cata: rasga el ángulo de un brik al azar con los dientes y da un trago largo, larguísimo, que cubre de vino tinto la cerda de sus mandíbulas. Luego, un eructo, la paz. Los ojos no tardan en vidriársele, el mundo se vuelve más tenue: es el beatífico efecto de la bebida. No sabe qué hará cuando el operario venga a por el resto de la carga, ni le importa. El vino le ha trasladado a un mundo paralelo, de aristas más suaves, donde el dolor y la nostalgia punzan menos. Siempre es igual.

Una sonrisa se dibuja en la barba de Cahú cuando se palpa los secos muñones que rematan sus ingles. El camión de transporte es confortable: no le importa que el operario haya regresado y que, sin advertir su escondite entre las cajas apiladas, cierre de nuevo las puertas y encienda el motor. Ahora todo es oscuridad. Y vino.

Donde comienza la aventura de la dama Ysave y se muestra que un encuentro no es siempre mejor que una pérdida

Delante, muy delante ya, Ysave sufre verdaderas dificultades para mantener el paso del robusto Galaad. Sus flacas piernecitas de heroinómana apenas le han permitido seguir al hombretón a lo largo de toda la avenida por la plaza de Cuba, atravesar el puente hasta la Puerta de Jerez, torcer luego a la izquierda y remontar el paseo: eso a costa de encender un carbón y otro y otro y otro más en un pecho que parece a punto de derretirse. A la altura de la calle Torneo, pasados ya los antiguos accesos a la Expo, en vez de piernas tiene bolsas de arena y el sentido del equilibrio se desentiende de ella de manera paulatina; Galaad se aleja, el sol pesa sobre las sienes, las sombras son esquinadas y crueles, la gente parece colocada en las calles con el exclusivo propósito de estorbar su marcha. Así, choca con el hombro contra un tipo con corbata que maneja un móvil; una señora con carrito de la compra amenaza con ponerle una zancadilla; un ciclista le embiste antes de que ella se aparte en el último momento; se come sin miramientos un polo rosa sobre el que alguien ha peinado un pelo con mucha colonia.

—Ten cuidado, piojosa —escupe el polo—, que me vas a llenar de mierda.

Está frente a la gasolinera de Torneo. Ahí, en el surtidor más cercano, un tipo con casco monta una moto y acaba de señalar en su dirección.

—Eh, tú —el casco le deforma la voz—. Eres tú, hija de puta.

Otro hombre, este con camisa negra y una barbita subrayándole la quijada, acaba de salir del interior de la gasolinera, pregunta qué pasa. El del casco vuelve a tender el dedo en dirección a Ysave, que comprende que va a ser mejor que sus piernas recuperen su consistencia cuanto antes.

—Esa hija de puta es la yonqui que me robó la cámara —explica el del casco—. La que se la llevó con mi estuche mientras yo usaba el fotómetro, en el parque.

De pronto, la moto deja de ser importante: los dos hombres se arrojan a la carrera en dirección a Ysave, que debe esprintar por la acera derecha con el fin de esquivarlos. Aquí las aceras son demasiado anchas, está el carril del autobús, la doble calzada de tres calles, el paseo del río: demasiado espacio en el que dejarse ver.

Mejor driblar a las primeras de cambio y meterse por la primera calle que se le ofrece a la derecha, hasta alcanzar el laberinto plagado de esquinas y adoquines del centro histórico. Corre, corre y corre, perseguida por insultos y amenazas, lastimándose los pies contra los chinos que sobresalen del pavimento, dejando a los lados balcones con geranios que no ve, lustrosas puertas recién barnizadas, persianas a medio recoger desde cuyas sombras un jubilado espía la calle. En cierto momento, después de una combinación irrepetible de curvas, retrocesos, desvíos, ha de detenerse para sujetar las rodillas con las palmas de las manos y escupir cataratas de flema en un rincón: los pulmones, el costado, el estómago, la arquitectura entera de sus tripas está a punto de desbaratarse de arriba abajo. Mira a su alrededor: no están, los cabrones estos no han podido seguirla, pero es mejor que no se fíe; acuérdate de lo que pasó aquella otra vez con otros tres mamonazos, ella tan tranquila, creía hallarse a salvo y plaf, los tres salen de detrás de una esquina y ella dos meses con una escayola en el brazo, radio y cúbito.

Lo correcto ahora es aminorar la marcha, pasear discretamente sin suscitar atención, entrar en esta glorieta cuadrada como si tal cosa, con sus naranjos plantados en el centro y el viejecito que pasea a su perro mientras se suena las narices. Pero ha hecho bien en no bajar la guardia del todo: la selva es una continua amenaza de depredadores. El segundo cabrón acaba de entrar en la plaza a toda pastilla, con unos tatuajes tribales inflándole aún más los bíceps por debajo de la camisa negra, y ahí estás, hija puta, te voy a reventar la cabeza. De modo que vuelta al esprint, a la superposición y el extravío de callejones que se encuentran, se replican, se sueldan unos con otros hasta que ya son todos el mismo: un largo pasillo que no conduce a ninguna parte. La pobre Ysave ya no se acuerda, pero no siempre fue así. Alguna vez los pasillos desembocaban en un sitio concreto, y ella tenía un dormitorio, una vida entera en que sentarse a reponer fuerzas.

Hay un órgano ahí dentro, tal vez bajo el pulmón, que la mata: si no descansa unos segundos, va a estallar. Los zapatazos del tipo del tatuaje son fácilmente audibles a su espalda, pero aquí, con dos esquinas de ventaja, si se introduce en este portal en penumbra, con un dintel más profundo que casi oculta la puerta de la calle, igual lo

puede despistar. No lo piensa más; pulsa el portero automático con el pulgar, ladra a la voz crujiente del interfono que trae publicidad, empuja el hierro forjado y está dentro. Necesita apoyarse en el muro del recibidor, recubierto de mármol hasta media altura, para ver cómo el cabrón del tatuaje pasa de largo fuera, bufando en dirección al otro extremo del callejón: que te den, gilipollas. Se serena; recupera el ritmo de la respiración; por suerte, el mármol de la pared es sólido, bastante más que sus sufridos tobillos.

—Hola.

Un bulto que es un hombre ocupa el segundo escalón del recibidor, aunque ella ni siquiera se había dado cuenta de que había escalones, a un flanco de la rampa para minusválidos. Está como enroscado en sí mismo, como si tuviera frío o miedo, como si se preparara para recibir el impacto del guante opuesto en el rincón de la lona. Poco a poco, conforme la vista de Ysave se habitúa a la debilidad de la luz, el bulto va cobrando rasgos, detalles: juventud, cabello pajizo, una barba como virutas de álamo, dos ojos azules.

—Tú debes de venir también a ver a Sirtes, ¿no?

—Sí —dice ella sin pensar.

El nuevo detalle es una sonrisa bajo la que asoman dientes blanquísimos.

—Tiene lo mejor de Sevilla. A mí me ha hecho falta pararme aquí un poco, del colocón con que he bajado. Si me esperas, cuando se me pase un poco vuelvo arriba contigo. Es un tipo muy curioso, Sirtes. Habla de la India, de los dioses de la India. ¿Tú sabes que tú misma no eres más que una ficción? ¿Que tú no existes como tú en realidad?

Entonces Ysave, cuyo nombre completo es Ysave de Carahés, se sienta en el escalón al lado del desconocido y le toma la mano.

Donde comienza la aventura del caballero Galaad y se ven cosas con los ojos cerrados

En cuanto a Galaad, sus sólidas piernas le han permitido seguir corriendo y se encuentra ya en el puente de la Barqueta sin mayores apuros. Aunque más que las piernas, lo que le impulsa es un nebuloso sentimiento a la altura del pecho o sus alrededores, algo como optimismo, deseos de volar, de acompañar a los pájaros

suicidas que se tuestan bajo la canícula: intuye que hoy conseguirá lo que persigue. Hoy, por fin, obtendrá la redención; hoy el destino le confirmará que el pasado queda atrás y que un nuevo Galaad, renacido, acendrado, inmortal, ha de tomar el relevo de la pobre piltrafa que queda a sus talones. Está seguro de ello: sus dientes muerden la pipa y se estruja con energía el gorro de lana contra las sienes.

La confianza en ti mismo es la fuente de tu virtud, le ha dicho multitud de veces el sabio Merlín mirando en el interior de su corazón como en un frasco al trasluz. Ha de sobreponerse a sus miedos, al vértigo, al temor a caer y descalabrarse, para encontrar aquella versión de sí mismo que le corresponde por derecho y que le pondrá delante de lo que más anhela: un verdadero destino de caballero. Basta de autoconmiseración, de arrastrar su dignidad por las cloacas, ya está bien de creerse un mero tullido sin derecho a la gloria; su mutilación es menos resultado del oprobio que de la pereza. Cierra tus ojos, Galaad, eso le decía el sabio Merlín. Confía: cierra los ojos y avanza sin mirar. Es lo que hace. La pipa calada en la boca, el gorro en la frente, una negrura infinita en los ojos que promete un futuro sin límites; el filo de la acera le roza las puntas de los zapatos.

La negrura gira ciento ochenta grados para encarar el pasado y se llena de imágenes: él era marino. Ofendió a un hombre para el que trabajaba haciendo viajes de Algeciras a África, el hombre le guardó rencor durante años, el hombre le arrinconó en un callejón y usó su navaja para desprenderle de aquella parte de él mismo que le hacía ser quien era. Gritó, lloró, mucho: quiso morir. Pero ahora está aquí. Ahora él es caballero, ahora cuenta con la ocasión definitiva de mostrar su valía: al mundo, al malvado hombre oscuro que le arrebató algo más que la hombría, a sí mismo, sobre todo a sí mismo. Ha de introducirse en sí mismo como en la oquedad de un pozo, confiar en que no caerá, para dar con el corazón que le aguarda abajo: eso dijo Merlín. El corazón, la joya candente que guarda en su pecho, cuya virtud, invisible para los otros y para él mismo, le permitirá sobrevivir a la prueba y obtener la redención que anhela sobre todas las cosas. Sigue con los ojos cerrados, disfrutando de la inmensidad de la negrura, de la nada infinita que puede traerle todo.

Y así, sin mirar, pone el primer pie en el paso de peatones, y luego el otro, y otro más, y va avanzando a través de la avenida sin advertir que un autobús turístico se aproxima a una velocidad poco recomendable, porque el chófer va distraído charlando con la guía en vez de prestar atención al tráfico, lo cual no es de extrañar si se tienen en cuenta los pedazos de tetas que le asoman por debajo de las tirantas. Es improbable que el chófer vuelva a girar la vista hacia el parabrisas, no ahora, por lo menos, no hasta que no sienta el impacto contra el radiador y haya una tizne de sangre sobre los cristales y ya pisar el freno, lanzando a todos los guiris contra el asiento inmediatamente delantero, sea definitivamente inútil.

9. EL OSO YOGUI

EL SOL HA REBASADO el cénit y se desliza por las paredes del cielo como el metal fundido por la superficie del crisol. Es natural que a esta temperatura de fundición industrial, los pobres turistas aprovechen para guarecerse bajo las sombras, que busquen la protección del sicomoro o la platanera, para dar cuenta de sus bocadillos y latas de refresco: sólo breves fantasmas, familias de exiliados, sonámbulos que no pertenecen del todo al reino de este mundo, se atreven a esta hora a tostarse al acero candente de las atracciones. Entre ellos, se encuentra un grupo de lo más curioso: una mujer que ya no es joven sostiene por el hombro a un niño con una pequeña herida junto a la coronilla, mientras un anciano cojea tras ambos con la mano escondida en la mariconera, igual que un rey mago hunde el puño en el depósito de caramelos. Ascienden ahora la escalera de acceso de Zum Zum las Abejitas; el parque, las copas de las acacias, los mástiles, el metal retorcido de las montañas rusas va quedando abajo y como retirándose conforme alcanzan los rellanos, y Esther comprende con un pellizco en el vientre qué es lo que el inspector jefe Lago busca aquí arriba.

—Tenía usted una posición —dice, de soslayo—, el respeto de todos nosotros, nuestro cariño. Lo considerábamos casi de nuestra familia. ¿Por qué lo ha hecho?

—Yo no quería hacerlo, créame —grazna Lago desde el escalón inmediatamente inferior—. Me ha costado lo mío, me sigue costando, yo no estoy ya para estos trotes y la violencia me repugna. Por no hablar de la pérdida de tiempo, claro. Todo iba de perlas hasta que vino el imbécil de Mora a arruinarlo. ¿Qué le importaba a él lo que yo hiciera con la dichosa Caja Cero? No existe control salvo el del oficial al mando, que soy yo, pero él tuvo que ir a meter las narices. No le bastó con tomar lo que necesitara para la misión del Sol Oscuro, tuvo que ponerse a mirarlo todo. Y darse

cuenta de que allí había bastante menos dinero del que tenía que haber.

—¿Cómo pudo saberlo?

—Contactó con la oficina de cuentas de la jefatura. No queda constancia de lo que sale de la caja, pero sí de lo que entra. Mora mezcló Roma con Santiago para enterarse de cuánto presupuesto había recibido la caja a principios de año, y así pudo calcular cuánto se había gastado. Era mucho, sí, y en muy poco tiempo: sospechó. Yo no pensé que nadie se fuera a meter en eso, la verdad, y menos a mirar las grabaciones de las cámaras de seguridad. Pero él lo hizo: se aburría.

—¿Y por eso lo mató? —la mano de Esther estruja con ímpetu la de Tomás—. ¿Para que dejara de aburrirse?

—Me preocupé incluso de borrar parte de las imágenes de la cámara —suspira el jefe—. Pero él recurrió a la copia de seguridad. Iba a por todas, *appasionato, prestissimo*. Cuando me enteré de que alguien había descargado las grabaciones, comprendí qué clase de peligro me amenazaba. Me di cuenta de que aquel demente, aquel hijoputa, con perdón, obsesionado con ser un *boy scout*, estaba reuniendo pruebas contra mí, que era cuestión de tiempo que me denunciase. Tenía que actuar antes: no podía permitir que arruinara mi carrera de aquel modo.

—Así que fue a casa de Raúl, se coló en su salón y le disparó con su propia pistola.

—Él tenía una llave de casa en su taquilla. Fue fácil sorprenderle, como practicar una escala de re con la mano izquierda.

Zum Zum las Abejitas es un tren monorraíl cuyas cabinas, gruesos insectos con alas de poliéster, renquean por un circuito lleno de curvas a una velocidad no mayor de la que su estado le impone al inspector jefe Lago al caminar. El encargado de la atracción, un joven con los brazos tatuados con caligrafías, distribuye a los tres en uno de los insectos con la pintura violeta algo descascarada en el lomo, la mamá y el niño delante, el abuelo detrás, la pistola escondida en el bolsito entre ambos asientos, sobre la barra de seguridad. La abeja, el moscardón o lo que sea se pone en marcha con una tenue sacudida y el parque comienza a cambiar posiciones a diez o veinte metros bajo sus cabezas: el lago se desliza

para dejar paso a la torre del fortín, el cine 4D retrocede y avanzan los palmerales, templos arcanos brotan del chamizo de las cabañas. Una caída desde esa altura es fácilmente mortal, piensa Esther con un sobresalto; para apartar esa certeza de su mente, gira la cara hasta tocar la mariconera, el arma que recubre la mariconera, y trata de reanudar la conversación:

—Luego designó a Ancona para proseguir con el caso de la secta porque pensaba que ella no tendría acceso a los descubrimientos de Mora, ¿verdad? No le iba a dar el relevo a otro a quien quizá él podría haber hecho alguna alusión, alguien que le conociera, como Gálvez.

—O como usted, que también lo conocía bien, según sabemos —la sonrisa del anciano es horrible—. Pero la verdad, Ancona me ha sorprendido: la tenía por concienzuda, aunque algo obtusa. Se dio cuenta rápidamente de que algo iba mal; supo que días antes Mora había estado haciendo indagaciones sobre la Caja Cero. Buscaba algo, una pista, un cabo: hasta que dio con un número pintado en la taquilla de él. Era la clave de su cuenta de Dropbox, que había anotado porque no la usaba muy a menudo. Al abrirla, Ancona dio allí con todo: el conjunto de pruebas que Mora había reunido para hundirme. *La gazza ladra*.

Hay algo abajo, ahí, en el abismo colorido que se abre bajo el raíl, que reclama la constante atención del Bicho. No se sabe qué es, y Esther se encuentra demasiado nerviosa o angustiada como para interrogarle; pero él mira y remira, tuerce la cabeza sobre la que el dibujo de sangre comienza a secarse, se asoma a través de la cabina, parece seguir el movimiento de un gorrión o de una hoja arrastrada a través de los arbustos. En una de las ocasiones en que se vuelve para hablar, Esther entrevé el rostro del jefe: está dejando de ser el jefe. Es como en el final de *En busca del arca perdida*, cuando los nazis se derriten ante la llamarada del Dios vivo oculto en la reliquia; Lago suda, los goterones resbalan sobre la calavera blanca como una cabeza de cera abandonada en un incendio.

—Para más inri, supe que Ancona iba a reunirse con usted —dice—: entendí que pretendía revelarlo todo. Así que tuve que recurrir a lo del disfraz de vagabundo y el resto que ya sabemos. Lamento las bajas imprevistas, aunque el ciclista aquel se lo merecía, por coñazo. Luego llegó usted y se interpuso. Usted,

siempre usted. Es una lástima: me cae bien. Pero es una verdadera pesada.

—Sí, yo también se lo digo —Tomás se muestra comprensivo.

—Tú te callas —bufa su madre—. Por eso se puso usted al mando de la operación contra el Sol Oscuro. Tenía que silenciar a su líder, el tal Valladares, liquidarlo, para poder servirse así de él como chivo expiatorio ideal: bastaba con fabricar más tarde las pruebas y se acabó, ¿no?

—No, no se acabó —un acento quejumbroso deforma la voz de Lago—. Ha habido más complicaciones de las que esperaba. Alertados por las indagaciones de Mora en torno a la Caja Cero, han llegado incluso a colocar un espía de Asuntos Internos en la brigada. Se creían que me lo iba a tragar, pero los años son un grado… Y he tenido que encargarme también de él antes de venir para acá.

El fin del viaje se aproxima. La abeja obesa que los transporta toma la última curva y ya es visible al fondo la caseta de embarque y desembarco. Aquí, comprende Esther, es donde va a resolverse todo: el mismo sitio donde se habría resuelto unos minutos antes de no ser por la intervención solícita del operario de la atracción, que los sentó de inmediato en el insecto que les correspondía. Diez o veinte metros, una caída más que respetable, un presunto accidente, una fractura craneal, o dos, que cancelen el asunto de la manera más conveniente. Esther traga saliva: la garganta, seca como el cemento de veinte metros más abajo, se queja con un dolor sordo.

—Y todo, ¿para qué? —exclama—. ¿Para qué quería ese asqueroso dinero?

La calavera deja escapar un suspiro, su tono adquiere una suavidad musical.

—Para cumplir un sueño. Un manuscrito del maestro. Un manuscrito de Johann Sebastian Bach subastado en Londres por un riñón y mitad del otro, nada menos que el autógrafo de la Cantata del Café. *Ei, Wie schmeckt der Coffee Süsse!* Bach lo merece todo. Bach es la belleza del mundo. Si no existiera, no merecería la pena vivir.

—Pero sí merece la pena matar, ¿no?

El trayecto concluye en una plataforma rectangular de madera que a un lado, el izquierdo, cierra un parapeto y que del otro se

abre en caída libre hacia el cemento, las fuentes, los setos, los traumatismos craneoencefálicos. Una vez la abeja, el moscardón o lo que sea ha frenado con un temblor, el anciano sale despacio, apuntando todavía con la mariconera mientras ayuda al niño y a la mujer a incorporarse. Ahora el encargado se encuentra ocupado en el extremo opuesto de la plataforma, repartiendo a los recién llegados entre las abejas disponibles, cuatro como máximo por cabina, dos en el asiento de delante y dos en el de detrás. Lago ha ido arrinconando a Esther y el Bicho hasta colocarlos frente al parapeto: inevitable pensar en la venda sobre los ojos, el piquete, la última voluntad.

—Créame, usted me cae bien —asegura la calavera, más derretida que nunca—, y los niños me gustan, y sé que su hijo no tiene culpa de nada. Salten, por favor, y acabaremos antes. No quiero tener que reventarle la cabeza a la criatura delante de sus narices.

Es la hora de descubrir las cartas; de descubrirlo todo, en realidad: la mariconera, ya superflua, cede para que la pistola, pesada, mate, ennegrezca horriblemente la mano del anciano. El morro de esa cosa atroz parece buscar a Tomás, y Esther, aterrada, a punto de echarse a gritar, no puede hacer más que mirar el cañón, el orificio oscuro del que debe saltar la bala, como si con la sola fuerza de su angustia, de su espanto, de su negativa a asumir el absurdo y la crueldad de las cosas, pudiera detener ese átomo de plomo en el aire. Pero algo sucede de pronto: la pistola se aparta. El anciano se aparta. Algo, un revoltijo de globos, chucherías, brillantina, se ha echado sobre él para golpearle con un sable de espuma.

—¡Abuelo, joder! —Andrea acaba de ingresar en la atracción desde el otro lado de la plataforma—. ¿Dónde te habías metido? ¡Me has dejado sola en la bola de mierda y he tenido que venir hasta aquí a buscarte para montarme otra vez! ¡No está incluida en el precio de la entrada! ¡Dame veinte euros! Menos mal que te he visto montado en la abeja desde el lago. Como vuelvas a hacerme esto, te vas a enterar.

Furioso, harto, el anciano rechaza de un empujón a la niña, la niña pierde pie y resbala del lado de la plataforma que se abre al vacío. Los globos buscan el cielo, las palomitas y la mochila caen,

ella queda atrapada en medio entre gritos, asida momentáneamente al riel por diez dedos que han comenzado a perder el color. Es todo lo que necesitaban Esther y Tomás para huir a máxima velocidad por las escaleras, unas escaleras de cualquier modo demasiado empinadas y que se quiebran peligrosamente en los rellanos formando bruscos ángulos rectos: Tomás pierde apoyo, vacila, se desase de su madre, rueda, vuelve a rodar, cae en la salida de la atracción hecho un ovillo, con una nueva señal de sangre en la frente. En dos brincos, Esther está sobre su cuerpo inconsciente, cubriéndole los hombros como si quisiera protegerle del eco de una explosión, del destino, del enorme futuro que le queda por delante, que debe quedarle por delante.

—Ya está bien. Se acabó.

El anciano está de nuevo allí, frente a ellos. Pero no, no es ya el anciano, sino su espectro: una cosa blanquecina, mortuoria, apenas un esqueleto del que penden malamente la camisa y un bolsito de caballero que no sirve para nada: porque a estas alturas resulta inútil cualquier forma de disimulo y la pistola automática se exhibe a la luz del sol, delante de todos, despertando gritos y estampidas entre familias en chándal que huyen en todas direcciones.

—¿Va a hacerlo aquí? —Esther se ha puesto en pie, con el cuerpo entero en tensión—. ¿Va a dispararnos? ¿A los dos? ¿Delante de todo el mundo?

Antes de que el jefe tenga ocasión de reaccionar, Esther ha dado un paso adelante. Con una violencia insólita, que a ella misma le sorprende, ha tomado el cañón del arma y lo hace oscilar a un lado y al otro, como si siguiera el vagabundeo de un pájaro entre las copas de los magnolios. Ahora los cuerpos de ambos se estrujan, avanzan, retroceden, bailan un tango ridículo con el trozo de metal negro elevado sobre sus cabezas, el rostro de Esther imposible de reconocer bajo el cruce de arrugas y espasmos, el del inspector jefe Lago una loca máscara de odio, a punto de quebrarse bajo el dolor que los calmantes mantienen provisionalmente a raya. La danza se prolonga hasta que el dedo del anciano se cierra sobre el gatillo una vez, dos veces, golpeando con un estallido las falsas murallas, los arriates, las atracciones que rugen a su alrededor. Esther quiere aguantar, pero no puede; los dos disparos han calentado el cañón poniéndolo al rojo vivo: la mano se abre, ella grita, cae.

El fin, no tiene más remedio que ser eso. Ella despatarrada sobre el cuerpo de Tomás, aún inconsciente, el sol que lanza diagonales cegadoras desde las ramas de los árboles más próximos, un coro de espectadores ocultos tras la maleza, la respiración contenida bajo los ojos que aguardan con ansiedad el desenlace, y la pistola que se yergue ya frente a ella en busca de su cráneo, en busca de la pared blanca que ha de romper con un último estruendo. Hay un silencio, el zumbido de las abejas que prosiguen su vuelo sobre el monorraíl, arriba. Luego la pistola sale volando.

Ocurre así: la pistola está y no está. Primero en la mano del inspector jefe Lago, luego a diez o veinte metros, arrastrándose por la solería hasta perderse en una zanja. El anciano apenas cuenta con tiempo de contemplar atónito al individuo que acaba de golpearle la mano, haciéndole soltar el arma, y que le dirige a continuación dos puñetazos más al vientre y la boca. Cae de rodillas, sin comprender quién es este desconocido esculpido sobre un dolmen, con un inexplicable abrigo a pesar del calor, en cuya nuca, bajo la calva, se entrevé el tatuaje de una letra griega.

Esther tampoco comprende, ni lo necesita: se conforma con seguir respirando.

El médico es una bata blanca, con un nombre cosido en azul sobre el bolsillo y las bocamangas un poco deshilachadas, los cristales de unas gafas, manos muy rápidas bajo todo lo cual se esconde un hombre. Una mano, la derecha, hace girar un bolígrafo mientras el hombre se explica, o trata de explicarse; porque Aurora, sentada a un flanco de la cama, mantiene todavía el televisor de la habitación a máximo volumen para que glose las últimas incidencias de la caída de Pedro Sánchez: pobrecito, tan guapo, se la han jugado pero bien, la asquerosa de la Susana, incluso Felipe, el santísimo Felipe, le ha puesto la zancadilla. Es Esther quien, capturando el mando a distancia de lo alto de la mesilla, ha de rebajar el sonido varios números hasta que de nuevo es perceptible el ronquido del aire acondicionado.

—No deben preocuparse —el bolígrafo rota en la mano del médico—. El derrame es pequeño y las últimas pruebas muestran que tiende a desaparecer. Lo dejaremos en observación hasta

mañana y podrán regresar a casa.

El Bicho parece posar para la viñeta de un tebeo. El vendaje le da tres vueltas alrededor de la cabeza, envolviéndole el cabello, las sienes, los pensamientos en un diáfano turbante blanco, como si acabara de sobrevivir a la caída de una caja fuerte o la persecución del superintendente Vicente. Después de unas escuetas indicaciones —reposo, distracción, buenos alimentos—, el médico desaparece de la habitación y da pie a que Aurora refunfuñe y se queje de no poder seguir con la suficiente atención el gran drama político de nuestra era, con tantas interrupciones y entradas a destiempo. Pero Esther es más rápida y, antes de que la mano de su madre se deslice sobre la colcha haciendo sonar los dijes de la bisutería, ha atrapado ya el mando a distancia.

—No, mamá —dice—. Estamos en un hospital, no en la salita de casa.

—Ay, hija —Aurora gime con odio—. Es que no os calláis y no hay manera de enterarse.

Y menos la habrá en lo sucesivo, porque una nueva visita acaba de irrumpir en la habitación. Al menos, esta continua sucesión de allegados, especialistas, compañeros de uno y otro lado (el colegio, la jefatura), tiene la virtud de no dejar sola a Esther con su propio miedo y mantenerla intacta sin preguntarse, sin objetar, sin internarse en ese espinar de subjuntivos, condicionales, futuros imperfectos que le aguarda en cuanto deba enfrentarse a su propio insomnio: ha estado a punto de perder a Tomás, y ese no es un plato que pueda digerir fácilmente, sin una dosis de sal de frutas. Así que agradece todo aquello que desvíe la atención por el momento del ajuste de cuentas, visitas, las que sean, incluso la de estos dos desconocidos a los que no ha visto jamás. A uno de los cuales no ha visto jamás. Porque al otro sí: menos mal que sí.

—*Good morning* —saluda el de mayor edad con un acento septentrional.

Es un hombre de gran tamaño, cuya piel rosada comprime un traje de los que se ven en las embajadas y despachos con escudos; el pelo largo, blanco, le otorga ferocidad, como si, a pesar de su aspecto tranquilo, estuviera habituado a desollar con sus propias manos los osos y otras alimañas de esas regiones heladas de donde debe de proceder. En cuanto al otro, insiste en sus principales señas

de identidad: el abrigo, los anillos en el lóbulo de la oreja, la cabeza desnuda, el tatuaje.

—Me alegro de verle —Esther adopta el inglés para dirigirse al calvo—. Por fin ha aparecido. No he tenido ocasión de darle las gracias como merece.

—No tiene importancia —repone él con, tal vez, una leve sonrisa—. Ha sido un placer.

El mayor posee una voz grave, ronca, salida de la garganta de esos osos a los que combatirá en su tierra de vikingos.

—Su hijo es muy valioso, señora —establece—. Estamos encantados de protegerlo.

La mano de Tomás se ha deslizado en el interior de la de su madre antes de que él incline hacia ella los vendajes y le susurre al oído:

—Mamá, es el mismo hombre que me lleva siguiendo una semana. El que te dije.

—¿Tiene usted un segundo para que hablemos fuera, señora Béjar? —inquiere el gigante del pelo blanco con timidez.

Ambos salen al pasillo, dejando al Bicho a cargo de su abuela en los escasos intermedios que le permite el desfile de Pedro Sánchez a través del televisor, y del sujeto del abrigo, que, retirado con rigidez militar al costado izquierdo de la cama, exhibe la inicial griega de la cerviz. Esther no la reconoce: es una suerte de elipse dividida en dos por un diámetro vertical. La misma que se repite, dorada en relieve, sobre la tarjeta que el hombre grande le tiende, junto a un nombre lleno de kas y de enes y el lema, en severas letras de molde, NUMERUS AUREUS SOCIETY.

—Permítame que me presente —al inclinarse, el hombre imita a las grúas y los diplodocus—. Mi nombre es Magnus Akkonen, y soy presidente de Numerus Aureus. Es normal que no haya oído hablar jamás de nosotros: no nos gusta el ruido. Somos una asociación de alcance internacional dedicada a la investigación y el estudio de la matemática en todos sus campos. Tenemos sedes en la mayoría de los países, donde ofertamos cursos especializados, sufragamos proyectos de investigación y nos dedicamos al análisis. Se trata de una organización independiente, no ligada a Gobierno alguno, cuyo capital proviene de inversiones privadas, fundamentalmente compañías tecnológicas muy interesadas en el tipo de profesionales

que formamos.

—Ajá —Esther sigue sosteniendo la tarjeta, suave como el interior de una concha.

—Estamos en continua expansión, buscando nuevos miembros. Por ello promovemos un concurso anual en la revista *Science*, donde los lectores son invitados a resolver una serie de problemas matemáticos de cierta envergadura y a enviar sus respuestas a la redacción. Antes lo hacíamos por correo postal, ahora también telemático: ello nos permite detectar nuevos talentos. Tomás, su hijo, ha sido el único en resolver el problema de este año, una derivación algebraica del teorema de Fermat, junto con un catedrático de Geometría de Nueva Delhi. Que tiene cincuenta y tres años.

—Pero ¿cómo ha sido eso? —la nariz de Esther se cubre de pliegues—. Él no me ha dicho nada.

—Precisamente —el hombre abre y cierra las manos una y otra vez, como para agilizar la circulación—. Las reglas del concurso estipulaban que los participantes debían ser mayores de edad, entre otras condiciones. Pero cuando quisimos ponernos en contacto con su hijo, no lo conseguimos: sus datos, entre ellos el domicilio y los teléfonos, eran falsos. Por eso enviamos a uno de nuestros operativos, con el fin de recabar información de Tomás y comprobar que, en efecto, él era responsable de la solución del problema. Que sí que lo es: y de un modo bastante original, incluso artístico, diría yo.

La prueba es una hoja cuadriculada donde la caligrafía inequívoca de Tomás ha trazado signos de una esquina a otra, de arriba abajo: cifras, letras griegas, paréntesis, llaves, arcos y flechas garabateados por el lápiz en una especie de frenesí, como para no dejar un solo resquicio sin cubrir. Ha tenido que ser arrancada de uno de sus cuadernos, sin ninguna duda: los trocitos de papel rotos por la anilla penden todavía en el margen izquierdo.

—Me temo que nuestro operativo, Klaus, se ha excedido en su celo —reconoce el hombre grande con algo de embarazo— y ha registrado su casa sin permiso en busca de pruebas. Le ruego que acepte mis excusas: él es un gran admirador de su hijo. Esto estaba en el cajón de su cuarto, bajo una pila de tebeos.

Bastan diez breves segundos examinando el papel para que

Esther constate que no entiende nada: no sabe qué son esas fórmulas arcanas, esos jeroglíficos aparatosos escritos en una lengua que no es de este planeta; no sabe, sobre todo, quién es el autor de ese mensaje cifrado, en qué consiste la mente que lo ha producido, a quién pertenece. No lo conoce de nada.

—Joder —masculla en español—. Este niño me va a oír —cambia al inglés—. Mire usted, señor, yo…

El hombre grande no ha podido comprender el sentido exacto de las palabras, pero tampoco le hace falta. Su mano, rosada, de carne cruda, ha tomado delicadamente la muñeca de ella y en los ojos azulísimos se reconoce una advertencia, tal vez una súplica.

—No. No le riña. Su hijo es brillante, por si no se ha dado cuenta. El futuro es inmenso para él, el horizonte mucho mayor que el de otros. Es por ello por lo que estamos aquí. Tengo que proponerle algo. Numerus Aureus, como le he dicho, se dedica a detectar y desarrollar nuevos talentos, y su hijo es el más prometedor que hemos encontrado hasta la fecha: tiene ocho años. ¿Sabe lo que es el MIT?

—Princeton —suspira Esther, llena de pasmo, de terror—. Nueva Jersey.

—El centro de investigación científica más avanzado del planeta, donde enseñó Einstein, donde se gestan las ideas más brillantes, donde se prepara el futuro. Estamos dispuestos a ofrecerle una beca.

—¿A Tomás? —ella se echaría a reír, si no fuera porque está muerta de miedo—. ¿En el MIT?

—Tendrá profesores particulares, un tutor, una habitación para él solo, con todas las comodidades —la voz del hombre grande busca la calidez—. La asociación correrá con todos los gastos: es la oportunidad de su vida, permítame que se lo diga. Y creo que él se iba a sentir bastante mejor que jugando al fútbol —sonríe—. Piénselo. Tiene mi tarjeta.

Ya dentro de la habitación, el hombre grande dedica una vasta mirada de satisfacción a Tomás, esa mirada con que se aprecian las grandes pinturas, que sólo se han visto en pantallas o almanaques, sobre la pared del museo. El pelo blanco, lacio, se agita sobre su frente cuando asiente para pronunciar en un torpe español:

—Un placer conocerte, Tomás. Espero que nos veamos pronto.

El calvo intercambia un extraño apretón de manos con el Bicho,

y durante un segundo da la impresión de ir a besarle los nudillos, como si se tratara de un arzobispo. Por último, antes de abandonar la habitación en compañía del otro, gira en dirección a Esther y deja que sus ojos, también glacialmente claros, emitan la misma advertencia o súplica que ha iluminado un instante atrás los de su compañero. Pensativa, cansada, Esther deambula por la estancia sin saber muy bien a dónde se dirige, hasta que finalmente se deja caer en el sillón junto a la cama, mientras sus dedos hacen rotar sin enterarse la tarjeta de la letra de oro. Mamá sigue disfrutando de las peripecias de Pedro Sánchez y los chacales del PSOE, que van y vienen por el televisor entre las apariciones intermitentes de la corbata del presentador; luego, por fin, el Canal 24h intercala una pausa, y se anuncia un nuevo programa.

—¡Genial! —exclama Tomás, elevando el vendaje sobre la almohada—. ¡Un documental sobre el bosón de Higgs! ¡Sube el volumen, abuela!

No tan deprisa: la mano de la bisutería es la que posee el mando a distancia, y el pulgar, con la laca de la uña algo desteñida, busca ya el botón del cambio de canal.

—Tu madre te tiene dicho que eso no se puede ver —ronca—, que luego no duermes bien. Te pones nervioso.

Por un segundo, los secretos de la física cuántica dejan paso a un galán venezolano con pómulos de jaguar. Pero, sorprendentemente, Esther se pone en pie, rescata con delicadeza el mando de las garras de Aurora y devuelve el televisor al canal anterior. Ahora hay un señor con gafas, un tubo cuajado de cables y abrazaderas, una galaxia y un estallido en medio de un arco iridiscente: Tomás abre los ojos con arrobo.

—No, está bien —dice Esther, y se deja caer sobre el respaldo.

A ver qué hace ahora con todas esas malditas estampitas de fútbol que llenan el salón.

Son las nueve y media de la mañana, como muy bien testimonia el reloj digital que ocupa la rotonda frente al parque. Una bomba atómica ha aniquilado a toda la población de la ciudad; la avenida parece sólo una fotografía de sí misma, silenciosa, desierta; los semáforos parpadean en el vacío; jubilados que han olvidado la

forma correcta de caminar ocupan esporádicamente las cafeterías; no hay nadie en ninguna parte: es domingo. Del edificio de la Jefatura Superior de Policía sale un individuo que ha conocido días mejores. Y no sólo por el aspecto, el cabello hecho una maleza sobre la cara sin lavar, la camisa y los pantalones con más líneas quebradas que una señal de tráfico que advierte atención curvas. El individuo apenas puede moverse: tiene los huesos entumecidos después de pasar la noche entera en el calabozo, y las dos hernias de disco no le han permitido ocupar con desenvoltura la silla en la que le han obligado a declarar. De modo que ahora, al regresar al mundo del resto de las personas y dejarse cegar por el sol que remonta las antenas, lo único que desea es refugiarse en casa, atrancar la puerta del dormitorio y cesar. Hasta que descubre que alguien le espera, fuera.

La inspectora Esther Béjar le sonríe apoyada en la fachada de la compañía de seguros de enfrente: al alabearse, sus labios hacen oscilar el cigarrillo de plástico. Colocándose una mano sobre la frente para protegerse del sol, Mo Pardo sonríe a su vez: necesita parpadear varias veces para distinguir el rostro de la inspectora bajo el molesto halo amarillo.

—Vaya —dice—. Se la ve bien —ella se limita a asentir—. He sabido que ha salido con bien de todo, lo cual me alegra. Mandé a mis caballeros a socorrerla, pero por lo que parece deben de haberse extraviado por ahí.

—Vi sus llamadas perdidas —un segundo de reflexión interrumpe las palabras de Esther—. Así que supo que estaba en peligro. ¿Cómo lo hizo? Va, da igual. Usted lo sabe todo, ¿no?

—Sí, pero se lo explico igual —Pardo trata de enderezar sus hombros—. Siempre es un gusto presumir.

Fue por el abrigo de Cay, cuenta. ¿Se acuerda ella de Cay? Sí, el que imitaba las voces de dibujos animados, el que acompañaba al Merlín de Peppa Pig el día del champán y luego desapareció por arte de birlibirloque. Estuvo fuera unos días, no se sabía muy bien dónde, y de pronto volvió a aparecer, sin su abrigo, con otro bien pimpante en su lugar, tejido caro, corte de profesional, por no hablar de los cardenales y las cicatrices que le estampaban la cara. Pardo le preguntó qué le había sucedido, de dónde aquel abrigo, aquellas mataduras, él se limitó a evasivas y a la programación de

Hanna-Barbera. Evidentemente encubría algo, o a alguien; cuando, hablando de la posible persona que le había amenazado, adoptó la voz del Oso Yogui, no le cupieron más dudas: era una delación en regla para quien la supiera entender. Y Esther ya sabe que entender es el oficio de Mo Pardo: se le dan bien las lenguas.

—Los idiomas, quiero decir —matiza—, las otras le gustan más a usted, sobre todo sin son de psicólogos infantiles, ¿verdad? ¿Qué tal por ahí?

—Mal. Me extraña que no sepa eso.

—Ahora sí que lo sé: antes sólo lo sospechaba.

Había acudido a jefatura la mañana del día previo para preguntarle a ella una cosa. Quería consultar su informe sobre el ataque a Ancona y todo el guirigay subsiguiente, para saber si el abrigo del hombre que le disparó tenía parches en el codo. Y una vez allí, entre todo el tráfago de oficinistas, teléfonos, secretarias estampadas como las cortinas de una duquesa de revista, no encontró lo que quería, pero sí otras cosas que no: en concreto, un tipo de Asuntos Internos descalabrado en el fondo del hueco del ascensor, y un valiosísimo manuscrito de Johann Sebastian Bach, el Cantor de Leipzig, sobre el escritorio del inspector jefe Lago. Y la llamó, sí, muchas veces, pero ella no contestó. Lo cual Esther admite sacándose la boquilla de plástico de la boca con un suspiro.

—He venido también a disculparme —entona—. No me he portado muy bien con usted estos días. Estos años.

—Ya —Mo Pardo se mira los zapatos—. No, no se equivoque: se ha portado mal consigo misma.

—La normalidad ya no es lo que era —ahora es Esther la que aparta los ojos—. No sé si ya me importa tanto ser normal.

—Bah. La gente normal es muy rara. No se preocupe. No estoy enfadado con usted. A pesar de que haya estado casi dos años sin cogerme el teléfono.

El ceño de ella imita repentinamente el hocico de un jabalí.

—Usted tampoco ha sido un santo, ¿sabe? —resopla—. Me ha manipulado a su conveniencia, como mejor le ha parecido. Y sepa algo: me he dado cuenta. Pero no me ha importado. O no siempre.

Entonces él sí la mira de frente, de arriba abajo: como si buscara una mancha, un desgarro, un detalle fuera de lugar. Que no está.

—Pues ahora se la ve muy bien —Mo Pardo tiene una forma de

sonreír que recuerda a las esculturas arcaicas—. Esta mañana ha conseguido un Bristol 2 por lo menos, ¿verdad?

—Dejémoslo ahí —el cigarrillo de plástico vuelve al interior del bolso, Esther abandona la fachada de la compañía de seguros sobre la que hasta ese momento ha hecho de cariátide—. Me alegro de verle. Le prometo que cuando me llame otra vez le cogeré el teléfono sin pensarlo dos veces. En serio.

El hombre delgado la ha tomado del brazo. Sólo entonces comprende ella lo que debe de haberle trastornado esta noche de imaginaria, cansancio, preguntas cruzadas: la habitual arquitectura de su peinado es sólo un baldío en ruinas.

—Espere, no se vaya —le replica él—. Estoy contento. Yo también he conseguido un Bristol 3 esta mañana, aunque la letrina de la jefatura no era muy estimulante, ¿sabe?

—¿Qué le hace suponer que quiero conocer todos esos detalles?

—No se vaya, la invito a desayunar —ya la arrastra hacia López de Gomara, los jubilados, las cacas de perro, un lejano aroma a churros calientes—. Estoy muy contento. ¿Sabe en qué he aprovechado la llamada de que dispongo bajo arresto?

—A ver.

—Pues en llamar por enésima vez a Giraldillo TV y quejarme por lo del *Chapulín*. ¿Y sabe qué? Que me han hecho caso.

—No me diga. Entonces, ¿le devuelven a su superhéroe?

—No, eso no —Pardo tuerce el gesto—. ¡Pero he conseguido algo casi mejor! Van a retirar definitivamente *El Equipo A*, que es pura grosería, y en su lugar ofrecerán un bocado mucho más exquisito. Lo del *Chapulín* era ya imposible, porque los derechos habían expirado, eso me han dicho. Así que, ¿sabe qué pondrán? ¡*El Gran Héroe Americano*! ¡Ralph Hinkley!

—Genial —Esther examina sus flancos con preocupación, no vaya a ser que alguien los oiga—. El tipo rubio aquel con unas mallas, ¿no? ¿A dónde va a llevarme a desayunar?

La boca de él se convierte en un óvalo, como si fuera a emitir un silbido.

—A donde le salga más barato, le permito elegir —dice—. Acabo de darme cuenta de que salí sin un céntimo de casa. Lo único que tengo suelto es la barriga.

El sol refulge con energía sobre las ventanas de los edificios

circundantes. Se prepara un nuevo día de altas temperaturas, de baja forma, de mediano entusiasmo, como cualquier otro.

San Juan de Aznalfarache,
septiembre 2017 – diciembre 2018

NOTA

AUNQUE LA CONFUSIÓN de límites entre realidad y ficción, documento y fantasía, es uno de los recursos más apreciados por la literatura actual y yo mismo la tengo en muy alta estima, en el caso de esta novela considero preciso hacer un par de puntualizaciones. La primera figura de Playmobil fue presentada por la empresa Geobra Brandstätter en la Feria de Núremberg en 1974, y era obra exclusiva de Hans Beck; él se ocupó también del diseño de los primeros vehículos y definió el aspecto canónico de la marca hasta que llegaron modificaciones más significativas como las manos móviles o la introducción de mujeres y niños. Por tanto, el Cornelis Bom del que aquí se habla, con el que Beck habría colaborado y cuyo prototipo motiva toda la cascada de peripecias subsiguiente, es enteramente inventado. El resto de información que doy sobre el universo Playmobil, incluido el desarrollo de la franquicia, la existencia de asociaciones especializadas, piezas únicas y leyendas de coleccionistas, aunque basada en hechos reales, ha sido distorsionada libremente con el fin de adecuarse a la acción. Quien desee mayor aclaración al respecto puede acudir al libro de Dorothée Charles, *Playmobil. 40 años de razones para amarlos* (Lunwerg, 2016), o a la omnisciente página [http://klickypedia.com], que incluye datos actualizados de todos los modelos de la marca aparecidos hasta la fecha.

La ciudad de Sevilla, el Chapulín Colorado, los Anunnaki, Pedro Sánchez y Susana Díaz sí son más o menos auténticos, hasta donde puedo afirmar.

Luis Manuel Ruiz (Sevilla, España, 1973) es un escritor español. Estudió Filosofía en su ciudad natal y en la universidad francesa de Versailles Saint-Quentin-en-Yvelines.

Compagina su labor de profesor de secundaria —Filosofía— con la colaboración en diversos medios de prensa, entre ellos, el diario *El País*. Ha sido guionista de televisión y ha impartido talleres literarios —pero no volverá a hacerlo nunca más.

Su primera novela, *El criterio de las moscas* (1998), consiguió el Premio Novela Corta de la Universidad de Sevilla. Y la segunda, *Sólo una cosa no hay* (2000), recibió en la Feria de Frankfurt de 2001 el Premio Internacional de Novela, con un jurado compuesto por seis prestigiosas editoriales de todo el mundo. El VII Premio Iberoamericano de Relatos Cortes de Cádiz es otro de los premios conseguidos.

En 2014 inició la saga del profesor Fo con *El hombre sin rostro*, en donde cambia totalmente de registro con respecto a sus anteriores obras, centrándose en una historia en la que se mezclan el humor y la intriga detectivesca con los clichés del mundo del cómic. En 2015 publicó la segunda entrega.

Su obra ha sido incluida en diversas antologías de relato breve como *After hours* (1999), *Macondo boca arriba* (2006),

Perturbaciones (2009) y *Steampunk* (2012). Ha sido traducido al inglés, francés, italiano, portugués, magiar y ruso.